El charlatanismo sin máscara, ó la medicina apreciada por su justo valor / Escrita en francés por un amigo de la verdad y de la humanidad [i.e. Abbé Ménard], y traducida de la quinta edición al español por D. Julian Talanca.

Contributors

Leroy, Louis.
Amigo de la verdad y de la humanidad.
Ménard, Abbé, 1752?-1824?
Talanca, Julian.

Publication/Creation

Valencia : Cabrerizo, 1836.

Persistent URL

https://wellcomecollection.org/works/qvkeq745

License and attribution

This work has been identified as being free of known restrictions under copyright law, including all related and neighbouring rights and is being made available under the Creative Commons, Public Domain Mark.

You can copy, modify, distribute and perform the work, even for commercial purposes, without asking permission.

Wellcome Collection
183 Euston Road
London NW1 2BE UK
T +44 (0)20 7611 8722
E library@wellcomecollection.org
https://wellcomecollection.org

36387/A

A XLII
19/e

MÉNARD, Abbé

By Le Roy [illegible]

EL

CHARLATANISMO

SIN MÁSCARA.

EL

QUIJOTISMO

SIN MÁSCARA

52645

EL

CHARLATANISMO

SIN MÁSCARA,

Ó

LA MEDICINA

APRECIADA POR SU JUSTO VALOR.

Escrita en frances por un amigo de la verdad y de la humanidad, y traducida de la quinta edicion al español

Por D. Julian Talanca.

VALENCIA:

IMPRENTA DE CABRERIZO.

MDCCCXXXVI.

WELLCOME
HISTORICAL
MEDICAL
LIBRARY

Homo sum : nihil à me humani alienum puto.

Soy hombre, nada por mí juzgo ageno á la humanidad.

TERENCIO.

EL TRADUCTOR.

Cuando el autor del *Charlatanismo* tomó la pluma para vindicar la *Medicina curativa* de su amigo el cirujano *Le-Roy*, á la que con tanto empeño combatian y denigraban algunos profesores de Orleans, Amiens, Tours, Lion y otros puntos, no se descuidó ciertamente en reunir para su defensa cuantas diatribas, sátiras y sarcasmos se han escrito y prodigado contra los médicos desde los mas remotos tiempos. Solo faltó á este formidable adversario de los hijos de Esculapio, haber leido á nuestro *Fontana*, *Feijoo*, *Torres*, *Quevedo é Isla*, quienes tambien á las veces nos regalaron epigramas graciosos, dirigidos á los doctores de entonces.

Parece hubo un tiempo en que fue moda entre los escritores el satirizar á esta clase de la sociedad; pasaron pues aquellos, y en el dia pocas plumas se ocupan en vulnerarla, bien sea por los progresos de la civilizacion, bien por los rápidos adelantos de esta ciencia.

El *Charlatanismo* es produccion de una pluma herida, y no hay que estrañar aparezca á las

veces su autor poco comedido con cierta clase de médicos sistemáticos y de prevencion suspicaz contra la doctrina de su cliente.

Por mi parte protesto que al dar al público esta traduccion, no hay otro objeto que utilizar el fruto de mis tareas como traductor de una obra. A nadie me dirijo; quien haga aplicaciones, con su pan se las coma. En todos los idiomas se halla traducido este libro, y en español debe estarlo tambien. Por último, en mi sentir bien pueden estar tranquilos los profesores del arte de curar, que por mucho que se haya escrito y ridiculizado lo vago de esta ciencia y sus desaciertos, cuando llega la triste hora del dolor y del sufrimiento, pocos habrá que no pidan con ansia la asistencia y preceptos de su facultativo.

Mahon 20 de Diciembre de 1835.

Julian Talanca.

INTRODUCCION.

Cuando los partidarios del Dios de Epidauro se coligan en todos los puntos de ambos hemisferios para destruir y aniquilar los efectos de un sistema de curacion, tan saludable como pronto y eficaz (*), haríamos traicion á los derechos de la humanidad si guardásemos silencio, y no empleásemos todos los medios capaces de hacer triunfar la verdad contra los tiros de la injusticia y de la envidia. Siempre que una causa se halla esencialmente unida con el bien estar de sus semejantes, todo hombre está autorizado á salir á la palestra para defenderla; y seria una cobardía imperdonable el callar, mientras que la envidia agita sus serpientes, y destila por todas partes sus negros venenos.

Ciertos médicos de París, Lion, Orleans, Amiens, Tours y otros paises lejanos, ofuscados con el brillo de las innumerables curas, obradas en las mismas ciudades y en otras partes, por los procedimientos trazados en este mé-

* La medicina curativa de Mr. Le-Roy.

todo, y espantados de la nulidad en que estaban próximos á verse caer, urdieron sordamente una trama, que seguramente no hace el elogio de la delicadeza de sus principios, pues dijeron:

»*¿Quien es ese novator que pone el arte de cu-*
»*rar al alcance de la multitud, pretendiendo que*
»*todo hombre puede ser su propio médico? Sin*
»*duda será algun intruso, un aventurero, un*
»*charlatan. ¿Con que derecho se atreve él á cu-*
»*rar enfermos distantes mas de cien y de dos*
»*mil leguas de su domicilio, que nosotros había-*
»*mos abandonado ó declarado por incurables, y*
»*con respecto á los cuales se ha malogrado toda*
»*nuestra ciencia? ¿Dejaremos decaer alguna de*
»*esas fórmulas, con las cuales hemos ejercido la*
»*facultad hasta hoy? De aqui pende la conser-*
»*vacion de nuestro estado. Circunvalemos, pues,*
»*la autoridad, y ésta, que no verá sino por nues-*
»*tros ojos, porque sobre todo en esta materia*
»*está habituada á no ver con los suyos, se verá*
»*obligada á adherirse á nuestros informes. Des-*
»*pues, en derecho y en razon, haremos repetir*
»*nuestras declamaciones por las cien bocas de*
»*la fama. Los diaristas, siempre codiciosos y*
»*hambrientos de novedades, á fin de llenar el*
»*hueco de sus columnas, se apoderarán de la*
»*anécdota. Nuestros cofrades, con el diario en*
»*el bolsillo, lo llevarán de una á otra parte, la*
»*pregonarán y comentarán con ese tono de im-*
»*portancia que saben darse los que de antemano*
»*ya están seguros de que los clamores del opri-*

»mido no serán admitidos en los papeles pú»blicos."

En efecto, ¡que médico mas seguro para dirigir y dominar la opinion y conseguir el fin que se proponian!

Con el objeto de hacer sentir y conocer lo odioso de una conducta tan fuertemente opuesta á la verdad, procuraremos suspender el velo que encubre las maniobras de esos hombres que fundan sus esperanzas en la larga duracion de las enfermedades humanas. Esta obra esparcirá tal vez un rayo de luz sobre los efugios y ardides de que se valen para interceptar el resplandor de una verdad que desbarata sus combinaciones, tanto como interesa á la felicidad del hombre y al alivio de sus enfermedades.

Cuando apareció la primera edicion de esta obra, un gran número de médicos, despues de haberla leido, hicieron ademan de incomodarse, ó por lo menos de ponerse un poco de mal humor. Algunos de entre ellos, mas tolerantes, ó acaso mas convencidos de la insuficiencia de su arte, reconocieron ingénuamente que en ella se ponian á descubierto grandes verdades. Otros, afectando el tono de la dignidad, levantaron las espaldas con aire desdeñoso y de desprecio, diciendo: »Semejantes necedades no merecen el honor de una respuesta ó de una refutacion." Persuadidos sin duda que la medicina, tal como se ha ejercido y se ejerce aun, es la ciencia por escelencia; dirigieron al autor los epitetos de

fanático é insensato, digno de figurar por entre los locos de Charenton. Semejantes arterías nada tienen de estraordinario de parte de unos hombres que saben elevarse tan bien en un siglo de luces, *que descubre el fanatismo por todas partes, y lo pone, como comunmente se dice, en todas las salsas. Otros, menos exasperados, se contentaron con calificar con el título de folleto ó libelo, un escrito que ha hecho reflexionar y sonreir á mas de un lector.*

Ahora bien: tomemos la palabra libelo *en su sentido literal, ó segun la acepcion que se le da ordinariamente. Un libelo es un escrito calumnioso contra las personas ó contra las cosas. ¡Contra las personas! ¿que médico ha sido nominativamente atacado? Se han puesto á descubierto sus inepcias, sus puerilidades.... sin separarse de las reglas de una prudente circunspeccion. Se han rechazado y rebatido las odiosas calificaciones disparadas por una baja envidia, contra un hombre que ha probado y prueba diariamente á la Francia entera y á las regiones mas lejanas, que no es ni charlatan ni empírico el que cura cien mil enfermos anuales, un año con otro.*

Se ha tomado por divisa este verso de Marcial.

Parcere personis, dicere de vitiis (*).

* Perdonando á los sugetos, demostrar los vicios.

No se ha dicho: ser villano el de la villa, y sí el que hace la villanía. *No se ha tomado por modelo al Juvenal frances, quien en sus inmortales epígramas ha consignado en todos caractéres los nombres de* Perrault, *famoso médico de su tiempo, y de un cierto Paul, espanto y horror de su vencindad, quien por sí solo causó mas ruina y estrago que la peste y la guerra.*

Si esta obra es mirada por los médicos como un libelo contra la medicina, y como un tegido de calumnias contra el arte que ejercen, ¿por que no toman la pluma, á que tantas veces han sido invitados? En una causa tan unida con el bien de la humanidad, ¿no les corresponde á ellos el vengarse de los pretendidos sarcasmos, bajo el peso de los cuales creen que se les quiere aniquilar y anonadar? ¿Por que por medio de escritos sábios y disertaciones luminosas no han ensayado disipar esas tenebrosas nubes que, segun sus dichos, se estienden sobre la gran familia de los humanos, y que á escucharlos pueden ocasionar tan funestos desastres...?

Si por la palabra libelo han querido decir que la primera edicion de esta obra no era mas que un miserable librito (porque librito ó libro pequeño son sinónimos), que sepan, pues, que la sola falta de tiempo impidió al autor el hacer un libro mucho mas voluminoso; de lo que podrán convencerse comparando las ediciones precedentes.

Todos los sofismas, todos los tiros de la en-

vidia y de la mala fe, no se han dado á luz en esta obra, aunque aumentada en muchas de sus divisiones ordinarias, y con tres largos capítulos. Volúmenes enteros no bastarian para contener toda la materia; pero el autor cree haber dicho bastante, y citado suficientes rasgos sorprendentes para convencer á todo lector imparcial y amigo de su conservacion.

EL

CHARLATANISMO

SIN MÁSCARA,

Ó

LA MEDICINA

APRECIADA POR SU JUSTO VALOR,

CAPITULO PRIMERO.

ELOGIO DE LA MEDICINA.

Cuando Dios crió al hombre, puso en el fondo de su corazon el sentimiento innato de su conservacion. Le dió aquella propension que lo conduce á evitar los riesgos y peligros que diariamente amenazan su existencia. Tal vez menos favorecido en esto que ciertos animales, que con respecto á su inteligencia le son muy inferiores, parece que la mano bienhechora del Criador ha derramado sobre él con mas economía ciertos favores, de que se ha manifestado mas liberal en vez de las otras es-

pecies de seres vivientes que le están subordinados. ¿Se inferirá de aqui que el hombre, esta brillante imágen de aquel que ha colocado en su frente el sello de su mano poderosa, ha sido arrojado sobre el globo que habita, como por casualidad y á la ventura? No.

Si un número de especies de animales, en fuerza del instinto que han recibido del Autor de la naturaleza, parecen revestidos de la facultad de conocer ciertas plantas, ó algunos otros medios curativos para su conservacion; no son por esto superiores al hombre, ni en su esencia, ni en la reparticion y distribucion de los dones ó beneficios del Criador. En lugar del instinto, le ha tocado al hombre la razon por herencia, y esta razon es muy superior al instinto, cuando tiene bastante espíritu para servirse de ella. No parece que esta razon está diciendo al hombre: »El Criador, al darte la existencia, no te ha destinado á perderla en el momento en que la has recibido; los autores de tus dias están alli para cercar tu cuna, y apartar los peligros de que están rodeados los primeros dias de tu infancia." ¡Que emocion no esperimenta el corazon de una tierna madre cuando ve el fruto de sus entrañas hecho presa de los gritos del dolor! Tan ocupada se halla del mal que su hijo siente, que se olvida de sí misma, por no pensar en otra cosa que en los medios propios para procurarle un alivio. Este deseo, este sentimiento, son innatos en el corazon del hombre, tanto por lo que respecta á sí mismo, como por lo que mira á los objetos de su afeccion. Todos nuestros ideólogos modernos, todos nuestros compositores de sistemas, todos nuestros pensadores á la moda; nada

podrán variar de las leyes que el Criador nos ha impuesto.

Pero cuando el Autor de la naturaleza ha colocado en el fondo del corazon del hombre el principio innato de su conservacion, ha debido darle los medios de conseguir este fin; y cuando las enfermedades han venido á asaltar su existencia, ha conocido la necesidad de ser su propio médico. La muerte ha paseado su mortal güadaña sobre las cunas de los primeros humanos, del mismo modo que lo hace actualmente, pues que el germen de corruptibilidad existia en ellos como existe aun en nosotros. ¿El número de víctimas que sucumbia entonces prematuramente bajo los golpes de la muerte, era proporcionalmente tan considerable como el que sucumbe hoy dia? Esta es una cuestion ociosa que nos importa poco el resolver. No obstante, en los primeros dias del mundo debia sentirse ó esperimentarse la necesidad de la medicina, sin que por esto hubiese médicos. ¿Era acaso por esto su suerte mas digna de conmiseracion? No confundamos aqui lo que no debe confundirse, esto es, el arte considerado en sí mismo, y el arte abandonado á la merced y á la discrecion de aquellos que pretenden tener el derecho de ejercerlo y aun de enseñarlo.

El arte que tiene por objeto el restituir la salud á los cuerpos enfermos es, ó seria sin contradiccion, la primera de las mas útiles, y la mas interesante de todas, porque toca tan de cerca á la felicidad del hombre; por el poco tiempo que debe pasar en esta vida de destierro y aflicciones. ¿De que le sirven las riquezas, si el estado de sufrimiento y enfermedad le privan de los goces que

ellas pueden procurarle? ¿De que la energía de ánimo y los talentos del espíritu á un cuerpo enfermo y valetudinario? Sin la salud todos los bienes temporales no son nada; y el arte que tiene por objeto preservar de la enfermedad, ó el destruir aquellas de que el hombre puede verse asaltado, tiene un justo título á ser mirado como el primero de los artes, y como la mas útil y necesaria de todas las ciencias humanas. Pero la esencia de todo arte y de toda ciencia consiste en que repose sobre bases fijas, ciertas, inalterables é indestructibles. Datos congeturales no han sido ni serán jamás la base de una ciencia propiamente dicha. El objeto de toda ciencia debe ser conocido; los principios en que se funda deben ser claros, ciertos y luminosos. Ademas de un punto de apoyo, el que se dedica á su estudio ó se ocupa de ella, necesita la certeza de poder llegar al fin á que se dirige. Las matemáticas, esta ciencia que ha llegado á tener tanta aceptacion, aunque tal vez se han estendido demasiado sus atribuciones, da resultados ciertos y evidentes. De un siglo y medio á esta parte, la física, aunque rodeada todavía de dificultades insolubles y misterios impenetrables descansa sobre principios cuya certeza ha demostrado la esperiencia. La anatomía, parte esencial de la medicina por lo que toca á la cirugía, se ha llevado al mas alto grado de perfeccion, y mas de un cirujano hábil ha inventado en su genio creador instrumentos propios para secundar las operaciones de una mano esperimentada. Si la química no ha llegado aun al término de descubrir y analizar conforme á sus deseos todos los principios elementarios de los cuerpos, puede ser que algun di

los trabajos de sus hijos adoptivos consigan el fin que se proponen. La botánica, esta ciencia tan vana cuando no se ocupa mas que de descripciones, pero tan útil cuando ha conseguido su fin, esto es, de encontrar ó descubrir en las plantas, y generalmente en la clase vegetal, las sales, los jugos, los aceites y las resinas, que pueden servir á la conservacion de la especie humana; ha adquirido por los trabajos de hábiles y sábios observadores, lo que en los siglos anteriores apenas se hubieran atrevido á desear. En un jardin, digno objeto de la munificencia de nuestros reyes, se encuentran colocadas como por encanto todas las producciones de la tierra habitada. Nuestros geologistas se han metido hasta en las entrañas de la tierra para arrancarle una parte de sus secretos, con la esperanza de robarle aun algunos otros.

¿Nos atreveremos á decirlo sin temer de ajar algunos amores propios? Una ciencia, cuyo objeto no solo no es menos noble, si no infinitamente mas precioso para la humanidad; una ciencia que tiene las relaciones mas directas con la física, la química, la botánica y la historia natural; una ciencia en fin, íntima y esencialmente unida con la conservacion de la especie humana, ha quedado muy por debajo de la nobleza de su objeto y del fin que se proponia conseguir. Llamemos las cosas por su nombre. La medicina, mientras que no ha llevado otro objeto que el de conocer las causas de las enfermedades internas, no ha flotado hasta hoy sino sobre un mar tempestuoso y agitado por el torbellino de las congeturas; y siendo asi que el objeto de la medicina es de curar los cuerpos enfermos, está ejercida por hombres que carecen de un prin-

cipio fijo y seguro (1). ¿Es efecto del vicio de la cosa? no. El vicio radical está en las personas. ¡Pues que! aquel que ha dado al hombre cuanto necesita, en una innumerable multitud de objetos, de los cuales, propiamente hablando, podrá pasarse, ¿le hubiera rehusado los medios de prolongar su existencia, y de libertarse en cuanto es posible de los sufrimientos, triste herencia de la humanidad? No, repito. El Criador ha dado á su criatura cuanto es necesario al mantenimiento de su existencia. Sus obras son perfectas. Sus designios no son veleidades. Al dar al hombre un cuerpo sujeto á los males y enfermedades, le ha dado tambien un espíritu de reflexion y de observacion; y no podríamos decir, sin temor de que se nos acusase

1 Llámense á seis ó diez médicos sin que lo sepan los unos de los otros, y consúlteseles si se quiere separadamente sobre una misma enfermedad, y se encontrarán seis ó diez opiniones distintas. El uno reprobará altamente lo que el otro habrá ordenado: este prescribirá la sangría ó las sanguijuelas, mientras que aquel habrá ordenado los baños ó la purga: este otro se atendrá con vehemencia á la leche de burra ó los baños sulfúricos (remedio de moda sin saberse por qué), y el otro se decidirá fuertemente por las aguas minerales. ¿De donde puede provenir tan poca conformidad de pareceres, y una falta tal de inteligencia? De la falta de principio, y por consiguiente de falta de ciencia, porque toda ciencia necesariamente descansa sobre principios ciertos é incontestables; y no se nos diga para alucinarnos, que todos y cada uno de estos medios son de naturaleza tal, que puedan producir un mismo efecto. Unanse esos mismos doctores: ¡que algazara! ¡que pendencias! ¡que murmullo! y ¡que confusion de lenguas para hacer valer cada uno su opinion!

de temerarios, que las incomodidades provenientes de la plenitud humoral, fueron las que sugirieron la primera composicion farmacéutica, á efecto de evacuar lo que podia poner obstáculo á la conservacion individual? Cuando el estómago se encuentra cargado con alimentos superabundantes é indigestos, ¿el instinto natural no nos conduce por sí mismo á adoptar las medidas que seria ocioso indicar? El salvage del Canadá y el hotentote, podrian sobre este punto dar útiles lecciones á los que se prevalecen (tal vez mas allá de lo que es regular en este caso) del beneficio de la civilizacion.

¿No parece que una voz interior y secreta está haciendo resonar en nuestras almas estas palabras? »La vida es un don, un beneficio que el Criador te ha concedido superior á todos los demas. Ha colocado dentro de ti el sentimiento innato de la conservacion. Dirige tus miradas sobre la naturaleza entera, y encontrarás en su vasto conjunto, entre los vegetales y los minerales, todo lo que puede prolongar tu existencia, ó libertarla de las enfermedades humanas. Sírvete de tu propia razon para observar lo que puede redundar en tu beneficio, lo mismo que en tu perjuicio; pero guárdate de equivocarte, no sea que por un juicio precipitado destruyas lo que se puede llamar, sino el principio, por lo menos el motor de la vida. Arroja, espele sin contemplacion alguna los humores dañados y corrompidos que están dentro de tu cuerpo, y volverás á entrar en el equilibrio proporcionado á tu edad y facultades. No por esto serás inmortal; pero por este medio podrás prolon-

gar tu existencia hasta la época fijada por el Criador para la duracion de la vida humana." (1).

Pero ¡cuanta distancia hay entre las indicaciones de la naturaleza y lo que se practica en nuestros dias! ¡Cuanto ha cambiado la suerte del hombre! ¡Que! su espíritu tan vivo, tan penetrante, que calcula las distancias de los astros entre sí, que predice á punto fijo sus faces y revoluciones, ¿podria ser el juguete de las mas ridículas congeturas y de los sistemas mas absurdos, por lo que concierne la salud, el mas precioso de los bienes terrestres? Esta ciencia, considerada ya en sí misma, ó bajo el fin que se propone, ¿seria tan árdua que no presentase por todas partes mas que obstáculos y dificultades insuperables? Porque despues de mas de veinte siglos, los que la practican ¿no caminan sino de sistema en sistema, de incertidumbre en incertidumbre? ¿Por que los que la ejercen son los primeros que lo confiesan? ¿Por que no presentan ninguna suerte de garantías á los

1 Desde muchos siglos se ha convenido en llamar *medicina* la ciencia ó arte de remediar las enfermedades. Desde mucho tiempo tambien, ya fuese antes ó despues de la institucion de la medicina, se ha dado este mismo nombre á una composicion purgante. ¿No fue tal vez esta misma composicion reconocida entonces por la mas eficaz, asi como efectivamente lo es para combatir las enfermedades humanas, la que dió su nombre á la ciencia que tiene el mismo objeto? Debemos creerlo asi si dejamos subsistir las denominaciones tales como han sido establecidas, comprendiendo en ellas la de *médico*, que por analogía debe llevar el nombre de la ciencia que ejerce ó de la cosa que administra.

que invocan el auxilio de sus luces? ¿Serian acaso insolubles estos problemas? Y ¿no podríamos hasta un cierto punto probar de levantar el velo que por tantas generaciones ha cubierto este importante asunto con las mas espesas tinieblas? Sí, la medicina es una verdadera ciencia. Genios grandes han presentido esta verdad, la han vislumbrado en lo remoto de los siglos, y han comprendido que aun le faltaba al hombre alguna cosa. Mas lo que un siglo no ha producido, ¿no puede producirlo el siguiente? ¡Cuantas pruebas no podríamos traer en apoyo de esta verdad! ¿No hemos visto en los siglos que nos han precedido, y aun en nuestros dias, hombres que, asistiendo á sus enfermos, han invocado las pretendidas reglas de la astrología judiciaria, y otros no menos absurdos, que han pretendido que las enfermedades humanas podian ser curadas por las demostraciones fundadas sobre A mas B, y que ha habido imbéciles que han dado fe y crédito á tales estravagancias? Otros han pretendido encontrar en la electricidad la destruccion de todas las enfermedades. Otros en el mesmerismo, y otros en fin han creido ver en el galvanismo hasta la prueba de la posibilidad de resucitar un muerto. Semejantes necedades han encontrado personas bastante descaradas para atreverse á decirlas con el tono de la mas inconcebible audacia, y hombres bastante limitados que han dado acogida á semejantes inepcias.

¿Que concluiremos de esa facilidad con la cual han sido admitidos todos esos diversos sistemas, ó que por lo menos han encontrado partidarios? ¿Que induccion no se puede sacar de esa infatuacion, al abrigo de la cual han quedado ciertos prácti-

cos? Nada mas sino que los enfermos y los médicos, despues de haber agotado los unos su paciencia y los otros todos sus medios de curacion, han quedado como las ovejas sin pastor, ó como unos pasageros abordo de un buque que en lo fuerte de la tempestad ha perdido el piloto y el timon.

¿Que prueba esta movilidad de opinion, esta incertitud del rumbo que se debe seguir, cuando los que por su estado deberian fijar uno y otro, son los primeros que se echan á los brazos de todos nuestros nuevos fabricantes de sistemas? Todo esto prueba que asi en la antigüedad como en los tiempos modernos, ha habido y hay aun un gran vacío, en el que los prácticos llaman el arte por escelencia.

Entre los antiguos, Plinio, este hábil naturalista que abrió el camino á Reaumur y Buffon, y sin el cual esos grandes hombres, de quienes la Francia se honra y glorifica, tal vez no lo hubieran sido, decia hablando de esos antiguos romanos que concluyeron por dar la ley á todo el mundo entonces conocido. »Mil pueblos viven sin médicos, »mas no por esto sin medicina; lo mismo que el »pueblo romano, que pasó mas de seiscientos años »sin médicos.'' Este pueblo tan célebre, asi como muchos otros, parece que diferenció esencialmente la cosa considerada en sí misma, de los hombres que pretendian ser los depositarios de sus secretos. *Millia gentium sine medicis degunt, nec tamen sine medicina sicut populus romanus, etc.* Habian, pues, comprendido, no la inutilidad del arte y de la ciencia en sí mismos, sino lo peligroso que era el recurrir á aquellos que se pretendian con derecho de ejercerla. La diversidad de opiniones, la

oposicion de sentimientos que estos manifestaban puestos á la cabecera de la cama de sus enfermos, no contribuyeron poco á imprimir en el corazon de este grande hombre un sentimiento de desprecio hácia los médicos con que la Grecia subyugada habia inundado la dueña de las naciones; y ved aqui, dice, el origen de tantas disputas impertinentes, suscitadas en las casas de los enfermos; ninguno de ellos quiere ceder á la opinion de su cofrade, por temor de pasar por un hombre que piensa con arreglo al parecer de otro. *Hinc illae apud oegrotros miserae sententiarum concertationes, nullo idem censente: ne videatur accessio alterius.* (Plinius, proae. lib. 29).

Ese espíritu de eterna contradiccion entre los médicos, se remonta á los tiempos mas lejanos; lo que es una prueba incontestable de que la ciencia de los médicos tampoco reposa sobre ninguna base. Esta asercion, que mas de un médico mirará como una especie de paradoja, vendrá á ser una verdad incontestable cuando sepan que ha salido de la boca del grande Hipócrates, padre y fundador de la pretendida medicina dogmática. En las enfermedades agudas, los médicos se avienen tan mal, que el uno ordena como muy saludable, lo que el otro desecha como muy perjudicial; lo que asemeja la medicina al arte de la adivinacion. *Acutissimis in morbis medici usque adeo dissentiunt, ut quae alter porrigit optima, alter mala esse putet, atque fere ob id vatitinationi ars ipsa similis esse videatur.* (Hip. lib. *de victus ratione in acutis*).

¿Quisiera decirse con esto que la ciencia médica se debe confundir con los hombres que la ejercen? No; la ciencia es en sí lo que es, per-

fectamente independiente de los hombres que la ejercen ó la practican.

Petrarca, uno de los ingenios mas brillantes, hablando sobre este punto, dice: »Ya sé que aun »cuando no hubiese mas que un solo hombre en »el mundo, no por esto perecerian la medicina »ni las demas artes. Su esencia inmortal subsisti»ria aun de una manera abstracta y separada de »todas las demas materias, ó bien en la mente y »juicio de Dios." Este grande hombre, bien lejos de haber despreciado el arte, lo ha reputado como muy honorífico, segun lo ha manifestado, diciendo: *Non quidem artem ipsam, sed artifices parvi pendi.* (Petrar. lib. 12, *rerum senil, epis.* 3.) Estaba tan convencido, tan persuadido de que podia haber hombres capaces de elevarse sobre su siglo y sobre las fórmulas mas que ridículas, con las cuales habian tenido la maña de encubrirse, que en una especie de arrebato esclamó: »Yo busco hombres cuya facultad consista »en restituir la salud. Si llego á encontrar algu»nos, no me contentaré con amarlos, sino que los »adoraré como á personas que nos dan unos bie»nes que no podemos esperar sino de Dios sola»mente. *Salutis professores quaero, quos si inve»niam, non diligam modo, sed paulo minus adora»bo divini muneris largitores.*" (Lib. 3, epis. 3.)

Dios nos libre de confundir la medicina con los hombres que la ejercen, asi como seria una injusticia que haríamos á su primer gefe, si confundiésemos todos los médicos en la misma categoría. Los hay en esta clase, hombres llenos de honor, de probidad y religion; hombres estimables bajo todos aspectos, y que ejercen su arte

y su talento con aquel noble desinteres que nos recuerda las costumbres del penúltimo siglo. Si esta obra llega á caer en sus manos, me contemplaré feliz si se dignan admitir el débil homenage que les ofrezco. No serán seguramente estos hombres estimables los que se arrebatarán contra esta produccion. Ellos la leerán, la meditarán, y tal vez harán justicia al fondo de la cosa y al motivo que me ha determinado á emprenderla.

Pero si en el número de esos hombres estimables por tantos respectos, se encontrase alguno que hubiese descubierto una grande verdad, una verdad de teoría fundada en razones luminosas y probadas por hechos y esperiencias incontestables; una verdad consolidada anualmente por diez mil hechos prácticos, por diez mil curas, no sobre una sola clase de dolencias, sino sobre todas aquellas á que está sujeta nuestra fragil naturaleza, entonces diré: »Ved aqui el hombre que Petrarca buscaba; ved aqui aquel á quien debe buscar todo enfermo que desde muchos años se está consumiendo bajo el peso de los sufrimientos y de las enfermedades; ved el hombre que yo busco; él será á mis ojos una segunda divinidad, bien sea que haya encontrado con su propio numen el descubrimiento de este principio conservador, bien sea que el Autor de la naturaleza se lo haya revelado.''

La Francia ha visto nacer y ha producido este hombre que fue el objeto de los deseos de Petrarca, de Montaigne y de tantos otros hombres célebres, que habian comprendido perfectamente que el arte de curar no era lo que hubiera podido ó debido ser. El ha existido en el úl-

timo siglo y ha vivido entre nosotros; y esta cara patria que sabe tan bien honrar los talentos, apenas lo ha conocido. Las maravillosas y casi milagrosas curas que obró en los paises Nanteses, el Anjou, el Maine, el Poitou, etc., espuestas á todos los tiros de la envidia, quedaron sin gloria alguna, y cayeron en una especie de olvido, á causa de los culpables esfuerzos de esta horrible pasion. ¡O Pelgas! (1) tú has pagado como hombre el tributo á la naturaleza; mas tu reputacion traspasará el espacio de los siglos, y tu memoria será bendecida por ellos. Del fondo de la tumba donde reposan tus cenizas ignoradas, recibe mi débil homenage; recibe tambien la espresion del reconocimiento de tantos millares de enfermos como tu método y tus principios han vuelto á la salud, y de tantas víctimas, declaradas incurables, como has arrancado y arrancas aun de los brazos de una muerte prematura. Yo lo diré á quien quiera escucharlo: ved el hombre de quien el Espíritu Santo ha hecho el elogio en los términos mas pomposos y mas magníficos, cuando ha dicho de él que es por escelencia la obra del Criador. *Creavit eum Altissimus.* Ved el que es digno de nuestros homenages, de nuestra confianza, y de fijar la incertidumbre de nuestra

1 Pelgas, antiguo maestro en cirugía y suegro del cirujano Le-Roy, ha sido el primero que verdaderamente ha reconocido la *causa* de las enfermedades, y la ha combatido por la sola via y único medio de destruirla, esto es, por la *purgacion*. Tal es la declaracion que siempre ha hecho de ello el autor de la *medicina curativa* en todas sus ediciones.

eleccion. Ved aquel, de quien se puede decir que toda medicina viene de Dios: *omnis medicina a Deo*; aquel, que es digno de recibir los presentes de los señores de la tierra y los elogios de los grandes del siglo. *Et in conspectu magnatorum collaud. laudabitur.* (Ecclesiastico, c. 38.)

Los monumentos históricos del pueblo conocido por mas antiguo (el pueblo judío), nada nos han transmitido de lo que hubiera podido darnos algunas luces sobre un arte que el espíritu de Dios ha puesto en tanto honor; pero á buen seguro que si en tiempo de Salomon la ciencia de la medicina hubiese sido lo mismo que lo es ahora, practicada por hombres que hoy profesan un sistema y mañana lo dejan para entregarse ciegamente á otro sistema opuesto, el Espíritu Santo no les hubiera discernido unos elogios tan pomposos y tan honoríficos. Seria, pues, una pretension bien desordenada de parte de nuestros médicos sistemáticos, que se vanaglorian de pertenecer á la medicina llamada dogmática ó hipocrática, el quererse prevalecer del pretesto de un testimonio que no puede pertenecer sino á aquel que no habla ni obra sino con arreglo á principios ciertos en teórica, y demostrados tales por la esperiencia, maestra de las maestras, y á la que el príncipe de la elocuencia latina intitula *rerum omnium magistra.*

CAPITULO II.

DE LA MEDICINA ANTIGUA.

Muy dificultoso seria el indicar la época en que por la vez primera el hombre habrá dicho á su semejante: »Si las enfermedades, triste gage de »nuestra fragil existencia, vienen á pesar sobre ti, »yo te curaré, ó por lo menos te aliviaré del pe»so de tu carga." Hemos visto que los médicos fueron muy ensalzados en la corte de Salomon, si debemos juzgarlo por los elogios que este gran rey les discernió; pero contrayéndonos aun á siglos mas remotos, veremos en la historia del mas antiguo de todos los pueblos, que en las cortes de los reyes de Egipto tambien habia médicos. Entonces como ahora, ellos presidian al embalsamamiento de los personages que en el curso de su vida habian tenido un rango distinguido en el estado, pues está escrito en el Génisis, que José, primer ministro de Faraon, hizo embalsamar el cuerpo de su padre, el patriarca Jacob, por los médicos del pais. Si estos no tenian el talento de curar las enfermedades, por lo menos se les reconocia el de preservar de la podredumbre y gusanos los tristes restos de nuestra desdichada humanidad. En el pueblo que entre todos ha manifestado un respeto mas religioso por las cenizas de sus antepasados, tales hombres debieron gozar

de una consideracion proporcionada á los sentimientos de veneracion de que este mismo pueblo estaba penetrado por la memoria de sus abuelos difuntos.

La antigua cuna de las ciencias y de las artes, el Egipto, trasmitió á la Grecia junto con sus supersticiones, el todo ó una parte de ese respeto hácia esos mismos hombres que, no habiendo podido sustraer á sus semejantes de los estragos del contagio, por lo menos habian encontrado el medio de arrebatar á la ley de la destruccion los despojos de sus cuerpos mortales.

Recorriendo los fastos de la historia antigua, antes que Hipócrates pareciese, no se encuentra en ningun otro pueblo el mas ligero monumento, que pueda servir para fijar nuestras ideas sobre el mérito de un arte, que se puede llamar el primero de los artes útiles; pues no podemos colocar sino en la clase de fábulas lo que Homero nos ha trasmitido en su Iliada cuando habla de los médicos Machaon y Podalyrio. Es posible que entre los que se han dedicado á las investigaciones relativas á este arte, los haya habido que hayan sido buenos observadores; pero simples observaciones no son principios, aunque puedan algunas veces servirles de base, prescindiendo de que cada uno observa á su guisa.

En las obras de este grande hombre coronado con mas de veinte siglos de reputacion, reina un espíritu de órden y método, que ha servido como de modelo á todos aquellos que despues de él han tratado esta clase de materias; y se puede decir que nadie lo ha igualado, por lo menos en esta parte. La recopilacion de sus observaciones, fruto

de sus largos viages, fijó la atencion de sus contemporáneos, aumentó su celebridad, y atrajo á su escuela una muchedumbre de discípulos, sin contar con sus admiradores. Pero por grande que sea el respeto consolidado y consagrado por veinte siglos de duracion, nada nos impedirá de decir, que este ilustre fundador de la ciencia médica, no solamente no lo vió todo ni lo observó todo, sino que ignoró profundamente el principio fundamental sobre el cual descansa todo el sistema animal, y por consiguiente el principio de la destruccion de las enfermedades humanas.

A los ojos de ciertos personages que se arrebatan contra el mérito de un hombre, por la razon de que su reputacion ha traspasado el intervalo de muchos millares de años, será infaliblemente mirado este juicio como una especie de paradoja, y aun creerán hacerle favor si lo colocan en la clase de los absurdos. Un médico, que en ocasion oportuna puede prevalecerse de la opinion ó del sentimiento de este príncipe de la medicina, se cree tan fuerte como Hércules, y en estado de imponer silencio á todo contradictor. En caso necesario llamaria á su auxilio todas las facultades médicas, y todas las academias teutónicas, batavas, francesas, irlandesas y helvéticas, para destruir y aniquilar bajo el peso de sus anatemas al audaz mortal que se atreviese á desprender el mas mínimo floron de la corona de este gran fundador del arte médico; el último de los periódicos científicos levantaria el grito, diciendo: »¿Quien es ese audaz novator que se atreve á mancillar una reputacion que ha sobrenadado por el océano de los siglos? ¡Que! ese grande hombre,

cuyo nombre hasta el dia de hoy ningun médico se ha atrevido á pronunciar sino con el acento de la veneracion, ¿no seria mas que un mortal comun y ordinario? ¿Seria acaso preciso que descendiese de ese trono de gloria, que por espacio de tantos siglos ha ocupado con tanto brillo? Aquel que ha sentado los límites de la ciencia, ese hombre inmortal que franqueó el camino á Galeno, Celso, Avicena, Averroes, Paracelso y aun al mismo Boheraave, y á tantos millares de autores que son el ornamento de nuestras bibliotecas, ¿se veria obligado á ceder el cetro que ha empuñado por espacio de sesenta generaciones? Venguemos, pues, el honor de la medicina, muriendo si es necesario por la gloria de aquel que es su fundador y su padre."

No permita Dios que pretendamos desacreditar en lo mas mínimo estos sentimientos de veneracion de parte de los discípulos en vez de su maestro. Honor, homenage y respeto sean rendidos al padre del arte médico. Mas no obstante, si una nueva verdad, coronada con todos los resplandores de la evidencia, consolidada por millares de hechos bien justificados y jamás disputados, se manifestase, no solamente en diversos puntos de un vasto imperio, si no en diferentes climas de uno y otro hemisferio, en hombres de todas edades, de todos sexos y de todos colores, parece que habia motivo suficiente para fijar la atencion de un observador imparcial y atento. Un procedimiento de esta naturaleza y de una tan alta importancia, mereceria alguna otra cosa mas que el desprecio, la indiferencia y el desdeño de nuestros semi-sábios. Si Hipócrates ha adquirido derechos á nuestra esti-

macion, la verdad probada y consolidada por la esperiencia, ¿no habrá adquirido tambien los suyos? ¿Acaso se desminuirá la gloria de este gran personage porque sostengamos por todos los medios posibles una verdad, que probablemente hubiera sido el primero en acogerla con la mas viva solicitud si se hubiese ofrecido á su vista? No se pierden los derechos á la celebridad y á la gloria, por no haberlo visto todo ni sabido todo. Se puede decir sin ultrajar las cenizas de ese grande hombre, que á causa de no haber conocido el principio fundamental, sobre el cual reposa en parte el arte de curar, no ha podido poner bases á la ciencia, y esta falta de conocimiento le ha impedido el fijarla. Quien ignora la **CAUSA**, no puede indicar sino de una manera vaga y superficial, los medios capaces de destruirla y de aniquilar sus efectos.

El nombre de Hipócrates ha traspasado el espacio de los siglos, y su celebridad no se perderá en las generaciones futuras. Las útiles y sábias observaciones, y las composiciones farmacéuticas, de que muchas y muchas veces un sin número de enfermos han sacado provecho, cuando han sido sábia y debidamente administradas, le han asegurado el alto rango que ocupa; mas en sus voluminosas producciones y en la multitud de sus observaciones, tenga la bondad de indicarnos el mas celoso de sus partidarios, ó el mas acalorado de sus apologistas, la página de sus escritos donde haya determinado de una manera clara y precisa, ó que por lo menos haya dejado entrever la **VERDADERA CAUSA** de las enfermedades. A la verdad él habla muy juiciosa y sabiamente de las causas oca

sionales; pero estas causas no son la radical, primitiva ó eficiente. Ningun autor antiguo ni moderno ha descrito mejor que él los síntomas, los caractéres y los accidentes de cada enfermedad; pero guarda el mas profundo silencio sobre la causa de estos accidentes, de estos caractéres y de estos síntomas. Ya que no se conoce la CAUSA, ó que no se conoce sino de un modo imperfecto, ¿habria alguno que se atreviese á presumir bastante de sí mismo para creerse capaz de destruirla? En efecto, faltó á este grande hombre, á este genio trascendental, un conocimiento esencial é indispensable, un conocimiento que era como el camino que debia conducirlo á una verdad fundamental; verdad profundamente ignorada en los siglos anteriores. El décimoseptimo siglo de la Era cristiana vió salir del seno de las tinieblas esta verdad tan luminosa como importante: *La circulacion de la sangre*. Mas la sangre no circula sola; ella arrastra consigo en su curso las materias heterogéneas ó estrañas á su naturaleza, del mismo modo que despues de una furiosa tempestad se ven las aguas de un rio caudaloso, poco antes tan claras y tan limpias, volverse turbias y espesas, y enteramente impregnadas del lodo sucio y cenagoso que los torrentes han conducido á él.

Siempre que el curso de la sangre se retarda ó detiene por la mezcla de cuerpos ó partículas que le son estrañas, se esfuerza en depositar ó desembarazarse de lo que le retarda su curso. Todo hombre que ejerce el arte de curar, y no reconoce estas verdades, no esplicará jamás (ó por lo menos no lo hará sino de una manera muy imperfecta), la formacion de tantos depósitos, de tan-

tas congestiones humorales, que se fijan en distintas partes del cuerpo humano. Dejemos, pues, á Hipócrates toda su celebridad y gloria, y digamos en su elogio, que si hoy dia volviese á renacer, seria el primero en rendir homenage á estas importantes verdades.

Entre todas las naciones de la antigüedad, únicamente la Grecia se vanaglorió de poseer un cuerpo de doctrina médica, cuyo mérito y utilidad parecian atestiguados por sus felices éxitos. Fue precisamente en ese mismo tiempo en que el genio inquieto de los antiguos romanos dirigió sus miras ambiciosas hácia la patria de los Alcibiades y de los Epaminondas. Las águilas romanas estendieron sus alas sobre esas mismas regiones donde Solon y Licurgo habian formado los códigos de las leyes, y en ese mismo pais donde Hipócrates habia ejercido su arte y lo habia enseñado. Ricos con los despojos de los pueblos de la mas industriosa de las naciones, los generales romanos creyeron que no podian dar mayor lustre y brillo á sus triunfos, que metiendo en sus carros todas las producciones de las bellas artes y de la industria. Entonces se vieron entrar en Roma todas las obras maestras de Phidias, de Praxiteles y de Zeuxis; y esta capital de las naciones subyugadas, recibió en el recinto de sus muros, y acogió con una especie de entusiasmo los poetas de la Grecia, los historiadores y los filósofos. Los histriones y los médicos tuvieron tambien la maña de ingerirse tras de ellos.

Si debemos creer al testimonio de Plinio el antiguo, esta época de la conquista de la Grecia, fue en la que los médicos tuvieron entrada por la primera vez en Roma; pues hasta entonces, segun

todas las apariencias, los antiguos romanos no habian tenido para su uso personal mas que remedios caseros. Esta costumbre no ha decaido enteramente, pues aun en el dia se conservan sus vestigios en ciertos pueblos que no son del todo estrangeros á los beneficios de la civilizacion (1).

Ved aqui, pues, los médicos de la Grecia poseedores de la primera ciudad del mundo. ¡Que teatro mas bello y mas brillante para ejercitar su talento! Forzados á abandonar una patria devastada, ¿que habian de hacer viéndose trasplantados á un pais estrangero? Unicamente era ocasion de desplegar su industria. Estos médicos trasplantados ó espatriados, formaron el pensamiento de abrir escuelas, y se procuraron discípulos por entre los de su misma nacion, á quienes dieron lecciones y comunicaron los preceptos que ellos mismos habian tomado en las escuelas de Atenas. No se limitaron únicamente en dar lecciones, sino que pusieron en práctica los preceptos que habian recibido y que habian enseñado á sus discípulos. Parecia que Roma se glorificaba de las ventajas de sus conquistas; y estos soberbios dueños del mundo, estrangeros hasta entonces á este arte, cuyo fin es de restituir la salud á los enfermos, se dejaron seducir por las bellas frases de esos hombres que les prometian armarlos de una triple coraza contra los tiros de la enfermedad y de la muerte. ¿De que serviria conquistar el universo entero sino se pudiese utilizar del fruto de la conquista, ó si de hoy á mañana los laureles se cambia-

1 Véase el viage de Schaw, médico ingles, por los reinos de Fez, Tunez, Marroc, etc. *La Haye*, 1743.

sen en cipreses? El hombre coronado con los símbolos de la victoria tiene mucho mas apego á la vida, aunque no sea por otra cosa que por gozar de las ventajas de su triunfo, y le produce un gran consuelo cuando puede decirse á sí mismo: »Si me hallo atacado de enfermedad, me libraré de ella entregándome en manos de esos reparadores de la salud arruinada.''

Ahora, pues, en ese número incalculable de médicos de todos calibres y de todas naciones, de que la antigua dueña del mundo se halló como inundada, no eran todos de un mérito igual, ó por lo menos no gozaban de la misma celebridad. Entre la muchedumbre apareció con mucho brillo un tal *Archagatus*. ¿Era este de orígen griego ó semi-bárbaro? (1). Los autores de aquel tiempo no juzgaron por conveniente el fijar nuestras dudas sobre el particular; bastará, pues, saber que le habia precedido ó acompañado una gran celebridad, y que la fama habia hecho resonar la ciudad de las siete colinas con las curas verdaderas ó supuestas que habia obrado en Grecia. ¿Que médico se ha presentado jamás bajo mas felices auspicios y con mas brillante perspectiva? Esos antiguos romanos, que arrostraban la muerte en los combates, no dejaban por esto de tener apego á la vida cuando se hallaban de vuelta en sus hogares. Los caballeros, á la par de los tribunos del pueblo, de los senadores y de los mismos cónsules, competian á porfia en confiar el cuidado de su salud y

1 El nombre de *bárbaro* era el nombre genérico de que se servian los griegos para calificar á cualquiera que hubiese nacido fuera de la Grecia.

de su vida al doctor *Archagatus*. Sin pensárselo ni quererlo, se encontraron ser sus tributarios, ó por mejor decir, entregados á la merced de aquellos mismos griegos que habian subyugado, viniendo á quedar el pueblo vencedor á la discrecion de la nacion vencida.

Archagatus, lleno de gloria y fama, conocia lo ventajoso de su posicion, y por lo mismo no hubiera estado en el órden de la decencia el que se hubiese manifestado diariamente en público, y entregádose indiscretamente á las miradas de la multitud. Era un hombre que era de su pais, y que sabia perfectamente su oficio. Un miserable plebeyo inútilmente hubiera llamado á su puerta. Plinio el antiguo no nos dice que hubiese llegado hasta el punto de obligar á hacer antesala; pero lo cierto es que no se le podia hablar á este célebre médico siempre que se queria. Entonces, como ahora, en el ejercicio del arte que él practicaba, habia sus cofrades, hombres de medianos medios, que hacian uso de esos atemperantes, que despues han obtenido un tan alto favor. Enemigo de los paliativos, este raro personage cortaba, como suele decirse, á lo vivo, y tallaba á trapo tendido. Al igual de los médicos de los tiempos antiguos, reunia en su persona el doble talento de la medicina y cirugía; y su divisa era el estirpar el mal, no en su raiz, sino alli donde lo suponia; y cuando alguno de sus enfermos tenia un depósito, fuese en el brazo ó en la pierna, ó tan solamente un panadizo en un dedo, mandaba la amputacion. Parece que este hombre abrió la senda á los médicos de nuestro tiempo, que creen ó aparentan creer que el sitio ó principio del mal están en el lugar

en que se manifiestan sus efectos. Este desapiadado operador no tenia igual para cortar, quemar ó arrancar. Si un dolor vivo y agudo, ocasionado por la presencia de un depósito humoral, se hacia sentir en el brazo, al momento el instrumento acerado y cortante hacia su oficio: si una llaga ó una contusion amenazaban de gangrenarse, sin pérdida de tiempo se aplicaba el fuego sobre la parte afectada. ¡Otra cosa hubiera sido aun si el *moxa* de los Japones hubiese sido conocido en aquel tiempo!

No obstante el pueblo romano, no menos advertido sobre los medios de conservar la salud de sus conciudadanos, que sobre los de garantizar sus conquistas, principió á comprender que este modo de curar tenia algo de demasiado acerbo y bárbaro, y aun de demasiado cruel, y principió á concebir desconfianza de aquellos pretendidos médicos que querian pasar por conservadores de la salud humana. Este mismo pueblo, que supo colocarse tan bien en el alto rango que era digno de ocupar, comprendió y conoció, no la inutilidad del arte considerado en sí mismo, sino lo peligroso de los medios curativos, tales como los empleaban aquellos que se miraban como los depositarios de la ciencia. Mas de un autor versado en el conocimiento de la antigüedad, ha dicho que en esta época todos los médicos fueron vergonzosamente espulsados de Roma. Este problema que se une á la historia, ha formado el asunto de mas de una ámplia y sábia disertacion; y algunos sábios en sus doctos descansos no se han desdeñado de recopilar lo que los antiguos monumentos históricos nos han trasmitido sobre este asunto. Pero es-

pulsados ó no, ved lo que dice Plinio el antiguo de los médicos que se introdujeron en Roma despues de la conquista de la Grecia. »El pueblo ro»mano que se mostró tan solícito en recibir las »artes de la Grecia, acogió con anhelo la medici»na, hasta que instruida por la esperiencia, tomó »el partido de condenarla.'' Siendo este mismo Plinio quien nos ha comunicado el nombre y procedimientos de *Archagatus*. *Populus Rom. neque in accipiendis artibus lentus, medicinae vero avidus; donec expertam damnavit* (Plin. lib. 29, prooe.). Mas este pueblo tan inteligente y tan perspicaz, no confundia el arte considerado en sí mismo con los hombres que lo ejercian. *Non rem antiqui damnabant sed artem.* Aquellas antiguas recetas que los médicos de entonces, asi como los de ahora, llamaban remedios de comadres, á falta de mejores obtuvieron la preferencia en el espíritu de los vencedores de la Grecia, contra las sábias composiciones de esos médicos que se habian abrogado el pomposo título de médicos dogmáticos.

Fácil es de juzgar que la escuela de Hipócrates, trasladada de Grecia á Roma, perdió mucha parte de su mérito y de su celebridad, por ser del interes del mismo cuerpo el mantener una reputacion vacilante, en cuyas circunstancias apareció Galeno.

Penetrado éste de los principios del médico de Coos (1), nacido como él con un espíritu de observacion, meditó y reflexionó; y al igual de los demas hombres de ingenio, conoció toda su fuerza, y comprendió que llevaba consigo una inspi-

1 Isla del Archipiélago en que nació Hipócrates.

racion interior que le decia: »Tu puedes ilustrar á tus semejantes sobre la primera de las necesidades, y puedes serles de alguna utilidad, bien sea para curarlos ó para aliviarlos del peso de sus sufrimientos.'' Habia leido las obras de Hipócrates, sobre las cuales reflexionó y meditó sériamente, pareciéndose en esto á todos los hombres que buscan la verdad: desconfiaba de los conocimientos que habia adquirido, y por temor de engañarse, se resolvio á visitar la Grecia, con la esperanza y deseo de encontrar alli hombres sábios y capaces de añadir nuevas luces á aquellas con que estaba adornado su espíritu. Frustradas sus esperanzas, porque la Grecia no conservaba ya para sí mas que su antigua reputacion, tomó el partido de dirigirse hácia Alejandría, que desde muchos siglos habia venido á ser la capital del Egipto, y que pasaba entonces por la primera escuela de medicina del mundo conocido. Mas ¿que fruto sacó Galeno de sus fatigas y viages? ¿Que nueva luz difundió sobre el arte de curar? Se puede decir sin ultrajar su memoria ni despreciar su mérito, que apenas hizo retroceder los límites de la medicina; pues esceptuando algunas preparaciones farmacéuticas, de que fue ó se presume haber sido el inventor, se puede decir que no hizo mas que marchar sobre las huellas de su maestro, alambicando algunas de sus composiciones. Pero como es bastante comun el querer rivalizar, y aun sobrepujar á los grandes hombres cuyos principios se han adaptado, Galeno, que tal vez nunca hubiera existido si Hipócrates no le hubiese trazado el camino, se aventuró á abrir escuela, y mas de una vez se atrevió á po-

nerse en oposicion con el patriarca de la ciencia del arte médico; pues muchas veces Galeno decia sí, cuando Hipócrates decia no; de cuya diversidad de opiniones y sentimientos nació esa secta ó escuela llamada Galénica. Galeno obtuvo en Roma maravillosos sucesos, dirigiendo con la sabiduría é inteligencia de que era capaz, el uso de muchas de sus composiciones; y hay motivo para presumir que la confianza de los emperadores Antonino y Marco Aurelio, fue la merecida recompensa de las curas que habia obrado.

Se puede igualmente presumir, que la confianza de estos dos gefes del imperio romano, no contribuyó poco á dar vigor al método de este célebre médico, pues no se necesita tanto para adquirir reputacion en este ramo; porque los hombres en general raciocinan á menudo segun el sentir de los otros; y cuando las primeras cabezas de un estado, tales como las de un Antonino y un Marco Aurelio, han dado su confianza, es preciso que se pasen siglos para quitar la venda de los ojos.

Galeno murió rodeado de gloria y colmado de los beneficios de sus soberanos; pero parece que al morir se llevó consigo al sepulcro toda la ciencia médica; pues que despues de este hábil médico, se han pasado diez siglos, durante los cuales no se puede citar un solo hombre cuya pluma haya contribuido á esparcir algunas luces sobre una materia que se une tan de cerca á la felicidad del género humano. Se encuentran á la verdad en la edad media, y despues de tiempo en tiempo algunos autores que han escrito sobre la medicina (aunque sin órden alguno), tales como un

Avicena, un Averroes, un Petrus Aponensis, un Paracelso, y algunos otros, cuyos nombres algo obscuros llenan algunas columnas de nuestros lejicógrafos. Mas hojead sus obras, buscad en sus varios escritos un principio claro, fecundo, luminoso y fundamental de este arte, sobre el cual todos esos hombres han escrito tan enormes volúmenes, y encontrareis que no han contribuido sino á cubrir de tinieblas, mas ó menos espesas, una ciencia que por sí misma era ya demasiado obscura.

CAPITULO III.

DE LA MEDICINA MODERNA Ó DEL ESTADO ACTUAL DE LA MEDICINA.

Si juzgásemos de los progresos ó del grado de perfeccion de un arte ó de una ciencia por la multitud de libros que se han escrito sobre ella, se podria decir que el arte médico es entre todas las ciencias el que ha llegado al mas alto grado de perfeccion. Podrian formarse hermosas bibliotecas, solo con las producciones que de un siglo y medio á esta parte han salido de la pluma mas que fecunda de los diferentes autores que han escrito sobre la medicina; y si algun incrédulo dudase de esta verdad, para convencerse de ella, no tiene mas que trasladarse á la biblioteca del rey, y echar una ojeada sobre los estantes reservados á esta parte de las ciencias, y verá alli llenas de volúmenes de diferentes tamaños unas ocho toesas (de buena medida) en longitud, sobre tres de latitud, sin contar los que se han quitado; y á escepcion de ocho ó diez autores antiguos, todas las demas producciones son modernas, que no se remontan mucho mas allá de doscientos y cincuenta años. ¡Que diluvio de sistemas! ¡Que amalgama de ideas mas ó menos incoherentes! ¿Que lector habrá bastante atrevido que se sumerja en este laberinto de incertidumbres y en ese torbe-

llino de congeturas? Y ¡á que fin perderse en ese inmenso laberinto! Para formarse una idea de lo que se llama el arte ó la ciencia médica, basta echar una rápida ojeada sobre la manera que se ejerce en nuestros dias. ¿Que cabeza bastante fuertemente organizada para el cálculo, se atreveria á lisonjearse de enumerar esa multitud innumerable de sistimas diferentes ú opuestos, con los cuales obran los médicos sobre la especie humana? Por espacio de cerca de cien años los sistemas se han sucedido con una rapidez imaginable. La medicina del siglo que principia, nada tiene de comun con el que acaba de espirar. La mayor parte de los prácticos prescribian los evacuantes al principio de las enfermedades llamadas agudas, y los reiteraban cierto número de veces, con lo cual los enfermos lo pasaban bien. En el dia se ha adoptado un método diametralmente opuesto, pues se prohibe severamente toda evacuacion humoral. Apenas se permite un *emético* que algunas veces puede causar un buen efecto aunque muy á menudo puede ser perjudicial, porque pone en movimiento los humores sin espelerlos del cuerpo de los enfermos. Los calmantes, la sangría, las sanguijuelas y la dieta forman el método favorito. Con los cordiales, la leche de burra, los jugos de yerbas, los baños, el ópio, el agua de tilo, el caldo de pollo, la flor del naranjo, el agua de goma, *y sobre todo las sanguijuelas;* un hombre autorizado con un diploma puede decir á la faz del universo: »Yo soy médico." ¿Quien puede penetrar la profundidad de lo futuro, y decir cuánto tiempo durará aun esta abominable rutina? Pero como ella deja bajar lenta

mente el enfermo al sepulcro, hay toda apariencia de que gozará por largo tiempo de un favor que se concilia grandemente con los intereses pecuniarios de los partidarios de Esculapio.

No hay un solo médico de buena fue que no convenga en que la medicina no ha sido hasta hoy sino una ciencia conjetural, aunque fundada sobre algunas observaciones. Los mas verídicos de entre ellos declaran que la naturaleza por sí sola hace mucho mas cuando el enfermo no sucumbe, que todos los medicamentos que se le han administrado. Veinte mil volúmenes por lo menos, de que consta la coleccion de las obras escritas en diferentes lenguas sobre el arte de curar, no han contribuido hasta ahora sino á esparcir luces con respecto á la anatomía; sino dígase: ¿que nuevo descubrimiento, que nueva verdad se ha proclamado de dos siglos y medio á esta parte? ¿que paso en fin, ha adelantado esta ciencia en lo que concierne la destruccion de las enfermedades, sean agudas ó crónicas?

Cosa de un siglo hace que todas las trompetas de la fama proclamaron la inoculacion de las viruelas, como el mas brillante de los descubrimientos que se hubiese hecho jamás en medicina. Milady Montague, esposa de un embajador ingles á la Puerta Otomana, habia seguido á su esposo en sus viages diplomáticos. Nacida con una imaginacion viva, que no obstante no la escluia del genio de la observacion, buscó y creyó descubrir la causa que hacia que las mugeres georgianas y circasianas conservasen aquella hermosura que las hace tan superiores á todas las mugeres de las otras partes del mundo; pues á fuerza de obser-

vaciones y averiguaciones, supo ó creyó saber que eran deudoras de esta ventaja á la inoculacion. De vuelta á Inglaterra se concertó con un cirujano ingles, llamado Maitland, que habia residido mucho tiempo en Turquía, donde habia aprendido el método de inocular, bajo los auspicios de milady Montague (1), secundada de los conocimientos y destreza del cirujano Maitland, la inoculacion fue introducida en Lóndres en 1722, siendo alli donde se hicieron los primeros ensayos, para lo cual se tomaron cinco criminales condenados á muerte. En cuatro de estos inoculados aparecieron las viruelas el quinto dia; pero una muger comprendida en su número, no presentó ningun síntoma de los que ordinariamente acompañan la inoculacion, bien que ella misma declaró que en su juventud habia tenido las viruelas (2).

Un pueblo al cual, sin hacerle injusticia, no se le puede rehusar el raro talento de la reflexion, creyó por entonces poder dominar esa branca de peste, y neutralizar los efectos de esa plaga destructora que arrebataba diariamente á la sociedad tantas jóvenes víctimas, y que dejaba impresos en los que escapaban de ella las horrorosas huellas de la diformidad. Las primeras tentativas fueron coronadas de suceso; y se llegó á decir en el tiempo en que este método obtuvo gran favor, que de cien personas inoculadas, apenas sucumbian dos,

1 Esta valerosa muger habia prevenido sus ensayos, haciendo inocular á su hijo único en Constantinopla.

2 Carta de lady Montague, París, en casa de Lenormant y Mertin, 1805, 2 vol. en 12.°

nientras que antes era probado perecia la séptima parte de la poblacion, por los efectos de esta plaga. Muy pronto los ejércitos se hallaron al frente uno de otro; pues no es necesario preguntar si todos los médicos fueron del mismo parecer: estaló la division, y podria formarse una coleccion voluminosa de las obras impresas en pro y en contra le esta práctica. La pluma de nuestros doctores no iempre se mojó en agua de rosas; y todas las memorias escritas sobre este asunto, cubiertas en el lia de polvo, y perdidas en los obscuros recintos le nuestras bibliotecas, son y serán un monumento de la locura de sus disputas, ó de su obstinacion y ceguedad. Si la Francia, y aun la Europa, e hallaron entonces inundadas de un diluvio de nemorias, en desquite las medallas de oro y plata ayeron como un torrente. No hubo academia de rovincia que no propusiese una especie de concurso, ó una recompensa en favor de la memoria nas bien escrita y mas profundamente pensada. Tal fue por espacio de medio siglo el alto favor ue disfrutó la inoculacion. Ahora bien: pregúnese á sus mas celosos partidarios, á sus mas inrépidos defensores, á sus propagadores mas adicos, á esas cabezas doctorales (de las cuales aun xisten algunas); y en una palabra, á todos los que demostraron su sosten y su apoyo, ¿en que ha enido á parar la inoculacion? Ha caido en tal desrédito, que sus mas ardientes panegiristas cuasi abochornarian de pronunciar su nombre. ¿A que ausa debemos atribuir una revolucion tan estraorinaria en el sistema médico? ¿Como un método evestido con la recomendacion mas poderosa, alado, fomentado y recompensado por todas las so-

ciedades sábias, y protegido aun por los mismos soberanos que no han temido el someterse á sus pruebas, ha caido en un total abandono y en una especie de olvido deshonroso? Lo que hace treinta años era intrínsecamente útil y bueno, ¿se habrá vuelto de un golpe dañoso, perjudicial, ó por lo menos inútil? ¿Quien resolverá este maravilloso problema?

Un nuevo descubrimiento debido á la mas feliz de las casualidades, ¿no ha podido contribuir á la decadencia de esta especie de entusiasmo, en el que habian tomado parte casi todas las naciones de Europa? La inoculacion, que habia fijado la atencion y las miradas de los dueños del mundo, asi como de todas las sociedades sábias, perdió el color al solo nombre de la vacuna. Este descubrimiento que data de cerca veinticinco años, obtuvo tal aceptacion y tan alta preponderancia, que sus numerosos sucesos no pueden colocarse en la clase de las cosas dudosas. Sin embargo, grandes obstáculos se opusieron en su tiempo á su propagacion. Algunos viejos doctores, observadores reflexivos, aventuraron algunas sospechas, que hubieran podido llamarse sospechas legítimas; pero á pesar de sus dudas, de sus sospechas y de sus juicios, los honores del triunfo quedaron por la vacuna.

¡Honor al médico ingles ó escocés que ha contribuido á neutralizar ó atenuar una plaga, cuyos estragos han causado tantas lágrimas y desastres en nuestros climas europeos, y cuyos efectos son aun mas terribles en las lejanas regiones de América! Propagar un método semejante, es ser el bienhechor de la humanidad.

¡O vosotros, que sois los amigos de vuestros semejantes, propagad esta benéfica institucion; favoreced esta tentativa; celebrad las alabanzas del autor de este descubrimiento, y erigidle estátuas! Pero acordaos al mismo tiempo que no basta el arrancar momentáneamente de los brazos de la enfermedad ó de la muerte las tiernas víctimas que hubieran podido sucumbir á sus golpes, y que en todas las cosas se debe considerar un fin. ¿Seria acaso esta la primera vez que el mal se encontrase al lado del bien? ¿Las ventajas mas preciosas no han sido á menudo acompañadas de los mas graves inconvenientes, ó seguidas de los mas penosos resultados? El gobierno con sus sábias miras y con la rectitud de sus intenciones, ha alentado la propagacion de este método preservador, por todos los medios que han estado á su alcance; se ha detenido hasta en los mas pequeños detalles, y ha dirigido sus benéficas miras á los establecimientos públicos, á fin de que no se abra la entrada de las casas de educacion que él costea, sino á los que hayan sufrido esta operacion. Aun ha hecho mas; ha decretado y decreta todavía anualmente á título de emulacion, de fomento y estímulo ó recompensa, medallas de oro y plata para los que mas eficazmente concurran á la propagacion de este beneficio. Pocos departamentos hay en Francia donde no se encuentre un establecimiento de vacunacion, en el cual se hace gratuitamente la operacion, sin que ocasione gasto alguno á cualquiera que quiera disfrutar ó hacer disfrutar á los suyos de esta preciosísima ventaja.

No obstante, nada impide que el observador reflexivo, escondido en un pequeño rincon de ese

mismo establecimiento, que levante un poco la cortina para examinar lo que alli pasa, que no mire atentamente la naturaleza del mal que se quiere destruir ó neutralizar, sobre el modo con que se administra este benéfico preservativo, y sobre las consecuencias de esta operacion. ¿Seria acaso una temeridad el anticipar el que todo hombre cuando nace lleva consigo un germen de corrupcion siempre pronto á desarrollarse, un poco mas, un poco menos, un poco mas pronto ó un poco mas tarde, segun el lugar que habita, y aun segun las personas que frecuenta? ¿Ofenderíamos la decencia si comparásemos las enfermedades humanas con las de ciertos animales domésticos? Véase el caballo, ese soberbio animal que el Criador ha dado al hombre para ayudarlo en sus penosos trabajos, ¿no está sujeto en cierta época á una enfermedad que se llama agalla? Es de absoluta necesidad el que esta haga su crisis, y si la naturaleza se rehusa á las evacuaciones ó deposiciones naturales, el animal perece á causa de la dilatada, y por demasiado tiempo prolongada permanencia de ese germen morbífico.

Estas ideas preliminares, tomadas como objeto de comparacion, ¿no son suficientes para conducirnos al descubrimiento de una verdad interesante? El germen llamado variólico, ¿no es una especie de levadura que traemos al nacer, al parecer incorporada con nuestra naturaleza, y que forma parte de nuestra constitucion? Si es asi, está en el órden natural que haga su erupcion, un poco mas pronto ó un poco mas tarde; pero que en difinitiva es preciso que se efectúe; sino se hace, la masa humoral encerrada en el cuerpo humano,

se encuentra en un estado de sujecion y opresion. Cuanto mas violenta sea la sujecion, tanto mas terribles serán sus esfuerzos y su tendencia á la erupcion, por la razon de que no se puede contrariar la naturaleza en su marcha, y que ella se rie de los vanos obstáculos que se le pueden oponer. Admitamos no obstante que esté en la mano del hombre el detener momentaneamente la marcha de la naturaleza: por grandes que sean sus esfuerzos y sus tentativas, ella volverá, á pesar suyo, á recobrar sus derechos. Sucede á menudo que se cree ver ó percibir un desórden, donde no hay mas que una consecuencia de las leyes generales; y las reflexiones que nacen de esta observacion, nos conducen á otras de mayor importancia. Examinemos, pues, de qué manera se procede á esta operacion sumamente delicada y mucho mas importante de lo que se imagina.

Una aldeana, muger de la clase indigente, se presenta con su hijo á la que se llama junta central de vacuna. El artista procede á la insercion del *virus variólico ó vacónico*, y una vez practicada la operacion, el pobre muchacho viene á parar en lo que puede, sobre todo si pertenece á la clase de aquellos que no pagan. Conducido á tres ó cuatro leguas distante de la junta central, ¿á quien se dirigirá para obtener socorro en caso que sobrevenga algun accidente? El muchacho vacunado tendrá para sí los cuidados de una madre tierna y atenta; pero estos buenos cuidados no son siempre suficientes para prevenir los accidentes que pueden sobrevenir. Tanto mejor para él si la vacuna produce su efecto, y si corre los períodos de su aumento y disminucion, segun la indicacion que

de ellos hacen las diferentes obras compuestas sobre este asunto. Pero si la vacuna no se ha desarrollado con los caractéres y síntomas acostumbrados, el hombre del arte queda descargado con solo decir que el individuo no ofrecia disposicion alguna á la accion del *virus* vacónico. Será, pues, cierto el decir que en el modo de administrar este preservativo se ha introducido un espíritu de ligereza, que no puede dejarnos tranquilos sobre sus resultados.

No es solo la ligereza con que se administra este preservativo la que está sujeta á una especie de censura; y nos creeríamos culpables á los ojos de la humanidad, sino dijésemos lo que hemos visto y observado en una materia tan importante. Cuando los periódicos hubieron anunciado á porfía este maravilloso descubrimiento, tan superior á la inoculacion, creí de mi deber el consultar este punto con un hombre del arte, que sabia era franco, leal y desinteresado, y ademas instruido en su profesion, el cual me dijo que era el mas hermoso, el mas precioso de los descubrimientos que se hubiesen jamás hecho en medicina. Esta idea me hizo tal impresion, que habiendo venido un padre de familia á consultarmente relativamente lo que debia hacer con uno de sus hijos, lo decidí á hacerlo vacunar. Se tomaron todas las precauciones acostumbradas, y la operacion se hizo segun las reglas prevenidas. Diez dias se pasaron, y al último período de la erupcion, el muchacho, de dos años y medio de edad, se encontró en un estado de espasmo y convulsiones espantosas. Ninguna sensibilidad, nada de conocimiento, en términos que por espacio de mas de dos horas se le creyó pronto á

exhalar el último suspiro. En este estado se envió á llamar al médico vacunador, y testigo de la situacion del muchacho, no supo á qué atribuirla, hallándose como sobrecogido, y sin remediar nada, se retiró diciendo: »Nada tengo que vitupe»rarme, pues me conformé puntualmente á la in»dicacion de los procedimientos trazados en el mé»todo." A la verdad, el muchacho no sucumbió; pero seis meses despues estuvo á las puertas del sepulcro, á causa de una aguda enfermedad, y que á no ser por los purgantes que le administró un médico esperimentado, se encontraria probablemente entre el número de los que han pagado prematuramente el tributo á la naturaleza.

Diariamente se observa á los ojos del observador atento mayores y mas graves inconvenientes, accidentes de mayor consecuencia. ¡Cuantas precauciones deberian tomarse que no se toman! La vacuna es un *virus*, ó lo que es equivalente, una especie de veneno que se intruduce en un cuerpo sano, cuyos humores sin embargo tienen mas ó menos tendencia á recibir la impresion de esta especie de levadura. Un mismo individuo puede encerrar dentro de sí *virus* de diferentes visos. El bubon pestilencial es de distinta naturaleza que el bubon sarnoso; y ¿no podríamos decir otro tanto de las afecciones escorbúticas, y otras que la decencia no nos permite nombrar? Si por uno de esos accidentes que no se pueden prevenir ni prever, existiese en el individuo del cual se ha estraido la vacuna, un virus contraido, bien sea en el momento de la concepcion, ó por cualquiera otra via, el hombre imparcial se veria obligado á reconocer la existencia de dos *virus* en lugar de

uno. Admitamos por un momento, que con el auxilio de la insercion de la vacuna, se puede neutralizar la erupcion variólica en el individuo vacunado; por esto no será menos verdadero el decir que el médico encargado de esta operacion habrá introducido dos *virus* á la vez, cuyo desarrollo no dejará de manifestarse segun los caractéres propios de cada uno. En vano para responder á esta observacion se diria que no se escogen sino individuos, con respecto á los cuales se han tomado las precauciones mas escrupulosas, á fin de asegurarse de su estado sanitario, y del de los padres que lo han procreado. Pues todas estas precauciones, esta superabundancia de precauciones, ¿no son por sí mismas la prueba incontestable del peligro? Y despues de tomadas todas estas precauciones, ¿cual seria el médico vacunador que osase responder con su cabeza del estado sanitario, asi de los padres como del individuo de quien estrae la vacuna? Una apariencia de salud no es siempre una garantía suficiente, particularmente en un siglo en que los médicos mejor que nadie pueden apreciar su valor. ¿Cuantas precauciones no toman para sí mismos, cuando se ven obligados á arrimarse á ciertos seres degradados por el libertinage? Bien examinarán desde luego sus manos con un lente, por el temor muy fundado de que el mas ligero rasguño, ó la menor solucion de continuidad, no dé entrada á un *virus*, cuyos funestos efectos conocen mejor que otro alguno? ¿Seria, pues, demasiado exigir de esos hombres que están encargados de propagar esta benéfica institucion, que hiciesen por los demas lo que saben tan bien practicar por sí mismos?

Emprendamos el capítulo de los resultados ó de las consecuencias. Todo médico que adopta una medida curativa ó sanitaria, no tan solo se propone un fin, sino que debe prever las consecuencias de los medios que ha adoptado. Cada vez que procede á la insercion del *virus* vacónico, ¿que es lo que pretende? ¿no intenta neutralizar en el individuo que sufre esta operacion un gérmen de putridez, que un poco mas pronto ó un poco mas tarde, hubiera hecho la erupcion por fuera? Está muy bien; pero neutralizar no es espulsar, no es echar. No habiéndose operado la crisis ni la erupcion de las materias que *estaban dispuestas* á la putrefaccion, ó por lo menos á la purulencia, ¿que se hacen estas materias? ¿donde se colocan? ¿de pútridas que eran, se han vuelto sanas por efecto de esta operacion? ¡Que! ¿la décima parte de la cabeza de un alfiler, haria sanos unos humores que tenian una disposicion próxima á la putrefaccion? Todo hombre de buen sentido comprenderá que el depósito humoral se queda en el cuerpo humano, y que no se suspende su desarrollo sino momentaneamente. Si la crisis ó la erupcion no se manifiesta entonces, será preciso que se manifieste en otro tiempo, aunque de diferente modo.

Abramos los archivos públicos; consultemos los registros del estado civil de nuestras grandes y populosas ciudades, sobre todo de aquellas en que se ha acogido con mayor entusiasmo la operacion de la vacuna. ¿Cuantos ciudadanos, inflamados del celo del bien público, se han entregado enteramente y dirigido su atencion hácia objetos mucho menos importantes? La dignidad del hombre ja-

más se halla en mas alto grandor, que cuando emplea sus cuidados y su aplicacion por la felicidad de sus semejantes. Cuando se ha tratado de procurar estados de estadística fieles y exactos, ¡cuantos ciudadanos celosos han arrostrado las molestias indispensables de este género de trabajo, y han contado por nada los gastos que este puede haberles ocasionado! ¿Por que, pues, se desdeñarán esos hombres de compulsar los archivos públicos de las ciudades donde este método ha sido tan vivamente acogido, y en los cuales se hallan justificadas las épocas de la entrada y salida de la vida humana? ¿Por que no comparan el número de personas que perecen de los quince á los veinticinco años, con los estados de mortandad que han precedido á este útil descubrimiento? El observador imparcial se convenceria de que el número de víctimas que perece, sea el que quiera el género y la especie de enfermedad que los arrebata de la sociedad, es mucho mas considerable que no lo era hace treinta ó cuarenta años.

Despues de haber hecho tanto como de emprender una cuestion que presenta un tan alto grado de importancia, no debemos temer el seguirla en todas sus ramificaciones, pues que una circunspeccion acompañada de demasiada timidez, podria perjudicar la propagacion de las verdaderas luces. ¿Los partidarios de la vacuna se atreverian á decir que sea una garantía infalible contra los ataques de las viruelas?

En el transcurso del año 1819, esta plaga ejerció en Orleans y sus contornos los estragos mas terribles. Si debemos dar crédito á la pública opinion, entre los muchachos y adultos que sucum-

bieron, la mayor parte habian sido vacunados. ¿Que han contestado los médicos á esta alegacion? Que la insercion del virus vacónico, han dicho, no habia producido su efecto. Se les han presentado individuos que llevaban en sus brazos la marca y la cicatriz de esta operacion, lo que les ha producido un nuevo embarazo; mas á los hombres de esperiencia nunca les falta algo que responder. »Es que el *virus* vacónico, han repetido, á fuerza de estenderse y propagarse, ha perdido su actividad é intensidad primitivas, y que se hacia indispensable el emprender un viage á Escocia para procurarse de nueva."

¿Se seguirá de esto que deba proscribirse la vacuna? no ciertamente. Este descubrimiento es precioso para la humanidad; pero es necesario que se practique con las precauciones, y arregladamente á las indicaciones que sugiere una ilustrada prudencia. Siempre que se desprecie ó desdeñe el hacer uso de la purgacion, y que á esta no siga la erupcion del *virus* vacónico, se deben esperar accidentes mas ó menos graves, y que jamás hubieran tenido lugar si se hubiese empleado convenientemente la purgacion. Entre los médicos de nuestros dias, aun de aquellos que son mas celosos propagadores de este método, cítese uno siquiera que mire la purgacion como absolutamente indispensable para los que han sufrido esta operacion. Ellos han ocasionado en el sistema animal un sacudimiento, una conmocion y un desarreglo en los humores: ¿cuales serán, pues, sus resultados? ¿Seria la vacuna con respecto á ellos, lo que en lengua vulgar se llama *la becerrilla de leche, ó la cosa de que se saca algun*

provecho? Nos incitaria casi á creerlo el verlos rechazar con desden el solo medio capaz de hacer gozar á la humanidad de la preciosa ventaja de este brillante descubrimiento (1).

Ved poco mas ó menos en que han venido á parar, despues de tres ó cuatro siglos, las indagaciones, las meditaciones y las observaciones de los conservadores de la humanidad, en lo concerniente á la ciencia médica propiamente dicha; mas sin embargo, es preciso guardarse bien de confundir la cirugía con la medicina, aunque una y otra tengan por objeto la curacion de nuestras enfermedades; porque cuanto la una ha sido hasta hoy congetural en sus prescripciones, tanto mas la otra es segura en su marcha y en sus operaciones; pues que jamás este arte fue llevado á un mas alto grado de perfeccion. La cirugía es sin duda necesaria; pero ¡en cuantas circunstancias podríamos dispensarnos de acudir á ella! ¡Cuantas operaciones tan dolorosas en sí mismas, como horroroso su aparato, no se evitarian si se recurriese al principio único de la CAUSA de todas las enfermedades á que está sujeto el cuerpo humano! ¡Cuantas piernas y brazos cortados de resultas de llagas y úlceras hubieran quedado en su sitio natural, si tan hábiles amputadores hubiesen comprendido mejor, que el foco de los humores está

1 Solo algun tiempo, medio siglo no mas, la vacuna tendrá la misma suerte que la inoculacion. En Francia mas que en ningun otro pais del mundo, todo es asunto de la moda, y las modas no duran mas que un cierto tiempo. Solo la verdad triunfa de todos los obstáculos.

en el centro, y no en las estremidades, y que obrando asi, es como si se quisiese arrancar un árbol por las ramas! El arte de tratar las enfermedades internas, lo mismo que las llagas y úlceras que provienen de la misma causa, de dos mil años á esta parte no ha adelantado un solo paso; y se puede asegurar que ha girado sobre un círculo estrecho para volver al punto primitivo. Honremos á Hipócrates, á Galeno, á Jenner y demas, por los servicios que han hecho á la humanidad: consúltenlos á su comodidad los prácticos; mas no se olviden de que hay un maestro mas sábio y mas ilustrado, cual es la teoría apoyada en la esperiencia.

CAPITULO IV.

OPINION DE LOS SABIOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE EL ARTE MEDICO.

En todos tiempos los médicos han sido el blanco de los tiros de la sátira. ¿Por que ese arrebato casi general por parte de todos los siglos que nos han precedido? ¿Nos atreveríamos á decir que es un monumento subsistente de la malignidad humana? Los médicos lo dirán, ó podrán decirlo; pero en este punto, como en otros mil, los hombres de buen sentido, primero mirarán dos veces adelante, antes que se adhieran á su juicio. El hombre reflexivo no dejará de conocer que se ha esperimentado lo vacío de sus sistemas y la nulidad de sus prescripciones. Sin embargo, de dos siglos á esta parte los médicos se han reido y se reirán aun por largo tiempo de los ataques que se les han dirigido; la solucion, de cuyo problema es fácil de dar: se han reido, porque comprendian perfectamente que no podia oponerse nada razonable á los pretendidos principios en que se apoyaban, siendo su triunfo completo cuando sus detractores caidos en estado de enfermedad se arrojaban ciegamente á sus brazos, ó se apresuraban á llamarlos. Pero hay un proverbio consagrado en nuestra lengua, que dice: »El que rie en viernes, domingo llora.'' Racine.

Si el primero de los artes útiles, es y será siempre superior á los tiros de la sátira, porque es noble y ademas necesario, nos guardaremos bien de confundir el arte ó la ciencia considerada en sí misma, con la mayor parte de los hombres que la han practicado hasta hoy.

Escuchemos sobre este punto el testimonio de los antiguos, que deben ser oidos los primeros, para dar luego lugar á los modernos.

Veinte siglos hace que un cierto Neoclés, hablando de los médicos de su tiempo, decia que la tierra encubria los yerros de los mas hábiles de entre ellos.

Sócrates, segun dice Platon en su libro 3 *de Regno*, felicitó á un pintor ignorante, porque habia abandonado un arte que ponia sus defectos á la vista de todo el mundo, por abrazar otro que ponia sus yerros á cubierto, cubriéndolos con cinco ó seis pies de tierra. Caton el censor, no era un personage de poca consideracion, pues los cargos y empleos que ejerció en la república, permiten que su nombre figure en seguida del de Neoclés, de Sócrates y de Platon. Hablando de los médicos con que la Grecia subyugada inundó la capital de Italia, no teme de decir que eran unos pérfidos que habian jurado la perdicion del pueblo romano. *Juraverunt interse barbaros omnes medicina necare*. Para aumentar la confianza de los enfermos, hacen los importantes, haciéndose bien pagar para dar la muerte. *Sed hoc ipsum mercede faciunt ut fides iis sit et facile disperdant*. Si estas verdades históricas no estuviesen consignadas en las obras de Plinio el antiguo, casi podríamos decir que es una impostura ó una suposicion de he-

chos. *Proae. lib.* 29, *Plinio*. Este mismo autor aña de que los médicos de su tiempo no señalaban su esperiencias sino por los homicidios. *Esperimento per mortes agunt.*

Franquemos el intervalo de quince siglos, acerquémonos á los de Leon X, de Francisco I Luis XIV y siguientes. Los médicos de nuestro dias no negarán que esos siglos no hayan produ cido hombres grandes y muy grandes, tales come Petrarca, Erasmo, Montagne, Boileau, Moliere Maupertuis, Sterne, y otros famosos personages Pues bien; todos estos hombres, célebres por su sabiduría y profunda capacidad, se pronunciaron contra los médicos de su tiempo, y los atacaron y acometieron con el arma del ridículo, anonadándolos con el peso del razonamiento.

¿Que hombre ocupó un rango mas distinguido en el imperio de las letras que el ilustre Petrarca? No tan solamente fue el restaurador de la poesía italiana, sino tambien un hábil negociante; de modo que el soberano pontífice Clemente VI lo empleó con suceso. Habia estudiado los hombres de su tiempo, y los médicos no habian escapado á la penetracion de sus miradas. Ved como se espresa hablando de ellos: »Los médicos se vanaglo»rían de estudiar la naturaleza, y les sucede á me»nudo que estando á medias con la enfermedad! »combaten esta misma naturaleza." *Auxiliarios naturae se profitentur medici sepe contra naturam ipsam proquea morbis ipsis militant.* Petrar. *rerum senilum*, lib. 5, epist. 4.

Erasmo, cuyo nombre es sinónimo de saber, y que fue sin contradiccion el mas bello espíritu de su tiempo; Erasmo, que maravilló á la sábia

uropa con la vasta estension de sus luces en una bra que ha sido y será clásica por muchos silos, apreció los médicos de su tiempo: sus rasgos e semejanza con los de la época presente, casi os inducirán á creer que leyó en lo futuro, y que intó los médicos de nuestros dias. En el segundo e sus coloquios familiares, compuestos para la instruccion de la juventud, intruduce dos interlocubres, y les hace tener este lenguaje.

Jodoque. »Vos sois valetudinario, y en este estado, ¿no habeis consultado ningun médico?"

Rodolfo. »He consultado mil."

Jodoque. »Y ¿que es lo que dicen?"

Rodolfo. Lo mismo que dicen los abogados á emiphon en Terencio, esto es, el uno que sí, y l otro que no, y un tercero que es preciso consultar, estando todos acordes en encontrarme en n estado deplorable."

Jodoque. »Pero ¿no os han curado, ó por lo menos aliviado?"

Rodolfo. »No; solo del cielo espero mi curacion, etc., etc."

En el tiempo en que Erasmo se atrajo la atencion de la sábia Europa, la Italia vió parecer un oeta célebre, cuya obra es poco conocida hoy dia. egun muchos lejicógrafos, *Pallingeno* era médico el duque de Ferrara, llamado por sobrenombre el lércules del Este, que compuso un poema latino, tulado: *Zodiacus vitae*, en el cual se encuentra n juicio sobre los médicos de su tiempo. *Ex zoiaco vitae Pallingenii in leone*, pag. 126 et 127, dicion de 1579, cuya traduccion del latin es la siuiente.

»Todo hombre que conoce á fondo los princi-

»pios de su arte, jamás cometerá faltas graves, y
»si las comete, solo será una vez que otra. No su-
»cede asi con los médicos, pues de cien enfermos
»apenas curan uno, ó por mejor decir, tal vez sean
»pocos los que dejen de ir al sepulcro. ¿Como es es-
»to? Es porque la mayor parte de ellos obran sin
»principios, é ignoran absolutamente el arte de cu-
»rar. Mientras que se entregan á estudios estraños
»y que se sumergen en las obscuridades de la dia-
»léctica, para echar tierra á los ojos de un vulgo
»ignorante, apenas desfloran los primeros elemen-
»tos del arte médico. Despues de haberse sumer-
»gido en las tortuosas sinuosidades del sofisma, en-
»tran en las casas de los enfermos y los abruman
»con la pesadez de sus argumentos. Su porte está
»lleno de presuncion, y parece que reclaman las
»distinciones que solo son debidas al mérito; pues
»saben muy bien que con el auxilio de un título
»honroso ponen á cubierto sus desaciertos ó igno-
»rancia. ¿Que nombre daremos, pues, á las leyes
»que al parecer autorizan semejantes procedimien-
»tos? ¡Cuan ciegos están los reyes que cierran los
»ojos á tales abusos! ¡O vosotros, á quienes está
»confiado el gobierno de los pueblos, alejad de vues-
»tras cabezas un tan funesto azote! Sed los con-
»servadores de la especie humana, que la ignoran-
»cia de algunos médicos precipita diariamente al
»sepulcro. Que estudien y aprendan el arte que
»ejercen, ó que dejen de practicarlo.

»Si no obstante llegaseis á resentir los ataques
»de la enfermedad (pues que tal es la condicion
»del hombre), ¿ que partido tomareis entonces? Sin
»pérdida de tiempo acudid desde luego á los medios
»propios para restablecer la salud. A los primeros

»ataques del mal, y antes que se haya desarrollado »enteramente, y que haya penetrado hasta el fondo »de las entrañas, aplicad el remedio. Una ligera »cantidad de agua es suficiente para apagar ó estin»guir un fuego naciente; mientras que cuando las »llamas se elevan hasta las nubes, toda el agua de »los pozos, de las fuentes y de los rios, apenas »bastaria para detener el progreso del incendio.

. . . . . .

. . . . . .

»Segun lo exija la necesidad, consultad un mé»dico, dando la preferencia á un puro cirujano; »pues que el arte de este último descansa sobre »principios mas seguros, sabe por qué obra, y ca»da uno puede juzgar sus operaciones; no suce»diendo lo mismo con el médico, que se vanaglo»ría de ser el hombre de la naturaleza. Mientras »que mira la orina, que toma el pulso de su en»fermo, y que dirige una mirada atenta á las de»posiciones de este, no hace otra cosa mas que »engañarse y engañar á los otros. . . . . .

. . . . . .

»Etamos dispuestos á usar de indulgencia en »vez de las demas profesiones; pero ¡cuantos peli»gros nacen de la impericia de un médico igno»rante! Es una peste tanto mas peligrosa, por cuan»to está encerrada y concentrada en lo interior de »vuestras casas. Guardaos, pues, de confiar el cui»dado de vuestra salud á esa clase de doctores, »cuyo principal mérito consiste en hacer alarde »de un vestido magnífico, ó en hacer brillar en »sus vanos dedos un diamante de mucho valor.''

¿Y Montagne? no se dirá de este que fue educado en el polvo de las preocupaciones de la es-

cuela, pues era escéptico (1) por naturaleza, y á pesar de esto, cuando trata de los médicos, abjura su acostumbrado escepticismo, y se hace afirmativo, con grande admiracion de los que están acostumbrados á leer sus obras. »Ellos no reparan, dice, »en hacer mal sus negocios, pues que el daño que »hacen se les convierte en provecho propio.'' Este hombre, de un juicio profundo (poniendo aparte sus errores), distinguió perfectamente el arte, ó la ciencia considerada en sí misma, de los hombres que pretenden tener el derecho de ejercerla; y añade: »Yo no digo que no pueda haber un arte »de medicina, y que entre la multitud de obras »de la naturaleza, no se encuentren cosas propias »para la conservacion de nuestra salud, pues esto »es cierto.'' Comprendia, pues, este sábio y juicioso autor el vacío del arte médico, tal como se ejercia en su tiempo, y por consiguiente la insuficiencia é incapacidad de los hombres que lo practicaban.

¡Cuantas verdades no descubrió á sus contemporáneos el Aristófano frances! Pues que en la mayor parte de sus piezas teatrales parece que tomó á su cargo el esponer los médicos de su siglo á la risa de los espectadores. Este hombre de ingenio habia conocido el inmenso vacío de ese vano fárrago de fórmulas que los médicos trataban de poner en gran consideracion. El ridiculizó su saber facticio, con cuyo auxilio arrojaban tierra á los ojos de un vulgo crédulo; y nadie ignora de qué manera y bajo qué punto de vista miró el Juve-

1 Se da el nombre de escéptico al que duda ó aparenta dudar de todo.

nal frances los médicos de entonces. Tal vez se dirá que estos fueron tiros satíricos: ¡quien lo duda! Mas la sátira no es una calumnia. El satírico se propone un fin honesto, cual es el corregir á sus semejantes por un feliz conjunto de rasgos graciosos, mordaces y verídicos; pero la verdadera ciencia jamás fue el blanco de sus tiros.

Si el testimonio de tantos hombres célebres tuviese necesidad de corroboracion, se les podria añadir el de Sterne, autor ingles, bueno y sábio observador, el cual vió en los médicos sus compatriotas, lo mismo que habian observado en los de sus respectivos paises, Petrarca, Erasmo, Montaigne y Moliere. Su opinion está consignada en la recopilacion de sus cartas, y es de naturaleza tal para causar impresion en los que las lean, que habrá hecho levantar las espaldas á mas de un médico de los que hayan leido, no pudiendo dejar de decir que aquel dia Sterne estaba de humor para hacer reir.

»Creedme, caro amigo, yo no tengo gran fe en »los médicos. Algunos de los mas ilustrados de la »facultad me aseguraron tiempo hace, que si yo »continuaba en el sistema de vida que llevaba, mo»riria dentro de tres meses. Sin embargo, yo he »hecho por espacio de trece años seguidos lo que »ellos me prohibian, y vedme aqui tan flaco á la »verdad como antes, y tan alerta como siempre, y »no será por culpa mia si dejo de desmentirlos por »espacio de otro período de igual duracion. Creo »que es Bacon el que observa (y sea quien fuere el »observador, poco importa, pues no será indigno »de este grande hombre), que los médicos son como »las mugeres viejas, que se están sentadas á la cabe-

»cera de vuestra cama hasta que os hayan muerto, »ó que la naturaleza os haya curado. Hay una in- »certidumbre en su arte, que muy á menudo estra- »vía la esperiencia, y hace defectuoso el ingenio.... »Yo pierdo la paciencia cuando reflexiono en esas »gentes llenas de sí mismas, que profesan la medi- »cina y toman las de villadiego, arquean las cejas y »se entonan, sino leeis el rótulo de una botella que »encierra la materia de sus recetas, con tanto res- »peto como si fuese escrito de mano propia de San »Lucas.'' Y ¡es un ingles el que nos traza este cuadro de los médicos de su pais!

Maupertuis no fue un personage de poca importancia en el imperio de las ciencias y de las artes. El gran papel que hizo en el último siglo, le ha señalado uno de los primeros rangos en el mundo literario. Sucesivamente, y á veces á un tiempo mismo, fue geómetra, astrónomo, naturalista, geógrafo y moralista; y tantos talentos reunidos le merecieron aun en sus dias el homenage que le rindió uno de nuestros mas célebres poetas:

Su destino es de establecer la figura del mundo,
De serle agradable y de ilustrarle.

Escuchémosle sobre este importante asunto (1), pues no se encuentran diariamente otros Maupertuis. »El ser una ciencia de grande interes para el »género humano, hace que una multitud de hom- »bres se apliquen á ella, lo que deberia hacer es- »perar grandes progresos en la misma. Sin embar-

1 Carta 14 de M. de Maupertuis, segunda edicion. Berlin, 1753, sobre la medicina.

»go, la medicina apenas ha hecho ninguno mas de »dos mil años hace, al paso que otras ciencias que »nos interesan poco, en menos de un siglo han si»do elevadas al mas alto grado de perfeccion. Esto »no es decir que en el número de los que se aplican »á la medicina, no haya muchos que tengan gran»des talentos, y Bacon observa muy juiciosamente »que por entre los médicos se encuentran muchos »mas hombres sobresalientes en otras ciencias que »en la suya. ¿Es esto por defecto de los que se de»dican á ella, ó por defecto de la ciencia? El objeto »de la medicina es la conservacion y reparacion del »cuerpo humano. Dejemos aparte la influencia que »raras veces parece tiene el alma sobre la economía »animal, y podremos decir que nuestro cuerpo es »una pura máquina, en la cual todo se pesa segun »las leyes de la máquina ordinaria. Pero ¡que má»quina tan maravillosa! ¡que número, que compli»cacion de partes! ¡que diversidad en las materias »de que estas están formadas, y en los licores que »circulan en ellas ó que las bañan! Yo quiero su»poner que un hombre infatigable hubiese llegado »á conocer las partes de esta máquina, que el sen»tido puede percibir: aun iré mas lejos; ¿quien co»noció todas aquellas que solo los mejores micros»copios pueden descubrir? Siendo limitado como es »el efecto de los microscopios, pues cesa á un cier»to grado de pequeñez, y habiendo como hay mas »allá de este punto muchísimas mas partes para des»cubrir que las que se han descubierto, sean los »que fueren los conocimientos que pudiese adqui»rir sobre la calidad de los licores, hételo aqui de»tenido aun mas pronto, y ved donde terminan to»da su ciencia posible. Esta reflexion debiera bastar

»para hacer desesperanzar á todo ingenio de llegar »á saber lo que se deberia hacer para reparar el »desórden de una tal máquina, pues que á menu»do puede provenir de algunas de esas partes im»perceptibles, ó de esos licores cuya naturaleza le »es desconocida.

»Los remedios de que se sirve, aunque en apa»riencia mas simples y mas al alcance de sus sen»tidos, no le son por esto menos desconocidos; y »es por el efecto de estas materias inconcebibles, y »de una máquina aun mas incomprensible, con lo que »el médico espera la curacion de una enfermedad, »cuya causa y naturaleza ignora. Un hotentote seria »tan capaz de componer una muestra de Graham, »como el mas hábil de entre los médicos de curar una »enfermedad por medio de su teoría. Hay un método »mas razonable, aunque muy desatendido, y que en »este tiempo es tan despreciado; en términos, que la »palabra empírico ha venido á ser una injuria para »el corto número de médicos que lo siguen. Es ver»dad que la mayor parte de ellos lo son, porque »no tienen la sublimidad de sus cofrades para ra»zonar sobre las enfermedades y sus remedios; pe»ro este defecto seria una gran felicidad para ellos, »y mas aun para los que tratan de curar, si prac»ticasen bien este método. Tal vez será una pa»radoja decir que los progresos que han hecho las »ciencias en estos últimos siglos, han sido perjudi»ciales á algunas; pero por esto no será menos ver»dad. Absortos de las ventajas de la ciencia de las »matemáticas, se ha querido hacer uso de estas »hasta en aquellas que no eran susceptibles de ello, »ó que no habian llegado aun al estado de serlo. »Se habian aplicado muy felizmente los cálculos de

»la geometría á los mas grandes fenómenos de la »naturaleza; pero cuando se ha querido descender »á una física mas particular, no se ha obtenido el »mismo suceso, y han tenido aun peor éxito en la »medicina.

»Yo he conocido un famoso médico que habia »calculado materialmente todos los efectos de las »diferentes clases de sangrías, las nuevas distribu»ciones que deben hacerse de la sangre, y los di»ferentes grados de rapidez que adquiere ó pier»de en cada arteria ó en cada vena. Iba á dar su »libro á la imprenta, cuando el autor, por un pe»queño escrúpulo, me pidió que lo examinase; pero »conociendo yo mi insuficiencia, lo dirigí á un gran »geómetra que acababa de publicar una escelente »obra sobre el movimiento de los fluidos. Este le»yó el libro sobre la sangría, y encontró en él re»sueltos una infinidad de problemas insolubles, »cuya dificultad ni siquiera habia el autor sospe»chado, y le demostró que no habia una sola pro»posicion que pudiese subsistir. El médico arrojó »su libro al fuego; pero no dejó por esto de con»tinuar en hacer sangrar á sus enfermos segun la »teórica.

»Es un error casi universal el creer que el mas »hábil anatomista sea el mejor médico. Hipócra»tes no lo pensaba asi cuando dijo que el conoci»miento de la anatomía era menos necesario á un »médico que á un pintor; y si la cosa tuviese ne»cesidad de una autoridad, el Hipócrates de nues»tros dias, Sidenham, ha sido de la misma opi»nion (Tractatus de hidrop.). He hablado de los »inconvenientes que resultan de creer que se pue»da aplicar el cálculo matemático á la máquina del

»cuerpo humano. El conocimiento imperfecto de »esta máquina puede mas facilmente estraviar al »médico que dirigirlo, proviniendo al mismo tiem»po otro manantial de errores en la falta de co»nocimiento de los remedios. Leed los libros que »tratan de estos, y os parecerá que ninguna en»fermedad puede escapar á su virtud. Observad el »efecto de cada uno, y vereis que esceptuando la »quinquina, el ópio y el mercurio, las virtudes de »los demas son imaginarias (1).

»No quisiera que se creyese, por cuanto »acabo de decir, que si yo estuviese enfermo, des»preciase absolutamente los socorros de los médi»cos. Ya he indicado cuáles son, cuyo método pre»fiero; y en efecto, si encontrase uno que opu»siese un silencio modesto á los discursos de sus »compañeros; que lo observase todo y no espli»case nada, y que reconociese su ignorancia, lo »creeria el mas hábil de todos. Volviendo á las cau»sas del poco progreso que ha hecho la medici»na, creo que encontraremos la principal en el fin »que se proponen los que la practican, y en la ma»nera con que llegan á este fin. En las demas ar»tes solo se recompensan los buenos resultados; »pues el pintor que hace un mal cuadro y el poe»ta que escribe una mala comedia, pierden su tra»bajo y su tiempo, mientras que en esta se pagan »lo mismo los buenos que los malos resultados,

1 Salvo el respeto debido á M. de Maupertuis, seguramente hubiera formado un juicio mas sano y menos aventurado, si hubiese tenido conocimiento de los principios descubiertos en la obra titulada la *medicina curativa*. Pero esta obra no existia aun.

»no dependiendo la fortuna de un médico, sino »del número de las visitas que hace, y de la can- »tidad de remedios que ordena."

En seguida del testimonio del ilustre Maupertuis, bien podremos colocar el del célebre Gui-Patin, aunque este último sea anterior en órden al tiempo; y seria faltar al respeto debido á la verdad, y al que se debe á todo lector amigo de lo verdadero, si pasásemos en silencio el juicio de este maestro del arte. Médico famoso y acreditado en la capital, su mérito lo habia promovido por la calidad de profesor en medicina del colegio real de Francia. Alli fue donde un gran número de discípulos se apresuró en ir á escucharlo para recoger sus lecciones y preceptos. Es presumible que en lo alto de la tribuna hipocrática, no fuese tan franco y tan ingénuo como en sus conversaciones y correspondencias amistosas.... Sea lo que fuere, la verdad siempre se abre paso y triunfa de los obstáculos que se le quieren oponer. Gui-Patin, escribiendo á uno de sus amigos, deja descubrir un rayo de luz, que no dejará de ser recogido de todo observador atento para su propia instruccion: »Yo lo diré en mengua de mi arte: si los médi- »cos no fuesen pagados sino por el bien que hacen, »no ganarian tanto; pero nosotros nos aprovecha- »mos de la obstinacion y capricho de las mugeres, »de la debilidad de los enfermos y de la credulí- »dad de todo el mundo." ¿Y es un médico de los mas famosos de su tiempo el que rinde semejante testimonio, y que formó un tal juicio del arte que ejercia?

Pero ¿que hubieran dicho los grandes é ilustres personages de la antigüedad, como igualmen-

te los de los tiempos modernos, si hubiesen vivido entre nosotros, y si hubiesen sido testigos de las inepcias y de la rudeza de ciertos médicos de nuestros dias? Atengámonos al capítulo de los hechos, y si alguno se atreviese á disputarlos, se citaria en caso necesario el nombre de la ciudad, de la calle y el número de la casa donde han sido puestas en práctica semejantes inepcias. Cierto enfermo caido en un estado de apoplegía, habia perdido á la vez el uso de sus facultades animales é intelectuales; en semejante caso era muy natural el que una familia consternada llamase á su socorro, ó mas bien al auxilio del enfermo, el hombre del arte que se creia mas hábil y mas esperimentado. Llega este.... observa al enfermo, cuyo pulso nada de bueno indica, por lo que es preciso que tome un partido. El instinto médico (pues que estos señores obran algunas veces por instinto) (1) acude al auxilio del hombre del arte, y lo conduce á tomar una determinacion. Nuestro esculapio se coge la cabeza con las dos ma-

1 Esta espresion *instinto médico*, podrá ofrecer á los ojos de mas de un lector una tintura de originalidad, y aun si se quiere de causticidad. ¿Se cura acaso á un enfermo por instinto? No ciertamente; pero hoy dia esta espresion ha sido introducida en el uso, y ha obtenido una especie de favor, que seria muy fuera de propósito el pretender quitársela á los que la han puesto en boga. Se dice muy comunmente el instinto del genio; ¿por que no se dirá tambien el *instinto médico*? ¿Por que se quitaria á los médicos de nuestros dias el mas bello de sus privilegios, no el de curar, sino el de tratar á sus enfermos por la fuerza del instinto inherente á su naturaleza ó á su calidad?

nos, y reflexiona profundamente á nada; dirige luego al techo una mirada resuelta; una inspiracion repentina, parecida al rayo que atraviesa la nube, ha brillado en su espíritu; el Dios de Epidauro ha hablado.... ¿Cual será el resultado de esta celeste inspiracion...? Ordena que se cierren herméticamente las puertas y ventanas del cuarto que ocupa el enfermo. Pronto.... pronto.... tráigase una estufilla con fuego. Se comprende que se trata de una fumigacion; pero ¿será esta con los deliciosos perfumes que nos vienen de esos lejanos climas alumbrados por los primeros rayos del astro del dia, ó bien por medio de esos vapores balsámicos que lisongeando ó estimulando agradablemente la membrana del olfato, que pudiera operarse una diversion útil, y volver á los pulmones una parte de su resorte y de su actividad? nada de todo esto: los grandes talentos tienen sus signos y sus caractéres particulares; ¿por que se ha de ir á buscar lejos lo que se tiene, como suele decirse, á la mano? El doctor comunica en fin su celestial inspiracion; todas las bocas están abiertas, todos los ojos fijos, todas las orejas enderezadas y atentas, y ofreciendo todos los rostros los visos de la esperanza mezclada con el temor. »¿Hay retazos de cuero viejo...?" Todos se miran.... — »¿De cuero viejo...?" — »Sí, bien dicho, y claramente pronunciado, y asi debe de ser entendido." Una criada anciana, toda maravillada, responde á la interpelacion del doctor, y dice: »Tengo en mis pies unos zapatos viejos...." — »Esto es precisamente lo que hace al caso...." La pobre muger hace de ellos un generoso abandono, y hubiera consentido en ir con los pies descalzos toda su vi-

da para salvar la de su amo. »Que los hagan pedazos....'' Ella obedece á la voz que manda, y el doctor, con una gravedad digna de tan sábia concepcion, pone con su propia mano los retazos sobre el brasero encendido, cuyo humo milagroso debia procurar la curacion á ese ser que estaba á las puertas de la muerte.... ¡O Moliere! ¿donde estás?

No se necesita un grande esfuerzo de espíritu para calcular los resultados de un tal medio de curacion. El enfermo pagó su tributo bajando al sepulcro. ¿Y fue este procedimiento el que lo precipitó en él? no. Seria una injusticia el decirlo, aunque este pretendido medio curativo no fuese sino una inepcia capaz de embargar la respiracion, ó ahogar metódicamente al pobre moribundo, sino se hubiesen dado priesa en abrir las puertas y ventanas de su cuarto. ¡O Moliere! ¿donde estás?

La siguiente anécdota presenta un carácter algo mas sério, y que podria calificarse con menos indulgencia, pues es una prueba de las estravagancias á que puede arrastrar un espíritu sistemático. En la misma ciudad, cierto doctor en medicina fue llamado cerca de una muger valetudinaria, y que al propio tiempo estaba en cinta, cuya situacion anunciaban todos los señales esteriores. El médico, con la penetracion de su diagnóstico, declaró que esta muger estaba atacada de hidropesía. Ordinariamente en esta clase de enfermedades, los prácticos ordenan los diauréticos, á fin de procurar la evacuacion de los humores encerrados en las diferentes cavidades del cuerpo humano: pues bien, apostaríamos cualquier cosa que no se adivinaria el medio empleado para ha-

cer desaparecer una hinchazon que solo procedia de una causa muy natural. El doctor dió sus órdenes para que se proveyesen de un saco de harina de cebada que se amasó á la consistencia necesaria: se tendió la enferma en una artesa de una dimension proporcionada á la longitud de su cuerpo, se la envolvió en dicha pasta, cubriéndola de ella desde la cabeza hasta los pies, reservando solamente los órganos de la respiracion, y se la dejó en este estado por espacio de muchas horas. Seria por demas el decir cuál fue el resultado de una tan sábia combinacion, pues la cosa se desprende de sí misma.

Véase aqui una tercera anécdota, nada inferior en mérito á las precedentes, por la singularidad de los hechos que la adornan. Por el mes de Mayo del año 1821, una muger de la propia ciudad de O.... se encontraba en una penosa situacion, efecto de un principio de preñez. El marido consultó al médico ordinario de su esposa, el cual declaró que tenia una úlcera interna en la region del bajo vientre. Temiendo que se hubiese engañado, se le asociaron dos médicos y dos cirujanos, quienes apoyaron con toda su autoridad el dicho del doctor, y pronunciaron unánimes la incurabilidad, diciendo al mismo tiempo al marido (comerciante de profesion) que debia pensar en arreglar sus asuntos. El doctor habitual continuaba sus visitas, é insistia constantemente en su primer dictamen, no concediendo á la enferma mas de tres meses de vida. La hinchazon se aumentaba visiblemente; pero no por esto dejaba el doctor de persistir en su primera opinion, atendido á que principiaban á salir aguas de color sanguinolento. A pe-

sar de la afirmacion de la muger que sostenia que estaba embarazada, y de todo lo que el marido podia por sí mismo confirmar relativamente al asunto, nuestros doctores no dejaron por esto de perseverar en su opinion, diciendo que la úlcera estaba en supuracion. Sintiendo la enferma dolores horribles, se recurrió á los calmantes de toda especie, sin olvidar el ópio. Por fin llegó el momento en que la naturaleza quiso usar de sus derechos, y en ausencia del comadron, el marido tuvo que hacer en parte sus veces; pues cuando aquel llegó, ya la criatura habia sacado la cabeza. ¡Cual fue su admiracion cuando vió que el pretendido depósito era una criatura bien formada, y del peso de unas catorce libras, pero sin ningun principio de vida! Se le quiso reanimar el principio vital, soplándole en la boca, y por medio de fricciones; mas ¿de que podian servir todas esas tentativas á un ser, cuyo vientre de un azul verduzco, anunciaba la putrefaccion? Mientras tanto llegó el médico, y se le preguntó si persistia en asegurar la existencia de una úlcera. Su respuesta fue afirmativa. »Venid, pues, á ver (le dijeron) el depósito que acaba de arrojar la enferma:" y levantando la sábana que lo cubria, se le enseñó la criatura muerta y la madre que estaba en un estado digno de piedad. Esta novedad formó el asunto de la conversacion de todas las sociedades. Nosotros no hemos querido atenernos á los rumores del pueblo, que casi siempre recarga ó desnaturaliza los hechos, pues los hemos recogido de la propia casa de la enferma; lo que prueba una verdad que no tiene necesidad de ser probada, esto es, que esos doctores eran lo que nos abstendremos de decir.

Y ¡son esos hombres, titulados miembros de ıcademias y correspondientes de sociedades sábias, ɔs que se hacen un juguete de las enfermedades ıumanas! Dios los bendiga, y que su misericordia ıfinita nos preserve de los efectos resultantes de ıs combinaciones profundas de tales entes, que ɛ vanaglorian de pertenecer á la medicina llamada ogmática, y nos preserve tambien de la penetra-ion del instinto médico. ¡O Moliere!

CAPITULO V.

LA VERDAD EN GUERRA CON EL ERROR.

No es de ahora que el error y la ignorancia están en guerra contra la verdad, aunque esta hija de cielo jamás ha provocado el ataque; pues tal es su carácter distintivo, tal ha sido siempre y tal será hasta la consumacion de los siglos. Ella espera á pie firme sus adversarios sin provocarlos, porque es demasiado amiga de la paz. Mas cuando por el esceso de su orgullo ó de su imprudencia, estos entran en campaña seguidos de un tren guerrero y amenazador, ella solo piensa en resistir á la opresion, armándose con el escudo de la prudencia, y cubriéndose con la egida de una sábia circunspeccion, y espera que sus enemigos hayan disparado contra ella los primeros tiros. Algunas veces los desdeña, y otras, en lugar de servirse de sus propias armas, recoge las de sus enemigos, y las vuelve contra ellos con mas fuerza que la que estos han puesto en arrojárselas.

¡Que preludio tan burlesco! El lector tal vez creerá que se quieren echar frases á la ventura: no. Ellas se dirigen á un fin, y servirán para dar á conocer la baja envidia y las viles é inesplicables intrigas que un gran número de médicos, cirujanos oficiales de sanidad, y aun hasta los herbolarios han urdido en diferentes puntos de Francia, y par

ticularmente en las ciudades de Lion, Orleans, Tours, Amiens, etc., para destruir un método de curacion desconocido á las generaciones anteriores, y contra el cual han procurado dirigir la fuerza ideal de la opinion, la mas real de las administraciones, y en último recurso la autoridad de las leyes.

Aunque escriba para mis contemporáneos, no dejo por esto aparte mis sucesores; pues en el número de estos en cuyas manos podrá caer mi obra, habrá tal vez alguno que estará agradecido al hombre animoso que no ha temido rasgar de arriba á bajo el velo con que se han cubierto esos pretendidos conservadores de la especie humana.

Entre esos *amigos de la humanidad* existe cierta correspondencia habitual y sostenida, que aunque no es ella una fracmasonería propiamente dicha, se le asemeja en algo. La calidad de correspondiente del Ateneo, ó de miembro de las pretendidas sociedades sábias, da campo á otras relaciones mas ó menos íntimas, en las cuales se mezclan, ó pueden mezclarse algunas veces relaciones de interes general, concernientes al cuerpo á que tienen el honor de pertenecer, sin descuidarse de lo que se llama el interes particular.

El brillo de las numerosas curas operadas en enfermos desahuciados y abandonados por las gentes del arte que los habian asistido, habia conciliado al método del cirujano Le-Roy varios partidarios en las diversas clases de la sociedad, y el rumor que habia esparcido en ella, fue como un grito de alarma para aquellos médicos cuya ciencia se miraba como defectuosa; pero ellos se han guardado bien de atacar la hidra por su cabeza, porque esta se ha-

llaba cubierta de una escama, que sus débiles tiros no podian penetrar. Hablemos sin rodeos: un hombre revestido con todos los títulos requeridos por la ley, ¿no tiene el derecho de ejercer su oficio á la sombra de las leyes protectoras? El puede, á despecho de la envidia, consultar, prescribir y ordenar á todos los que ponen en él su confianza, los medicamentos que juzgue necesarios, pues que su jurisdiccion no tiene límites. Puede dirigir sus consultas á cuantos enfermos las reclamen, aunque sea en los Antípodas, y puede hacer preparar por el farmacéutico que tenga por conveniente escoger, los medicamentos que estime necesarios para el restablecimiento de la salud del valetudinario que lo ha consultado, y puede remitirlos, bien sea directa ó indirectamente, á la persona para cuyo uso han sido confeccionados; siendo estos unos principios de derecho natural, que ninguna ley humana puede derogar.

CAPITULO VI.

EXAMEN DE UNA VERDAD FUNDAMENTAL.

La antigua Grecia produjo grandes ingenios, hombres que derramaron vivas luces sobre los diversos géneros de ciencias y artes á que se habian aplicado, por cuyo título han adquirido derechos á nuestro reconocimiento y estimacion. Mas pretender que los antiguos nada hayan dejado por descubrir á sus sucesores en el trascurso de los siglos, seria cometer una injusticia con respecto á la especie humana, y querer paralizar la facultad que el hombre ha recibido de aquel que es autor y principio de todos los dones.

La filosofía de Aristóteles, que por espacio de siglos enteros ha sido única y universalmente admitida y enseñada en nuestras escuelas, ha desaparecido al resplandor de la antorcha que Galileo, Descartes y Newton han hecho brillar á los ojos de sus contemporáneos. Las vivas luces que salieron de todas partes, disiparon las espesas tinieblas en que la ciencia estaba envuelta, y á la voz de esos hombres superiores en su género á todo lo que la Grecia habia producido, tembló la ignorancia, y coaligándose con la envidia, cuyo auxilio habia reclamado, hizo cuanto pudo para engañar la autoridad; y si los monumentos históricos mas incontestables no depusiesen sobre un hecho de esta impor-

tancia, se hubiera visto, bajo el mas hermoso de los reinados de nuestros reyes, en el siglo de Luis XIV, sostenida la doctrina del filósofo Stagira, en virtud de un grave decreto del parlamento, que entonces era el tribunal supremo. Tanto es verdad el decir que los que hacen leyes sobre asuntos estraños á sus luces, se esponen no solamente á errar, sino tambien á encubrirse de un ridículo, del cual nada podrá limpiarlos á los ojos de la posteridad. Nada impidió sin embargo que á consecuencia de las tramas urdidas, y de las persecuciones suscitadas por sus enemigos, el que Descartes se viese obligado á abandonar su patria, ó ir á morir á una tierra estrangera; que Galileo fue tambien precipitado á los calabozos de la inquisicion, y que sus manos fueron cargadas de hierros, por haber enseñado una doctrina, tachada entonces de herética, y reconocida hoy como una verdad demostrada por todas las observaciones astronómicas.

Mas feliz entre los médicos, que no lo fue Aristóteles entre los filósofos del penúltimo siglo, Hipócrates ha conservado un crédito y una especie de poder, que no se ha temido de quitar al preceptor del vencedor del Asia: casi nos inclinaríamos á creer que Atropos habia puesto esclusivamente, y para siempre, las tijeras en sus manos. Hipócrates es á quien se cita; siempre Hipócrates, y no se jura sino por Hipócrates. Manda él que se derrame la sangre hasta el agua roja, se le obedece ciegamente. A la verdad no se despliega ya tan á menudo á la vista del enfermo ó valetudinario el instrumento acerado y cortante; pero por un refinamiento no conocido á las generaciones anteriores, hay preparados unos reptiles asquerosos, dispuestos á chupar la sangre

de sus víctimas, é infeliz del adepto audaz que se atreviese á contradecir un aforismo! pronto quedaria aplastado bajo el peso de los anatemas de los partidarios de la rutina antigua, y tendria el sentimiento de verse escluido para siempre de las que llamamos *sociedades sábias, reuniones ó juris médicos*. Es tan dulce, tan cómodo y tan agradable el encontrar una opinion enteramente hecha que nos dispense del trabajo de reflexionar; pues no hay mas que seguir el surco trazado, en lugar de consultar la naturaleza, y tomar lecciones de la esperiencia.

A pesar de algunos descubrimientos útiles, se puede afirmar que la medicina en el siglo de las luces, ha quedado muy atrasada, y que lo quedará por muchísimo tiempo, á no ser que abra los ojos á la verdad que se le presenta.

Mas ¿donde encontraremos esta luz? Hácia el fin del último siglo pareció un hombre, del cual se puede decir que parece cogió la naturaleza in fraganti. Este hombre, Pelgas, á quien ya hemos nombrado, tuvo valor para dirigir á la clase numerosa de los médicos este lenguaje: »El arte que »habeis ejercido hasta hoy, esta ciencia que se une »tan de cerca con la conservacion y felicidad del »hombre, no descansaba sobre ninguna base sólida. »Vosotros no habeis trabajado sino arregladamen»te á los sistemas diariamente contradecidos por »aquellos que ejercian la misma profesion que vos»otros; es ya tiempo que los sistemas desaparez»can, para dar lugar á un principio apoyado en la »esperiencia y en los hechos; principio tan sim»ple como la misma naturaleza.

**

»*Todas las enfermedades á que está sujeto* »*el cuerpo humano derivan de una causa única.*

»Esta causa es los humores dañados ó corrom- »pidos y podridos, que por razon de la intensi- »dad de la putrefaccion, determinan los acciden- »tes mas ó menos graves. Mientras que no espul- »seis el gérmen de los humores dañados ó podri- »dos, jamás curareis á nadie. Id, pues, con el »auxilio de purgantes análogos y convenientes á »buscar la causa donde está, y echadla fuera; si el »mal resiste, sed mas tenaces que él; no os en- »tibieis á las primeras tentativas; no os desani- »meis; atacadle de nuevo, volvedlo á atacar, hasta »que hayais triunfado de su obstinacion, y que vues- »tro enfermo goce, sino de todos, por lo menos »de los principales caractéres de la salud.''

¡Cual debió de ser la admiracion de mas de veinte mil médicos esparcidos sobre la superficie de la Francia, cuando oyeron publicar una ver- dad de tanta importancia, mas ámpliamente des- arrollada y esplicada en el tratado intitulado: *la Medicina curativa del cirujano Le-Roy!* ¡Cual de- bió de ser el esceso de su sorpresa, cuando un hombre, ignorado y desconocido hasta entonces, se propuso rasgar con mano atrevida el espeso velo de las antiguas preocupaciones! ¡Cuando oyeron que de uno á otro estremo de este vasto reino, millares de enfermos publicaban altamente su cu- racion de enfermedades reputadas por incurables, y que solo eran deudores de ella al régimen que forma la base de este principio! Entonces todas las pasiones se remontaron al mas alto punto de exasperacion; los partidarios de un método ciego

y rutinario levantaron el grito porque se vieron atacados en sus mas caros intereses, é hicieron lo mismo que los antagonistas de Harveo (autor del descubrimiento de la circulacion de la sangre), y lo que hicieron los antagonistas de Cristoval Colon, cuando hubo descubierto un nuevo mundo; pues procuraron sorprender la autoridad, y se aprovecharon del ascendiente que les concede una ciega credulidad, desmintiendo la esperiencia, la evidencia y sus propias luces, diciendo en secreto: perezca la especie humana, antes que desistir ó ceder en nada de lo que se llaman *los principios*. Acostumbrados como están á ejercer sobre los cuerpos de los enfermos una especie de imperio despótico, vieron con dolor pronto á romperse en sus manos el cetro de la muerte, y una sábia nomenclatura obligada á avergonzarse ante la buena luz natural de un simple aldeano que sabe leer y que comprende lo que lee. En su secreto despecho dijeron lo que los fariseos despues de la resurreccion de Lázaro: ¿que será de nosotros? Nuestros beneficios disminuyen; una multitud de enfermos valetudinarios y otros, recurren á esta novedad, y hacen públicos sus sucesos: armémonos, pues, por la defensa comun, y detengamos por todos los medios posibles los progresos de una doctrina tan perversa. Y ¿con que medios? no solamente con las mentiras mas ridículas, sino mas aun con los absurdos; pues todos los médicos son buenos, cuando se trata de conseguir el fin que uno se propone. Y ¡esos hombres no se avergüenzan de calificarse con el pomposo título de conservadores de la salud de sus semejantes!

CAPITULO VII.

ARTIMAÑAS DE CIERTOS MEDICOS PARA ANIQUILAR EL NUEVO METODO.

Acometidos de una justa admiracion á vista de varios enfermos tratados por ellos sin suceso, y curados radicalmente por la eficacia de un nuevo procedimiento; humillados por el testimonio no sospechoso de unos hombres que les decian: »Yo »estaba enfermo y muy enfermo, como sabeis; he »seguido el método de curacion tal como está in»dicado en el libro titulado: *la medicina curativa »del cirujano Le-Roy*, y estoy bueno." Estos mismos médicos han principiado por demostrar su mal humor; pero con la esperanza de que tales sucesos no se sostendrian. Han dicho: *sucederá con este método de curacion lo mismo que con tantos otros pretendidos descubrimientos que lo han precedido*. Mas cuando un suceso no espera á otro, cuando las curas se siguen rápidamente unas á otras, y de un modo maravilloso, es preciso poner un dique á lo que ellos llaman el torrente del error, y á este fin se reunieron colegialmente en diferentes ciudades, y tuvieron sus juntas para concertarse sobre los medios de atenuar el mérito de las curas cuya existencia no podian disputar. No se atrevian á decir abiertamente á un enfermo curado, *que se hacia ilusion sobre su estado actual*, porque

¿como persuadirle que no estaba curado, cuando todas las funciones animales se hacian regularmente, cuando el sueño era dulce y tranquilo, y cuando encontraba gusto en los alimentos que usaba? No importa: procurarán engañarle, é insinuarán con destreza á los que le rodean, que semejante curacion puede tener los mas funestos resultados, pues que una curacion pronta no se hace jamás sin peligro; que es una temeridad el adoptar ciegamente una purgacion que los grandes maestros del arte desechan como contraria á los principios establecidos: aprovechándose de este modo del ascendiente que ejercen sobre ciertos espíritus, esos mismos médicos han procurado impresionar las imaginaciones débiles, y hacer subsistir vanos terrores al sentimiento de salud, sobre el cual es imposible de hacerse ilusion.

Esta artimaña, en la cual la mayor parte de los médicos de casi todos los puntos de Francia han convenido, parecia ser suficiente para detener la marcha demasiado rápida de los sucesos diarios, mas maravillosos unos que otros. En efecto, hay tantos hombres que están tan contentos de que otros piensen por ellos, que confiando ciegamente cuanto el doctor ha pronunciado, nada tienen que reflexionar, y buenamente piensan que marchan por el camino trazado por la Providencia, mientras que el médico se sonrie entre sí de su hombría de bien, por no decir de su ciega credulidad. Sin embargo, á pesar del obstáculo de los vanos terrores que se esforzaban en insinuar, continuó propagándose el pretendido error; y en los campos, lo mismo que en las ciudades, se aprovechaban del beneficio de las curas prontas y

radicales, de modo que las visitas en despoblado eran ya menos frecuentes, y los cabriolés no rodaban como antes por el pavimento de las ciudades, por lo que la mayor parte de los farmacéuticos y herbolarios, y aun hasta el médico que juzga por la inspeccion de la orina, se pronunciaron contra este método, gritando á todo gritar:

¿Que dique habia que oponer á lo que ellos llamaban fanatismo? ¡Es error! han dicho: ¡es un escándalo! ¡es una abominacion! los grandes males requieren grandes remedios. Y ¿quien sabe mejor administrarlos que esos hombres que se miran como poseedores del título fastuoso de conservadores de la especie humana, y que buenamente creen, ó aparentan creer, que no se debe vivir y morir sino como á ellos les place y en virtud de sus órdenes?

No nos apartemos demasiado de nuestro asunto. Cuando un enfermo ha sido bastante feliz en recobrar el beneficio de la salud, en vano se le dirá que su curacion y su actual estado de salud son el pronóstico seguro de una recaida pronta é inevitable; porque comparando él su estado pasado con el presente, queda asegurado contra los vanos temores que pueda tratarse de infundirle, con el conocimiento que tiene de hallarse gozando de perfecta salud; en términos, que no contento con disfrutar del primero y principal de los bienes terrestres, parece que invita á sus semejantes á que participen de su satisfaccion; penetrado de reconocimiento hácia aquel que se la ha proporcionado, publica en alta voz la eficacia de un método, sin el cual hubiera gemido largo tiempo bajo el peso de sus enfermedades. La conmi-

seracion, este sentimiento tan natural en todos los seres sufrientes, hace que se enternezca por la suerte de aquellos, que como él, son víctimas de los sufrimientos que él mismo ha esperimentado, siendo por la frecuencia y multiplicidad de las curas, que la verdad se ha abierto paso por entre los numerosos obstáculos que ha encontrado; porque en efecto, ¿como se impondria silencio á los baldados, á los epilépticos, á los paralíticos, á los gotosos y á otros atormentados de las cólicas mas crueles y de varias otras enfermedades? ¿Como podria recusarse el testimonio de unos hombres, á quienes ningun otro interes les mueve mas que el del amor á la verdad, y que publican altamente que solo son deudores de su curacion á la eficacia de este método? ¿Acaso necesitan mas los amigos de la verdad y de las luces para determinarse á examinar y justificar los hechos, único medio de estender la esfera de los conocimientos útiles? Pero se prefiere el erigir entre uno mismo y la verdad una alta muralla de separacion, siendo mucho mas fácil y espedito el fatigar la autoridad por medio de relaciones falsas y mentirosas, como si todo ciudadano no tuviese el derecho de poner su confianza en un médico con preferencia á otro; de hacer confeccionar los medicamentos que éste haya prescrito, por el farmacéutico que tenga por conveniente escoger, y de conservar ó guardar esos mismos medicamentos en su casa, tanto para sí como para los suyos. En un pueblo civilizado, ¿podria acaso escitar una ley dirigida contra el benévolo y servicial intermediario, que con el fin de disminuir los gastos del transporte, siempre dispendiosos, se concertase

con sus amigos para transmitirles con menos coste los medicamentos que el tal médico hubiese hecho confeccionar espresamente para ellos, ó cualesquiera otro medicamento *oficinal*, de que el mismo intermediario se hubiese provisto en casa de un farmacéutico cualquiera?

¿Es sin embargo contra este derecho tan simple y tan natural, que ciertos miembros de la facultad, vanamente han intentado dirigir sus tiros; pues no se les ha visto formar conciliábulos en muchas de nuestras ciudades, fatigar ó molestar á los magistrados y gefes de las administraciones, para detener la marcha demasiado rápida de un método que desbarata todas sus combinaciones? Y hasta en los mismos tribunales, donde varios de ellos habian sido llamados para ilustrar la conciencia de ciertos magistrados, ¿no se les ha visto mentir á la faz de las leyes, calificando con el nombre de *veneno activo y muy activo*, unos medicamentos confeccionados en toda forma por un hombre del arte, y bajo las reglas de la farmacia?

¡Hombres sin buena fe! cuando fuisteis interrogados sobre la naturaleza y calidad de ese pretendido veneno, ¿no contestasteis que no lo conociais? y ¿quisierais obtener una confianza ciega é ilimitada bajo una alegacion tan vaga y desnuda de fundamento? Cuando la calumnia se muestra con la frente descubierta, sus facciones tienen algo de demasiado horrible y asqueroso para que puedan conciliarse la aprobacion y hacer prosélitos. Antagonistas tan ardientes como implacables, aborreceis la verdad: sois dueños de hacerlo; nadie tiene el derecho de impedíroslo; pero una cosa es aborrecerla y perseguirla, y otra el destruirla ó aniqui-

rla : ella subsistirá á pesar vuestro ; y cuanto mas
:doblеis vuestros esfuerzos, tanto mas demostra-
:is la debilidad de vuestros medios. Nada puede
estruir una verdad de hecho y de esperiencia, so-
re todo cuando está unida á la preservacion de
ıs enfermedades ó de los sufrimientos, triste he-
encia de la condicion humana.

CAPITULO VIII.

MANIFESTACION DE LA VERDAD PRECEDENTE.

Si el método cuya apología hacemos solo encontrase partidarios en alguna villa inhabitada, ó en algunos lugarejos de ninguna consideracion, podria entonces contradecirse la evidencia de los hechos que le sirven de apoyo, creyéndose poder propagar con fundamento esas espresiones comunes y mas que insignificantes, con las cuales se cree haberlo dicho todo, despues de haber pronunciado enfáticamente la palabra *charlatanismo*. Pero cuando en nuestras mas populosas ciudades, en nuestras colonias y en muchas de las de otras naciones, están resonando los gritos de sorpresa y las aclamaciones del reconocimiento, es preciso que de buen grado ó por fuerza se ceda á la evidencia de los hechos, contentándose con disputar el terreno palmo á palmo, y aprovechándose de una posicion ventajosa, procurar sostenerse en ella todo el tiempo posible, hasta verse obligado á abandonar el atrincheramiento. A fin de retardar la derrota, es preciso concertarse para buscar los medios mas adecuados, tales como la mentira, la trama, la intriga, la astucia y la perfidia, para engañar artificiosamente la autoridad, adaptando sin temor por regla de conducta un adagio que el in-

ıme Machiavelo mismo hubiera desechado con orror: *el fin justifica los medios.*

Esto es lo que ha sucedido en mas de un para- e, y en particular en la segunda ciudad de Fran- a. Lion y sus contornos contaban por millares el úmero de los enfermos curados sin la intervencion e los médicos del pais, lo que produjo entre estos na grande conmocion, grandes riñas y alboroto. Quien es, dijeron, esta especie de novator, que por ı simple esposicion que le hacen los enfermos de ı situacion y del origen de su enfermedad, aunque stén mas de cien leguas distantes de su residencia, e atreve á prescribirles unos evacuantes, cuyo uso es asegura, sino una completa curacion, por lo me- os un notable alivio? Aun si los hiciese confeccio- ar por nuestros farmacéuticos, podríamos aventu- ar nuestras observaciones; pero él los envia ya en- eramente preparados por un farmacéutico de Pa- ís, siendo esto lo que se llama *una subversion de rincipios y una manifiesta violacion de las leyes.* Llamemos la atencion de la autoridad, y atraigá- nosla á nuestro auxilio; pues asi como ella reclama iariamente nuestros servicios, no verá sino por uestros ojos, y facilmente se inclinará del cos- ado de los usos recibidos y de las preocupaciones ue rigen.

No basta formar un plan, es necesario esperar ue el tiempo y las circunstancias proporcionen los nedios para ejecutarlo; y en un pais en que este nétodo habia obtenido, particularmente en la cla- e media, una confianza casi general, no podia fal- ar la ocasion de proporcionarse. Seguramente se- ia el mas maravilloso de los fenómenos, si en el randísimo número de enfermos que, tanto en

Lion como fuera, se curaban segun este método no hubiese habido alguno que pagase el tributo la naturaleza: sobre uno de esos desgraciados individuos, atacado diez años habia de una enfermedad crónica que habia resistido á todos los tratos ó curaciones ordinarias fue, sobre el cual se arrojaron con la voracidad de los vampiros, para encontrar en él el motivo de una inculpacion odiosa á la par que mentirosa.

Dejemos á un lado ese agregado ó conjunto de espresiones que el diario de Lion ha hecho resonar el primero, que sus dignos cofrades han repetido á porfía, y que hasta el último diario de departamento ha servilmente copiado. Emprendamos el fondo de la cuestion, y discutamos los hechos.

Con superior permiso, dice el diarista, se ha procedido á la abertura del cadáver del llamado *Jolivet*, muerto repentinamente á la edad de cuarenta y cinco años, y los médicos han declarado en la sumaria, que esta muerte repentina debe atribuirse á la accion de un purgante muy violento de un llamado *Le-Roy*. Bien entendido que no se economizan las calificaciones de empírico y de charlatan, pulverizadas con una dosis de espansion filantrópica, que deja entrever que el solo amor de la humanidad les impone la obligacion, el deber sagrado de prevenir á los enfermos contra la violencia de esos remedios *secretos*, distribuidos *clandestinamente en contravencion* de las leyes, y sin la concurrencia de un médico *prudente é ilustrado*.

Este artículo, en el cual es facil reconocer el toque de un descendiente de Esculapio, da márgen á varias observaciones. ¿Murió el individuo durante la accion del remedio, ó despues de transcurrido

m cierto espacio de tiempo desde que lo habia usa-
lo? Esto es lo que al público le importaba saber,
unque nadie ignore que no hay hora ni momen-
o que no pueda ser testigo de nuestro fin. Despues
le haber exaltado la imaginacion de una familia
contristada por la muerte de su cabeza ó gefe (co-
a mucho mas facil de hacer que curar un enfer-
no), llegan á la casa en número competente, por-
que cuanto mas numeroso es el acompañamiento,
nas viva y profunda es la impresion que causa en
el espíritu de un crédulo vulgo, doctores en me-
dicina y cirugía, practicantes llevando sus instru-
mentos como en triunfo, y oficiales públicos que
abrian y cerraban la marcha. Inmediatamente pro-
ceden á la abertura del cuerpo del difunto, y for-
man en seguida un sumario, en términos mas ó
menos científicos, viendo todo lo que quieren ver,
y viendo aun lo que no existe; siendo esto, propia-
mente hablando, como la botella de la tinta. Ha-
cen observar á uno de los agentes del poder dele-
gado *ad hoc*, que tal víscera encogida, inflamada
y obstruida, no puede estarlo sino por tal ó tal
causa. A todo se agarran. Una gota de sangre es-
travesada por el escalpelo del practicante admitido
al honor de operar á la vista de los profesores de
la facultad, produce un argumento perentorio y
demostrativo para unos hombres que han jurado
de antemano el dar un informe adecuado á lo me-
jor de sus intereses, y cierran el sumario sin aver-
gonzarse de asegurar en él que la causa, la única
causa de la muerte del tal individuo, se concreta
en el uso que ha hecho de los medicamentos de
que se trata, aunque prescritos y confeccionados

por hombres revestidos de los títulos requeridos por la ley.

Podríamos preguntar aqui á esos pretendidos amigos de la especie humana, si tienen la presuncion de pensar que serán creidos sin exámen, y solamente bajo su palabra, y que tantos millares de enfermos curados asi á su vista, como en todos los puntos de Francia, pasarán repentinamente del reconocimiento á la ingratitud. ¡Como! ¿los médicos mas hábiles temen de comprometerse cuando son llamados jurídicamente para justificar la causa de la muerte de un individuo que se sospecha serlo por efecto de un veneno; aquellos de entre ellos que han bebido en las verdaderas fuentes de la ciencia, confiesan que á menos que el veneno exista en naturaleza en la cavidad del estómago, no tienen guía alguna segura cuando ha pasado en la circulacion, porque entonces se pierden sus huellas. Sin embargo, nada ha impedido que con un tono propio únicamente del deseo de hacer mal, el que hayan gritado altamente contra el envenenamiento. Ellos han visto..... ¿que? un cadáver y nada mas. ¿Y el veneno?..... ¿Puede por ventura verse lo que no existe? Si esos ilusos profesores hubiesen querido sacar partido de sus conocimientos químicos, que tan pomposamente han ostentado en millares de ocasiones, ¿quien les impedia descomponer ese pretendido veneno, y dar á conocer su naturaleza y sus peligros? ¿Lo han hecho? Esto es lo que ignoramos. Pero en esta suposicion no habrán podido obtener otro resultado que el ver confirmada la declaracion que de ellos ha hecho siempre el autor de la *medicina curativa* en todas sus

ediciones. ¡Hombres que os engreis ante un vulgo crédulo de haber penetrado en el santuario de la química, si tan solo hubieseis llegado á sus inmediaciones, hubierais aprendido que los venenos matan y no curan jamás á nadie. Si se tomasen al pie de la letra las inculpaciones que habeis dirigido contra ese hombre del arte que os ha trazado y abierto una nueva senda, seria culpable de un crímen de envenenamiento, y mereceria sin duda este reproche, si conformándose con el modo nuevamente adaptado, hubiese hecho tragar á algunos de sus enfermos la nuez vómica ó la piedra infernal, como un saludable específico. Asi, pues, cuantas veces habeis acreditado esta mentira, asi en los diarios que habeis sabido atraer á vuestro partido, como en las tertulias ó reuniones poco instruidas, en que ejerceis una especie de dominio parecido al despotismo, habeis probado al hombre que no se paga de meras palabras; que solo habeis mirado al través del prisma engañador del interes exasperado y del orgullo humillado. Confesad que cuando encontrais por las calles alguno de los que han estado enfermos, que vosotros no habeis podido curar, y que en el dia están buenos, apartais de ellos la vista; confesad tambien que no os agrada el esperimentar un *deficit* en vuestros beneficios, ni una disminucion de parroquianos; pues hay que sostener un tren y una casa bien arreglada. *Item mas*: es menester vivir, aunque sea á espensas de los pobres enfermos, y el médico seguramente no vive con los que están buenos.

Me parece estar oyendo que millares de enfermos de diferentes puntos de Francia, infructuosamente tratados por vuestras prescripciones, os diri-

gen en este momento este lenguaje: »¡O vosotros, que sois los autores de ese inicuo informe, entrad un momento en vuestras conciencias, y tened á bien el asegurarnos que ha sido el puro amor á la humanidad el que os ha inducido á dar semejante paso! Cuando las cien bocas de la fama han repetido á porfía vuestras calumnias, y por decirlo asi el mismo dia y á la misma hora, ¿podreis conseguir el hacernos creer que no hubiese en esto un concierto, un acuerdo y un pacto social? ¿No es esta la ocasion de aplicar este adagio, que nada ha perdido de su veracidad y de su franqueza, por haber atravesado los siglos: *nimia precautio dolus*? El esceso de la precaucion es la prueba del artificio. Con razon ó sin ella habeis citado el ejemplo de un hombre muerto repentinamente; pero ¿por que no citais del mismo modo millares de curas efectuadas en Lion y sus cercanías en enfermos que habiais abandonado, y cuya existencia prolongada á vuestra vista, es la prueba nada equívoca y subsistente de la insuficiencia de vuestros medios, puestos en paralelo con los empleados por el autor de la *medicina curativa*? Vosotros quisierais que no viviésemos sino segun vuestro beneplácito: sea asi, pues; nos sometemos á ello; pero por lo menos llenad vuestra mision; hacednos vivir, librándonos de las enfermedades que nos conducen al sepulcro, ó por lo menos aliviándonos de la carga tan penosa de llevar. Si esta empresa escede á vuestras facultades y á vuestras fuerzas, por lo menos dejadnos curar á nuestro modo, y no vengais á turbar nuestra tranquilidad espantándonos con terrores imaginarios, y amenazándonos con los terribles efectos que deben seguirse á nuestra curacion, haciendo resonar

en nuestros oidos, como lo haceis, las palabras de *veneno lento, veneno activo*, segun hallais por mas conveniente el uso de estas espresiones, capaces de afectar la imaginacion de un conveleciente."

Este lenguaje, dirigido literalmente á mas de uno de vosotros (pues que ha resonado en demasiadas bocas, por haber llegado á vuestros oidos), ha debido precisamente alterar la bilis de esos hombres que no siempre han tenido el talento de saber espelerla mejor de sus propias entrañas que de todos los cuerpos enfermos en general; siendo bueno el observar de paso que nuestros doctores regularmente son muy biliosos, y que cuando alguna enfermedad los ataca, son tan necios, y se ven tan embarazados con respecto á sí mismos, como lo están con respecto á los enfermos que reclaman los socorros de sus supuestas luces. La bilis puesta en fermentacion conduce al mal humor; del mal humor á la cólera no hay mas que un paso, y la cólera es una pasion violenta. ¡Cuanto no podríamos decir sobre este asunto, con arreglo á las sábias y graves disertaciones de nuestros mas célebres doctores, que nos han dejado muy poco que desear con respecto á la influencia que esta pasion tiene sobre la salud! Pero lo que ellos solo han observado ligeramente, en lo que por lo que les concierne no han reflexionado bastante, es que las pasiones rara vez raciocinan, ó que raciocinan mal. Cuando el tiempo de la grande efervescencia haya pasado, ¿no podrá ser que lleguen á transigir con pactos moderados? Acaso se haria á nuestros doctores (por una parte tan dulces, tan complacientes y tan afables) una proposicion que su delicadeza no les permitiese aceptar, si se les digese: vosotros

os anunciais en todos vuestros escritos y conversaciones como los conservadores de la humanidad, y os mirais como los depositarios de las buenas doctrinas que tienden á este fin esencial, y asi seria una injusticia que clamaria venganza, el que despues de una profesion de fe tan auténtica y tan solemne, se creyese que tengais otras intenciones que el procurar á la numerosa clase de enfermos todos los servicios que dependen de vosotros.

Pues bien, señores, nuestros hospicios, en los cuales ejerceis una muy alta influencia, abundan de enfermos de toda especie. No se trata aqui de proponeros que hagais una tentativa, una esperiencia, cuando asi de la superficie de la Francia como fuera de ella, doscientos mil individuos curados ó notablemente aliviados, pueden deponer sobre un procedimiento que al parecer desechais. Principiad por estudiar este método, y á pesar de la penetracion de vuestras inteligencias sublimes, leedlo tres ó cuatro veces; asi os penetrareis de él, porque cada página encierra un rayo de luz, y todos ellos reunidos acabarán de disipar las tinieblas de las preocupaciones y de la ignorancia; haced un ensayo secreto, pues ya que habeis hecho tantos, bien podriais hacer este sin inconveniente alguno. Pero vosotros desechareis una proposicion que los propios progresos de la ciencia parece deberian induciros á aceptar.

Ahora bien: ved aqui otra, en la cual tal vez os hareis menos dificultosos. En uno de esos hospicios confiados á vuestro cuidado, sea el que sea, tomad diez ó veinte enfermos; escoged de entre ellos los que os acomoden, y nosotros recibiremos de vuestras manos los que vosotros desecheis co-

mo enfermos, cuya curacion presente demasiados obstáculos: tratareis con arreglo á vuestras antiguas fórmulas los que vosotros habreis escogido; y la esperiencia, esta maestra de las maestras, esta maestra por escelencia, y de la cual seguramente no desdeñareis las lecciones, os enseñaria y demostraria al mismo tiempo al público, de qué lado serian los mas prontos, los mas eficaces y los mas felices resultados. Entonces podriais decir: »No hemos desechado ninguno de los medios que podian conducirnos al conocimiento de la verdad, y hemos demostrado con ello que somos los amigos de la especie humana."

¿Habeis visto muchos de esos hombres, á los cuales prodigais las calificaciones de empíricos y charlatanes, que os hayan hecho una proposicion tan franca, tan leal, y que esté tan en armonía con el interes general de la sociedad? Pues bien, tan franca y tan leal como es esta proposicion, aun no la aceptareis. ¡Filantropos de conveniencia! por cubrir vuestra negativa con un prestesto mas especioso que sólido, invocareis las leyes santas de la humanidad, que segun vosotros, no permiten el que se comprometa hasta este punto la vida ó la salud del pobre, esponiéndola á los peligros de la inesperiencia ó del charlatanismo.... ¡Lógicos de un dia! vosotros volveis á caer en el mismo cerco de que acabais de salir. Sí, vuestros temores serian legítimos si innumerables esperiencias no atestiguasen por todas partes las ventajas de este método, y serian fundados si una masa de testigos irrecusables no viniesen á consolidar los maravillosos sucesos de que diariamente se ve coronado.

¡Hablais de humanidad! ¡Ah! sí, esta palabra

me renueva antiguos recuerdos. He conocido hombres que su estado los llamaba á la cabecera de las camas de los desgraciados, y que eran unos ángeles revestidos de un cuerpo mortal, contínuamente dispuestos á procurar á la clase indigente y sufriente los socorros de su talento, junto con los de una caridad compasiva. Esas almas celestiales, nacidas por la felicidad de sus semejantes, encontraban en sus generosos corazones un honorario que los lisongeaba mas que los dones del millonario: la cama del pobre era para ellos un altar, en el cual preparaban una ofrenda inspirada por la religion, y que solo esta podia recompensar. ¡Hablais de humanidad! ¡Oh! quiero creer que vosotros no habeis jamás representado el ejemplo del *faciamus experimentum in anima vili* (1), y que siempre habeis respetado los dias del pobre á la par que los del rico. ¿Mas este amor á la humanidad, brilla por ventura en vuestros ojos con un resplandor vivo y puro, cuando al entrar en la cabaña del pobre se os ve proceder á la formacion de un inventario, cuya sola idea desconcertaria al

1 Muret, uno de los mas sábios literatos del décimosexto siglo, despues de haber enseñado con el mayor éxito en la provincia, y despues en París, donde el rey Francisco I y la reina su esposa le hicieron el honor de ir á escucharlo, se vió obligado á salir de Francia, tomó el camino de Italia, y cayó enfermo en una posada. Como su trage ni su figura anunciaban lo que era, los médicos llamados propusieron entre sí en latin de hacer sobre este *vil personage* la esperiencia de un remedio que aun no habian probado. Al decir estas palabras: *faciamus experimentum*, *etc.*, espantado Muret, al dia siguiente se encontró bueno por solo el temor de la medicina.

alguacil mas esperto? ¿Es acaso el amor á la humanidad el que os hace exigir la paga de cada visita, y que suspende vuestros cuidados y atenciones cuando el infeliz cesa de pagaros? ¿Cuantas veces antes de proceder al ejercicio de vuestras funciones, no se ha oido salir de vuestras bocas estas palabras verdaderamente remarcables: *¿quien paga la visita?* (1). ¿Es el amor á la humanidad el que os dirige, cuando por gastos escesivos, enormes y arbitrarios, reducís á familias medianamente acomodadas á un estado próximo á la indigencia? Estos son los abusos propios para manifestar á la autoridad; abusos mucho mas condenables que los que tratais de reprimir. Volved buenamente á principios mas razonables y mas humanos, y dejad que los habitantes de nuestras villas y de nuestros campos se curen con poco gasto. Dejad de perseguir las almas caritativas que se interponen entre el médico y los enfermos, para transmitirles sus consejos, y que les proporcionen gratuitamente, ó por el precio de sus desembolsos, los medicamentos que poseen las calidades que la ley requiere, y que ademas tienen la propiedad de restituir la salud y la vida á tantos seres sufrientes (2).

1 Esos hombres tan cautelosos, en el artículo de las precauciones, han sido pagados al momento y despedidos en seguida.

2 Véase una nota interesante puesta al fin de esta obra.

CAPITULO IX.

DISCUSION SOBRE LAS INJURIOSAS CALIFICACIONES QUE CIERTOS MEDICOS SE HAN PERMITIDO PARA ANIQUILAR LA MEDICINA CURATIVA.

Rara vez se suele ver que los hombres que tienen la razon de su parte, se dejen llevar de esos movimientos impetuosos, de esas groseras injurias que manifiestan un motivo secreto producido por una pasion rencorosa. Que un médico titulado califique con el nombre de charlatan á un intruso en la medicina, á un saltimbanco, á un hombre sin aprobacion ni calidad, á un hombre en fin, como poseedor en grado eminente de una ciencia cuyos principales elementos tal vez ignora, en esto no haria mas que usar de un derecho legítimo, que junto con él pueden ejercer aun aquellos mismos que no están iniciados en los misterios del arte. Pero, señores, usar esas odiosas espresiones contra un hombre titulado lo mismo que vosotros, y esto porque se ha abierto una nueva senda en una carrera, por la cual no se habia andado hasta él sino á tientas, es violar y trastornar todas las reglas de la decencia y del decoro; es provocar á justas represalias á aquellos hombres que el instinto del conocimiento les impele á vengar la verdad de las injurias y sarcasmos, bajo el peso de los cuales quisierais aniquilarla. Y mien-

tras que en todos los puntos de Francia y del estrangero, por medio de los periódicos que os están vendidos, haceis tocar una especie de asonada contra este método y sus partidarios, sin duda no habeis pensado que entre estos puede encontrarse una pluma bastante bien cortada para haceros sentir el despropósito, y aun diremos la indecencia de tamaño procedimiento. No parareis aqui; aun ireis mas lejos. Entregareis sin piedad al anatema al audaz que toma la defensa de un asunto que á vuestro parecer deberia serle estraño. Si llegaseis jamas á saber su nombre, resolveriais en vuestros conciliábulos de no suministrarle nunca socorro ni auxilio alguno, aun cuando los reclamase; por lo que será forzoso que se determine á morir sin vosotros, por mas que su vecindario deba escandalizarse. Pues bien: sabed que ya de antemano ha tomado su partido; él morirá sin vosotros, pero no sin medicina ó sin medicamentos. El sabe que todas las cosas de aqui bajo tienen un fin, y que esta verdad se adapta y aplica perfectamente á la vida del hombre. Cuando el método del cirujano Le-Roy dejará de obrar, será porque ya no habrá mas aceite en la lámpara que entonces deberá estinguirse; pero entre tanto, aunque esté ya corriendo mi décimocuarto lustro, exento de las enfermedades de esta edad, gracias al empleo de este método, tened á bien que en su decadencia use de un vigor que ilustre mis contemporáneos, no menos que á los que vendrán despues de mí, y les prevenga y fortalezca contra las vanas diatribas que, sin que tengais el derecho de incomodaros por ello, pueden con justo motivo llamarse imposturas.

Cuando no os habeis avergonzado de calificar al autor de la *medicina curativa* con el título de charlatan, habeis tenido presente que deciais á mas de un millon de hombres de ambos hemisferios: sois unos necios, unos incautos, unos entusiastas y unos impostores; os habeis coaligado y puesto de acuerdo con un bribon para fingir enfermedades que no teniais, y para suponer curas que no han existido sino en vuestra imaginacion, y todo esto por dar reputacion á un saltimbanco que os ha fascinado los ojos. Parece que ignorais que la mayor parte de esos hombres no lo han visto jamás, y que no lo conocen sino por su correspondencia epistolar: convenid, pues, en que una suposicion tal, solo puede ser favorecida por aquellas cabezas ofuscadas con los vapores de una envidia sin ejemplo.

Decís que el cirujano Le-Roy es un charlatan; pero ¿donde están las pruebas de este aserto? Se os comprende, quereis ser creidos bajo vuestra palabra. Poco á poco; no todos los hombres tienen la misma docilidad que vuestros enfermos: permitid, pues, á aquellos que no son de este número, y que os conocen bastante por no desear serlo jamás, que examinen la cuestion un poco mas de cerca. Un charlatan, segun la idea mas comunmente admitida, es un falso médico que se presenta en público, bien sea sobre un carro ó en un teatro, para vender la triaca ó cualquiera otra droga; un hombre que junta y divierte la muchedumbre con sus juegos de manos y sus triviales bufonadas, para lograr mas facilmente el despacho de la mercadería. Pues bien: citad el tiempo, el lugar en que ese hombre ha recorrido las fe-

rias, los mercados y las plazas públicas, cuándo y en qué villa ha hecho anunciar ó publicar su llegada. ¿Habeis visto que su nombre figurase en alguno de esos carteles que entapizan las encrucijadas de la capital ó de nuestras ciudades de provincia? A ejemplo de tantos otros que corren tras de una celebridad que les huye, ¿su nombre y su domicilio han sido jamás insertados en un diario ú otros papeles periódicos? A estos solos rasgos reconoceria yo la justicia y equidad de vuestras calificaciones; pero como os hallais imposibilitados de suministrar este género de pruebas, sereis convencidos de falsedad y de mentira, tanto á los ojos de vuestros contemporáneos, como en el tribunal de la posteridad.

Decís que es un charlatan: ¡bueno! ¡aun no estais convencidos! pues bien: ¿desde cuando los charlatanes han intentado el hacer imprimir sus obras y ofrecerlas á los representantes de la nacion? De obras que en el espacio de quince años han tenido once ediciones (1), tiradas desde seis hasta doce mil ejemplares cada una. Si un tal médico es un charlatan, se debe convenir en que lo es de una nueva especie, y en que es un fenómeno bastante raro para fijar vuestra sublime atencion. ¿Por que, pues, vosotros, que sois tan hábiles en el arte de forjar nuevas palabras, no habeis inventado una enteramente *nueva, flamante*, para calificar una cosa tan nueva? ¡es un charlatan! ¿cual de entre vosotros es el que no quisiese serlo

1 Si el autor de esta obra escribiese ahora, diria diezisiete ediciones hasta el año 1833. (*Nota del traductor*).

á este precio, y que desdeñase una celebridad semejante á la suya? ¿Cual de vuestros autores mas ensalzados puede vanagloriarse de haber tenido once ediciones de sus obras en el curso de su vida? Decidnos tambien: ¿que obras en sus ediciones se han tirado á un número igual de ejemplares? Si este hombre, á quien habeis tomado como por vuestra cuenta el denigrar, hubiese usado de esas estratagemas vulgares, tan conocidas y practicadas, hubiese hecho tirar las ediciones en menor número de ejemplares, su obra llegaria ya á su trigésima edicion. El público no es fátuo ni fácil de engañar, ni arroja su dinero á la cabeza del primero que llega. Con que, pues, si el despacho ha sido tan pronto y rápido, es porque los enfermos se consideran por muy dichosos en tener su *médico* á su lado para poder consultarle en caso de necesidad; siendo como otros que á la par que yo lo han reconocido (sin que por ello tengais que incomodaros), un mueble casero sumamente útil.

Admitamos por un momento que estas consideraciones, aunque bastante poderosas en sí, no sean mas que preocupaciones; por lo menos convendreis en que son de naturaleza suficiente, por figurar en la clase de las preocupaciones favorables, por no decir honrosas, á aquel que es el objeto de ellas, y que tales sucesos pueden entrar por algo en la balanza de la opinion á los ojos de los hombres que saben que injurias jamás fueron razones.

Pero como vosotros no sois capaces de rendiros á la fuerza de una preocupacion, por legítima que sea, y que su calidad de autor admitido en todas las bibliotecas (con escepcion de las vuestras),

no os hará rebajar nada de las odiosas calificaciones que le habeis prodigado, es preciso que tengais por vosotros mismos los motivos mas plausibles y decisivos.

¡Ah! sin duda esta obra hormiguea de principios falsos y erróneos, de temerarias esplicaciones, y de aplicaciones contrarias en todos sentidos á la conservacion de la especie humana.

Pero, señores, vosotros que por profesion sois los depositarios de la ciencia y los conservadores de las buenas doctrinas, ¿por que no os habeis armado con el látigo de una sábia crítica? ¿Por que no habeis despedido rayos contra ese novator, cuya pretendida ciencia debe arrastrar tras sí tan funestos resultados? ¿Por que en lugar de esas vanas diatribas, con las cuales habeis infestado los diarios, no habeis tomado esta misma senda, para disipar el error y hacer conocer á la Francia alucinada lo peligroso de un método capaz de multiplicar las muertes repentinas en todos los puntos de su superficie? ¿Por que no habeis ejercido la plenitud de los derechos que concede siempre el imperio de la ciencia y de las luces? ¡Como! ¿en la corporacion numerosa de médicos, cirujanos y farmacéuticos que cubren nuestro territorio, no se ha presentado un valeroso campeon, un esforzado y leal caballero de la *geringa*, para desmontar á ese novator y hacerle morder la tierra? ¿Ninguno se ha presentado en la palestra para combatirlo de muerte, forzarle á confesar su derrota y humillar el orgullo de sus pretensiones? ¿Direis acaso que de mas de sesenta mil ejemplares de esa obra, esparcidos actualmente en Francia y fuera de ella, no ha caido ninguno en vuestras manos?

Podriais decirlo, pero no se os creeria (1). ¿A que viene este silencio? Porque ningun médico lo intentará. Porque una verdad de teoría, que tiene por apoyo no uno, ni mil, ni diez mil, sino cien mil hechos prácticos, no se refuta fácilmente. Para ello se necesita algo mas que un agregado de sistemas, sostenido de una vana y fastuosa nomenclatura. Convenid tambien en que este silencio es una fuerte presuncion que equivale, sino á una prueba demostrativa, por lo menos á una probabilidad de primera clase.

A pesar de esto, vosotros no os cansais de lanzar los tiros de la calumnia. ¿Habriais por ventura tomado lecciones de ese famoso personage de comedia, que decia: *calumniad, calumniad aun, calumniad sin cesar, pues siempre quedará de ello alguna cosa, aunque no sea mas que la cicatriz?* En este bajo mundo hay tantos seres tan fáciles de engañar, que la mayor parte son siempre de vuestro partido.

No; por mas que digais, por mas que hagais, jamás se reconocerá por un charlatan al hombre que perseguís. Si fuese lo què decís, no demostra-

1 Visitando un médico cierto dia uno de sus enfermos, vió encima de una cómoda un ejemplar de la obra titulada la *Medicina curativa*. Lo abrió y leyó el título. ¡Como! dice en su acento: ¡caramba! ¿con que vos leeis un libro tan malo? yo pondré á ello buen *remedio*; y añadiendo la accion á la palabra, se lo puso luego en la faltriquera y se lo llevó. ¿Cual será la suerte de este libro, y cuál la del Charlatanismo sin máscara? Si uno y otro llegan á pasar á la posteridad, no habrá que agradecerlo á los médicos; ellos son numerosos, tienen muchos medios, y meten sus narices en todas partes....

riais tanta pasion ni tanta animosidad, pues lo colocariais entre la turba de esos hombres, de quienes no decís ni bien ni mal, porque trabajan mas por vosotros que por sí mismos (1). Pero vuestra

1 Un viñador acomodado, habitante de una comuna del partido de Orleans, llegado ya á la edad de 68 á 70 años, principiaba á resentirse de las enfermedades propias de ella. Un dia que se quejada á uno de sus compañeros, este le indicó el método que á él le habia probado bien. El viejo enfermizo ó valetudinario tenia un hijo en la ciudad que ejercia un estado mas distinguido que el suyo, por lo menos en apariencia, cuyo estado lo habia puesto en relacion con algunos descendientes de Esculapio. Habiendo llegado por casualidad, se mezcló en la conversacion y entrevió el designio de su padre, á quien conjuró por todo lo que la ternura filial tiene de mas enérgico, para que no hiciese uso de un tal método reprobado por todas las gentes del arte. »¿Con que dicen de él mucho mal:" repuso el buen hombre? »¡O padre mio! no podeis formaros una idea de ello. Si habeis resuelto morir, seguramente es este el camino mas corto." »¡Bueno! mira á fulano y fulano que lo han tomado y están buenos." »¡Oh! que no se fien de ello; esta aparente mejoría puede jugarles una mala pasada cuando menos lo piensen." »Lo que acabas de decir, hijo mio, merece atencion; no lo meteré yo en oreja de liebre, que pierde la memoria corriendo." El buen hombre de vuelta á su casa hizo este razonamiento: »Si este remedio fuese tan malo como dicen los médicos, no lo vituperarian, porque por sí mismo les proporcionaria mas trabajo; y cuando se arrebatan contra él, es señal que les causa mucho perjuicio; por consiguiente debe ser bueno." El viejo lo usó y se curó en ocho dias. Quince dias despues volvió el hijo á ver á su padre, y lo encontró en un estado de salud bastante bueno. Sorprendido de una tal mudanza, lo felicitó y le preguntó la causa. ¿Quieres saberla? pues bien, mira lo que he razonado, y he aqui lo que he practicado. Ves y dilo á tus médicos.

concordancia, vuestra perfecta unanimidad en perseguir á todo trance á un hombre que quisierais poder transportar con un soplo á las estremidades del Japon, es la prueba nada equívoca de que os hace mucho mal, mientras que hace mucho bien á los enfermos que ponen confianza en los principios de su método. No, jamás se reconocerá por charlatan un hombre, el cual habeis tan generosamente gratificado con este título, al paso que vemos algo que se les asemeja en esos hombres que poseen en supremo grado el talento de hacerse alabar; que hablan pomposamente de sí mismos y de sus supuestos sucesos, y que en nuestras tertulias son los primeros que con sus gestos estudiados procuran captarse la benevolencia de un sexo, que desde mucho tiempo posee el privilegio de formar las reputaciones en esta parte. Lo mismo se ve en la conducta de esos hombres que conocen tan bien cuál es la influencia de un cierto fausto, y cuánto impone una visita hecha en un cabriolé ó en un brillante carruage. No sabemos cómo se llama esto en frances; pero aquellos de entre vosotros que tienen á Hipócrates en su biblioteca, que hablan muy á menudo el griego en nuestra lengua, y que suponemos entienden el idioma en que está escrito, encontrarán en él en todos caractéres el nombre que califica la cosa.

Abrid en fin los ojos, y cesad de prodigar denuestos sin razon á un hombre que no estimais, porque os ha puesto en el camino de la verdad; calificaciones que el mismo instinto moral deberia rechazar del fondo de vuestros corazones. Por haberos dado á conocer con mas sabiduría que los humoristas que lo han precedido, la CAUSA, la

verdadera y única CAUSA de las enfermedades, no recibiria de vuestra parte mas que sarcasmos é injurias? ¿Quien antes que él ha descubierto y enseñado esta verdad? Compulsad vuestros anales, recorred los fastos de la historia de las enfermedades humanas, y dadnos á conocer el nombre del primero que la haya publicado. Aunque hagais poner en pie todos los hurones de bibliotecas, siempre le quedará el honor del descubrimiento, que no pertenece á nadie mas que á él solo. Nos ha dicho que los humores dañados, podridos ó corrompidos, eran la causa de la muerte de tantas víctimas como perecen, unas en la aurora de la vida y otras en el tercio ó mitad de su carrera, y por testimonio de reconocimiento no recibe mas que odiosas calificaciones....

CAPITULO X.

SOBRE LO QUE LOS MEDICOS LLAMAN EMPIRISMO.

Despues que por medio de esta palabra *empirismo* (algun tanto mágica), los médicos de nuestros dias hubieron ofuscado ciertas mentes, creyeron haber asegurado para siempre el triunfo de la medicina que ellos llaman dogmática ó *razonada*. Han acostumbrado nuestro espíritu, y aun mas nuestros oidos, á confundir el empirismo con el charlatanismo, al paso que estas dos cosas difieren esencialmente. Esta palabra en su boca es la espresion del desprecio, el sinónimo de la ignorancia, y aun mas comunmente el equivalente de la injuria y de una especie de ultraje. Pero unos hombres que se engrien de un título tan pomposo; esos doctores que han hecho un contínuo y profundo estudio de la ciencia de las palabras que tienen conexion con el arte que ejercen, ¿hubieran olvidado, ó por ventura ignorarian la etimología de la palabra ó de la cosa que pretenden despreciar? Abrid todos nuestros diccionarios y hallareis que quien dice *empirismo*, dice medicina práctica fundada en la esperiencia. Ahora bien: ¿este modo de curar no vale mucho mas que otro? El médico que toma la esperiencia por guia y apoyo, ¿no vale mucho mas que el que se pierde en vanas abstracciones ó en conjeturas mas ó menos desnudas

de fundamento? ¿Cual es el hombre que puede lisongearse de raciocinar conducentemente, cuando carece de un principio fijo apoyado en la evidencia, y en su defecto de hechos ciertos, notorios é incontestables?

Por confesion de Pitearn, célebre médico escocés, la medicina llamada dogmática no es un arte ni una ciencia, porque no conoce bastante su objeto, y porque sus principios no son bastante seguros para merecer este nombre. ¡Que confesion de parte de un médico! ¡Cuantas consecuencias nos autoriza á deducir! El sábio Saumaise, que conocia tan bien la antigüedad, observa que los primeros que practicaron la medicina, eran hombres que únicamente se ocupaban en el cuidado de observar los remedios que probaban bien y los que no: no se estendian en vanos razonamientos; pero muy pronto la medicina vino á parar en ciencia charladora: porque los griegos, grandes habladores por naturaleza, echaron á perder su simplicidad, por una afluencia de palabras escogidas. Sin duda ha sido esta escesiva locuacidad de los médicos, habladores perdurables, la que les ha atraido esos tiros satíricos que se han disparado contra ellos, cuando les han dicho *que eran hombres pagados para contar cuentos á la cabecera de la cama de los enfermos, hasta que la naturaleza los hubiese curado, ó que sus remedios los hubiesen muerto* (La Bruyere). En lugar de esos razonamientos mas ó menos pueriles, mas ó menos ridículos, la mayor parte engastados en palabras griego-árabes, tan poco comprendidas del médico que las profiere, como del enfermo que las escucha; un ser afligido por la enfermedad, no pre-

feriria el testimonio de un hombre que le dijese: »Yo he estado enfermo lo mismo que vos, y de una enfermedad muy parecida á la vuestra; he seguido tal método punto por punto; he hecho frente á las preocupaciones de la educacion, á la mofa ó burla de la sociedad, á los gestos de los hombres irreflexivos, y me he curado." A buen seguro que el testimonio de un hombre semejante valdria mucho mas que las interesadas denegaciones de esos hombres que desplegando su diploma ó patente, os prometen lo que no se atreverian á garantizar. La esperiencia ó empirismo (pues que en el origen del arte ó de la ciencia médica estas dos palabras significaban una sola y misma cosa), es mas seguro en sus operaciones que los razonamientos sin base, ó que no la tienen sino defectuosa ó carcomida.

Aunque debiesen incomodarse todos los médicos de Europa, diré que el arte médico principió por el empirismo, y salvo algunas legítimas modificaciones, volverá á su pesar al punto de donde partió. Los que en la primera edad del mundo se dedicaron á este género de estudio, que consistia en la observacion y exámen de los hechos, fueron reemplazados por hombres de ideas grandes, con proyectos de perfectibilidad, los cuales desdeñaron la práctica, y se arrojaron á cuerpo perdido en los sistemas, aspirando todos á la celebridad. Para esto era preciso hacer libros, se hicieron; crear sistemas se crearon; de lo que muy pronto resultó un cúmulo de ideas, del cúmulo nació la contradiccion, de la contradiccion la confusion, y de la confusion el caos.

La secta á la cual la medicina dogmática ha

aplicado esta denominacion (que no es odiosa sino en la intencion de los que la emplean), tuvo por cuna la Sicilia, habiendo sido sus fundadores Appollonius y Glaucias, los cuales tuvieron por discípulos á Hyerophilo y Erasistrato, médicos esperimentados, cuyas luces y talentos contribuyeron poderosamente á mantener la reputacion de sus maestros. A Plinio el antiguo es á quien debemos tambien estos preciosos conocimientos, y hay motivo de presumir que lo mismo que pasa ahora pasaba en los tiempos antiguos, porque los hombres sábios ó pretendidos tales, son lo que han sido y lo que serán hasta la consumacion de los siglos. Un poco mas ó menos de orgullo, un poco mas ó menos de apego á su opinion particular (que no es siempre la amiga de la verdad), ocasionó una guerra abierta, quedando los honores de la victoria al que supo gritar mas fuerte, ó al que supo manejar con mas destreza los resortes de la intriga. ¿No hemos visto en nuestros dias la sábia Francia repartida y dividida sobre los efectos y causas del mesmerismo y galvanismo?

¡Pero que! ¿va el empirismo á subir otra vez al trono de que se habia apoderado la medicina dogmática y razonada? Si se quisiese principiar por escucharse y entenderse, se concluirá por conciliar las partes, acordando al razonamiento lo que es suyo, y dando á la esperiencia lo que en justicia no se le puede disputar: no se trata ya sino de establecer los hechos, ponerlos en claro, justificarlos, y razonar luego con arreglo á la esperiencia. Sí, en todos tiempos ha sido esta y será siempre mirada como la maestra de las maestras: vanos sistemas, vanos razonamientos, que á veces se creen concluyentes y

revestidos con todo el resplandor de la evidencia, son comunmente futiles y propios por inducir al error. Pero siempre que se diga á un hombre: venid y ved; ¿dirá acaso que no ve, mientras que sus ojos están abiertos y bien dispuestos, y que no toca cuando el órgano del tacto no está afectado ni de paralisis ni de ningun otro obstáculo?

¿Que responderia el médico mas acreditado á un enfermo que le dijese: »Por espacio de muchos años he estado echado en el lecho del dolor, y nadie sino yo podria esplicar cuanto he sufrido; el sentimiento íntimo del mal que he soportado, no puede dejarme la menor duda sobre el particular, y para aliviarme en mi estado de sufrimiento, he consultado y llamado los mas hábiles de entre vosotros; ellos han agotado en vez de mí todos los resortes del arte, y finalmente me he aliviado y curado con lo que os complaceis en llamar un remedio de empírico? Abora, pues, mi caro doctor, vos en quien habia yo confiado el cuidado de mi salud arruinada por muchos años de enfermedad, permitidme que os interrogue. Cuando os habeis encontrado mas embarazado, segun vuestra acostumbrada prudencia, no os habeis olvidado de hacer apoyar vuestra opinion con el dictámen de vuestros cofrades, convocados para deliberar sobre mi situacion. ¿Cuantas veces no me habeis tomado el pulso? ¿cuantas no me habeis hecho sacar la lengua? y nunca, segun vos, ni mi lengua ni mi pulso indicaban nada bueno. Pues bien: haced hoy vuestro oficio; mirad la una, tomad el otro; vos sabeis que no podia dejar mi almohada; ahora ando libremente y con un paso suelto: no digeria sino muy mal, y con mucha pena y trabajo; actualmente digeriria el hierro: mis fuer-

zas físicas estaban aniquiladas y afectado mi moral; he recobrado mis fuerzas, mis ideas son claras, y han desaparecido mis penosas afecciones..... ¿que respondereis á todo esto, mi caro doctor?" — »Respondo que tambien os hubierais curado sin esto." — »Muy bien; pero si esta sensible mejoría se ha manifestado el mismo dia que he principiado su uso; si ha ido en aumento, cuantas veces he recurrido á él; si mis amigos, y aun yo mismo, hemos concebido las mas dulces y lisongeras esperanzas del próximo restablecimiento de mi salud, no será efecto de la casualidad; vos lo direis asi, por lo menos yo lo espero; pero si cien enfermos (esto es poco), si diez ó veinte mil enfermos afectados de enfermedades distintas, tanto en uno como en otro hemisferio, empleando el mismo medio han obtenido los mismos resultados; si ellos usan el mismo lenguaje que yo; si se aplauden de los mismos sucesos, ¿que respuesta dareis á esto, mi caro doctor?" — »¿Que respuesta? diré que esto no es posible."— »Pues yo respondo que la cosa es posible, por la razon de que lo es, y que en buena lógica se puede concluir la posibilidad de la existencia. Por una parte tengo la esperiencia á mi favor, y por la otra los hechos en su apoyo son totalmente comprobados, que seria menester caer en el absurdo, por osar ponerlos en duda. Creo, pues, caro doctor, que semejante declaracion hecha por un hombre que hayais medicinado sin fruto, debe ser de mucho peso á vuestro ojos; pues los hechos no se destruyen con meras denegaciones, y mucho menos con sistemas. Todas las facultades médicas del mundo, todas las academias nacidas y por nacer,

no me impedirán de decir á quien quiera escucharlo, ni de publicar desde los tejados, que he obtenido mi curacion por el uso de este procedimiento, y diré con el teofrasto frances, el inmortal La Bruyere, en el capítulo XIV de sus caractéres: »Un »buen médico es el que tiene remedios específicos, ó »que á falta de ellos permite á los que los tienen »que curen á su enfermo." Sí, mi caro doctor, la evidencia de los hechos bien justificados, ha sido y será siempre el escollo contra el cual vendrán á estrellarse las pretensiones médicas, que no tienen sino vanos sistemas por apoyo."

Hagamos entre tanto la aplicacion de lo que acabamos de decir al método curativo de Le-Roy, del cual nos hemos declarado defensores, contra los numerosos enemigos que lo han atacado, no con escritos (pues que ningun médico se ha atrevido á tomar la pluma para refutarlo, sino con vanas é indecentes diatribas, consignadas en ciertos diarios que les están vendidos.

En esos diarios calificais al cirujano Le-Roy con el odioso nombre de empírico, que os complaceis en confundir con el de charlatan, y os creeis fundados y autorizados para tomaros esta desmesurada libertad, porque en vuestras juntas ó sociedades médicas os mirais como una especie de tribunal, autorizado á inclinar el vituperio y el desprecio contra un hombre que no es de la misma opinion que vosotros. ¿Os creeriais acaso autoridades infalibles? ¿Donde están vuestros títulos para anatematizar á un hombre que ha creido deber adaptar unos principios que le han parecido ser los que están mas en armonía con el grande arte de curar? ¿Que se ha de

pensar de vosotros, cuando menospreciando el decoro social, señalais á este hombre útil como *un distribuidor de venenos*; que lo calificais de *ignorante y hombre peligroso*; y en una palabra, de *enemigo de la humanidad*, etc.? (1). ¿Que pensais vosotros mismos de esas indecentes diatribas? ¿os atreveriais á decir que os impele á ello un principio de amor á la humanidad? y ¿que un motivo secreto de pasion rencorosa, puesto en movimiento por una baja envidia, no tiene parte en esas virulentas declamaciones? Convenid en que os hubierais exasperado menos, y hubierais sido mucho mas tolerentes, si sus parroquianos hubiesen sido menos numerosos, y el número de sus partidarios menos considerable. Si en todas las ciudades donde ejerceis vuestro arte, no hubiese tenido tantos apologistas como enfermos curados en las diversas clases de la sociedad, os hubierais irritado menos contra su método. Mas vosotros no habeis principiado á hacerlo sino despues de haber visto y reconocido por vosotros mismos sus maravillosos efectos, conseguidos sobre enfermos que habiais abandonado á su desgraciada suerte. ¡Cuanto no han insertado los diaristas de vuestro partido en sus efeméridas producciones! Ellos no han tocado, sino que han bocinado en la trompeta de la calumnia todos los horrores y abominaciones que la mas vil y baja envidia os ha sugerido. Por su conducto es por el que habeis presentado esos medicamentos bajo la calificacion de *remedios* secretos, que segun vosotros son parecidos á todos aquellos que *no han podido soportar la luz*

1 Véanse los diarios del Rhone, del Indre y Loire y de la Somme (25 Marzo, 1.° Junio y 1.° Diciembre 1820).

del dia, ni resistir al juicio de la esperiencia (1). ¡Químicos de nombre, no pensais que una confesion tal os hace el mayor disfavor! Esto es lo mismo que si dijeseis al tribunal de la opinion pública, al pie del cual comparecieseis sin ser citados, que todas esas palabras científicas, de que os servis diariamente, y que haceis resonar en nuestros salones, en los retretes y cuartos de los enfermos, son palabras y nada mas: *sunt verba et voces*, etc.

Poned fin á vuestros clamores, que con justo título podrian llamarse griterías ó vocinglerías; escoged. Para calmar vuestras alarmas, tened á bien que principiemos por deciros que os pareceis punto por punto al héroe de la Mancha, que se esgrimia contra un molino de viento. Quereis sumergiros en espesas tinieblas, mientras que todo para vosotros es luz: buscais sendas escusadas, mientras que vuestro adversario marcha por el campo abierto, con la cabeza alta y la frente descubierta; dignaos, pues, de escuchar lo que aqui os dice por mi voz. Ante los depositarios de las leyes, á la época del proceso, de que se hablará en el capítulo XXIX, se abrieron el *Codex medicamentarius y Baumé*, sobre las composiciones oficinales: la declaracion previamente hecha, y de acuerdo con los principios de estas obras, se ha encontrado ademas fortificada por el informe del inmortal Vauquelin, ese hábil químico, cuya probidad y talentos honrará siempre la sábia Francia; cuyo informe fue redactado de órden de la autoridad jurídica. ¿Que te-

1 Palabras testualmente estraidas de un acuerdo de la sociedad médica de Tours. Diario del Indre y Loire 1.º Junio 1820.

eis que responder ahora? Pero yo, que no soy
nédico, ni cirujano, ni boticario, me tomaré la li-
ertad de deciros, que no puede calificarse con el
ombre de remedio secreto, y aun menos con el
dioso epiteto de veneno, uno ó varios medica-
nentos que se hallan consignados en las obras que
on mucha razon se encuentran en todos los esta-
lecimientos y en las manos de todo aprendiz de
armacia. Todavía añadiré que en un tiempo no
nuy remoto, estos mismos medicamentos fueron
rescritos y ordenados por los mas hábiles médicos,
que hoy dia son confeccionados con arreglo á los
rincipios de los químicos mas hábiles de Europa;
ero que siguiendo el ejemplo de vuestros antece-
ores, que tanto encareceis diariamente, abando-
ais esos medicamentos, prefiriéndoles las sangui-
uelas, destruyendo el motor de la vida, y dejando
ubsistir la causa de las enfermedades. ¿Que teneis
un que responder? Si leeis la *Medicina curativa*,
rincipiando por la séptima edicion, lo que observa-
eis en ella será demasiado poco secreto en lo que os
a servido de pretesto, y nada mas; mientras que
uestros verdaderos designios eran de poner el
pagador sobre una luz demasiado viva, que os
iere los ojos y estorba vuestras miras. Siendo es-
o asi, se os preguntará: ¿como se ha de hacer
or agradaros? Tomo parte en vuestros disgustos,
participo de vuestra turbacion. Partís de princi-
ios falsos, y parece que disputais cuál de vosotros
ejará de abrazar la verdad. Por un lado los suce-
os inauditos y casi milagrosos, y por otro las ten-
ativas siempre nulas é infructuosas, y aun mas co-
nunmente perjudiciales á vuestros enfermos y da-
osas á vosotros mismos. ¿A que, pues, puede di-

rigirse esa inconcebible diferencia en la manera de obrar y en los resultados? ¿seria insoluble este problema?

PRIMER PRINCIPIO DE SOLUCION.

Un lord ingles, gran viajador, poseia un relox ó muestra de Graham, que se le desbarató por una caida ú otro accidente cualquiera; tan pronto adelantaba considerablemente, tan pronto atrasaba tanto, que señalaba medio dia cuando el sol estaba al fin de su carrera. Para hacerlo componer entró en casa de un relojero, en cuyo taller habia veinticinco ó treinta trabajadores diversamente empleados. El primero de estos que se presentó, se apoderó de la muestra, la miró con toda la atencion de que era capaz, y se encargó de componerla: tienta y desmonta algunas piezas: ya toma una herramienta, ya otra; pero por mas que el laboratorio estuviese furnido de todos los instrumentos necesarios, el temerario obrero no tuvo el discurso de cojer la herramienta que hubiera podido secundar sus impotentes tentativas. Desolado y desesperado de haber emprendido una cosa superior á sus fuerzas, la transmite á uno de sus compañeros; éste se la mira, y no puede dejar de reconocer que las primeras tentativas han aumentado el mal en lugar de disminuirlo; pero no importa, lo prueba: tan poco diestro como el primero, tienta á su vez, y quiere reparar el mal hecho; pero la herramienta de que se sirve no es propia en manera alguna para conseguir su fin. Convencido de su impotencia, la pasa á los demas operarios de que se compone el taller, y en resumidas cuentas, todos con-

esan su incapacidad. En fin, despues que la mues-
ra hubo pasado por veinte manos diferentes, llega
las del maestro ó principal operario, que les di-
e: »¡Cuan torpes sois! ¿que es lo que habeis he-
ho? en lugar de tomar tal instrumento, ¿por que
o habeis tomado este? La muestra no hubiera si-
o forzada, y sirviéndoos del instrumento corres-
ondiente, la hubierais puesto en órden. Esto no
s mas que una suposicion, una parábola, si se le
uiere dar este nombre; pero todo hombre reflexi-
o sabrá hacer la aplicacion.

SEGUNDO PRINCIPIO DE SOLUCION.

El célebre Nicolé, autor de una obra inmortal
poco conocida en nuestros dias, responde de una
anera picante y perentoria á ese espíritu de des-
pego y aversion que manifestais contra la adop-
ion de un procedimiento curativo, y encuentra
a causa de ello alli donde reside, esto es, en el
mor propio humillado. Dignaos de escuchar este
rande maestro en el arte de razonar, pues que
l ha leido en vuestros espíritus y disecado el fon-
o de vuestros corazones.

»Hay hombres que no tienen otro fundamen-
to para desechar ciertas opiniones que este pla-
centero razonamiento: si esto fuese, yo no se-
ria un hombre hábil; yo lo soy, de consiguiente
esto no puede ser. Esta es la razon principal
que ha hecho despreciar por largo tiempo ciertos
remedios muy útiles y esperiencias muy ciertas,
porque los que no los habian previsto, concebian
que hasta entonces habian ido engañados. ¡Co-
mo! decian ellos, si la sangre hiciese una revo-

»lucion circular dentro del cuerpo; si el alimento »no pasase al hígado por las arterias mesaraicas; »si la arteria venosa condujese la sangre al cora- »zon; si la sangre subiese por la vena cava descen- »diente; si la naturaleza no tuviese horror al vi- »cio, si el aire fuese pesante, y tuviese un movi- »miento hácia abajo, yo hubiera ignorado muchas »cosas importantes en la anatomía y en la física; »por consiguiente es preciso que no sea asi.... Mas »por curarlos de esta fantasía, no se necesita sino »hacerles bien presente que es un inconveniente »muy pequeño el que un hombre se equivoque; »que por esto no dejarán de ser hábiles en muchas »otras cosas, aunque no lo hayan sido en las nue- »vamente descubiertas." (*Lógica de* P. R. ó *el arte de pensar*, cap. 19, n. 4.)

Ved aqui, señores, unos principios de solucion sensibles y palpables, que hasta un niño conoceria y comprenderia. Una larga esperiencia dió á conocer á este hombre (que hará época en los anales médicos, y aun mas en nuestros fastos), que tal medio que habeis desdeñado, encierra en sí una poderosa eficacia. Comprendió lo que vosotros no habeis querido comprender; pero que al fin comprendereis, esto es, que los medios mas simples suelen ser los mas eficaces, y que un procedimiento nada pierde de su mérito por haber sido desdeñado ó puesto en olvido, por la sola razon de que vosotros lo habeis menospreciado, ó que no hayais querido serviros de él. Esto es desden de parte vuestra: ¿es desprecio ó ignorancia, ó lo será todo á un tiempo? á vosotros toca el responder, como igualmente el juzgaros á vosotros mismos.

¿Que mas podeis pedir despues de una decla-

racion tan franca, tan auténtica y tan solemne? Decidnos sin rebozo si deseais exigir alguna cosa mas para poner fin á esas vocinglerías con que fatigais nuestros oidos en las tertulias que frecuentais, y nuestros ojos en los diarios.

Hablando del empirismo, el respeto que profesamos á la verdad nos impone la obligacion de poner á la vista de nuestros lectores un capítulo estraido de una obra conocida y colocada en casi todas las bibliotecas (1).

»Habiendo anunciado un especiero haber encon»trado la receta de una tisana purgante y confor»tativa, hoy la vende en el Templo con un pro»digioso despacho. Hace mucho bien, y el pueblo, »cansado del charlatanismo de los médicos y de las »emponzoñadas drogas de los boticarios, ha encon»trado en esta tisana un remedio verdaderamente »saludable, por lo menos la esperiencia confirma »diariamente su bondad y utilidad. (*Nota.* Hace »cuarenta años que esto ha sucedido.) El despa»cho de esta tisana asciende á mil doscientas pintas »diarias; y como la eficacia de un remedio no se »prueba sino por la esperiencia, todos los razona»mientos del mundo contra el empirismo vienen »á ser falsos, cuando el empirismo cura mejor que »la medicina razonada. *Podria ser que en el fondo »no hubiese mas que una sola y única enfermedad, »y que por consiguiente un solo remedio* (2) *pudie»se destruir el gérmen de las enfermedades cró-*

1 Tablean de París, edicion de Amsterdam, tomo 7, »ág. 92.

2 Principio fundamental, sobre el cual sienta su base a obra titulada: *la Medicina curativa.*

»*nicas* (1). La cólera de los curanderos de profe»sion contra el especiero, á casa del cual corria »todo París, es una de las cosas que mas me han »alegrado. Bueno es que las pequeñas tiranías de »las corporaciones, que todo lo inmolan á sus inte»reses particulares, desaparezcan, por dejar al hom»bre ó al arte la libertad que por desgracia tan á »menudo se le coarta.''

Todas las facultades de Gena, de Petersburgo, Edimburgo y otros lugares, se atreverian á decir que es imposible el conducir la medicina moderna á un principio único y fundamental; reconocer que todas las enfermedades no tienen mas que una sola y única CAUSA, y que puede dirigirse contra ellas un solo y único medio? ¡De cuantas cuestiones inútiles y ociosas no se ocupan en sus sesiones académicas! ¿Seria esta indigna acaso de la sublimidad de sus concepciones? Un principio único, apoyado en la evidencia de los hechos, tendria que avergonzarse á presencia de ese conjunto de combinaciones, que de nada curan, por falta de sosten y de apoyo? Un médico, á quien por una baja envidia se le discierne el título de empírico; pero que cura con conocimiento de causa en un año comun muchos millares de enfermos abandonados y desamparados por aquellos que se califican con el título pomposo de médicos dogmáticos, siempre obtendrá la confianza de un hombre de buen sentido y amigo de su conservacion.

1 ¿Por que quedarse en tan buen camino y no aplicar este principio á las enfermedades recientes, lo mismo que á las crónicas? Esta es la ocasion de aplicar el adagio latino: *a fortiori*.

Pero los antagonistas de la *medicina curativa* ¿se atreverian á usar una calificacion tan poco decente con respecto á su autor, sin olvidar los movimientos y el respeto que deben á la evidencia de unos hechos que no pueden desconocer?

Si se han dignado el bajar sus ojos sobre una obra que ha llegado ya á su undécima edicion (1), muchas de las cuales han sido tiradas de diez y once mil ejemplares, convendrán en que este método descansa sobre principios ciertos y datos incontestables. En ella el razonamiento y la esperiencia se dan la mano y se prestan un mútuo apoyo. Y ¿que se podrá, pues, oponer á la fuerza de estas dos autoridades reunidas? Solo una caracterizada mala fe, ó una ignorancia digna de desprecio, serian las que podrian poner en la boca de los antagonistas de este método unos propósitos tan poco comedidos (2).

1 El traductor se refiere á su nota de la pág. 97.

1 Véase en apoyo la carta de Maupertuis, en el capítulo 4.°, que tiene por título: *Opinion de los sábios*, &c.

CAPITULO XI.

LA MEDICINA TAL CUAL SE EJERCE HOY DIA, ¿OFRECE ALGUNAS GARANTIAS A LA SOCIEDAD?

Un arte que no reposa sino en congeturas, segun lo confiesan los que la ejercen, ¿puede ofrecer á la sociedad otra cosa mas que congeturas por garantías? Y ¿como es que el arte, que debería ofrecerlas mayores, es precisamente el que ofrece menos? Principiando por aquellos que se califican, ó que la voz pública coloca en la clase de los grandes maestros, hasta el último *medicastro* de lugar, no veo mas diferencia entre unos y otros, que un poco mas ó menos de esa jerga científica, con la cual echan polvo á los ojos de un vulgo ignorante. El médico de ciudad que es llamado á la casa de un aldeano enfermo, reforma y corrige algo de las prescripciones del cirujano del lugar, y despues de haberse hecho bien pagar, vuelve á montar en su cabriolé, dando á los parientes del enfermo este último consuelo: *Puede ser que salga; pero es lástima que se me haya llamado tan tarde.* Pero esta *escapatoria ó efugio*, nada menos es que una garantía, mientras que no hay un solo estado en la sociedad que no las ofrezca mayores ó menores por parte del que lo ejerce.

¡Pobres enfermos! ademas del peso de los dolores y enfermedades que sentís, estais condenados

á pasar á ciegas por la ley del capricho y de la ignorancia, que especulan con la duracion de vuestros sufrimientos. ¿Que es lo que le pedís á vuestro médico? La curacion. ¿Que recurso ejerceis contra él sino os la procura, ó si sucumbís á los golpes del mal ó de su impericia? ninguno. Con la ley en la mano vendrá á intimar á vuestros herederos para que le paguen sin mercadear la suma que él mismo haya fijado por haberos conducido al sepulcro; ved aqui la garantía que se os ofrece.

¿Se parece esta á la que os presenta el arquitecto ó empresario á quien encargais la construccion ó reparacion de vuestra casa? Si el edificio cuya construccion ó reparacion le está confiada, no es edificado ó reparado segun las reglas del arte, la culpa es suya, y queda obligado á los gastos de construccion y á los daños y perjuicios que resulten por su impericia. Un pintor encargado de hacer un retrato, lo guardará para sí sino ha tomado bien la semejanza. El mas ínfimo de los artesanos es responsable de sus obras, y sino ha colmado la intencion del que lo ha comisionado, debe quedarse la obra de su cuenta, ó sufrir una reduccion considerable en su precio.

Mas ¿donde nos conducirian esos pretendidos principios? y ¿puede acaso decirse que sean aplicables á la especie? Suspendamos, pues, su manifestacion, que tal vez no será menos juiciosa porque la demos lugar mas tarde, y volvamos al punto de la cuestion principal, esto es, á la falta de garantía.

¿Que garantía nos ofrece esa multitud de jóvenes que se lanzan en la sociedad con un diploma que les da el derecho de vida y muerte sobre los miem-

bros que la componen? Unos estudios, unos exámenes y unos grados obtenidos en nuestras academias. Muy bien. Admitamos por un momento que el anfiteatro de la escuela los vea tan á menudo como las *diversiones variadas*; que el escalpelo y el bisturí los hayan puesto al alcance de conocer el juego de los músculos, la accion de cada uno de ellos, las menores fibras, las fibritas, las arterias, las arterias pequeñas y sus respectivas situaciones; todo esto es hermoso, es admirable. Se puede hablar tres ó cuatro horas seguidas sobre esta clase de cuestiones bastante ociosas, y hacer ostentacion de memoria ó de facilidad en la alocucion, sin haber por esto hecho muchos progresos en el grande arte de curar. Añadamos á estos conocimientos anatómicos un curso de química, ya que es necesario que un médico jóven, al dejar los bancos pueda decir que ha seguido los cursos de los grandes maestros; porque ¿como se atreveria á presentarse en las tertulias sin tener siempre disponibles para el caso los términos de *alcali fluor*, de *gas azote*, de *mofeta*, *muriato sulfato de potassa*, *carbonato*, etc., etc., etc., y una página de et cétera? Y ademas una ligera tintura de los sistemas de Lineo y de Fussieu, sobre la clasificacion de las plantas; y por complemento un curso de medicina clínica en nuestros primeros hospitales.

Bueno será que todo el mundo sepa lo que quieren decir estas palabras, *medicina clínica*, *profesor de medicina clínica*. La medicina clínica es la que se ejerce á la cabecera ó cerca de la cama del enfermo, y el que la ejerce ó practica en nuestros hospitales, seguido de un cierto número de discípulos, es un profesor de medicina clínica. Tan

diestro como un capitan de húsares, el profesor en un abrir y cerrar de ojos recorre los cinco rangos de camas de una sala, que de un estremo á otro se pierde de vista. Los discípulos protegidos son los que van mas arrimados á él, como es regular; los demas siguen á lo lejos, no oyendo sino la mitad de las cosas, y sus pobres libritos de memorias no presentan mas que un bosquejo de prescripciones informes; pero sin embargo tienen que llenar los vacíos, sea bien ó mal. El doctor toma el pulso á éste, le encuentra calentura, y le ordena una tisana y la dieta; hace sacar la lengua al otro, y le prescribe un purgante para el dia siguiente; al uno vejigatorios en los brazos; al otro la mostaza á los pies; á algunos media racion, y á otros (cuando aun tiene un poco de religion) los últimos sacramentos. ¡Pobres humanos! ¡pobres enfermos! (1). Con tales lecciones, dadas ó recibidas con

1 Cierto profesor de medicina clínica, haciendo su visita en el hospital general de una de nuestras mejores ciudades de provincia, habia recorrido ya la mitad de la línea de las camas en que yacian los infelices que solo esperaban la salud, y este hombre del arte nada habia prescrito. La religiosa guardiana de la sala que lo acompañaba, á fin de anotar sus prescripciones y recibir sus órdenes, se tomó la libertad de hacerlo salir de su meditacion ó de su estado de distraccion, diciéndole que esperaba sus órdenes relativamente á los enfermos á quienes habia tomado el pulso y hecho sacar la lengua. »Perdone usted, madama, ó mi cara hermana; yo estaba profundamente ocupado en la composicion de unos versos que debo leer esta tarde en la reunion que ha de haber en casa del prefecto."

Dios nos libre de médicos tocados de la manía de hacer versos ó de la metromanía.

tanta precipitacion, ¿cual es el jóven médico bastante atrevido para presentarse de motu propio á la cabecera de la cama de un enfermo y dictar prescripciones? Con una tan ligera armadura, ¿osará avanzar para combatir la muerte, y se creerá que esta deba tener mucho que temer de un campeon de esta especie?

Vuestros estudios, pues, desde la primera edad de la vida, no presentan ninguna garantía suficiente á la sociedad. ¿La encontraremos por ventura en vuestros exámenes? ¡Quien mejor que vosotros es capaz de sentir y apreciar su nulidad! ¿Que es lo que desean de vosotros vuestros examinadores? Un poco de ciencia (pues no debemos ser injustos), pero el dinero no es alli un mueble mas inútil que en otra parte. Sabemos perfectamente que un cierto número de adeptos ó aspirantes á los grados que la ley tiene señalados, produce un tanto por semestre ó por año; que es mejor el usar de indulgencia que de demasiada severidad; que puede, y que debe haber, y que hay realmente acomodamientos con la facultad (1). Hubo un tiempo (y no

1 En una de las ciudades en que hay un colegio médico de recepcion para los jóvenes adeptos ó aspirantes al derecho de ejercer el arte de curar, uno de los discípulos, que habia adelantado bastante en los estudios, se presentó para el exámen, y se tomó la libertad de citar algunos pasages de Galeno en latin, en apoyo de lo que proponia. El gefe del colegio, un poco enmohecido en este punto, fuese porque jamás hubiese aprendido esta lengua, fuese que la falta de uso le hubiese hecho perder su inteligencia, le dirigió la palabra en estos términos:

»Jóven, nosotros vemos que estais sólidamente ins»truido, y quedamos completamente satisfechos. Sois re-

está muy lejos) en que la interrupcion de los estudios en nuestros colegios puso á nuestros viejos doctores en el caso de ceder algo del rigor de las antiguas fórmulas. La lengua latina era antiguamente la sola admitida y autorizada en los exámenes. Esto, por razones conocidas, se ha derogado; pero al mismo siempo se ha creido que era propio de su dignidad el reclamar los usos envejecidos, y de acordarse que la lengua de los antiguos dueños del mundo no sentaria mal ni en las tesis públicas, ni en los exámenes, y que aun contribuiria á dar un realce al nuevo modo de recepcion. ¿Que ha sucedido? que las tesis escritas otras veces y sostenidas en latin, hoy son escritas y sostenidas en frances; pero por respeto al uso antiguo, se citan al fin cinco ó seis aforismos de Hipócrates, con arreglo á la version ó traduccion latina que de ellos se ha hecho, quedando el texto original bien situado alli donde está, esto es, entre el polvo de las bibliotecas.

Un jóven doctor, que por lo comun no entiende una palabra de latin, vuelve á su provincia é inunda el lugar donde ha resuelto fijar su residencia,

»cibido y bien recibido, y vuestro diploma os será espe»dido con la mayor brevedad." Aqui no se debe preguntar si el colegio médico fue del mismo parecer que el señor presidente.

Cierto profesor de medicina decia un dia á un jóven que durante sus estudios se habia entregado á las diversiones que no estaban en armonía con el estado de un médico: »Conozco á vuestro padre, y es uno de mis amigos; vos le habeis gastado mucho dinero; ahora que se os ha recibido en la clase de doctor, espero que estudiareis la medicina...." Aviso al lector que reflexiona.

con una disertacion impresa en casa de Didot en hormosos caractéres sobre papel vitela. La obra es demasiado reducida para merecer los honores de la encuadernacion; pero un hermoso papel color de rosa escita y llama la curiosidad: veámos, pues, lo que se encierra bajo tan bellas cubiertas. Reparte el opúsculo por los palacios circunvecinos, sin olvidarse de los alcaldes y sus segundos de los pueblos de las cercanías, y los curas párrocos del distrito reciben igualmente el homenage del autor, junto con el de su científica produccion. Deberíamos creer que esas tesis ofrecen al espíritu del lector un conjunto de verdades útiles, de aquellas que tienen mas conexion con la conservacion de los hombres: desengañaos, no busqueis alli otra cosa mas que una proposicion seca y aislada, que no tiende á nada, ó á muy poca cosa; una oscilacion de ideas, un cotejo de opiniones inciertas y vacilantes; una nube de autores ingleses, irlandeses, escoceses, alemanes y teutones, divididos en opiniones y en sentimientos, en los cuales los unos están por el *sí* y los otros por el *no*. Este es el cuadro que nos ofrecen las tesis de esa multitud de jóvenes que diariamente manan de nuestra capital á nuestras pequeñas villas de provincia. Ademas una hermosa y brillante dedicatoria. En otros tiempos se consagraba esta á personages mas ó menos distinguidos por sus empleos y talentos, etc.; mas hoy dia todo se ha mudado, pues es á mi amigo, á mi hermana, á mi tia, á mi padre adoptivo, á un primo, á un niño de teta, y muy pronto será á mi comadre; y ¿quien sabe si un dia nuestras costureras y lavanderas tendrán tambien su parte?

Pero ¡cuantas cosas hay todavía mas admira-

bles! En el tiempo de la nueva organizacion de la medicina, por el año 1803, se vieron hombres llenos de gloria y de una vanidad tonta, que cansados de llevar el simple título de cirujanos, con el cual se habian tenido por muy honrados por espacio de muchos años, quisieron elevar sus pretensiones. El título de *doctor* en medicina tiene algo de tan dulce y lisongero al oido, que ¿que es lo que no hubieran hecho por obtenerlo? En consecuencia hicieron un viage á la capital, y no se avergonzaron de mandar imprimir unas tesis, en las que introdujeron una pequeña *salsa* de latin, del cual ignoraban hasta los primeros elementos, distribuyéndolas con una profusion digna de piedad, en la misma villa donde su ignorancia de esta lengua era bien conocida, volviéndose despues de ocho dias de ausencia revestidos con el fastuoso título que tanto habian ambicionado.

Vuestros títulos ni vuestros diplomas no presentan, pues, á la sociedad mas que una garantía ilusoria; y una garantía que solo ofrece ilusiones, no es una garantía.

Admitamos sin embargo el que esa multitud de jóvenes que se esparcen desde la capital á las provincias, lleven consigo el deseo y el gusto por los buenos estudios; que desembarazados del tumulto de una gran ciudad, se entreguen en el silencio del gabinete á esa aplicacion, de la cual resultan ó deben resultar las mayores ventajas á los que ponen en ellos su confianza; que comparen método por método, los principios de este con los de aquel.... Mas como arden en deseos de darse á conocer, el mérito obscuro y oculto no es un mérito, y de consiguiente se les hace indispensable el

presentarse en público, pues que el que está obligado á vivir con el mundo, es preciso que se arrime á él.... Sea, pero hay acercamiento y acercamiento. ¿Es acaso muy necesario el ver figurar á un médico en los primeros palcos de nuestros teatros, y erigirse en juez de nuestros actores y de nuestras piezas teatrales? Un médico en un baile, sesenta años atras, hubiera sido una verdadera caricatura; pero hoy dia, si es buen hablador y arrogante caballero, forma uno de sus principales ornamentos. ¿Es por ventura en el teatro y en los bailes donde se aprende á rechazar los tiros de la enfermedad ó de la muerte? ¿Encuentra la sociedad en semejantes hombres suficientes garantías?

En una cuestion tan delicada, y que pone en evidencia los pequeños misterios que se quisieran cubrir con un velo impenetrable, es preciso esperar el tener que sufrir un poco del mal humor de esos hombres, que no verán sin sentimiento reflejar en el espejo de la verdad punto por punto todas las maniobras, ardides y artificios de la profesion. Bastante tiempo han abusado de la simplicidad de un vulgo crédulo; siendo nuestro apego á la vida la base de la confianza que les concedemos, y muy á menudo, de su reputacion; pues que si á consecuencia de los esfuerzos de la naturaleza, el enfermo sobrevive á los ataques de una grave enfermedad, no se dejará de atribuir el honor al médico y á las numerosas visitas que haya hecho, dándoles con esto una prueba de credulidad, que están bien lejos de merecer.

¡Censor importuno á la par que exagerado! ¿os figurais acaso que un médico tiene en sus manos los destinos de los hombres, y que sea árbitro de

a vida y de la muerte? No: yo sé que la vida y la muerte están en las manos de Dios; pero sé tambien que la vida puede ser prolongada, y apartada la muerte por los medios que sugiere un médico hábil y esperimentado. Nadie puede sustraerse á la ley de la destruccion; pues que ella se dirige contra todos, y es preciso que todos la sufran. Mas sin embargo, aunque la muerte sea natural en el hombre, en el sentido de que necesariamente debe sufrir su ley, ¿no puede reconocerse que toda muerte que llega antes de la vejez ó de la decrepitud es contra naturaleza, y que los recursos del arte pueden ser dirigidos con éxito contra la causa que os produce?

Vosotros estais intimamente convencidos de esa verdad, y cuando habeis abrazado este estado con preferencia á todos los demas, era este sino el único, por lo menos uno de vuestros principales pensamientos. ¿Por que razon un enfermo atacado de una enfermedad aguda reclama vuestros socorros? ¿Por que cedeis á sus instancias cuando os manifiesta sus deseos de veros cerca de sí? Este acto mútuo, esta identidad de intenciones, ¿no es una prueba convincente de que hay remedios contra la enfermedad que puede producir una muerte prematura? Mas si flotando en el vago de las congeturas, dejais á una naturaleza demasiado embarazada con el peso de los humores, ó debilitada por las causas que no tratamos ahora de enumerar, el cuidado demasiado penoso de desembarazarse por sí misma, no usando sino de vanos paliativos, cuyo principal mérito es de no hacer bien ni mal, jamás curareis nuestro enfermo, y aun os apartareis mas de vuestro fin, mientras que no tengais un punto de

partida fijo, y que no conozcais el camino por el cual debeis ir, y el fin á que debeis tender. No ocasionareis mas que desastres mientras que derrameis la sangre, ese fluido motor de la vida, y que proscribais la evacuacion de los humores dañados ó corrompidos, origen de las enfermedades humanas (1). Si, pues, siguiendo vuestros antiguos métodos, y los sistemas mas que góticos, dejais perecer vuestros enfermos al principio ó la mitad de su carrera, contrariais las vías de la naturaleza, mereceis que cada una de las víctimas que no habeis podido arrancar de los brazos de la muerte, haga resonar noche y dia estas terribles palabras en vuestros oidos: *Non sanasti, occidisti*: no sanaste, mataste.

1 *La vida está en la sangre.* Esta verdad se halla consignada en todos caractéres en el mas antiguo y respetable de los libros conocidos. Casi nos atreveríamos á decir que esta verdad es una de aquellas que Dios se ha dignado de revelar á los hombres por el órgano de Moisés, en el capítulo 17, v. 11 del Levítico: *Anima omnis carnis in sanguine est.* Aqui se toma el alma por la vida, y no por esta sustancia espiritual é inteligente que distingue al hombre de un ruin monton de materia. San Agustin, esplicando este testo del Levítico, se espresa en estos términos: »Nuestra vida está de tal manera encerrada en la sangre, que conserva el calor natural y los espíritus que nos hacen vivir, y que se pierde la vida tan pronto como toda la sangre ha salido del cuerpo. Aug. in Lev. quaest. 57, *anima sanguine tenetur in corpore, nam si fuerit effusus, abscedit.*

CAPITULO XII.

PROYECTO DE GARANTIA OFRECIDO A LA SOCIEDAD.

Unos estudios, unos exámenes, unos grados! Todavía una palabra: aun algunas observaciones mas. Y ¿porque dejaríamos de decir toda la verdad? Con los exámenes, los grados y los estudios, el enfermo no tiene sino una garantía tan sumamente débil, que puede compararse con la privacion de toda garantía. Sin embargo, la sociedad necesita una (1), y ¿no habria algun medio para remediar este inconveniente? Está en el órden de los principios de la equidad y de la justicia, grabados en el corazon de todo ser razonable, el que el hombre que consagra su vida entera á unos estudios peno-

1 El sistema de dar fianzas en muchos estados ó profesiones, ha sido sabiamente inventado para dar garantías á los diversos miembros de la sociedad. El legislador al adoptar esta medida ha probado la estension de su celo y la sabiduría de sus miras; pues es un freno saludable para retener á los que estuviesen tentados de apartarse de las vías rectas de la justicia. Es imposible de sujetar un arte liberal como la medicina á esta formalidad; pero ¿acaso no hay mas que un solo género de responsabilidad? ¿Podria un médico formalizarse si el legislador le dijese: *no habiendo curacion, no debe haber retribucion*? Este motivo tal vez lo haria mas asíduo y mas atento con los enfermos que depositan en él su confianza.

sos, para proporcionar á sus semejantes la curacion, ó por lo menos el alivio de sus enfermedades, tenga derechos legítimos á una subsistencia honrosa.

¡Ricos del siglo! doblad, triplicad y cuadrutriplicad aun la suma de los honorarios en favor del hombre del arte que os haya prodigado sus atenciones; pero si tiene derecho á una retribucion proporcionada al servicio que esperais de él, ¿porque no tendreis el de dirigirle este lenguaje? »Vos habeis obtenido mi confianza, ahora os toca justificar mi eleccion; si me restituis la salud, el mas precioso de todos los bienes terrestres; si me procurais un alivio en los sufrimientos que me abruman, podreis vanagloriaros de mi generosidad, y si concebís la mas mínima duda de ello, trazad vos mismo las condiciones que desde luego acepto, y que cumpliré escrupulosamente; pero si no me dais mas que vanas palabras en lugar de la curacion, tened á bien el que vuestros pasos y trabajo queden por vuestra cuenta, y que mis herederos y yo quedemos descargados en vez de vos."

Este lenguaje en boca de un enfermo, de un valetudinario, ó de aquellos que pueden hablar por él, ¿seria opuesto ó contrario á los principios de las conveniencias humanas? Si esta convencion parece dura en sí, tal vez no lo será sino para esos hombres que tan solo curan por casualidad, y que dejan á lo que ellos llaman la naturaleza el cuidado de desembarazarse por sí misma. Pero aquel que tiene un perfecto conocimiento de la ciencia y de la verdad, sobre la cual reposan los principios del arte de curar, no temerá de aceptar una proposicion que hace á un tiempo la garantia del enfermo y la prueba de la habilidad del que se ha en-

argado de libertarle del pesado fardo de sus en-
ermedades.

No se verian entonces tantos enfermos entrete-
idos ó embaucados con vanas esperanzas de cura-
ion, que en vísperas de restituir á la tierra sus
ristes despojos, se lisongean aun de escapar á la
ey de la destruccion. Un médico amigo de la ver-
lad y de la humanidad ¿los abandonaria por esto?
No; antes bien no temeria el declarar á la familia
ue no puede administrar al enfermo otros socorros
ue los de la *medicina* llamada *paliativa*. Con es-
o estarian seguros de que no se le atormentaria
on pruebas y tentativas que no tienen otra utili-
lad que la de agravar sus sufrimientos, cansar su
aciencia y desolar su resignacion.

¡O vosotros, todos los que sois presa de las en-
ermedades humanas, y que desde mucho tiempo
uscais en vano un estado de salud que no habeis
odido recobrar! Guardaos, y guardad tambien á
uestros herederos de los efectos del ungüento de
ardecura. Esta palabra dice bastante por sí mis-
na, sin que sea necesario el comentarla. Con to-
lo, no se debe poner una asercion sin acompañarla
le pruebas en su apoyo; pues que podria decirse
ue alegaciones no son pruebas. Si se disputase la
eracidad del siguiente hecho, la prueba testimo-
ial, ó escrita tal vez, impondria silencio á los con-
radictores.

Cierto doctor en medicina, despues de haber
isto con sus propios ojos en el canton donde ejer-
ia su arte ó su talento, curas maravillosas, efectua-
las con arreglo á los principios consignados en la
bra titulada la *Medicina curativa*, creyó podia

hacer treguas, por lo menos momentáneamente, con las preocupaciones de la antigua rutina. Habiendo esta obra caido en sus manos, la habia leido y tenido el talento de apreciarla. Pero esto no bastaba, pues era preciso adelantar algun paso mas; y ¿hay alguna cosa que uno no haga cuando verdaderamente quiere instruirse é ilustrarse? Sube al manantial de las luces, consulta, y pide los medicamentos, para usarlos conforme al método cuyos principios habia probado. Por primer ensayo (que fue para él un golpe de maestro) los usó con una muger atacada de hidropesía hacia mas de seis meses, con los caractéres mas alarmantes. Esta primera estrena tenia en sí algo de repugnante; una hidropesía que habia resistido á todos los medios conocidos. De desahuciada que estaba, la repuso sobre sus pies en diez dias de curacion, y la restituyó á un estado de salud tal, que la mejoría sobrepujó todas sus esperanzas. Deberíamos creer que despues de un suceso tan brillante, este hombre del arte hubiera continuado empleando con sus otros enfermos el mismo medio que tan bien le habia salido. Poco á poco; queda siempre la segunda intencion: *Item. Es preciso vivir.*

Acaso se dirá: ve aqui un hombre conducido al conocimiento de la verdad, un hombre verdaderamente convertido. ¡Oh! desengañaos. Un médico no se convierte tan facilmente. Los médicos que se creen tan altamente superiores á un plebeyo vulgo, tienen una estension de luces que los eleva en gran manera de la esfera en que estamos colocados: ven las cosas en grande, y desdeñan los detalles minuciosos. Se necesitan años, por no decir siglos, cuan-

do se trata de quebrantar unas voluntades algo rebeldes, ademas de que cada uno es un poco médico por sí mismo.

..... *¿Quid non mortalia pectora cogis*
Auri sacra fames ?

VIRGILIO.

Cierto dia se insinuó á este doctor medio convertido, que no hacia un gran consumo de esos medicamentos, cuya eficacia habia conocido, de lo que se inferia que no tenia muchos enfermos. »¡Y que! dijo él, ¿creeis que yo los uso con todos mis enfermos?..... Dios me libre..... no recurro á ellos sino por aquellos que no puedo curar de otro modo....'' *¿Que seria de mí?*

Pobres enfermos que leereis esta obra, si es que llegue á caer en vuestras manos, ¡que vasto campo os deja á vuestras reflexiones! ¡Y vosotros, los que las agudas flechas de la enfermedad aun no han alcanzado, reflexionad tambien, y ved si el sistema de las garantías es un sistema incoherente é inadmisible! Si los médicos lo desechan, es una razon de mas para que vosotros no lo dejeis. Mas cuando está enfermo ó es valetudinario, es digno de lástima, porque la razon se debilita, y entonces es cuando ellos ejercen toda su influencia, por no decir todo su dominio (no cortemos la palabra), todo su..... (1). Está probado tanto como una verdad puede serlo, que el arte de curar considerado en su estado actual, no presenta sino unas garantías muy débiles, por no decir que no presenta ninguna.

1 Véase el título de esta obra.

El arte de la medicina, ó el ejercicio de esta profesion, ¿puede ofrecer á la sociedad medidas de seguridad y de prudencia, capaces de dar á los miembros que la componen garantías preferibles á las actuales? Toca al lector el pesar en su circunspeccion y discernimiento las observaciones que se le acaban de poner á la vista. Que se acuerde de esta palabra tan espresiva: *¿Que seria de mí?*

CAPITULO XIII.

PEQUEÑOS ARTIFICIOS DE NUESTROS MODERNOS HIPÓCRATES, POR SUSTRAERSE A LA CENSURA DE SUS CONTEMPORANEOS.

El medio mas escelente por escaparse de la crítica de sus contemporáneos, es el identificarse de tal modo con ellos, que los tiros que traten de arrojar caigan en tierra antes que alcancen á los que quieran atravesar con las armas del ridículo. Cuando el Aristófano frances trató de sacar en la escena los médicos de su tiempo, pintó á unos hombres que eran de su siglo: tanto el vacío y lo absurdo de sus razonamientos y de sus fórmulas, como la rareza y estravagancia de su manera de vestir y de sus modales, era lo que disponia los espíritus á reirse á su costa. Los médicos del tiempo de Moliere eran personages graves, sentenciosos, y que hablaban como por resorte. Eran unas cabezas cubiertas dia y noche con el bonete doctoral; unos cuerpos que no se despojaban de sus largas togas mas que para acostarse. Se les veia con este ridículo atavío montados en sus mulas, recorrer pedantescamente de un estremo á otro las calles de la capital. Una larga, espesa y canosa barba daba á sus descoloridos y melancólicos semblantes un aire venerable, todo conforme á los avisos y preceptos del padre de la medicina.

En fin, el atavío de los médicos de entonces se parecia mucho á aquel bajo del cual nos pintan los nigromantes ó mágicos en la mayor parte de nuestras piezas teatrales, ó en la fantasmagoría. Un médico no podia obtener la confianza, ni adquirir una especie de celebridad, hasta que la vejez hubiese principiado á pasear sobre su cabeza sus pesados dedos.

Hoy dia todo está mudado. Un médico es un hombre que conoce el mundo y la alta sociedad, en términos, que se le puede consultar con igual éxito sobre una enfermedad ó sobre la moda del dia. Su porte nada tiene que no sea simple, natural y elegante. A la verdad, un poco de afectacion en su postura; pero esta afectacion se le tolera tanto mas voluntariamente, cuanto mas acompañada está de gracias. Vedlo entrar en el cuarto de una jóven dama vaporosa. Su compostura nada indica de siniestro, pues lleva consigo el color del dia. El estrangero que lo ve llegar, lo tomaria sin trabajo por un amigo de la casa que se interesa vivamente por la salud de la enferma, y facilmente se engañaria con respecto á su calidad, sino fuese por la manera graciosa y casi galante con la cual le toma el pulso. Se recoge, baja modestamente sus ojos, y deja percibir en sus labios una dulce sonrisa. Un *esto está bueno*, pronunciado con aire de satisfaccion, derrama un bálsamo saludable sobre aquella cuya imaginacion está mas enferma que su cuerpo. Por concluir, ordena que se añada un pellizco de camamirla á la bebida de la víspera, y despues, á fin de quitar el ceño de la frente de la enferma, como el doctor está perfectamente al corriente de las anécdotas de la ciudad, y casi siempre de las del dia,

las cuenta con aquella gracia y soltura que le han valido el título de buen hablador. Hablará, pues, de política sin entrar en grandes discusiones: *ultra* realista con los realistas exaltados; republicano con los hermanos y amigos del pueblo soberano, y ministerial con los hombres que no sueñan otra cosa que empleos y dignidades; jamás hombre alguno tuvo menos opinion propia; jamás ninguno supo hacerse mejor á todo y con todos por ganar.... ¿que? ¿la confianza? no: ¿la estimacion? tampoco: ¿pues que? dinero.

Despues en derecho y en razon se saca la consecuencia de que un hombre que habla del estado de las rentas tan bien como podria hacerlo un primer oficial ó gefe de la secretaría de cuenta y razon, y que diserta tan sábiamente sobre los grandes resortes de los gobiernos, debe ser una cabeza muy bien organizada para el arte que ejerce. Si ademas tiene la felicidad de procurar con éxito un ligero alivio á una cabeza enferma, entonces sí que se oyen resonar las trompetas de la celebridad. ¡Que hombre mas dulce, mas honesto, mas afable y mas complaciente con sus enfermos! ¡que prudente y circunspecto! ¡Como estudia la naturaleza sin contrariarla jamás! ¡como espia su marcha y operaciones! Si el gusto de un medicamento es repugante, al momento prescribe otro: ¡parece que adivina y lee en los pensamientos! ¡Es mas que un simple mortal, es el Dios de Epidauro que ha tomado una forma humana!!! ¡Cuantos médicos no han debido su crédito y celebridad sino á los repetidos ecos de los retretes...!

Casi podríamos preguntarnos: ¿por que, despues de Moliere, ninguno de nuestros autores ó poetas

cómicos ha intentado el sacar nuevamente á la escena los médicos modernos? ¿El Aristófano frances hubiera de tal manera agotado el asunto, que no habria dejado nada que respigar? ¿La mina del ridículo estaria de tal modo agotada, que no se podria esperar el encontrar aun en ella alguna veta ventajosa por esplotar? ¿Un autor cómico no sacaria un buen partido de ese doctor perfumado, que al salir del cuarto de un enfermo se mira con complacencia en un gran espejo, se contempla de pies á cabeza, por ver si falta alguna cosa á su adorno, baja las escaleras gorgeando una aria de ópera, y sube á su wisky (1) tan ligero como un pájaro y con una gracia que le es particular...? ¿Un nuevo Moliere no encontraria un vasto campo en que ejercitar su talento, si nos pintase esas sociedades provinciales, llamadas literarias ó científicas, en cuyos primeros rangos se ven figurar tantos médicos, cirujanos y farmacéuticos que nunca han escrito ó compuesto otra cosa que memorias de boticarios, ó hecho la anotacion de sus visitas en las casas de los enfermos, y que se engrien, el uno del título de correspondiente de una academia estrangera (con la que jamás se han correspondido), y el otro de añadir á su título de académico el de profesor de medicina clínica ó de correspondiente del Ateneo? Este, todo lleno de gloria por ver su nombre burilado en el diario del departamento con el título de *metereologista*, se cree ya verlo clavado con un clavo de oro en la puerta del templo de la Inmortalidad, por haber llevado nota de la lluvia y del buen tiempo. El otro,

1 Coche montado muy alto, esto es, á la inglesa. (*Nota del traductor.*)

solicitando los honores de la celebridad, agitándose de diversas maneras y lleno de desvelos hasta que ha obtenido el título de admision que debe por el anuario de su departamento, transmitir á las generaciones futuras sus títulos y calidades, acompañados con dos ó tres *et céteras*.

Mas un autor cómico, por cómico que sea, tiene que guardar miramientos, y temeria de atraerse contra sí los potentados del órden, de esos hijos adoptivos de todas las sociedades sábias, de esos hombres tan versados en la química, la botánica, la mineralogía y la historia natural, que hablan como unos libros sobre todas las partes de las ciencias; que nada ignoran, y que todo lo saben, escepto el arte de curarse á sí mismos y á sus semejantes. Un autor cómico no puede ignorar que cuando los hombres han sido bastante astutos para identificar su causa con la de su siglo, no queda medio alguno de alcanzarlos. ¡Como sacar en la escena unos jóvenes esculapios que son el alma y el ornamento de nuestras sociedades! Esto seria un horror, una abominacion, una infamia. ¿No forman ellos parte en todas nuestras comidas, de todas nuestras tertulias, de todos nuestros bailes y de todas nuestras partidas de diversion? Están de tal manera á cubierto, que pueden despreciar todos los tiros del ridículo. Y ¿no son ellos los primeros que se rien á carcajada suelta de las piezas de Moliere, y que toman partido por este contra sus antecesores, de cuyas fórmulas mas ó menos estravagantes hacen burla? Ellos no temen que se les saque á la escena *en un siglo de luces* (como pedantes erizados de griego y latin), pues han sabido ponerse al abrigo de un tal ridículo, y con escep-

cion de algunas palabras técnicas consagradas por el uso, y con las que saben muy oportunamente pulverizar todas las consultas, sean verbales ó escritas, casi se les podria tomar por miembros del instituto, adictos á la seccion de literatura francesa, por cuanto su lenguaje es la quinta esencia de ella.

¡Pobres autores cómicos, cuán digna de lástima es vuestra situacion! En otros tiempos los ridículos de todos los estados y de todas las condiciones eran nuevamente presentados en vuestro tribunal, y vuestra jurisdiccion no conocia límites; mas hoy dia, el campo en el cual podriais respigar numerosas espigas, os está prohibido, sin esperanza de poder entrar en él mientras que nuestros modernos esculapios den el tono á la sociedad ó que lo reciban de ella. Sí: romped vuestros pinceles, mezclad vuestros colores, y arrojad al fuego vuestras paletas, pues aun cuando Moliere renaciese de sus cenizas, nada cambiaria hoy en nuestros hábitos ni en nuestras costumbres. Cuando las preocupaciones han echado profundas raices en ciertas mentes; cuando han envejecido en un suelo que les es propicio, la censura y la crítica, por sazonadas que estén con la sal del aticismo, ya no producen efecto. Son lo mismo que un hombre reducido á la última estremidad, y cuya enfermedad ha resistido á todos los remedios conocidos, que entonces la naturaleza, fecunda en recursos, opera algunas veces una venturosa crisis, y salva á un enfermo de cuya salud nada se podia ya esperar. El presente siglo espera esta crisis; ella se efectuará inevitablemente, no empero con los vanos paliativos del ridículo, sino con la masa del razonamiento apoyado en la esperiencia y la evidencia de los he-

chos, aun mas fuertes que todos los razonamientos del mundo.

Cuando Moliere atravesó los médicos de su tiempo con los tiros del ridículo; cuando los entregó á la burla de sus contemporáneos y de los sucesores de estos, ese genio raro y trascendental que conocia tan bien los hombres y las cosas, ¿hubiera atacado un arte cuya conocida utilidad hubiese sido apoyada con curas evidentes é incontestables? ¿Su misma evidencia no le hubiera hecho caer la pluma de la mano? Y ¿no hubiera sido el cúmulo de la injusticia (de que era incapaz) esponer á la irrision pública unos hombres que diariamente hubiesen concurrido á restituir la salud y la vida á sus conciudadanos? Mas él no atacó la medicina ni los médicos de su tiempo, sino por el conocimiento que tenia de lo inútil y peligroso de sus medios y de la jerigonza que mezclan en sus fórmulas. Si en su tiempo, como ha sucedido en el nuestro, se hubiesen disipado las espesas tinieblas que encubrian la medicina, por medio de la aparicion de una luz estraordinaria, para la manifestacion de un principio evidente, consolidado por millares de curas mas maravillosas unas que otras, ¿no hubiera sido el primero en bendecir la Providencia por el descubrimiento de un medio tan útil, tan poderoso y eficaz? Ese espíritu tan justo y recto, ¿no hubiera por el contrario hecho uso de su talento por vengar la ciencia de los sarcasmos bajo el peso de los cuales los médicos de su tiempo hubieran querido confundirla? ¡Como hubiera divertido á sus espectadores, mostrando los médicos tales como son muchos de ellos, armados sin cesar

los unos contra los otros, reuniéndose en el peligro comun, solo para aniquilar un método de curacion capaz de romper en mil pedazos las ruedas de sus carruages ó de sus elegantes cabriolés!

CAPITULO XIV.

¿ADOPTARAN LOS RICOS ESTE METODO?

La parte de la sociedad que por razon de la educacion que ha recibido parece deberia estar mas al abrigo de los alcances de las preocupaciones, es en que esta plaga ejerce en muchos casos el mayor imperio. La distancia que separa al rico de la clase comun, impide que llegue á él el eco de algunas curas maravillosas, no siendo al traves de las mayores dificultades, porque acostumbrado desde su mas tierna infancia á no ver en su médico sino el conservador de la salud, y habituado como está á sus fórmulas, no puede imaginarse que haya nada superior al mérito del doctor, que ademas disfruta la confianza de las primeras casas del distrito. El médico por su parte, si se le habla de una cura maravillosa efectuada con la ayuda de este método, no deja de esclamar y de emplear todo el arte de la persuasion para inspirar un sentimiento de horror y aversion hácia un procedimiento que cura pronto y eficazmente. *¡Lo habeis pensado bien...! ¡quereis mataros! ¡quereis que yo no vuelva á poner los pies en vuestra casa...!* Y el tal hombre, que descansa ciegamente del cuidado de su salud en la persona de su esculapio, el cual se vanaglo-

ría de conocer su temperamento, se encamina hácia el sepulcro, siguiendo los usos admitidos.

Sí, seria dificil de pintar el trabajo que se toman para impedir que la verdad penetre en las casas llamadas de *puertas cocheras*. Alli es donde la astucia está como en su trono, y que despliega todos sus medios con el mayor aparato. Gestos llenos de espresion, levantamientos de espaldas, declamaciones, proposiciones aventuradas y dichas con el tono de la persuasion, porque están seguros que no tendrán contradictores; el hombre opulento que tiene ya demasiada propension á distinguirse de la clase comun, y que casi se avergonzaria de curarse con los mismos medios de que ella usa, toma fácilmente el partido opuesto y cae en la red. Y en efecto, ¿como podria persuadirse de que un médico cuya reputacion es tan estensa y tan alabada en millares de casas, no tenga mas razon que aquel de quien ni siquiera se ha leido el título de la obra? Es preciso convenir en que el paso es resbaladizo, y la situacion embarazosa para esta clase de hombres amantes de descargarse sobre otros del mas importante de todos los cuidados, cual es el de vigilar por la conservacion de una existencia atormentada de varias especies de enfermedades. Cuesta tanto el desprenderse de las antiguas preocupaciones, y es tal su imperio, que apenas puede uno creer el testimonio de sus propios sentidos. Ademas de que si se han de tomar precauciones durante la vida, tambien hay que guardar ciertas consideraciones. Tal ha usado el método del cirujano Le-Roy, y le ha probado perfectamente, que si llegase el caso se avergonzaria de confesarlo, manchándose de este modo á sí mismo con el vicio de

ratitud. Se quiere estar bien con todo el mun-
y no indisponerse con nadie (1).

Yo he conocido un hombre introducido en lo
e se llama *buena sociedad*, que habia visto con
propios ojos la mudanza casi milagrosa efectua-
en la persona de un hidrópico, á quien el mé-
o mas acreditado del distrito habia declarado por
olutamente incurable. Enfermo que por mas de
ziocho meses no ofrecia ningun recurso el ar-
al paso que por su parte no tenia esperanza
una. En tal situacion se sirve uno de todo, á
lo se agarra; entonces fue cuando recurrió á la
dicina curativa, cediendo á las instancias de sus
igos, y en cuatro dias de régimen evacuó cua-

El respeto humano fue en todos tiempos un enemi-
irreconciliable de la verdad. Esta proposicion es gene-
nente verdadera en religion, en moral, en política y
en medicina. Un padre de familia, bien convencido
ersuadido de la eficacia de este método, despues de
er arrojado contra él por espacio de muchos años una
na parte de su bilis, vino cierto dia á hacerme una
ta bien cerrada ya la noche, probablemente con el fin
no ser visto, notado ni conocido. Antes de curarse á
nismo con arreglo á este método, antes de curar una
ienta cercana, á la que queria mucho, su ingenuidad
condujo á hacerme una confesion. »Tengo, dijo, por
igos un buen número de médicos, con los cuales como
y á menudo. ¿Seria posible que mi comportamiento
dase cubierto del *incógnito*? Ya comprendereis el mo-
; no es menester reñir con los amigos."
¡Como si la verdad conociese semejantes temperamen-
!
¡Como si los compañeros de mesa fuesen amigos!
¡Como si la salud no fuese antes que todo!
¡Como si, y como si, etc., etc., etc.!

renta pintas de agua. El médico que lo trataba no queria creer á sus propios ojos, y le palpaba los brazos, las piernas, los muslos, el vientre y el estómago. No por esto el enfermo estaba aun curado, por razon de que las evacuaciones, aunque en estremo abundantes, no habian agotado el germen de la enfermedad; pero continuamente el régimen indicado en el método, recobró el sueño y el apetito, y las funciones naturales se hacian como corresponde. Pues bien; todo esto se ha verificado á la vista de un observador tal mente maravillado, en tal manera aturdido y sorprendido, que en su primer entusiasmo no sabia á quién contarlo, y lo hubiera voluntariamente anunciado hasta á las mismas paredes. Mas todo de un golpe se efectúa un cambio en su espíritu, no menos admirable que el que se habia efectuado en el cuerpo del enfermo. »Sois feliz, le dijo; vuestra curacion presenta todos los caractéres de un fenómeno; pero tal vez sereis causa de la muerte de veinte individuos que vuestro ejemplo habrá arrastrado....." ¿Como pudo efectuarse una tal mudanza de opinion.....? ¿Es preciso decirlo todo? Es porque en las tertulias que están dominadas por antiguas preocupaciones, é influidas por los razonamientos mas ó menos capciosos de hombres que tienen un interes directo en retardar la marcha de las luces, estos les ponen por delante cinco ó seis individuos muertos, ó porque han sustituido su voluntad á las indicaciones del método, ó porque la enfermedad presentaba el obstáculo de una absoluta incurabilidad, llevando la injusticia hasta el punto de no querer parar la atencion en los muchos centenares de enfermos deudores de su salud y de su vida á los medios

razados por el autor de la *Medicina curativa*.

¡Ricos del siglo, séanos permitido el lamentarnos aqui del esceso de vuestra ceguera! ¡Como! ¡el pobre se curará á vuestra vista y á vuestras puertas, y vuestra indiferencia por el mas precioso de los bienes temporales, os hará desdeñar los medios de prolongar una vida, que hubierais podido emplear en alivio de los infelices! ¿Seria esta la vez primera que la luz de la verdad hubiese brillado á los ojos del pobre antes de iluminar los del rico? Las preocupaciones, como los sistemas, no subsisten mas que una temporada, y las verdades útiles son de todos los siglos. Vosotros la abrazareis, aunque tarde; pero la abrazareis, y á fuerza de ver y de oir, abrireis al fin los ojos y los oidos, y concluireis por comprender que es mucho mas ventajoso el morir tarde con el vulgo, que el morir temprano víctimas de la moda y de las preocupaciones.

CAPITULO XV.

LOS SECRETOS DEL ARTE, Ó LA DESTREZA DE LAS GENTES DEL OFICIO.

Por secretos del arte no entendemos aquellos que tienen por objeto el procurar á un enfermo con la mayor prontitud posible el alivio ó curacion por qué suspira con tanto ardor. No faltan médicos que prometen, ni pretendidas gentes del arte que lisongean á sus enfermos con las mas dulces y consolaras esperanzas; pero ¡cuanta distancia hay de la promesa á la realidad!!! ¡Cuantos enfermos por el dicho de los doctores han esperado con una especie de impaciencia el retorno de la primavera, que sin embargo no ha hecho mas que agravar sus sufrimientos y dolores! Cuando el doctor ha pronunciado estas bellas palabras: *la primavera todo lo compondrá*, el pobre valetudinario vive de esperanzas, y mientras espera esos hermosos dias tan deseados, las visitas siguen su tren ordinario, y los beneficios del boticario aumentan en lugar de disminuir. ¡Cuantos hay á quienes se les ha hecho respirar sin fruto el aire nativo, únicamente por alejar á un enfermo titulado, del que estaban muy contentos de poderse desembarazar, enviándole á morir cien ó mas leguas distante del lugar de su domicilio! Dar el nombre de secreto á esas pequeñas maniobras, seria hacer un abuso manifiesto de las palabras; pues lo que todo el mundo sabe, no puede

llamarse un secreto; pero los hay de otra naturaleza, que son lo que en término mas que vulgar se llama la *gerga* ó *gerigonza* del oficio ó profesion; y esto es lo que no todo el mundo sabe. Instruyamos, pues, á nuestros semejantes, esto es, á aquellos que querrán instruirse.

Entre los médicos de provincia y los de la capital, existen relaciones mas ó menos íntimas, y una correspondencia mas ó menos activa, siempre subordinada á la necesidad de las necesidades, que es decir lo bastante. El médico de París no es indiferente al efecto de sus relaciones, ni á la influencia mas ó menos estensa que sus corresponsales de provincia ejercen sobre los enfermos. La capital, como que está perfectamente bien servida, conoce el mérito naciente de un jóven práctico; pero pocas personas están en estado de conocer en qué consiste este mérito. 1.° En un gran fondo de vanidad cubierta con una ligera capa de gravedad, que no es sino de circunstancia. 2.° En una facil elocucion, agradables modales, bien formado, una buena estatura, y en una palabra, todo lo que constituye un hombre gracioso y un elegante caballero. 3.° Una memoria feliz, cargada de una brillante nomenclatura, fundada en los términos nuevamente inventados. Con todo esto, un médico jóven está seguro de hacer su fortuna: tendrá *alabadoras*, y con el apoyo de estas, seguramente no le faltaran alabadores.

Esto es algo, y lo que se puede llamar un feliz principio; mas no es todo, pues nuestro jóven esculapio conoce la necesidad que tiene de ser alabado, apoyado y preconizado por los magnates de la facultad, y asi se dicen mútuamente: alquílame que

te alquilaré. Este jóven doctor, principiante y recientemente desembarcado, mantiene correspondencia con los maestros del arte, á los cuales cuida de consultar sobre enfermedades reales ó imaginarias; recibe una respuesta de conformidad, que comunica con toda la reserva propia de una circunspeccion dirigida por la prudencia; no la produce indistintamente á los ojos de un vulgo profano, y como tiene amigos escogidos y confidentes, ó lo que todavía es mejor, confidentas predilectas, estas son otras tantas trompetas que hacen repetir á los ecos de nuestros salones, que el jóven doctor *fulano de tal* está relacionado con los médicos mas distinguidos de la capital. ¿Como podria dejarse de poner la confianza, y una confianza toda entera, en un hombre que puede lisongearse de estar relacionado con los médicos de París? De este modo es como se establecen las mas brillantes reputaciones, sobre todo en esta parte (1).

Existen enfermos de mas de una clase: los hay que no son bastante ricos ni opulentos para llevarse consigo un doctor, y que sin embargo quieren hacer un viage á la capital, con la esperanza frecuentemente engañosa de encontrar alli la salud que no han podido obtener de los médicos del pais que los ha visto nacer. El doctor que ha agotado toda su ciencia, y que no sabe ya qué medios emplear, y que en el fondo de su corazon apenas siente el viage, porque tiene justo motivo de temer que el enfermo muera á su vista, y que tiene que ganar si va á morir á treinta ó cuarenta leguas de su do-

1 Por fortuna los médicos españoles no se parecen en esta pintura á los estrangeros.

micilio habitual, tiene buen cuidado de proveerlo con buenas cartas de recomendacion. »No dejeis sobre todo, le dice, de ver al doctor *fulano*; pues este es lo que se llama un hombre; es el primer médico de París: de modo que no sabe á quién acudir. La corte ha querido atraerlo á sí; pero él ha preferido consagrar sus cuidados al público, antes que sujetarse á un servicio tan pesado, y que hubiera contrariado tanto la inclinacion que lo conduce á entregarse enteramente al servicio de la clase comun. Podreis igualmente ver á los doctores *tal y tal*, son amigos mios, y bajo mi recomendacion podeis estar seguro que os prodigarán todos los cuidados imaginables, y que no ahorrarán nada por restituiros la salud y la vida.'' Al pobre enfermo nada le corre mas priesa que el entregar las cartas de que es portador á quienes van dirigidas; pero toma mal su tiempo por presentarse á la hora de las visitas. »El señor no está en casa....'' Vuelve segunda vez. »El señor aun no ha vuelto.'' — »¿A que hora vendrá?'' — »Sobre las diez de la noche.''— »Mi salud no me permite el venir tan tarde.'' — »Dejad las señas de vuestra casa, y mañana por la mañana cuando el señor salga á sus visitas pasará á veros.''

Bueno será que los provinciales sepan que los doctores acreditados de la capital no se desquitan de sus enfermos á tan bajo precio como los médicos de provincia, aunque estos últimos hagan pagar bastante caros sus cuidados y atenciones; pues que un doctor acreditado de la capital rara vez sale de su casa á menos de veinte francos por visita, exigiendo igual suma por una consulta por escrito. Este es el precio fijo por las personas poco pudientes, y aun tienen el cuidado de darles á entender

que tienen consideracion á la modicidad de sus medios (1). Esta clase de ofrendas, mas ó menos raras, mas ó menos frecuentes, solo son bagatelas en comparacion de las felices conyunturas que atren á sus redes esos enfermos escogidos, esos hombres ricos y opulentos, que no sabiendo ya qué medios emplear por prolongar su existencia, se tienen por muy felices de que su doctor, despues de haberles hecho entrever la indispensable necesidad en que están de hacer un viage á la capital, les conceda el favor de acompañarles. ¡Oh, como se hace de rogar por espacio de ocho dias! ¡Como pondera la necesidad que tienen de su presencia una multitud de enfermos, por quienes toma el mas vivo interes! ¡Como recarga el perjuicio que puede acarrearle una ausencia de algunos dias! Sin embargo, su natural oficiosidad apenas podria resistir á tan vivas instancias, y á las solicitudes de una fami-

1 Cuando un enfermo de provincia va á consultar á un médico acreditado de la capital, rara vez se le entrega la consulta escrita el mismo dia de la consulta verbal, teniendo para ello buen cuidado de poner por delante la necesidad que hay de meditar y reflexionar profundamente sobre su situacion, y la cosa se difiere al dia siguiente; pero este dia el doctor cesa de ser visible. Un gran lacayo bien dispuesto y formado está encargado de guardar el punto, y hecho depositario de las consultas *tarifadas*, entrega á cada uno su pasaporte para el otro mundo, con la diferencia sin embargo que una cabeza coronada paga mucho mas que la que lleva un gorro ó un simple bavolet (*).

* *Cierto tocado que usan las aldeanas de los contornos de París.*

lia desconsolada. ¡Que combates! ¿Por que lado quedará la victoria? Al fin consiente en que se prevengan los caballos de posta para el dia siguiente. Ved aqui, pues, al pobre enfermo embarcado y empaquetado, con el doctor á su lado, dirigiendo la marcha de los caballos y de los postillones, de miedo que un movimiento demasiado rápido ó acelerado sea perjudicial á su salud. Durante el camino, el doctor tiene gran cuidado de hablarle sobre la ventaja infinitamente preciosa de tener cerca de sí un hombre capaz de prevenir los accidentes que pudiesen sobrevenir. En fin llegan. Las mejores posadas de la capital nada tienen de caro para un hombre que se halla en estado de poder pagar.

El doctor, que conoce la topografía médica de la gran ciudad, despues de haber depositado su enfermo en lugar seguro, y colocado á su lado una buena guardia, nada le interesa tanto como ir corriendo á anunciar la llegada del pájaro que él mismo ha metido en la jaula; y para que todo se haga segun las fórmulas y usos recibidos, va primero á ofrecer su respetuoso homenage al mas acreditado, del cual se informa y recibe órdenes para ir á avisar á aquel con el cual debe consultar. La gerarquía es una cosa muy bella aun en medicina. La hora y comodidad del primero son motivo mas que suficiente para el segundo, pues en diciendo que hay dinero que ganar, ya está dicho todo, y con ello desaparecen las pretensiones y rivalidades. Nuestros doctores llegan á la hora señalada, llevando impreso en su frente un aire de dignidad (que no es desagradable á un enfermo), y pintada en sus ojos una dulce esperanza. El arte que tienen de componer ó descomponer su semblante, embaraza-

ría á Preville (1) si volviese á la tierra. ¡Que graciosa es su entrada! ¡Que melosas y lisongeras son sus palabras! ¡Que astutos son en insinuar al enfermo que su médico ordinario es digno de toda su confianza! Y ¡como se engrie éste modestamente al dulce vapor del incienso que se quema en su honor! En fin, despues de muchos cumplimientos, dados y recibidos poco mas ó menos del mismo modo que los jóvenes estudiantes se envian unos á otros una bala de viento, nuestros inspectores generales de la salud arruinada, empiezan el noble ejercicio de sus funciones.

»¿Con que estais enfermo, caballero?" — »¡Oh! sino lo estuviese seguramente no me hallaria aqui." —»¿Hace mucho tiempo?"—»Hace mas de un año." — »Pero ¿el principio de vuestra enfermedad?" — »Data de mucho mas lejos." — »Nosotros lo pensamos del mismo modo que vos." — »Hace mas de diez años que estoy padeciendo; he resentido una incomódidad, una plenitud humoral y una lasitud, que no sabia que hacer de mi persona, y digestiones difíciles, aun cuando hiciese uso de los alimentos mas ligeros." — »Muy bien, esto basta; vuestro doctor, nuestro estimable compañero, responderá por vos, por temor de que no os fatigueis hablando."

»Y bien, compañero, vos que habeis seguido punto por punto el estado sanitario de este caballero en los diferentes períodos que ha recorrido su enfermedad, tendreis la bondad de suplir lo que él haya podido omitir en el detalle que acaba de hacernos. A vos toca el manifestarnos sobre es-

1 Famoso cómico del último siglo.

te importante artículo, lo que nos queda que desear."

»SEÑORES:

»Tengo por un grande honor el tener que disertar sobre la enfermedad de que este caballero se halla atacado, en presencia de unos hombres que están revestidos de la confianza de todo lo mas distinguido que la capital encierra; de unos doctores, cuya bien merecida reputacion se ha estendido hasta el fondo de nuestras mas lejanas provincias. Diré primeramente, que no fui encargado de dirigir la curacion de la enfermedad desde su origen; que la marcha que se habia seguido me pareció diametralmente opuesta á los grandes principios universalmente admitidos y reconocidos por la práctica de los grandes maestros de nuestros dias. Hasta entonces se habia hecho uso de la purgacion, sino muy frecuentemente, por lo menos de cuando en cuando; mas yo deseché este medio como poco conveniente, por no decir enteramente perjudicial. El calor ardiente que el enfermo resentia durante la accion del remedio, era el signo *diagnóstico* de la falta de analogía que habia entre este medio y el estado de salud del enfermo. Creí, pues, que estaba en los principios el desechar los *drásticos*, los *emeto-catárticos*, y substituirles los *diaforéticos*. Como el enflaquecimiento principiaba á manifestarse de una manera sensible, empleé los *analépticos* y los *cordiales*; y á fin de determinar poderosa y eficazmente la salida ó evacuacion del humor morbífico que se dirigia hácia las estremidades, no se negligieron los

epitemas y los *epispásticos*. En distintas ocasiones, y con arreglo al uso adaptado por los mas grandes maestros, cubrí su cuerpo de sanguijuelas (*b*), unas veces con veinte y otras con cuarenta, en razon á la necesidad. Tal ha sido, señores, la marcha de la curacion constantemente seguida en el individuo que me ha revestido de su confianza. Ahora toca é vosotros, que sois los padres de la ciencia, el pronunciar sobre la conformidad de la curacion con las reglas del arte. Todavía añadiré, que no se ha ahorrado el agua de tilo, de flor de naranjo, el caldo de pollo, ni las emulsiones en todas las *exacerbaciones* que han sobrevenido al enfermo, que es el objeto de la presente consulta. *Dixi.*"

RESPUESTA.

»Doctor, vuestra sagacidad nos es bien conocida. Vuestra correspondencia frecuente y habitual con los médicos mas distinguidos de la capital, no nos permite el dudar un solo instante de que no seais un verdadero tesoro para la provincia que tiene la dicha de poseeros. Muchísimas veces hemos admirado la profundidad de vuestras luces, esa finura de tacto poco comun en las consultas que se nos dirigen, y no teníamos necesidad de la sábia esposicion que acabais de hacernos para saber que vuestro enfermo ha sido tratado segun todas las reglas del arte. Mas al paso que rendimos á vuestras luces el testimonio que les es debido, os diremos por via de observacion únicamente, que estando el enfermo en un estado *caquético*, hubieran podido emplearse con suceso los diuréticos. Los *epifenómenos* que se han manifestado en el discurso de una enfer-

medad tan caracterizada, inducian á determinar esta medida. En resumen, la enfermedad del señor exige que tratemos de ella despacio, pues presenta unos caractéres que reclaman imperiosamente la mas profunda meditacion. Mañana á la misma hora estaremos aqui; entre tanto tened el mayor cuidado de un enfermo que nos deja concebir las mas lisongeras y consoladoras esperanzas."

Fieles á su palabra nuestros doctores, despues de haberse tomado el tiempo para reflexionar, no hacen falta en volver al dia siguiente. El pobre enfermo, absorto de los términos científicos que han penetrado sus oidos, y con la cabeza llena de *exacerbaciones* y de *epifenómenos*, espera con impaciencia la vuelta de unos hombres en cuya ciencia funda las esperanzas de su curacion. Por fin, la hora tan deseada llega, y si el mismo carruage no conduce ambos doctores, se siguen uno á otro tan de cerca, que se diria que habian partido juntos. Encantado de una exactitud tan puntual, el pobre enfermo escucha con una docilidad que no tiene modelo la lectura de una disertacion, de la cual nada comprende. Entregan esta con toda gravedad en manos del doctor que ha tenido la bondad de abandonar sus demas enfermos para dedicarse enteramente en cuidar un enfermo privilegiado. Como el aire de la capital es espeso y cargado de miasmas mas ó menos contrarios al estado de su salud, le aconsejan que su permanencia en ella sea la menor posible, y vedme aqui á mi buen hombre dispuesto á regresar en poca diferencia tan adelantado como estaba á su arribo. Sí, pero falta que llenar una pequeña cláusula antes de subir á la silla de posta ó dormilona que lo ha carreteado.

Las consultas verbales se pagan no menos que las consultas escritas, y cuanto mas estensas ó largas son estas, mas dinero hay que contar. La plata es un metal demasiado vil y comun para pagar tan importantes servicios, debe ser oro; pero ¿cuanto importa una consulta escrita y una visita? El doctor provincial pondera diestramente el mérito verdadero ó supuesto de los de la gran ciudad, y como tiene un grande interes en inspirar una alta idea de la ciencia médica y de los hombres que la ejercen, él mismo fija á veinticinco luises el honorario que debe darse á cada uno de ellos.

El pobre enfermo, que nada desea tanto como el volver á sus hogares, y que ademas teme estraordinariamente el aire de la capital, del que se le ha infundido tanto miedo, se apresura á montar en el carruage que lo ha conducido, paga el gasto de la posada, donde nada se ha ahorrado, y se lleva consigo una hermosa consulta, que seguramente no le impedirá de bajar al sepulcro ni mas pronto ni mas tarde de lo que lo hubiera hecho. No siente su dinero, porque apenas sabe si existe; pero puede servir de ejemplo á todos los enfermos que dejan su provincia por ir á la capital á buscar lo que no encontrarán en ella, y parece que les está diciendo: »Vosotros todos, que á ejemplo mio dejáreis vuestro lugar natal por ir á encontrar lo que yo he buscado inútilmente, á falta de un banquero, en cuya casa tengais letra abierta, llevad el recurso de un bolsillo bien lleno.'' Si fuese necesario, podriámos citar tal enfermo de provincia, muerto ocho dias despues de su regreso á sus hogares, y al cual no le habian bastado dos mil francos para satisfacer todos los gastos de cuatro dias

de ausencia. Si nos es permitido comparar las cosas pequeñas con las grandes, diremos que en el dia no hay ciudad ni pequeña villa de departamento ó de distrito, que no nos represente punto por punto el cuadro fiel que acabamos de trazar de las relaciones de las provincias con la capital; sino véase el último medicastro de lugar, y se hallará que por poco advertido ó astuto que sea, mantiene sus relaciones con el médico acreditado de la cabeza de partido del departamento, y cuando sus asuntos lo llaman alli, no deja de hacer una visita al hombre del arte que en la ocasion puede servirle de apologista; del mismo modo el médico de la ciudad está bien penetrado de cuán útil le puede ser el de lugar en caso necesario. Por convidarlo una vez á comer nada pierde, pues tarde ó temprano le produce utilidad; y asi el médico que da, como el que recibe, uno y otro saben bien en lo que esto puede venir á parar.

CAPITULO XVI.

INDIFERENCIA DE LA MAYOR PARTE DE LOS HOMBRES PARA CON LOS MEDIOS DE CONSERVAR SU SALUD, O DE RECUPERARLA DESPUES DE HABERLA PERDIDO.

El primero y mas precioso de los bienes terrestres es la salud; todos los demas son inferiores á él, en términos, que el hombre asaltado por las enfermedades, aunque estuviese sentado sobre un trono, cambiaria gustoso su estado con el del último de sus súbditos que disfrutase de una salud robusta y vigorosa. Un enfermo acostado en el lecho del dolor, daria todo cuanto posee por recuperar ese primer bien de los bienes. ¿Por que, pues, cuando lo disfruta rehusa de emplear alguno de sus ratos perdidos en adquirir los conocimientos propios para conservarla ó para salir prontamente del estado de enfermedad, si ha tenido la desgracia de caer en él? ¡Cuanto trabajo no se toma y cuanta aplicacion no pone en adornar su espíritu de vanas futilidades, que emplearia mucho mejor en ponerse al abrigo de los golpes de una muerte prematura ó de esas enfermedades que hacen al hombre gravoso á sí mismo y muy frecuentemente á los otros. Facilmente se concibe que en esos tiempos (que todavía no han pasado) en que la ciencia de la medicina no ofrecia mas que una masa confusa de sistemas erizados de abstracciones engastadas en pa-

labras griegas y árabes, y en contradicciones de todo género y de toda especie, se concibe, digo, que el llenar una tal tarea, hubiera espantado á los mas resueltos y determinados partidarios de la ciencia (1). Sus confines presentaban un carácter demasiado repelente. ¿Como se habian de resolver

1 Estamos muy distantes de querer condenar ó proscribir las espresiones del arte, particularmente aquellas que son las mas propias para fijar las ideas. Cada ciencia tiene sus palabras y espresiones particulares; pero lo que deseamos es que no se empleen sino á propósito, y solamente entre los hombres de la misma profesion. Si fuera de esto se toman algunas veces la libertad de usarlas en presencia de personas que no están en estado de comprenderlas, ¿no estaria puesto en órden el que las interpretasen? El que quiere instruir y no engañar á los hombres, debe hablar su lenguaje. ¿Hay algo que escite mas la risa que el ver un médico de villa ó de ciudad, que comunmente no sabe una palabra de griego ni de latin, molestar á su enfermo, ó á los que se interesan por este, con alocuciones que él mismo no entiende mejor que el aldeano en cuya presencia las profiere? Jamás olvidaré la respuesta de cierto médico que tenia mucha fama en su lugar, y que metia en todas las salsas las palabras *homogéneo* y *hetereogéneo*. Habiéndole preguntado un dia estando en la mesa, no la etimología, sino el sentido que daba á estas palabras favoritas, respondió: »Por *homogéneo* entiendo los alimentos fáciles de digerir, y por *hetereogéneo* lo que es de dificil digestion." ¡Cuantos hay aun en el dia que tienen un rasgo de semejanza con ese risible personage! ¡Cuantos hombres cuya sabiduría consiste en un conjunto de palabras! Y ¡cuantos otros han hecho su fortuna porque su cabeza estaba rellena ó atestada de una pomposa nomenclatura! Una vez cargado el espíritu con el peso de una sábia ignorancia, ya nunca mas se eleva hasta la verdad.

á tener que avergonzarse por cosas ininteligibles al comun de los lectores? ¿Que partido habian de tomar en semejante situacion? Era mucho mas simple y natural el referirse á esos hombres reputados por haberse dedicado al estudio de los medios propios para conservar la salud, pues la opinion fortificada por las preocupaciones de la edad juvenil, acreditaba una medida consagrada por el transcurso de muchos siglos.

Hoy dia, gracias al mas bello, al mas útil y mas precioso de todos los descubrimientos, todo hombre de buen sentido que sabe comprender lo que lee, puede ser su propio médico y el de su familia y amigos. Todo el sistema de destruccion de todas las enfermedades, sean agudas, recientes ó crónicas, descansa sobre un principio único y fundamental, como ya se ha dicho. No se necesita otra cosa que el procurarse la obra poco voluminosa, titulada: *la Medicina curativa*, leerla con atencion, y seguir puntualmente el sistema de curacion tal como se halla indicado en ella por las diversas enfermedades. Una vez conducido al conocimiento de la verdad, contra la cual vienen á estrellarse los tiros de la ignorancia y de la mala fe, todo hombre sensato comprenderá que no es tan dificil como se cree el obtener un conocimiento suficiente para garantirse de las trabas que el charlatanismo tiene tanto interes en hacer pesar sobre la especie humana. Entonces nuestros oidos no volverian á ser machacados con esas inepcias tan frecuentemente repetidas: *mi médico conoce mi temperamento*, porque vosotros lo conoceriais mucho mejor que él, y no seriais mas víctimas de una ilusion infundada. Ese médico ¿está acaso constantemente á vuestro lado

para seguir las diversas vicisitudes á que estais espuestos? ¡Con que él conoce vuestro temperamento! ¿Quien os lo ha dicho sino él mismo á quien importa el hacérosla creer asi? Lo conoce del mismo modo que se resiente de los males que vosotros sufris, ó sino, si lo conoce tambien, ¿por que os deja permanecer tantísimo tiempo hechos presa de tan crueles enfermedades? Con que este pretendido conocimento no es mas que una vana palabra, cuando no acelera la restauracion ó recobro de las enfermedades de que un enfermo se halla abrumado.

CAPITULO XVII.

PRUEBA DEMOSTRATIVA DE LA NULIDAD DE LOS MEDIOS EMPLEADOS POR LA MAYOR PARTE DE LOS PRACTICOS EN LAS ENFERMEDADES AGUDAS.

Se llama enfermedad aguda la que en un muy corto espacio de tiempo conduce ó puede conducir un hombre al sepulcro; tales son las enfermedades llamadas *epidémicas, calenturas pútridas, fluxion de pecho, pleuresía, viruelas, etc.*, que ya espontáneamente se anuncian. Tal gozaba por la mañana de un perfecto estado de salud, que por la tarde del mismo dia se ha visto obligado á meterse en cama. La primera noche es acompañada de incomodidad, calofrios y sueño interrumpido y pesado. Al dia siguiente el enfermo prueba el levantarse, con la esperanza de hacer frente al mal; pero la lasitud lo obliga á acostarse de nuevo: la noche siguiente es acompañada de mayor fatiga, y resiente una calentura bastante fuerte. Como hay justo motivo de temer que esta situacion no se haga mas séria, se llama al médico. Si es un enfermo distinguido, aquel hace poner el caballo en el coche, y si es un artesano, ordinariamente le hace la visita á pie. Despues de haber llegado cerca de su cama, le dice: »Y bien: ¿que creeis estar enfermo? esto es muy malo..... á ver el pulso.... hay calentura.... á ver la lengua.... las hay mejores.... ¿Sentís alguna opresion....?" —

»Mucha.'' — »Asi debe de ser..... ¿Que tal se efectúan las evacuaciones naturales y ordinarias....?''— »Están suspendidas.....'' — »¡Oh, esto es efecto de la calentura.... Será preciso pensar en ello. ¿Teneis una pluma y tinta?..... Dareis al enfermo de hora en hora dos cucharadas de la pocion prescrita; yo volveré esta tarde.

»Y bien: ¿como ha pasado el dia el enfermo?'' — »Bastante mal.'' — »¿Como mal?..... ¿la bebida no ha hecho nada?''— »Nada absolutamente....''— »Esto me admira. A ver el flasquito. ¡Ha, ha! aun queda; yo habia mandado que lo tomase todo, y no debe sorprender el que no haya hecho efecto. Ved lo que son la mayor parte de los enfermos ó de los que los cuidan; siempre rebajan algo á nuestras prescripciones, y despues se nos imputa lo que no es sino el resultado de su indocilidad. ¿Duerme?''— »No; pero está adormecido y amodorrado.''—»Veámosle..... ¡Chito! aqui se mete demasiado ruido; se debe andar mas quedo, por no incomodar al enfermo.'' Al pasar hace una sonrisa amistosa á la enfermera (1), y entreabre con tiento las cortinas. »Y

1 Un médico, sea el que sea, que ejerce su profesion en un pais cualquiera, por poco advertido que sea, no es indiferente al empleo de los medios que conducen á la celebridad. Conoce la influencia y ascendiente que ejerce una enfermera acreditada en la imaginacion de ciertas mugeres, aun de aquellas que se llaman *del buen tono*. Esa clase de mugeres son frecuentemente consultadas á la par del médico, y mas de una vez sus decisiones han aventajado las del doctor. ¡Cuantas veces la gravedad doctoral ha tenido que atemperarse con docilidad á las observaciones ó casi prescripciones de esas comadres! Y como el

bien: ¿como estais?" — »Siempre en el mismo estado, esperimentando una estremada sed y un calor ardiente en todo el cuerpo....." — »Nueva receta. Yo volveré mañana muy temprano; no hay que tener cuidado alguno."

A pesar de esta bella seguridad, los parientes del enfermo no dejan de concebir algunas inquietudes, y se toman la libertad de preguntar al doctor sobre la actual situacion del enfermo. »Lo que es por el momento no hay peligro alguno: sino tuviese tanta calentura, ordenaríamos los baños; pero provisionalmente se le pueden aplicar sanguijuelas...." — »¿Tendreis la bondad de designarnos en que parte se deben aplicar?" — »Esto es muy justo, está muy en el órden.... ¿En que parte resiente los mayores accesos de dolor?" — »Se queja mucho de dolores de cabeza, y ademas de una grande opresion." — »Basta, basta. No dejeis de aplicarle cuatro detras de cada oreja, y en razon á la grande opresion, pondreis sobre el pecho el mayor número posible, veinte, treinta, y aun mas si se puede." — »Pero, señor, ¿quien se las aplicará?" — »¡Bueno! ¿que no teneis un cirujano? Esto es muy mal hecho; haced llamar á tal, que es muy hábil y muy esperimentado, y que puede suplirme en caso necesario." — »Mas ¿que enfermedad creeis que sea esta?" — »Es preciso esperar....." (Un médico prudente y advertido no aventura jamás su opinion

prurito esencial está en conservar la confianza; en caso necesario se hacen gustosamente tributarios de esas inhumanas aduladoras, que comiendo bien, durmiendo lo mismo, y bebiendo aun mejor, se descargan casi siempre de las funciones adictas á su empleo en los criados de la casa.

sobre la denominacion que se ha de dar á una enfermedad). En fin, despues de seis ó siete dias de idas y venidas, y despues de otras tantas recetas, que en nada se parecen, y cuando la fluxion está ya formada, convienen en decir que es una fluxion de pecho, con todos los caractéres de una calentura biliosa, gástrica, adinámica, espasmódica é inflamatoria. Los aficionados á las grandes palabras encontrarán aqui de que satisfacerse. ¡Pobres humanos!

No obstante, la enfermedad toma un giro sério, á pesar de la variedad de las recetas que se han sucedido unas á otras sin haber obrado nada. En los casos espinosos, difíciles y embarazosos, queda siempre un recurso abierto para salir de ellos, sino con honor, por lo menos sin ignominia. Hace ya mucho tiempo que se ha dicho que una tontería comun á muchos, no es particular de nadie: es la tontería comun. Se debe echar toda la culpa á la muerte, y para este efecto insinúan con destreza que es indispensable el convocar una junta de médicos.

Esta junta es una cosa que se debe haber presenciado para poder formarse de ella una idea, aunque incompleta, porque ¡cuantas particularidades no escapan al ojo del observador mas ejercitado! Primeramente gran discusion sobre el nombre que se ha de dar á la enfermedad. Si el práctico es un jóven principiante, ó un doctor poco acreditado, ¡infeliz del pobre enfermo! Aun cuando la marcha seguida hubiese estado en perfecta conformidad con las fórmulas de moda, estaria espuesto á todas las contradicciones imaginables. La envidia es una pasion que no duerme jamás, sobre todo en

las corporaciones que no tienen entradas de fondos. El uno dice se hubiera podido añadir esto; el otro que hubiera podido suprimirse lo otro. En suma, ninguna uniformidad ni base fija. No obstante, en este conflicto de opiniones deben tomar un partido, pues han de ganar su dinero: en términos mas ó menos científicos resuelven que se le apliquen vejigatorios. El hombre de buen sentido percibe al través de esas oscilaciones, que el enfermo está en el mayor peligro, y no puede disimularse que los pretendidos depositarios de la ciencia no tienen punto fijo de donde partir, y que no hacen mas que errar por el campo de las congeturas. Los dias reputados críticos, esos dias tan temidos, los quince y diezisiete, llegan, y si se pasan sin accidente, un rayo de esperanza principia á despuntar en el espíritu de la familia; pero el veintiuno concluye con llevarse al enfermo.

Sin embargo, no sucumben del mismo modo todos los que son atacados de enfermedades agudas. Sea asi; pero en buena conciencia ¿puede atribuirse su salvacion al método de curacion que se les ha administrado? Todo médico de buena fe convendrá en que la naturaleza hace mas que él, y que si esta ha triunfado, ha sido porque la masa de los humores dañados ó corrompidos no lo estaba hasta el punto de ocasionar la muerte del enfermo. Si el médico es de buena fe (como los hay aun), confesará que la naturaleza, que siempre procura depurarse, ha espelido por medio de los sudores y demas evacuaciones naturales, el todo ó una parte de la CAUSA de la enfermedad. Pero tambien, ¡que convalecencia tan larga, tan lánguida y penosa! ¿de cuantas malas resultas no va acompañada? Y esto

¿como ó por que? Es porque el cuerpo, curado en apariencia, ha conservado dentro de sí un resto de la levadura que comunica á los nuevos humores que se forman despues de la enfermedad una parte de su putridez. De aqui provienen esas frecuentes recaidas, que algunas veces se presentan bajo caractéres diferentes, pero que tarde ó temprano concluyen siempre por comprometer la salud y vida del enfermo. Si ese médico hubiese sido uno de esos hombres que reconocen la CAUSA de las enfermedades, hubiera eficazmente trabajado por espulsarla y destruirla, no contentándose con una sola tentativa, sino reiterándola hasta la entera espulsion de los humores dañados ó corrompidos, y asi hubiera curado á su enfermo.

¡Y que! los mas hábiles prácticos, los que la fama proclama como corifeos de la ciencia, ¿se atreverian á disputar la verdad de un principio que diariamente confirman con su conducta? Los hay aun que, despues de una enfermedad aguda, hacen administrar á los enfermos durante su convalecencia por lo menos una toma de purgante. ¿Por que prescriben esta? ¿es acaso de rigor, ó puramente de estilo? no. Cuando ordenan la purgacion, es porque reconocen el principio de que es menester acabar de espulsar lo que la naturaleza se ha dejado atras. Y ¿por que no se hace al principio lo que se juzga necesario de hacer al fin de la enfermedad? Obrando la purgacion mas eficazmente sobre una cantidad mayor de materias corrompidas, hubiera producido un vacío, cuyos felices efectos hubiera esperimentado el enfermo. Sí, la CAUSA de las enfermedades, de todas las enfermedades, está alli;

y seria muy en vano irla á buscar á otra parte. Yo apelo de ello á vuestros cauterios, á vuestros sedales, á vuestros emplastos vejigatorios y á vuestros mojás. ¿Para que esos procedimientos? ¿A que fin se emplean? ¿No es á efecto no tan solamente de desviar el humor, sino tambien de evacuarlo? Algunos prácticos, pues, reconocen á pesar suyo la CAUSA de las enfermedades, no tal como existe en la naturaleza, y de la manera que la indica el autor de la *Medicina curativa*, sino de un modo superficial é imperfecto. ¿Por que, pues, se quedan en tan buen camino, y no siguen marchando con paso firme por la senda que les indican los razonamientos y las observaciones? ¿Hay por ventura otro camino que seguir para espulsar la materia pútrida encerrada en los cuerpos enfermos, y para destruir su origen?

Pocas son las enfermedades agudas que resisten á un régimen de ocho dias, cuando es bien dirigido y ejecutado con arreglo á los principios de la *Medicina curativa*. ¡A cuantos millares de enfermos no restituiriais la salud y la vida, si por un generoso esfuerzo sobre vosotros mismos, tuvieseis bastante fortaleza de ánimo para no mirar otra cosa mas que el bien de la humanidad, de haceros superiores á las vanas consideraciones, y abjurar, ó bien esas fórmulas góticas que ha establecido la rutina, ó todos los procedimientos dañosos, tales como la razon puede reconocerlos! ¡Cuantas bendiciones no recibiriais de tantos millares de pupilos á quienes devolveriais un padre! ¡Cuantas acciones de gracias de parte de tantas madres de familia á quienes restituiriais un esposo! Mas ¡ó vanas

y frívolas esperanzas! En la curacion de las enfermedades no les gusta á los médicos la celebridad, ni las marchas espeditivas, y aun menos un método que rasga el velo misterioso que encubria á la vista de un vulgo crédulo los secretos del arte. Seguirán aborreciendo y detestando al amigo de la humanidad que ha puesto la ciencia al conocimiento del público; continuarán oponiéndose á que este se cure sin intervencion de médico, y llegarán hasta perseguir al autor y los partidarios de un método, cuyo mérito y eficacia son con todo tan fáciles de reconocer. No soy profeta ni hijo de tal; pero ó un poco mas pronto ó un poco mas tarde, muchos de los enemigos de este método vendrán á ser sus mas celosos partidarios, y se verán alistar bajo las banderas de la verdad los hijos de los sobrinos de esos hombres que la persiguen, y que no tienen hácia ella otros sentimientos que los de un justo desprecio. Sí, antes que pasen dos generaciones, la Francia gloriosa y reconocida, dirá: *Tengo otro hombre grande que citar*, aunque este mismo hombre, durante su vida, habrá sufrido una suerte igual á la de Galileo, Colomb y Descartes, esto es, las persecuciones de la envidia.

Tal es y ha sido siempre la suerte de los hombres que han proclamado grandes verdades. Estas no han podido abrirse paso sino al través de la borrasca y de las tempestades; y esos hombres útiles, constantemente han atraido sobre sí todos los anatemas de la envidia, cuyos furores se redoblan cuando, ademas del orgullo humillado, encuentran tambien ajado su interes pecuniario. El ilustre *Fontenelle* conoció y apreció bien los hombres, cuando dijo: *Aunque tuviese en mi mano todas las ver-*

dades útiles, me guardaria muy bien de abrir un solo dedo para dejar salir solamente una. ¿Por que usó de este lenguaje? porque temía á los tontos, y aun mas á los perversos.

CAPITULO XVIII.

INUTILIDAD DE LOS SISTEMAS COMUNES DE CURACION EN LAS ENFERMEDADES LLAMADAS CRÓNICAS.

Se llaman *enfermedades crónicas* todas aquellas que datan de una época mas ó menos antigua ó atrasada. No obstante, generalmente se conviene en llamar con este nombre toda enfermedad cuya duracion escede el número de cuarenta dias. La enumeracion de las enfermedades conocidas bajo esta denominacion, presentaria el cuadro de una nomenclatura demasiado fastidiosa. Lo que importa saber es que toda enfermedad crónica es el resultado de una fluxion ó congestion humoral, que lentamente se ha depositado ó fijado en alguna de las partes del cuerpo. Esta clase de enfermedades, cuando son antiguas, exigen un régimen mucho mas dilatado, y que debe ser mas ó menos activo, segun el estado y fuerza del enfermo, y pueden ser miradas como el escollo contra el cual se estrellará todo práctico que no se afiance al principio de la purgacion, reproducida tan frecuentemente como parezca exigirlo la necesidad. Nada hay de mas raro que la curacion de un epiléptico y de un pulmoniaco, reconocidos por tales por las gentes del arte, en términos que ni siquiera intentan la del primero; pues si son llamados al lado de un enfermo de esa especie, levantan las espaldas, manifiestan que se compadecen

de su situacion, y francamente declaran que esta enfermedad es del número de aquellas que pueden mirarse como incurables. Con respecto al segundo, tienen un poco mas de confianza, y emplean los calmantes, los temperantes ó emolientes, y todo lo que puede suministrar la medicina llamada *paliativa*, tales como los jarabes de limon, de calabaza, la leche de burra, las decocciones de liquen, los caldos de lombarda y de asadura de ternera, las tisanas de pulmonaria, etc. Esta planta es asi nombrada, á causa de la semejanza que tienen las manchas que se encuentran en sus hojas con las que se hallan impresas en el pulmon. ¡Que analogía tan sólida y tan brillante! Mas cítesenos un solo enfermo curado con esos vanos paliativos.

¿A que tienden ordinariamente las convocaciones de los médicos mas espertos? á dar á conocer el estado desesperado del enfermo, y la nulidad absoluta de los socorros que se le han administrado. Si nos fuese permitido el amenizar la materia cuando se trata de un asunto tan triste y grave, citaríamos rasgos y particularidades que harian á un mismo tiempo encoger los hombros y reir de compasion. ¿Se querrá creer que en una de nuestras mejores ciudades de Francia, en Orleans, fueron convocados seis hábiles doctores para deliberar sobre la situacion alarmante de un clérigo jóven, y que el resultado de la deliberacion fue que era preciso acostarlo en una cama de cascarilla de avena? (1). Como esta cama de nueva especie no impedia los progresos del mal: se convocó una nueva junta,

1 La cascarilla de avena es la paja ligera que el viento se lleva despues de estar batida.

n la que se resolvió que el enfermo fuese á pasar
a estacion del invierno á doscientas leguas de su
omicilio, esto es, bajo el hermoso cielo de Mont-
eller; mas dos dias despues ya no existia.

Si en lugar de todos esos jarabes que no apro-
echan sino al boticario que los fabrica; si menos
sclavo de las preocupaciones de la educacion, ese
óven é interesante eclesiástico hubiese prestado un
ido mas dócil á las indicaciones que le habia suge-
ido la amistad, tal vez aun viviria; pero quiso
norir segun las fórmulas, y sus votos fueron cum-
lidos.

Sin embargo, no todos los seres que se ven afli-
idos de esta enfermedad, se demuestran tan es-
lavos de las preocupaciones de la educacion; pues
os hay en quienes el deseo de obtener una pron-
a curacion es superior á las consideraciones pue-
iles, y que al verse atacados de epilepsía, ó de
ulmonía, ó de cualquiera otra enfermedad reputa-
la incurable, han tenido bastante ánimo para se-
uir punto por punto el sistema de curacion in-
licado en la *Medicina curativa*, y actualmente dis-
rutan de una salud robusta y vigorosa. ¿Que opon-
drán á unos hechos tan palpables y evidentes los
nemigos de este método? nada mas que diatribas,
anas declamaciones, chanzas insulsas y aguijones
lesde mucho tiempo embotados, pues tales son las
rmas que ordinariamente emplean los enemigos
le la verdad cuando tratan de combatirla. Cuando
no puede vencerse al enemigo en batalla campal,
s preciso contentarse con hostigarlo, cortarle sus
omunicaciones, é interceptarle sus convoyes de
íveres, y en esto es precisamente en lo que la ma-
or parte de los médicos de diferentes ciudades de

Francia han desplegado un talento maravilloso. Si sus esfuerzos no han sido coronados con los sucesos mas brillantes, no podrán achacarlo sino á una reputacion apoyada sobre una base sólida que desprecia los dardos de la envidia. Debemos contar con que un gran número de nuestros médicos de distintos puntos de Francia, clamarán contra la *exageracion y suposicion de los hechos y contra la impostura*. Pues bien, si piden hechos, se les producirán que serán bien probados, bien auténticos y bien incontestables, y á la primera señal que hagan, Orleans solo podrá suministrarlos á centenares, sin contar con los que podrian proporcionar nuestras mejores y mas populosas ciudades (1).

1 Estábamos distantes de pensar que los mismos enemigos de la verdad suministrarian las pruebas en apoyo de esta asercion, y que nos dispensarian del trabajo de buscarla. El cirujano Le-Roy ha evitado, y aun desdeñado por muchísimo tiempo, todo lo que se pareciese á certificaciones de curacion; mas ved aqui que sus antagonistas se las proporcionan jurídicas, y por consiguiente irrecusables. Esto es seguramente lo que se llama una particularidad única en su género. (Véanse las deposiciones del capítulo XXVII).

CAPITULO XIX.

LAS AGUAS MINERALES.

Anatema! ¡mil veces anatema contra el que se treva á oponerse á la eficacia de las aguas minerales. ¡Como...! ¡contra un remedio reconocido por odos los médicos de Europa! Un método recomendado por los hombres mas ilustrados que la facultad de la ciencia médica ha producido! Sí; anatema al profano que fuese tan audaz que pusiese la nas ligera duda sobre este asunto.

Honor y respeto á la autoridad médica, pues s muy digna de ello; mas nuestros médicos, apologistas de la razon, no exigen de sus clientes un iego consentimiento. Esos señores algunas veces aciocinan, y ¿podrian tener á mal que un enfermo aciocinase tambien á su vez? pues que tambien los ay de estos que saben sacar partido de su situacion que reflexionan sobre la posicion en que la Providencia los ha colocado, y cuanto mas triste y flictiva es, mas esfuerzos hace el espíritu humano para desembarazarse de ella. Cuando un médico ha casi agotado los últimos recursos de su talento, el medio, el gran medio, el mas eficaz de odos los medios ¿cual es? las aguas minerales.

Escuchemos este diálogo.

El enfermo. »Y bien, doctor, ¿es esta vuestra última determinacion? ¿Juzgais, pues, por vuestra

sabiduría que debo emplear este medio, ó será tal vez porque quereis desembarazaros de mí?"

El doctor. »¡Que decís, mi caro enfermo! ¿tendriais por ventura en este momento un acceso de calentura? á ver el pulso.... sin embargo no encuentro en él ninguna alteracion, ni menos la mas mínima agitacion. No obstante, calmaos y volved á mejor camino: apartad de vos un pensamiento tan detestable. Nada me interesa tanto como el procuraros una salud á prueba de todos los accidentes; vos conoceis el afecto que os profeso, del cual os tengo dadas mil pruebas; vos mismo me sois testigo de que nada he negligido para procuraros el alivio porque suspirais hace tanto tiempo, y ya que hasta ahora han sido infructuosas nuestras tentativas, debemos echar mano de los grandes medios, para que estos operen en vos lo que los medios comunes y ordinarios no han podido producir."

El enfermo. »Ya os entiendo; vos quereis que yo beba sin tener sed. Convendreis conmigo en que esto viene á ser la misma cosa que si pretendieseis hacerme comer sin tener gana. Mas pasemos ligeramente sobre este artículo, que daria lugar á mas de una observacion. Yo soy dócil, y sentiria mucho que otro de vuestros enfermos me aventajase en sumision á las órdenes de la facultad; pero como la enfermedad no siempre impide el ejercicio de las facultades del alma, y que aun muy á menudo puede suceder que dé un cierto vuelo á la imaginacion, espero, doctor, que tendreis á bien de resolver mis dudas, y responder francamente á las observaciones que he hecho en los cortos intervalos que me ha dejado mi estado de sufrimiento."

El doctor. »Nada hay de mas justo, y es para nosotros un placer muy puro el encontrar enfermos instruidos con los cuales podamos disertar, tanto sobre la naturaleza de las enfermedades, como sobre los medios curativos. Hablad con franqueza y con toda confianza, que ya os escucho.''

El enfermo. En mi edad juvenil me apliqué al estudio de la física, y como esta parte de las ciencias es la base de lo que se llama la ciencia médica, vos debereis haberos ocupado de ella lo mismo que yo, y seguramente no habreis dejado de hacerlo. Pues bien, doctor, una vez que juzgais que mi situacion actual necesita del uso de las aguas minerales, decidme primero cuáles son sus propiedades y su conocida eficacia, teniendo antes entendido que no estoy dispuesto á contentarme con vanas palabras, y que espero de vuestras luces y de vuestra sabiduría cosas que me satisfagan.''

El doctor. »El uso de las aguas minerales hace muchos siglos que goza de una alta consideracion para la curacion de muchas enfermedades largas y rebeldes. Un gran número de sábios se han aplicado á examinar los principios constituyentes de esas aguas, para juzgar de su conveniencia en ciertas enfermedades y á la constitucion particular de las personas enfermas, y han sido analizadas por los químicos mas hábiles. En las enfermedades crónicas y tenaces que han resistido á todos los remedios conocidos, se necesita de un medio poderoso para limpiar las vísceras; y como es necesario que se haga un considerable lavamiento interior, la grande cantidad de sales purgantes que ellas contienen, pueden determinar evacuaciones estremamente útiles al enfermo que las usa.''

El enfermo. »Admito gustoso la existencia de ciertas sales purgantes en las aguas llamadas minerales; pero ¿el conocimiento de esas sales es siempre bastante claro y distinto para que se puedan determinar de una manera positiva sus diferentes especies, y formar un juicio cierto de sus propiedades en la aplicacion que debe hacerse de ellas en tal ó tal otra enfermedad? Nadie tiene mas respeto y consideracion que yo á los trabajos y observaciones de nuestros sábios; mas por sábios que se les quiera suponer, son hombres, y en consecuencia están sujetos á equivocarse, y aun algunas veces á descarriarse. ¿Con la mano en la conciencia podreis decirme que hayais vos estudiado y analizado la naturaleza, la especie y la diferencia de esas aguas entre sí? Pues que convendreis conmigo de que solamente en Francia tenemos por lo menos ocho especies diferentes, y cada una de ellas encierra un número mayor. Las tenemos que son calientes, las tenemos que son tibias, y las tenemos tambien que son tibias é insípidas. Las unas son un poco agrias y avinadas, y las otras frias y de sabor ferruginoso. Estas contienen sal comun, y las otras participan de una sal parecida al nitro de los antiguos. ¿No concebís, doctor, que debeis encontraros embarazado en la determinacion que debeis tomar con respecto á mí? y yo temo mucho que no tengais una estrema dificultad por escoger la fuente que nada menos es que la de Juvenco.''

El doctor. »Poco á poco, señor enfermo; no debe mezclarse la chanza en un asunto de tanta importancia. La materia es ya bastante grave de sí para apartar todo lo que pudiese hacer el mas mínimo disfavor á un asunto tan importante. Ademas

os suplico que observeis que no se chancea impunemente sobre la opinion de la facultad. Hace mas de siglo y medio que todas las aguas minerales han sido analizadas de tal manera, que no se ha escapado á la penetracion de nuestras miradas la menor propiedad de la mas pequeña fuente ó manantial mineral. Nosotros hemos escudriñado y registrado hasta las entrañas de la tierra, hemos estudiado el secreto de las operaciones de la naturaleza, y hemos....."

El enfermo. »Poco á poco, señor doctor; os precipitais demasiado: permitidme que rebaje un poco, y que no tome al pie de la letra todas vuestras aserciones. Dejemos á un lado vuestros viages subterráneos, y ese estudio profundo que habeis hecho de las operaciones secretas de la naturaleza, para atenernos al punto fundamental de la cuestion. Sin hablar de las fuentes lejanas y situadas en paises estrangeros, tales como las aguas de Spá, que disfrutan de una grande reputacion, tenemos en Francia mas de setenta manantiales conocidos, que gozan de una fama y celebridad mas ó menos merecida (1). Seria el cúmulo de la desgracia si en la multiplicidad de esas fuentes vivificadoras no se encontrase solamente una cuyas propiedades fuesen aplicables á mi situacion. Vamos, decidíos; no espero mas que vuestras órdenes para partir. Fijad

1 La academia de las ciencias en el año 1670 analizó las aguas minerales de los principales manantiales conocidos, y el resultado de las memorias del célebre Duclos, médico del Rey, no ha hecho otra cosa que envolver en tinieblas esta importante materia. (Véanse las memorias de la academia de las ciencias).

vos mismo la fuente que encierra el principio de vida y de salud por el cual suspiro, y no iré alli corriendo, sino volando."

El doctor. »Poco á poco; os suplico otra vez no precipitemos nada, porque una determinacion demasiado pronta puede acarrear los mas graves inconvenientes. Nosotros tenemos las aguas de Barrege y de Bagneres; tenemos las de Bourbon l'Archambault, las de Forges, de Vichi y de Bourbon-Lancy; en fin, las tenemos de toda especie. Tenemos las aguas de Balaruc..... no, no, las de Barrege; atengámonos á estas, ya que disfrutan de una gran celebridad, y que vuestros médicos mas hábiles les han dado un crédito que se sostiene y sostendrá aun por mucho tiempo (1)."

1 En Francia mas que en ningun otro pais del mundo, todo es asunto de la moda, aun en medicina. La nayada de tal fuente mineral, ignorada ó despreciada, puede verse en el momento que menos lo espere rodeada de un gran número de adoradores, como ha sucedido con la de las aguas minerales de *Cotteretz*. Su reciente celebridad ha hecho verter lágrimas bien amargas á las nayadas de las fuentes acreditadas hasta ahora; y aun se susurra que las de Bagneres y de Barrege han derramado tantas, que casi han agotado su manantial. No tendria gracia alguna el que un enfermo titulado fuese á buscar su salud en una de esas fuentes añejas: para manifestar su elevacion, es menester que vayan á *Cotteretz*, aunque tengan que dejar alli sus tristes despojos; pues vemos que el gusto por la moda, particularmente en Francia, nos persigue hasta el sepulcro. Entre nosotros yo no creo que las aguas, de cualquiera naturaleza que sean, puedan hacer ningun bien..... »Los viages á las aguas fueron inventados por las mugeres que se fastidian en sus casas." (Volt. Correspondencia general, tomo 7, carta 203, edicion de Crapelet, 1818).

El enfermo. »Sean, pues, las aguas de Barrege, ya que existe un Barrege. Pero, doctor, ¿por que razon han de ser estas con preferencia á las demas? Ya os acordareis que yo no queria obrar sin un motivo capaz de determinar á un hombre que piensa y raciocina. Vos conocereis sus propiedades y la aplicacion que puede hacerse de ellas á mi presente situacion. ¿Por que, pues, las aguas de Barrege mas bien que las de Passy, una vez que esta villa tiene igualmente la ventaja de poseer aguas minerales? ¿Por que quereis enviarme á buscar á doscientas leguas de mi domicilio lo que puedo encontrar en la puerta de mi casa?"

El doctor. »La reputacion de las aguas de Passy es justamente adquirida; pues la facultad la ha sancionado, y nosotros las prescribimos á ciertos enfermos en la estacion propia. Tenemos inspectores sacados de nuestro seno para celar la direccion de los enfermos en el uso que hacen de las aguas sacadas de los diferentes manantiales en sus respectivos departamentos (1). Esas aguas son buenas has-

1 ¿Se creerá que en cierto pais de Europa acaba de crearse un empleo de inspector general de todas las fuentes ó manantiales minerales situados en la estension de un vasto reino? Un empleado de tamaña importancia debe ser generosamente remunerado, porque para hacer largos viages se han de hacer grandes gastos, y asi una suma de 25000 francos ha sido adjudicada al que está revestido de un empleo tan brillante. Un inspector general no puede verlo todo, ni inspeccionarlo todo; necesitará cierto número de adjuntos ó subinspectores bien pagados, que den al señor inspector general algunas noticias mas ó menos insignificantes. Adivinad ahora quien pagará, y adivinad tambien lo que ha hecho nacer la idea de crear un empleo tan útil á la humanidad....

**

ta cierto punto, pues aunque son convenientes para algunos enfermos, no lo son para todos. Vos necesitais de distraccion, movimiento y agitacion; nada mas útil y ventajoso á un enfermo como el mudar de clima. Vuestra fortuna os permite esta clase de sacrificios. Alli encontrareis una escelente compañía y diversiones variadas al infinito; pues es como el punto de reunion de los grandes ingenios, no solo de la provincia, sino de diferentes distritos de Francia y de Europa. Ea, ánimo, valor y determinacion, pues todo esto se necesita cuando se quiere curar."

El enfermo. »Sí, doctor; ya principio á conocer toda la fuerza de vuestros razonamientos; ellos llevan consigo el carácter y el sello de la demostracion. Para los pobres las aguas minerales que están mas inmediatas á su domicilio. Para los ricos se necesitan cosas estraordinarias, en atencion á que estos han recibido del autor de la naturaleza una conformacion diferente, que exige procedimientos de otra especie. Mas de una vez, hablando de un infeliz, os he oido decir: ¡es una lástima! si fuese rico lo enviaría á las aguas de Barrege ó de Bagneres; mas al formar este deseo, ¿teniais una seguridad, ó por lo menos una probabilidad del suceso que aparentabais hacer esperar? ¿No era mas bien lo que se llama en buen frances una escapatoria, ó una de esas pequeñas tretas de que sabeis usar tan oportunamente para salir bien de una posicion engorrosa? ¿Cuantos enfermos habeis enviado alli que jamás han vuelto? Y ¿cuantos otros, despues de haber hecho gastos enormes, han vuelto tan enfermos, y algunas veces mas que lo estaban antes de ponerse en marcha? Concebid y convenid en que la situa-

cion de un médico diestro que está inmediato á una de esas tan propaladas fuentes, debe ser sumamente ventajosa, y que el párroco del distrito cederia con pena su puesto por un pequeño obispado; pues que si hemos de dar crédito á las malas lenguas, dicen que cuando quereis desembarazaros diestramente de un enfermo de marca, es esta la precaucion que ordinariamente tomais. Vamos, doctor, morir por morir, lo mismo tiene hacer esta ceremonia tan inevitable para vos como para mí, en mi propio pais, como el hacerla á doscientas leguas distante de mi casa; por lo menos tendré la esperanza de que mi tumba será regada con las lágrimas de alguno de mi familia."

El doctor. »Sí, pero muriendo á vuestra manera, ¿en que vendrán á parar las fórmulas?"

El enfermo. »¿Las fórmulas, he? os las abandono de todo mi corazon, y ruego al cielo me substraiga de su influencia. Mas sea la que fuere la suerte que me espera, siempre os queda un recurso, mi caro doctor. Si muero en las aguas, direis á las personas buenamente crédulas: ¡es una lástima! Si las aguas hubiesen podido pasar, era un hombre curado. De este modo quedais safo, y vuestra responsabilidad cubierta, y yo solo tendré toda la culpa; no habrá que acusar á nadie sino á la debilidad de mis órganos, que no habrán podido soportar cuatro ó cinco pintas de agua antes del desayuno. Si me quedo en casa, y persisto en querer morir en mis hogares, direis: suya es la culpa, porque no siguió los consejos que yo le habia dado: constantemente lo rehusó, y nosotros, doctores, no queremos sino docilidad en nuestros enfermos, siendo tanto peor para ellos sino confunden su voluntad con la nues-

tra. Con que asi, doctor, ya veis que en todo estado de cosas jamás tendreis culpa, y que siempre debeis caer de pies. Convenid en que serian muy ineptos los que se atreviesen á tomaros por torpes ó desmañados: abreviemos, doctor, esto; basta."

CAPITULO XX.

LOS MEDICOS BATIDOS CON SUS PROPIAS ARMAS: SUPLEMENTO A LO QUE FALTA AL CAPÍTULO PRECEDENTE.

¡Que! ¡otra vez sobre el capítulo de las aguas minerales! Aun no se ha dicho todo, ni se dirá, porque no puede ser. Aunque las aguas llamadas minerales arrastrasen arenas de oro, como el fabuloso Pacteolo, no serian ni darian un producto tan precioso como dan ahora á la facultad. ¿Cuantos médicos, particularmente aquellos que han fijado su domicilio cerca de alguna de esas fuentes de vida, han debido la fortuna mas brillante á la hombría de bien de los enfermos que han ido á buscar en ellas lo que estaban lejos de poder hallar? ¿Por que los médicos, bien sean de provincia ó de la capital, envian un enfermo á las aguas? porque reconocen en ellas una virtud purgante. Raciocinemos, pues, con arreglo á este principio verdadero ó supuesto. Con que todo práctico que da este consejo á un enfermo, cualesquiera que sea la enfermedad de que se halla atacado, reconoce la indispensable necesidad de la purgacion para evacuar su causa. Por espacio de seis semanas, y muchas veces mas, el pobre enfermo se ve obligado á violentarse por tragar una agua desabrida, insípida y nauseabunda. De esta conducta se deduce una segunda

consecuencia, á saber: que la purgacion ó las evacuaciones pueden ser prolongadas diariamente por espacio de seis semanas consecutivas, sin que de ello pueda resultar ningun perjuicio al enfermo. Desafiamos todas las facultades del mundo para que destruyan este razonamiento; pues que está apoyado en un principio reconocido por aquellos mismos que se declaran enemigos de la purgacion, resultando de este mismo principio que no se puede destruir la enfermedad sino evacuando la causa que la produce ó sostiene; de otra manera: ¿por que se prescribiria á un enfermo un régimen prolongado por tan dilatado tiempo? ¿Por que despues de haber hecho una primera tentativa en la primavera y otra segunda en el otoño, se prescribe una tercera y una cuarta el año siguiente, cuando se ha percibido ó creido percibir que habia una mejoría en la salud del enfermo? ¿Por que? es porque se atribuye esta mejoría real ó aparente á la evacuacion de la causa que producia la enfermedad, y que habiendo obtenido un suceso ó una apariencia de tal, se lisongean de obtener una curacion radical; de lo contrario la conducta de un médico que hace tomar las aguas á uno de sus enfermos por espacio de dos ó tres años seguidos, seria un enigma inesplicable.

Esta primera observacion, de la que todo lector sensato conocerá el peso y la fuerza, da lugar á una segunda que viene á su apoyo. Es una verdad de hecho el que en la estacion propicia ó reputada tal para el uso de este método mas ó menos curativo, se ven enfermos de todo género, de toda especie, de toda edad, de todo sexo y de todas condiciones, concurrir desde diversos puntos de Fran-

cia á las aguas minerales que gozan de una cierta celebridad; tales son las aguas de Spá, de Vichi, de Bourbon-Lancy, etc. Esos distritos desiertos y casi abandonados el resto del año, presentan la imágen de una poblacion viva y animada. Todo se mueve, todo se agita, y se estaria lejos de creer que son habitados por una colonia de enfermos ó valetudinarios. Alli se ve la muger atormentada por la enfermedad impropiamente llamada vapores, al lado de la que tiene el pecho débil y delicado. El hombre roido de dolores artríticos y casi baldado, pasearse penosamente con el cacoquimio, el ético, el paralítico, el asmático, el nefrítico y el epiléptico; pues parece que todos los enfermos en *ique* se han dado la palabra para encontrarse en aquel sitio. El observador que quisiese trazar el cuadro de las enfermedades á que está sujeto el cuerpo humano, no tendria mas que fijar alli su residencia (1).

1 Yo quisiera que se preguntase á las facultades de Edimburgo, del Sena, de Montpeller y otras, ¿por que aconsejan el uso de las aguas minerales en los meses de Mayo y Setiembre con preferencia á los demas meses del año? Como se encontrarian en el embarazo de poder dar una respuesta positiva y satisfactoria, no dejarian de invitar á todos los médicos de Europa, y de proponer medallas de oro ó plata para el autor de la disertacion mas profundamente concebida y arreglada á las observaciones geológicas, que probase que en esos dos meses del año se hace un trabajo y una elaboracion subterránea capaz de dar á las aguas una propiedad que no pueden adquirir en ninguna otra estacion. Infeliz del autor de una memoria que se atreviese á decir que todos los meses del año disfrutan la misma prerogativa, y que esas pretendidas elaboraciones subterráneas no son sino una quimera. Anate-

Mas á vista de tantos seres tan diversamente afligidos, no podria evitar de entregarse á ciertas reflexiones, que al parecer nacen de la misma naturaleza del asunto. ¿Por que razon tantos enfermos, afectados de enfermedades distintas, van á beber el agua de la misma fuente? es á fin de recobrar la salud que han perdido. Con que siendo asi, segun la opinion misma de los médicos, las enfermedades, aunque diversas entre sí, pueden ser atacadas por un solo y único medio. Admitamos por un momento el que un mismo médico no ordene las aguas minerales de tal ó tal parte por enfermedades diversas; por lo menos se deberá convenir en que al ver dichas aguas frecuentadas por enfermos cuyos padecimientos nada tienen de comun, los médicos no están de acuerdo entre sí, y que de esta falta de concordancia que se manifiesta por el gran número de enfermos distintamente afligidos, se puede deducir que las aguas minerales tienen (segun la opinion de los individuos encargados de procurar el alivio de nuestras enfermedades) la propiedad poco mas ó menos de destruir toda especie de enfermedad.

ma al pobre doctor que dijese en su memoria: »Mis caros compañeros, vosotros habeis adaptado de preferencia esos dos meses, porque siendo el de Mayo el mas agradable por el risueño espectáculo de la naturaleza, parece que da mas disposicion á la alegría y á una cierta espansion del ánimo. Habeis adaptado el mes de Setiembre, porque despues de los grandes calores de la canícula, el cuerpo se halla mas dispuesto para ciertos ejercicios que los grandes calores impiden." Una memoria tal seria desechada. ¡Pobres enfermos, continuad despues de esto en ir á sacar agua de esas fuentes de vida!

En esta suposicion, ¿á que viene ese arrebatamiento de cólera contra un principio de teoría que los médicos reconocen en la práctica? ¡Ah! quien les dijese: todos esos enfermos á quienes haceis beber abundante y copiosamente sin tener sed, están atacados de enfermedades mas ó menos rebeldes, y de las que habeis dado diversas denominaciones, porque los obligais á tragar una cantidad tan grande de agua? Es, dirian ellos, á fin de que las sales que ésta contiene, y que con arreglo al analisis que se ha hecho, son reconocidas por dotadas de una virtud purgante, que pueden pasar á la circulacion y arrastrar tras sí á su paso lo que pone obstáculo á la salud. Muy bien. Pero ¿que seguridad, que garantía pueden ellos dar contra el encuentro casual de diversas mezclas á que diariamente están espuestas? ¿Quien nos asegurará que los sitios subterráneos por donde pasan, y que los recipientes ó depósitos en que pueden estar detenidas mas ó menos tiempo, no adquieran calidades dañosas? Seria acaso la vez primera que tal manantial acreditado y de una reputacion brillante, hubiese sido desdeñado y aun prohibido, y se viese obligado á ver perecer su antigua gloria por la voluntad de un médico de fama? Todo hombre de buena fe, á vista de estas verdades sin número, y de esta prodigiosa variedad de sales minerales, cristalinas y mas ó menos sulfúricas, se guardará bien de adoptar el juicio que se pretendiese dar de las propiedades de las aguas que participan de ellas. Y ademas, si se considera la eficacia de los medios de curacion por sus resultados, se verá cuán débiles son y cuán poco coronados de suceso; pues por algunos seres sufrientes, en apariencia aliviados,

pero no curados, ¡cuantos millares de ellos vuelven en el mismo estado! y si algunos reciben algun alivio á sus sufrimientos, no lo deben sino á la purgacion que un médico prudente y advertido no ha dejado de hacer administrar á su enfermo; medida que concurre prudentemente á sostener la celebridad del tal manantial mineral, mucho mas que las sales purgantes que contiene (1).

1 Tal vez es una cosa nunca oida el que un médico, aun de aquellos que han fijado su domicilio cerca de alguna de esas *fuentes de vida*, haya recurrido jamás por sí mismo á ese pretendido medio curativo, pues se contentan con solo hacer la prueba. Pequeño problema que resolver.

CAPITULO XXI.

ESPOSICION DE LOS PRINCIPALES OBSTACULOS QUE SE OPENEN A LA PROPAGACION DE LA MEDICINA CURATIVA.

El primero, el mayor de los obstáculos, el argumento perentorio é invencible, el que se pone sin cesar por delante, y del cual se saca el partido mas ventajoso con el vulgo, es que este método, lo mismo que los medicamentos que prescribe, se aplican indistintamente á todas las enfermedades, cualquiera que sea su denominacion y bajo cualquier carácter que se presenten. Cuando los médicos, parte interesada en desacreditarlo, han repetido este antiguo adagio: *remedio para todos los males, silla para todos los caballos,* han creido haber proclamado una gran verdad, siendo asi que no han hecho mas que proferir un disparate; y como por su causa se ha adoptado este adagio, se ha repetido una estravagancia cuando se ha aplicado á la *Medicina curativa.* Una panacea universal, dicen ellos, seria para la medicina, lo que vendria á ser para la química el descubrimiento de la piedra filosofal; el movimiento perpétuo, en física; en las matemáticas, la cuadratura del círculo, y en la hidrografía, la determinacion exacta de las longitudes en el mar: solo los charlatanes y embusteros

pueden vanagloriarse de poseer semejantes panaceas. Tal es la profesion de fe de todos los doctores de los tres últimos siglos; asi la han estampado en todos sus escritos, y la han hecho repetir por todas las bocas. Pero antes de pronunciar con un tono tan decisivo y dogmático, ¿se atreverian á decir y afirmar que están hechos ya todos los descubrimientos útiles; que no queda ninguno por hacer; que en el exámen de esta importante cuestion no se han separado absolutamente de las reglas que prescribe una sana lógica; que han leido atentamente las obras que contiene esta doctrina; que han comparado las ideas entre sí, y examinado si estas se chocan ó concilian? Esta es la marcha que sigue todo hombre que procura resguardarse de las preocupaciones, á fin de encaminarse con mas seguridad hácia la averiguacion de la verdad.

Primeramente, y antes de responder á esas imputaciones que no descansan sobre ninguna base sólida, diremos que es falso el sentar que la marcha de la curacion sea la misma en los diversos estados de la enfermedad. Es mucha verdad que el principio es fijo é inmutable; pero el método de aplicarlo varia en razon al sitio de la enfermedad que se ataca con los evacuantes análogos. Las dósis no son las mismas, y los grados de fuerza de los evacuantes son diferentes, segun las edades y temperamentos. Tan pronto la marcha de la curacion es rápida y acelerada, como disminuida ó prolongada, segun la violencia de la enfermedad, ó la menor tenacidad de los humores. Un enfermo restablece su salud en cuatro dias, otro en ocho, y á otros no les bastan muchos meses. Estos remedios no son, pues, segun les place á los mal inten-

cionados, de llamarlos *una silla para todos los caballos*.

Una vez puestas estas observaciones, la solucion queda reducida á una cuestion simple y fundamental. ¿Repugna por ventura á la razon el admitir con el autor de la *Medicina curativa*, del modo que él lo ha reconocido, y de la manera que nos lo enseña, de que todas nuestras enfermedades, cualquiera que sea su denominacion, proceden de una causa única, tal como las materias dañadas ó corrompidas, encerradas en el cuerpo humano en mayor ó menor cantidad? No hay repugnancia donde no hay contradiccion; los humores dañados producen fermentacion y desarreglo, y por consiguiente enfermedad: dos ideas que se concilian sin trabajo y que no chocan mútuamente. Todo hombre por poco acostumbrado que esté á reflexionar, comprenderá esta verdad á primera vista. De esta verdad, que lleva consigo misma la prueba, pasemos á la segunda. ¿Es por ventura contrario á la sana razon el admitir que una causa única pueda ser atacada y destruida por un solo y único medio? Hacednos ver que esta proposicion es absurda y la victoria será vuestra, y todo el sistema médico de Le-Roy se viene abajo por sí solo; pues una vez derribado el principio, quedan destruidas las consecuencias. Mas como la humana inteligencia liga facilmente esas dos ideas, unidad de causa en las enfermedades, y unidad de medio para destruir sus efectos, hay lugar de creer que ni siquiera se intentará de hacer mirar como imposible lo que el espíritu humano concibe sin trabajo y sin esfuerzo. En vano los enemigos de las verdades luminosas llamarian á su auxilio todo el arte de los sofistas;

á fuerza de vanos subterfugios podrian tal vez esparcir algunos nublados sobre este principio; pero no por esto la verdad será menos verdad.

Remedio para todos los males; silla para todos los caballos. Véase lo que se da por una refutacion completa en esas sociedades que se precian de sábias, es decir, que en lugar de un razonamiento, substituyen un ruin y miserable dicho mordaz. Tomémosle sin embargo por su peso y por el valor que se le pretende dar, lo que en buen frances es el equivalente de una cosa imposible. ¿Seria acaso superior á las facultades de un artista inteligente el encontrar por medio de su genio y talentos industriosos el de adaptar una silla que se ajustase perfectamente á los lomos de todos nuestros soberbios y arrogantes caballos? Y el que hubiese imaginado ó inventado lo que otros no hubiesen intentado antes que él, ¿no tendria un derecho justamente adquirido á la admiracion y reconocimiento de nuestros caballerizos? ¡Cuanto no deberemos, pues, á aquel que por sus observaciones, meditaciones, indagaciones y esperiencias, ha encontrado un medio espedito y eficaz para curar al hombre de sus enfermedades, ó procurarle un notable alivio! Sí, queremos repetirlo, ese género de curacion, aplicado como corresponde, abraza sin escepcion todas las especies de enfermedades á que el hombre por desgracia está sujeto. Las citas y los testimonios vendrán á su tiempo, y conducirán consigo el conocimiento de la verdad á unos seres que se pueden llamar ciegos y sordos voluntarios, que en las sociedades y tertulias que frecuentan, creen haber divulgado un aforismo, cuando han dicho: *esto no es posible.* Y ved aqui los hombres que se

engrien con el ostentoso título de depositarios de la ciencia y conservadores de los buenos principios.

¿De donde viene este hombre nuevo, que pretende trastornar por sí solo las antiguas doctrinas? ¿No será mas bien una especie de intruso? Por lo menos es bien cierto que es un falso hermano y un hombre que quisiera que todo fuese para él (1). Y ¿que me importa á mí, que soy un enfermo que ardo en deseos de curarme, el que este hombre haya ó no estado revestido con el casacon del cínico Rebelais? (2). ¿Que me importan sus títulos? para curarme no necesito ni de un título pomposo, ni de un papelon mas ó menos adornado. Cuando estoy enfermo, necesito un médico que me cure, ó por lo menos que me alivie, importándome muy poco lo demas, si tengo la felicidad de encontrarlo. No tendrá seguramente vuestra aprobacion ni vuestros votos, y si disfrutase de ellos, creo que lo estimaria menos.

Es un falso hermano. Enhorabuena; pero es el amigo de la humanidad, y si pierde por un lado, es ámpliamente recompensado por el otro.

1 Estas bellas graciosidades han sido cogidas palabra por palabra de la boca de los médicos de diferentes ciudades.

2 Hace cerca de tres siglos que la facultad de Montpeller conserva tan altos sentimientos de respeto y veneracion por este hombre sin pudor, que ninguno de los iniciados es admitido al doctorato, sin que se haya vestido la toga negra y destrozada que llevó aquel el dia de su admision al grado de doctor en medicina.

Risum teneatis, amici.

HORACIO.

El quisiera que todo fuese para él. ¡Como! ¿habeis, pues, jurado de ser injustos hasta el fin? ¡Cuan mal lo juzgais! El quisiera por el contrario, *que todo fuese para vosotros.* El os entrega su método, y os manifiesta sus principios y sus medios (1). El os constituye sus íntimos confidentes, lo mismo que al público, y no guarda ningun secreto con vosotros, y en cada página de su obra os invita á seguir la vía que él indica; mas vosotros no quereis hacerlo. ¿Es por ventura culpa suya el que manifesteis tanta obstinacion y terquedad?

¡Cuantos enfermos, decís, han hecho uso de esa clase de medicamentos, y no han esperimentado ningun alivio! y ¡cuantos otros se han encontrado en un estado peor que antes!

Un enfermo sin principios fijos y sin esperiencia, ó dominado por vanos temores, bien sea que los saque de sí mismo, ó que los reciba de los que lo rodean, substituye algunas veces su voluntad por la de su médico. Durante la accion del remedio, esperimenta una gran fatiga é incomodidad; se disgusta, y no quiere continuar la marcha del régimen tal cual está indicado. Despues de esto, ¿será por ventura estraño que no obtenga la curacion que desea? Puede suceder tambien que el sacudimiento haya ocasionado una conmocion ó alteracion, y una mudanza en los humores, y cuando

1 El autor de la Medicina curativa no se ha contentado tan solo con haber proclamado un principio no conocido hasta hoy, sino que ha hecho un presente á la sociedad y á la humanidad entera de los medios mas propios para procurar la curacion de los enfermos, de modo que cada uno pueda ser su propio médico y boticario. (Véanse sus últimas ediciones).

no se evacúan estos mismos humores, ¿no es en manera alguna estraño que el enfermo se encuentre en peor situacion que antes. Mas ¿á que atribuiremos esos malos resultados? ¿No deben estos atribuirse á aquel que por su obstinacion é indocilidad ha probado á su médico que era poco digno de los cuidados y buenos consejos que le ha prodigado?

Pero el cúmulo de la desgracia para un enfermo que ha seguido este método, es el de caer en vuestras manos. ¡De cuantos terrores pánicos no llenais el espíritu de su familia ó de aquellos que lo rodean! Comunmente solo depende de vosotros el consumar el bien que se ha principiado; pero rehusais hacerlo, siendo lo peor que no os contentais con esto, pues imputais una pasagera incomodidad á un régimen que necesariamente debe producirla: gritais y baladroneais; pero ¿á que vienen á parar vuestros gritos? á dar á conocer el motivo del odio y de la envidia que os hace obrar.

Vosotros decís tambien que recurriendo á él una vez, es preciso usarlo incesantemente.

Por principio general la mayor parte de los enfermos que siguen este método, son personas con respecto á las cuales se han agotado todos los recursos de los médicos y de la medicina ordinaria; hombres cuyo temperamento está fatigado por las sangrías, sanguijuelas, dieta, reiterados baños y otros medios mas ó menos perjudiciales; enfermos todos que no ofrecen mas que débiles recursos al práctico que cede al deseo de serles útil. Y ¿se quisiera que en este estado medio desesperado volviese á crear lo que ya no existe, y que diese sangre al que la ha perdido por las mordeduras de las

sanguijuelas que se han entumecido? ¿No es esto exigir lo imposible? ¿Como podria un cuerpo arruinado recobrar una salud robusta, tal como tendria el derecho de esperarla el que no hubiese sufrido estas crueles pruebas?

Es preciso usarlo incesantemente. Sí, todas las veces que la necesidad lo exige. Mas en vuestras manos el enfermo sucumbia, y hubiera podido eximirse de este trabajo. ¿Que mayor ni mas preciosa ventaja que la de obtener un alivio á sus sufrimientos cuando no se puede obtener una curacion radical? Y ¿cuantos de esos seres sufrientes pasan años enteros sin verse obligados á volver á recurrir á él? ¿No vale mucho mas sujetarse á tomar tres ó cuatro dosis al mes, que en nada trastornan las ocupaciones ordinarias, que el bajar prematuramente al sepulcro? *Es preciso usarlo incesantemente.* Y ¿que motivo obliga al enfermo á esta accion? El lo encuentra en sí mismo, esperimentando un sensible y notable alivio. Pero ¿quien lo habia tratado antes? ¿De que manos acababa de salir? de las vuestras; y no ha puesto su confianza en este método, sino despues de haber concebido por su propia esperiencia y estremado descaecimiento, la inutilidad de los remedios que le habiais administrado. Convenid, pues, en que vuestro sistema de detraccion no tiene mas base que la inconsecuencia y la injusticia.

CAPITULO XXII.

PRIMERA PERSECUCION DIRIGIDA CONTRA LA MEDICINA CURATIVA.

Todo hombre que dé á luz una gran verdad, una verdad desconocida, aun cuando no sea mas que una simple verdad de teoría, debe esperar numerosas contradicciones. ¡Cuantos ejemplos no podríamos citar en apoyo de esta asercion! Hay sábios de mas de una clase, y los menos instruidos no son los últimos que toman parte en la querella, antes bien suelen ser los primeros á ponerse en las filas; tanto es lo que temen que una celebridad naciente no obscurezca el brillo de una reputacion equívoca ó quimérica. Pero cuando la manifestacion de una verdad práctica choca los grandes intereses, y sobre todo los intereses pecuniarios de una corporacion poderosa y acreditada; cuando reduce á su justo valor, esto es, á la nada, la consideracion que esta clase habia disfrutado; cuando el velo de la ilusion queda totalmente rasgado, y deja á descubierto la absoluta nulidad de una profesion que no tiene otro punto de apoyo que el de un vulgo crédulo, entonces es cuando las pasiones humanas suben al mas alto grado de exasperacion.

PELGAS, cuyo nombre pasará á la posteridad, á pesar de los arrebatos de la envidia, debe sin contradiccion ser mirado como el autor de un nue-

vo descubrimiento, en aquel de los artes que mas esencialmente interesa á la humanidad. Hasta él la medicina, aunque practicada y ejercida por hombres recomendables bajo todos aspectos, no descansaba en ninguna base sólida. A la verdad algunos prácticos empleaban la purgacion en ciertas enfermedades; pero ¿cuando y en que ocasiones? Por lo comun solo era despues que una fuerte constitucion habia espulsado sino el todo, por lo menos la mayor parte de los humores dañados ó corrompidos encerrados en el cuerpo del enfermo. Tal era la marcha que seguian la mayor parte de los médicos en la curacion de diversas enfermedades cuando **PELGAS** pareció. Este proclamó una verdad única y fundamental, que llenó de admiracion á todos los prácticos de los diferentes paises en que ejerció su talento. El les dijo: »Los humores dañados que el cuerpo humano encierra, son el solo principio del mal: en tanto que la causa subsista dentro del individuo, este debe esperar efectos mas ó menos funestos, mas ó menos desastrosos; todo enfermo, todo ser sufriente no debe jamás contentarse con causar dentro de sí una conmocion ó sacudimiento, que solo sea seguido de ligeras evacuaciones; es preciso ir á buscar el principio del mal alli donde está, y forzarlo á salir de ese mismo cuerpo que ha reducido al estado de enfermedad y sufrimiento.''

Pelgas, penetrado de la fuerza de su principio, y mas bien fundado que los humoristas que lo habian precedido, obtuvo tan numerosos y brillantes sucesos, que casi se aproximaban al prodigio. Su fama, que no la debia mas que á sí mismo y á los triunfos que habia obtenido sobre la enfer-

medad, le concilió la confianza de una multitud de seres sufrientes que bendecian altamente la Providencia por el alivio que les habia proporcionado. Entonces fue cuando la envidia principió á agitarse, y puso en movimiento los resortes de la intriga y de las sofisterías. En la época en que este creador del arte médico llenaba con la fama de su nombre el pais de Nantés, una parte del Poitou, del Anjou, etc., las leyes de aquel tiempo, aun menos que en nuestros dias, nada tenian de positivo ni de fijo concerniente al ejercicio de la medicina. Frecuentemente se suscitaban disputas interminables entre los médicos y los hombres que ejercian el arte quirúrgico. Los primeros, envanecidos con sus títulos, reclamaban la facultad ó privilegio esclusivo de curar las enfermedades internas, y los segundos pretendian quedar exentos de una servitud que les parecia odiosa. Se seguian pleitos dilatados y dispendiosos ante los tribunales, los cuales se hallaban confusos, sin saber donde encontrar una base para sentar sus juicios ó decisiones. Muchísimas veces sucedia tambien que aun hasta los mismos cirujanos, que entonces formaban lo que se llamaba *comunidad*, litigaban entre sí. Los de ciudad elevaron sus pretensiones hasta el grado de querer prohibir á los de los lugares vecinos la facultad de ejercer su arte fuera de la estension del territorio que los primeros habian tenido á bien señalarles ó demarcarles.

En este estado de cosas, no hay que preguntar si las acusaciones recayeron á porfia sobre el buen *Pelgas*. Entre los muchos tiros mas ó menos particulares que se le hicieron, solo escogeremos uno para dar una ligera idea, asi de las persecuciones

que esperimentó, como del espíritu de animosidad de sus antagonistas.

Una calentura epidémica se manifestó en los paises Nantés y Angevino, con los caractéres mas alarmantes. Todas las gentes del arte estaban en movimiento, y á *Pelgas* no le faltó ocupacion. Su conocida fama y desinteres le aseguraron una aceptacion distinguida. Durante el curso de la epidemia curó, mediante la suma de tres francos por individuo, cerca de mil y quinientos enfermos, lo que ocasionó gran rumor y algazara entre los partidarios de Esculapio que no curaban á tan bajo precio. Era preciso oponer un dique á semejante *escándalo*, volver á la *órden* la consideracion que se le iba de las manos, y paralizar de una vez el talento y generosidad de un hombre que curaba á tan poco coste. ¿Que medios habian de emplear para conseguir este fin? ¿Faltan estos jamás á semejantes hombres? ¿no tienen siempre á sus órdenes la astucia y la perfidia? Tuvieron, pues, la habilidad de hacer entrar en sus intereses los agentes ú órganos de la ley, y el procurador fiscal, yo no sé de qué jurisdiccion *antiguamente* señorial, vino á ser el ejecutor de un proyecto tan astutamente concertado. Un dia que el buen *Pelgas* habia ido por las veredas á visitar sus enfermos, y que habia dejado su caballo en un meson para que descansase, ese agente del poder se apoderó de él y lo secuestró. ¿En virtud de que ley pudo ejercerse un acto tan arbitrario? Ved aqui la razon y el pretesto de esta ejecucion. *Pelgas* habia traspasado los límites de la jurisdiccion de la comunidad que lo habia recibido maestro para ejercer su estado: pues llamado mas allá de esos límites por enfer-

mos que conocian su talento, fue allá. Para volver á recobrar su caballo, era necesario que sostuviese un pleito contra el ministerio público, y tenia que gastar 300 francos por un animal que no valia la mitad. Este fue vendido y confiscado á beneficio de los miembros de la comunidad, y segun todas las apariencias, el procurador fiscal no se olvidó en el reparto de la torta, pues la crónica trae que ademas de su parte, tuvo para sí la silla, la brida y el cabestro. *Pelgas*, en el primer movimiento de su cólera, les dijo duras verdades; no le formaron por esto proceso alguno, pues el caballo bastó á su venganza. El fundador de la *Medicina curativa* esperimentó muchas otras persecuciones que seria inútil y demasiado largo el contar.

Pelgas tenia contra sí y contra sus principios todos los médicos del pais. Pero si hay hombres que manifiestan rechazar con desprecio las verdades útiles, por la razon de que chocan con ciertos intereses, los hay tambien que están dotados de un espíritu recto y de un sano juicio, que saben hacerse superiores á las vanas consideraciones, y que nada es capaz de detenerlos cuando se trata de alistarse bajo las banderas de la verdad. Entonces fue cuando *Pelgas* encontró un discípulo digno de él, y que el discípulo se glorificó de haber encontrado semejante maestro. Fue necesario que aquel principiase por olvidar lo que habia aprendido, y lo olvidó. Era igualmente necesario que reconociese la nulidad de los procedimientos usuales, y la reconoció. Desde este momento *Pelgas* dejará la tierra sin sentimiento, pues que su método y sus principios no se escaparán junto con él á la tumba, porque ha encontrado el hombre digno de

reemplazarlo. Mas al legar estos principios y su talento, su corazon tan franco, tan bueno y tan leal, no preveyó que la copa de las persecuciones con que habia humedecido sus labios, pasaria á su sucesor, á su hijo adoptivo (1). Ni siquiera soñó que esta copa se llenaria hasta los bordes, y que no seria por falta de encarnizamiento y animosidad de parte de sus enemigos, que no tuviese que beberla hasta la última gota. Por un lado hostigaciones sin número, por el otro tiros de indiferencia, y algunas veces de ingratitud de parte de los enfermos á quienes habia restituido la salud y la vida, teniendo por todas partes obstáculos que vencer, para hacer penetrar y triunfar una verdad nueva, á la cual un vulgo dominado por las preocupaciones de la infancia rehusaba su consentimiento; preocupaciones tanto mas difíciles de desarraigar, cuanto intereses poderosos que quedaban desamparados, se oponian al desarrollo de esta verdad.

Mas ¿que es lo que pueden las preocupaciones profundamente arraigadas contra la verdad probada por la esperiencia y demostrada por hechos incontestables? El público acaba siempre por abrir los ojos á la luz, y cuando esta brilla á su vista, es un buen juez en la materia. Tiene ojos para ver, orejas para oir y discernimiento para juzgar, no solamente la eficacia de un método coronado con numerosos sucesos, sino tambien las dobles ventajas que ofrece de prontitud y celeridad en la curacion y de economía en los gastos. Las curas numerosas efectuadas en diferentes puntos, asi de Francia como de regiones lejanas, han acrecentado

1 Mr. Le-Roy casó con la hija de *Pelgas*.

el número de los enemigos de este método. La mayor parte de los periódicos, tanto de la capital como de las provincias, han llenado sus columnas de diatribas que sus enemigos no se han descuidado de hacer insertar en ellos. Han tocado una especie de alarma, y á su imitacion los periódicos estrangeros, inclusos los de las colonias inglesas y francesas, han arrojado fuego y llamas contra el autor y sus principios. Y bien; á pesar de sus ataques, conducidos y dirigidos por hombres ejercitados en el grande arte de los combates de pluma, el método de Le-Roy ha triunfado, y estiende diariamente sus conquistas hasta los climas mas remotos. Casi estaríamos dispuestos á creer que todas estas empresas no han servido sino para darle á conocer mejor y propagarlo mas.

Pero para obtener una tan alta celebridad, ¿este hombre sin duda habrá recorrido nuestras provincias y departamentos...? no: ha permanecido constantemente en sus hogares, viviendo en una especie de obscuridad, y aun huyendo de esta vana gloria, de la que tantos otros se manifiestan esclavos.... El no ha viajado por sí; pero ¿habrá hecho viajar á sus emisarios y agentes, encargados de transportar sus obras y propagar sus principios...? nada de esto; sus propios detractores son los que sin quererlo han sido sus mas elocuentes panegiristas.... ¡Oh! á ejemplo de la mayor parte de los vendedores de específicos, ¿no habrá dejado de cubrir los muros de la capital y las encrucijadas de nuestras provincias con esa infinidad de carteles de todos colores, que por su rara singularidad atraen la atencion de la multitud...? Ha mirado estos medios como inferiores á él, y ni siquiera se ha dig-

nado de emplear el conducto de los periódicos pa
ra hacer anunciar sus obras. No obstante, y po
prueba del gran despacho de estas, es que ha lle
gado ya á su décimacuarta edicion, y que la mayo
parte de estas han sido tiradas de diez y doce m
ejemplares.... ¿Quien, pues, resolverá este mara
villoso problema? ¿Quien podrá esplicar cómo y d
qué manera este método de curacion se ha esten
dido por ambos hemisferios, á pesar de sus detrac
tores y de la rabia de sus enemigos? Vedlo aqui. E
muy natural que un ser sufriente busque el alivi
á sus males. ¿Que hace? Hecho presa de los dolo
res, se lamenta: el estado físico de su ser mani
fiesta su sufrimiento. En el momento en que me
nos lo piensa, llega á su casa un hombre con quie
tiene relaciones de negocios, ú otro cualquiera qu
le dice: »Vos estais enfermo, y lo mismo que y
sois víctima de las curaciones insuficientes; yo m
dirigí al autor de la *Medicina curativa*, y he sid
curado por su método." El enfermo sigue este con
sejo y se cura. Este enfermo tiene parientes, ami
gos, vecinos y conocidos á quienes participa s
triunfo. Entre estos los hay que están enfermos
y muchos de ellos siguiendo este método obtiene
la curacion, y ved aqui cómo se establece una mar
cha rápida. Una persona lo dice á cuatro; cada un
de las cuatro lo dice á otras cuatro; estas sigue
del mismo modo progresivamente, y asi es com
la *Medicina curativa* estiende sus conquistas en u
vasto pais.

Mas no todos los enfermos que desean curar
se recobran el uso de su salud, siguiendo este ré
gimen conforme á los principios consignados en l
obra. Véase al fin dado á luz ese argumento in-

encible y perentorio, con cuyo auxilio los detrac-
ores del método curativo se creen con derecho de
ulminarlo y aniquilarlo. Pero los que nos oponen
sta supuesta dificultad, ¿se atreverian á avanzar
le que ellos curan todos los enfermos que los hon-
an con su confianza? ¿Tendrian el atrevimiento de
segurar que en el número de estos no hay ningu-
o que presente obstáculos insuperables á todos los
ecursos combinados del arte, ellos que diariamen-
e envian al sepulcro sus enfermos á centenares?
Mas cuando de entre ciento de los que se curan,
egun los principios trazados en la *Medicina cura-
iva*, muere solamente uno, es este método el que lo
ia muerto. ¡Pobre *Medicina curativa*! esto debe de
er verdad, una vez que todos los médicos de todos
os puntos de Francia, y casi de todas las partes
lel mundo, no tienen sino una sola voz en este
sunto, y que no podria suponerse sin ultrajar la
aridad, que tantos hombres tan sábios, y cuyo co-
azon está adornado de calidades brillantes, puedan
roferir la mas ligera mentira.

CAPITULO XXIII.

SEGUNDA PERSECUCION. — PEQUEÑAS MANIOBRAS EJE CUTADAS EN MONTARGIS POR UN CUERPO DE DES CUBRIDORES DEL GRANDE EJERCITO HIPOCRATICO.

Ordinariamente esas grandes batallas que deci- den de la suerte de los estados y de los imperios. se ensayan por medio de pequeños combates y li- geras escaramuzas. En todo ejército hay cuerpos de descubridores, cuyas funciones militares son ir á la descubierta, sondear el terreno, armar las emboscadas y tender lo que se llaman lazos. El *juri* médico de Orleans se cubrió de una gloria in- mortal en una escursion que hizo á Montargis á fi- nes del año 1817, y llenó maravillosamente las fun- ciones delegadas á los descubridores de un cuerpo de ejército. Sin embargo, va mucha diferencia en- tre una escaramuza que nada termina y una bata- lla decisiva; sobre cuyo particular los médicos de Orleans podrán rendir un testimonio nada sospe- choso.

Ha existido en Montargis una señora estimada y respetada de todas las gentes honradas del pais. Hacia ya mas de doce años que estaba unida con los lazos de la amistad con el hombre del arte que sus caritativos compañeros perseguian á todo trance. Esta union habia tenido origen en las enfermeda- des que ella habia esperimentado en la edad de

cincuenta años. Con el auxilio de sus consejos y de los medicamentos que él la prescribió, ella franqueó este espacio de la vida, en el cual desgraciadamente se ven sucumbir tantas madres de familia, cuya muerte prematura es un justo motivo de luto y de lágrimas para los que las sobreviven. Ocupada en buenas obras, jamás mas contenta ni satisfecha que cuando habia contribuido con lo que le permitian sus medios y facultades, en restituir á la salud y á la vida á enfermos abandonados por los médicos del pais, encontraba en su corazon el mas bello y puro de los goces, esto es, el de haber aliviado á los infelices. Unas veces por favorecer, al pedir medicamentos para su propio uso, los pedia tambien para sus amigos, que un alma tan benéfica como la suya podia contar por centenares. Otras veces, por un sentimiento de conmiseracion que caracteriza las personas de su sexo, en vez de los pobres en quienes la modicidad de los medios no les permitia llegar al precio de las botellas enteras que le enviaba el farmacéutico de París, se habia tomado la libertad de entregar este mismo medicamento en porciones, y recibir de ellas su justo valor de los que estaban en estado de pagar. Los farmacéuticos del distrito no miraban esta clase de cesiones con ojos indiferentes. Sus parroquianos se alejaban á medida que aumentaba la confianza en el método del cirujano Le-Roy; y esta confianza crecia en proporcion de los sucesos y victorias que adquiria sobre la enfermedad, y aun tal vez sobre la muerte. La que con mucha impropiedad se llama clase baja de la sociedad, se hallaba bien con él; la mediana publicaba en alta voz las curas conseguidas, y la alta clase, que por

puntos intermediarios es allegada á la otra, principiaba á despojarse de sus preocupaciones, y á conocer la necesidad que tenia de libertarse de esas vanas formalidades que de nada curan, porque no descansan sobre nada. En una palabra, Montargis presentaba el cuadro de una ciudad dividida sobre los sistemas y opiniones que tienden á la conservacion individual.

En esto llegó el *juri* médico de Orleans. Nada menos faltaba que la presencia de unos hombres revestidos de un gran carácter legal, y de un título científico para hacer cesar semejante *escándalo*. Al arribo de esos personages, Montargis no hizo resonar los campos circunvecinos con el estruendo de su artillería; motivos particulares exigian que semejante llegada estuviese cubierta con el velo del *incógnito*. Debian emplearse medios disimulados y ardides de guerra. Para divertir el tedio del viage, seguramente estos buenos señores habian estudiado su Frontin (1), con el designio bien manifiesto de usar todas las estratagemas propias para secundar sus proyectos. Esta especie de inspectores generales, estos celadores de la vida humana, nunca viajan á sus costas, lo que parece está en el órden. Existe, ó por lo menos debe existir, una caja de indemnizacion para cubrir los gastos de los viages que se consideren necesarios, una vez que la ley los autoriza y los prescribe. Nuestros doctores no son tan tontos, y saben quién los ha de pagar, aunque es preciso que contenten á aquellos con quienes tratan; pero ganan bien su

1 Autor latino, que compuso una obra sobre los ardides de la guerra.

dinero, porque los que pagan desean ser bien servidos. Por esto nuestros doctores se apresuraron á dar á sus subordinados pruebas de celo y rendimiento. La asamblea general de los partidarios de la facultad fue convocada; médicos, cirujanos y farmacéuticos, todos se pusieron en movimiento. Cada uno tomó su puesto por órden de edad y dignidad, y tomando la palabra el decano, dijo: »Señores, jamás, no, jamás vuestra presencia fue mas necesaria dentro del recinto de estas murallas, donde el escándalo ha sido llevado á su cúmulo. El ha alcanzado é infectado las diversas clases de la sociedad. Un gran número de enfermos que antes eran nuestros tributarios, se eximen de los derechos que nosotros ejercíamos sobre ellos, y aun se ven algunos que parece que con una sonrisa maligna nos dicen: *De hoy en adelante podemos pasar sin vosotros*. Es indispensable que demos un golpe estrepitoso; pues de lo contrario la medicina y la farmacia quedan heridas de un golpe mortal; de un golpe, del cual les será imposible levantarse. Vosotros, señores, sois los únicos que estais revestidos de un poder que puede vengar nuestros derechos ultrajados. Es necesario que se haga un grande ejemplar, y vosotros solos podeis hacerlo vengándonos y vengándoos á vosotros mismos.''

¿Que *juri* medinal hubiera resistido á tan poderosas razones? ¿Quien en semejante caso no hubiera cedido al impulso de una elocuencia tan atractiva y tan persuasiva? Pasan á deliberar. No es esta seguramente la historia del consejo que tuvieron los ratones, tal como nos la ha pintado el buen La Fontaine. Como aqui no habia peligro ni obstáculo, entraba entre estos señores una noble emulacion

sobre cuál de ellos echaria el cascabel al gato. Este honor fue dispensado á aquel que en esta brillante reunion habia demostrado un ardor digno de una tan noble eleccion. A un genio fecundo y atrevido jamás le faltan espedientes ni recursos. Ademas, se necesitan bien pocos para dirigir sus ataques contra una muger estimable, y que era aun menos respetable por sus años que por sus virtudes. Tal vez habrá quien creerá que los hechos que se van á leer son supuestos, pero ellos son la verdad mas exacta. Apelo de ello á la conciencia de ciertos doctores: que se atrevan, pues, á desmentir estas alegaciones; ellas les producirán la prueba incontestable: y si desechasen este testimonio, se les podrian presentar otros que no se atreverian á desmentir. Uno de ellos, como se dijo ya á su tiempo, estaba en acecho por las inmediaciones de la casa que pronto vamos á ver sitiada, y esperaba el resultado de una espedicion cuyos detalles vamos á manifestar.

Escogieron dos seres dignos de representar un papel tan despreciable y de secundar las miras de semejantes gentes. ¿Fueron estos sobornados á precio de plata? La voz pública los acusa de haber recibido cinco francos cada uno por precio de su perfidia. Ambos se presentaron bastante entrada la noche al domicilio de esa muger estimada de todos sus conciudadanos, y cuyos medios de subsistencia y una fortuna suficiente, ponian al abrigo de los beneficios que gratuitamente se la querian suponer. No, no hay rasgos para pintar semejante infamia. Solamente hombres envilecidos y despreciables pueden recurrir á medios tan indignos é indecorosos. Unos hombres que saben fingir tan bien la modestia cuando están á la cabecera de la cama

de un enfermo; que hablan de devocion con los hombres religiosos, y que hacen profesion de filosofía con los pensadores á la moda, tienen, como suele decirse, mas de una cuerda en su arco, y que hábiles en el arte de fingir, se hallan en estado de dar lecciones de ello, encontraron pagando cooperadores adictos. Aqui no se trataba mas que de fingir, lo que es muy fácil cuando ya hay un poco de disposicion á la doblez, y cuando se está instruido por tales maestros. Uno de esos dos enviados de nuevo cuño representaba el papel de un padre afligido, aparentando tener un hijo enfermo en el último trance, y como un padre que habia perdido todos sus hijos por la impericia de los médicos del pais. Esto era muy facil de creer; mas sin embargo, esa buena alma lo remitió á las gentes del arte; él se lamenta, derrama lágrimas hipócritas, y se arrodilla para vencer mas fácilmente una resistencia fundada en una prudencia razonable. El espíritu de una madre es susceptible de emociones que solo ella puede sentir; asi es que cediendo á las instancias que hubiera debido resistir si hubiese previsto que su complacencia podia serle perjudicial, se deshizo voluntariamente en favor de este pérfido de una porcion de medicamentos que reservaba para su uso personal. Un agente del poder que estaba emboscado, aprendió, ó hizo como que prendia, á esos dos individuos, y entró con ellos á la misma casa donde les habian entregado los medicamentos. Hizo sufrir á esa estimable persona una especie de interrogatorio, y la preguntó si reconocia los dos individuos que se habian presentado á su casa, como igualmente los medicamentos que ella les habia entregado.

El culpable se pone pálido, tiembla y niega; el alma honrada y virtuosa no se avergüenza de una buena accion. Se formó un sumario, y esta escelente persona todo lo reconoció y afirmó. ¡Cuanto no se puede insertar en un proceso verbal! ¡Que armas no pueden dirigirse contra una muger de sesenta y cuatro años, sin tener consigo mas que dos criados, y siendo asaltada por seres de una tal especie! Ufanos con semejante triunfo, nuestros descubridores hicieron que el tribunal de policía correccional espidiese un emplazamiento en nombre del ministerio público, que las gentes del arte supieron interesar á su favor. Todas las personas honradas y de juicio que habia en Montargis y sus alrededores, se llenaron de indignacion, asi contra el proceso, como contra sus autores. Quinientas personas infructuosamente tratadas por sus médicos y curadas con arreglo al método y procedimientos del cirujano Le-Roy, gritaban á porfia contra la persecucion de una cosa cuya utilidad era bien patente. Los gritos de la indignacion mezclados con los acentos del reconocimiento, resonaron hasta los oidos de los órganos de las leyes. Mas por elocuente que fuese la voz de esa multitud de infelices curados, ó por lo menos notablemente aliviados, debia amortiguarse á vista de unos reglamentos hechos y observados por unos hombres que tienen un interes tan grande en estender la esfera de su dominio, y de asegurarse el beneficio de una mina fecunda y productiva.

¡Cuan penosa debió de ser la situacion de los apreciables magistrados que se vieron en la necesidad de hacer sufrir la afrenta y bochorno de un juicio de policía correccional á un acto de humani-

dad y de generosa sensibilidad! Si esa señora, apreciable por todos respetos, ha aprendido á su costa que no siempre es permitido el hacer bien, porque ciertas conveniencias personales se oponen á ello, ha recibido en cambio, como una honrosa y gloriosa recompensa, la espresion de muchos centenares de enfermos, á los cuales habia procurado la salud por todos los medios posibles, y que le tendrán buena cuenta de todos los pasos, acciones, caminatas, fatigas y disgustos inseparables de la prosecucion de un proceso, cuyos resultados eran difíciles de calcular. El tribunal de Montargis creyó era de su deber el dar un fallo poco favorable á la acusada. El delito de esta consistia en haber recibido de una persona que creia en estado de poder pagar, la módica suma de quince sueldos, justo precio de la cantidad que le habia entregado. Pero por un sentimiento innato en el corazon de todo hombre honrado, cediendo el tribunal á este noble impulso, se contentó con condenarla en los gastos del proceso, repugnándole el aplicar la multa á una persona que no era culpable sino por haber ignorado las leyes reglamentarias, olvidadas ya ó perdidas en el polvo de los archivos (1).

1 Con el inmenso laberinto de nuestras leyes, no es de admirar el que un delito no previsto por el código, haya hecho caer en falta á mas de un letrado, y confundido á mas de un magistrado. Toda ley penal que no se halla consignada en el código de los delitos y de las penas, es una especie de digresion, y la prueba nada equívoca de la incertitud de la legislacion en esta parte. Véase la ley penal. En ella se remite al código de los delitos y de las penas, artículo 20, en el cual nada se encuentra relativo al asunto. Ha sido menester otra ley aclaratoria que deter-

CAPITULO XXIV.

CONTINUACION DE LA SEGUNDA PERSECUCION. — GRANDE COLERA DE LOS DESCUBRIDORES DEL EJERCITO HIPOCRATICO CONTRA EL TRIBUNAL DE MONTARGIS.

Encarnizados en la persecucion de su víctima los mismos médicos redoblaron sus gritos, porque segun ellos era un desprecio formal de parte de los magistrados del tribunal de primera instancia, una escandalosa prevaricacion y una violacion sacrílega de las leyes. Nuevas intrigas. El cuerpo de reserva se movió á su vez, y marcharon al socorro del cuerpo del ejército. La autoridad administrativa se encargó de hacer la denuncia de la sentencia al tribunal superior, esto es, al magistrado que por su empleo está encargado de vigilar en la conservacion y ejecucion de las leyes. Ya tenemos la audiencia de Orleans encargada de la persecucion de ese pretendido ó supuesto delito. Figurémonos una muger estimable y meritoria, de sesenta y cuatro años de

minase otra manera de castigar. Y ¿se dirá que la serenidad de espíritu haya precedido á la formacion de semejante código? es el *código de Napoleon*. ¿Dictado por quien? ¿A solicitud de quien? Poco perspicaz seria el que no descubriese su origen. Para encontrarlo no es necesario recurrir á la varita de las virtudes.

edad, puesta en la dura necesidad de dejar sus hogares en la estacion mas rigurosa del año, por entre las nieves y hielos, obligada á atravesar caminos espantosos y de veinte leguas de largo, para comparecer ante una real audiencia á sufrir un nuevo interrogatorio, y esperimentar el disgusto de una multa, ligera á la verdad; pero que siempre supone una especie de delito, y se tendrá una idea del amor que esos doctores *escursionarios* tienen á la humanidad, á la justicia y á la exacta observancia de las leyes adherentes á la conservacion de la especie humana. Mas ¡que justos sentimientos de indignacion no penetrarian el alma del lector si se le pusiesen á la vista las inepcias, las majaderías y las absurdas calumnias que salieron de la boca de cuatro doctores, sea de medicina ó cirugía, que el ministerio público juzgó conveniente colocar á su lado para ilustrarlo y obrar con rectitud!

Alli fue donde se os vió figurar á vosotros los que urdisteis la intriga de Montargis. Alli fue que uno de vosotros, en menosprecio de la verdad, declaró que los medicamentos entregados por la señora B..... eran un veneno *activo* y *muy activo*, aunque confeccionados segun las reglas prescritas por las leyes de la farmacia. Alli fue donde no os sonrojasteis de sostener en presencia de un auditorio, que no os hizo el honor de poner fe en vuestras palabras, que era el solo amor á la verdad y á la humanidad el que os hacia tener este lenguaje. Alli fue donde os atrevisteis á decir que sabiais que muchas personas habian muerto por efecto de este pernicioso remedio. Alli fue que, por una farfantonería que se percibia de veinte leguas en contorno, uno de vosotros dijo que nunca

sus ganancias habian tenido tanto aumento como despues de la introduccion de este método en Orleans. Alli fue que, por dar la última pincelada al horroroso cuadro que acababais de trazar, llevasteis la imprudencia hasta afirmar que vosotros y vuestros cofrades ó compañeros estabais estenuados de fatiga, á fuerza de correr al auxilio de los insensatos ó ciegos que habian usado este veneno, y que habian encontrado la muerte donde creian hallar la vida.

¿Que pretendiais con esto? ¿Que esperanzas habiais, pues, concebido al propalar tan absurdas calumnias? ¿Creisteis sin duda engañar al público, debilitar y aniquilar por este medio la existencia y el mérito de mas de quinientas curas que os eran bien conocidas, y que lo eran aun mas de aquellos en quienes se habian verificado? ¿Que ventaja os ha resultado de todas vuestras maquinaciones y declaraciones? la de la pérdida de la confianza de un gran número de personas. El descrédito, y la confusion, por no decir el menosprecio, han sido el justo castigo que teniais bien merecido. La señora B..... sucumbió en la prosecucion de este proceso, y sufrió una multa..... Ved aqui cual fue todo el resultado de vuestras persecuciones. Un *gendarme* que presenció la audiencia hizo el siguiente razonamiento, mas ó menos concluyente. Estos medicamentos deben estar dotados de una grande eficacia, ya que los médicos se irritan contra ellos con tanta fuerza. Como estaba enfermo, dos dias despues se puso en cura, y se curó. Otro oficial público, cuyo destino es de notificar las órdenes del tribunal, habia igualmente sido testigo de la misma irritacion de esos pretendidos conser-

vadores de la especie humana, y notado mucho encono y pasion en esos mismos hombres, por lo que se apoderó de su espíritu una cierta desconfianza de ellos, y fatigado desde mucho tiempo de ser tratado por ellos sin éxito alguno, creyó que los procedimientos contra los cuales se irritaban con tanta animosidad, podian procurarle la salud que tanto tiempo hacia buscaba, y le prometian en vano. En consecuencia se medicinó y se curó, y curó á su esposa, hijos y parientes. ¡Cuantos otros han seguido su ejemplo! Asi como en los primeros dias del cristianismo los medios que se empleaban para destruirlo, redundaban en su mayor gloria, y convertian frecuentemente los procónsules, los prefectos y los magistrados, y aun hasta los oficiales encargados de la ejecucion de sus órdenes.....

CAPITULO XXV.

CONTINUACION DE LA SEGUNDA PERSECUCION. — GRAN MOTIVO DE ALEGRÍA A CAUSA DE LA VICTORIA CONSEGUIDA EN ORLEANS DE RESULTAS DEL ASUNTO DE MONTARGIS.

¡Oh, cuan agradable era el ver los rostros resplandecientes de nuestros doctores el mismo dia, el siguiente y los demas que siguieron á su triunfo! ¡Como se pavoneaban á causa de una victoria conseguida sobre una muger indefensa, ó que no habia sabido defenderse, y que solo sucumbió á la sorpresa! ¡Como se apresuraron en ir á sus respectivas tertulias á recoger el tributo de los elogios y cumplimientos que ordinariamente se disciernen á los vencedores! ¡Que precipitacion en hacer insertar en el diario del departamento la relacion del combate, al cual se podria justamente aplicar este verso de uno de nuestros poetas!

Vencer sin peligro, es triunfar sin gloria.

¡Como se disputaron entre sí el honor de la redaccion de un artículo que debia transmitir á las generaciones futuras la victoria que habian conseguido! ¡Como esperaban con impaciencia la viva y profunda impresion que este interesante artículo debia hacer en el espíritu de un vulgo prevenido

á su favor, ó que no conocia sino muy imperfectamente el fondo de este asunto contencioso! En fin, despues de muchas observaciones y disputas, el artículo fue comunicado al diario del departamento con aquella dosis de sal atica que hace interesantes las cosas mas pequeñas, les infunde mérito, y que es como el sello de esa produccion periódica.

»¡Con que es ya, pues, un asunto concluido, terminado y consumado! ¡Ya no es mas un problema! ¡La cuestion está resuelta! ¡El método de Le-Roy ha sido derribado y aniquilado para siempre! ¡Podríamos temer aun las réplicas! ¿No tenemos á nuestro favor el magistrado, inspector nato del diario? (1). ¿No nos hemos asegurado con anticipacion de que no podrá tener lugar ninguna reclamacion? Asi, pues, nosotros somos los dueños absolutos del campo de batalla. ¡Que semblante pondrá á la lectura de este artículo su corresponsal de Orleans! ¿Será tan atrevido en lo futuro que siga manteniendo relaciones que están escomulgadas por una sentencia auténtica y solemne? Es ya tiempo que concluya un escándalo que clama venganza. Y nosotros juramos por Esculapio, que le tenderemos tantos lazos, y pondremos en movimiento tantos resortes, que por fuerza tendrá que secumbir. Su destruccion es inevitable, y el dia de su humillacion se acerca."

Tales fueron los cánticos de alegría y los gritos de victoria que resonaban en las tertulias frecuentadas por los partidarios de Hipócrates. Un fallo de

1 Los diarios estaban entonces sometidos á la censura del prefecto.

un tribunal supremo, un artículo en el diario, y á mayor abundamiento este pequeño y hermoso razonamiento, que servia de apoyo á todo este conjunto de razones: La señora B..... ha sido condenada judicialmente á una multa de cuarenta francos, por haber distribuido los remedios prescritos por el cirujano Le-Roy: era suficiente para manifestar que estos medicamentos eran perniciosos; siendo esto precisamente lo que se repetia por un gran número de bocas en las tertulias que se llaman de sociedades escogidas. Esto era lo que no se vacilaba en presentar como un argumento concluyente, acompañado de la fuerza de la demostracion. Cuando se poseen semejantes medios, se puede entonar el himno de la victoria, y marchar con la cabeza alta, coronada de laureles, y proclamarse dueños absolutos y dominadores de la opinion.

Este capítulo tal vez parecerá corto; pero ¿no debe guardar proporcion con la duracion del triunfo?

CAPITULO XXVI.

TERCERA PERSECUCION. — ASUNTO DE ORLEANS. — PODEROSOS MEDIOS EMPLEADOS POR EL JURI MEDICO PARA ANIQUILAR LA MEDICINA CURATIVA.

Cerca de ocho meses habian pasado ya desde la victoria conseguida contra una muger que no fue culpable sino por haber practicado el bien con demasiada poca precaucion. Teniendo los médicos de Orleans á su cabeza los miembros del *juri* médico que habian dirigido la espedicion de Montargis, emplearon este tiempo para concertar entre sí nuevos medios de ataque. A la verdad no era el mismo enemigo con quien tenian que combatir; pero el que se halla coronado con los laureles de la victoria, se cree muy fuerte. Sin embargo, algunas veces se mezcla á esta creencia la presuncion, y no siempre la prudencia preside nuestros consejos. Cuando la prosperidad nos ciega, nos esponemos á adaptar falsas medidas. No combinamos bastante bien un plan de ataque, y la victoria que, lo mismo que su hermana la fortuna, es diariamente caprichosa, frustra todas nuestras esperanzas, y acaba por volver la espalda á sus favoritos, de lo cual nos ofrece una prueba el proceso intentado en Orleans por el *juri* médico. Hacia ya seis ó siete años que esta ciudad disfrutaba del inestimable beneficio de un método que habia restituido la salud y la vida á mas

de mil y quinientos de sus habitantes, haciéndose el bien con todo el miramiento y consideracion posibles, á fin de no exasperar el amor propio, estremamente cosquilloso, de los partidarios de Esculapio. Por entre los enfermos ha habido mas de uno que por no romper abiertamente ni insultar las preocupaciones favoritas, recibia las visitas de un médico, y sin conformarse con sus órdenes, seguia secretamente las prescripciones del autor de la *Medicina curativa*. ¡Cuantos de esos discípulos de Hipócrates, á quienes se habian ocultado los medios curativos que se practicaban, han visto con admiracion el cambio casi milagroso efectuado en ciertos enfermos que creian haber curado ellos solos por los medios que habian prescrito! (1). ¡Cuantos otros de quienes los médicos habian dicho *que no saldrian jamás de sus casas sino con los pies por delante*, abandonados por ellos en una situacion completamente desesperada, municionados con los últimos sacramentos, y recomendados como agonizantes á las oraciones de los fieles, han sido restituidos á la vida, y hace mas de seis años que gozan de este beneficio! Pero como el secreto de mil y quientos enfermos, notablemente aliviados ó radicalmente cu-

1 Podríamos citar no uno, sino veinte ejemplos de esta asercion, á cual de ellos mas maravilloso. Un cierto respeto humano, una falsa delicadeza, algunas miras de interes y un temor pusilánime, retienen á menudo cautiva la verdad. El uno dice: *si llego á quebrarme un brazo ó una pierna, ¡quien me los pondrá en su lugar! El cirujano rehusaria venir en caso de accidente, aunque fuese llamado.* Otro dice: *Es mi parroquiano, y es preciso que yo gane con él lo que él ha ganado conmigo.* Un tercero dice: *No es menester hacerse enemigos, etc., etc.*

rados, no puede serlo por mucho tiempo, debia esperarse una grande esplosion.

Los mismos médicos de Orleans, en el intervalo de cinco ó seis años, habian dado mas de un paso, y hecho mas de una tentativa. Entre otras, se les habia visto molestar la primera autoridad del departamento, y desfilar unos tras otros, á efecto de apoyar las sugestiones del doctor acreditado de la casa. Cediendo á sus instancias, y persuadido como estaba ese magistrado de que hacia un servicio á la causa de la humanidad, escribió al ministro. Quince dias se pasaron sin que tuviese contestacion alguna, y esta respuesta por tan largo tiempo esperada, aun no ha llegado. ¿No era comprometer su autoridad el escribir contra un hombre que ejerce su profesion en virtud de los títulos requeridos por la ley?

Precisamente en ese mismo tiempo la cocinera de este magistrado, que hacia ocho años que estaba enferma, llegó á Orleans en el estado mas lastimoso, y fue tratada por espacio de ocho meses que residió en este ciudad, por los médicos de la casa, sin presentar ninguna mejoría en el estado de su salud. Se la indicó el método de curacion del cirujano Le-Roy, lo adoptó, y se conformó puntualmente, recobrando un estado tal de buena salud y una robustez, que su ama, que estaba ausente, apenas la reconoció cuando fue á visitarla por su regreso. Este magistrado principió entonces á comprender que la envidia jugaba el principal papel en esta despreciable intriga.

Primer rasgo de la Providencia. Un enfermo curado á la vista, y en la misma casa de un magistrado, del cual habian pretendido servirse para su-

focar una verdad que se une tan de cerca al bien estar y á la conservacion de la especie humana.

Pero estos pasos, de los cuales no obtuvieron el resultado que se habian propuesto, y de que su amor propio se lisongeaba, no presentaban un carácter bastante imponente; por lo que quisieron hacer hablar las leyes, y que resonasen en los tribunales unas pretensiones, dirigidas nada menos que á hacer pronunciar crueles multas, por no decir penas aflictivas contra los *fautores* y propagadores de una doctrina que derriba y destruye el conjunto de los sistemas antiguos. Ocultos tras el cortinage, y metidos en la obscuridad de las tinieblas, los mismos instigadores engañaron artificiosamente, y á fuerza de mentiras, al ministerio público, y se sirvieron de su misma mano para arrojar alguno de esos tiros que en otros tiempos lanzaba el viejo Príamo (1). En consecuencia de su odio y encarnizamiento contra un hombre que no se atrevian á atacar de frente, porque la ley, el derecho, la razon y la evidencia de los hechos estaban á su favor, atacaron al que tenia correspondencia con él, y dieron lugar á un proceso, que presenta un carácter de interes tanto mas importante, cuanto toca mas de cerca al bien estar de la humanidad. Los médicos de Lion, cuya conducta y procedimientos hemos manifestado al principio de esta obra, fueron (por lo menos en aquella época) un modelo de moderacion, de decencia y de saber vivir, comparados con los de Orleans. Los primeros se esgrimieron sobre un cuerpo inanimado, y deja-

1 Sic fatus senior, telumque imbelle sine ictu conjecit...
VIRGILIO, *Eneida*, *lib.* 2.° *v.* 44.

ron en paz al benévolo y oficioso intermediario que trasmitia á los enfermos los medicamentos que les remitia el farmacéutico de París; pero los de Orleans no emplearon sus instrumentos con los muertos, sino que se dirigieron directamente contra los vivos.

El 6 de Noviembre de 1818 fue el en que el *juri* médico, compuesto de dos doctores en medicina y de cuatro farmacéuticos, acompañados de un comisario de policía, se presentaron á eso de las cuatro y media de la tarde al domicilio de un eclesiástico de esta ciudad, como acusado por el rumor público de distribuir medicamentos prohibidos por la ley. A vista de un séquito tan numeroso, y compuesto de elementos tan estraordinarios, por no decir estravagantes, su alma esperimentó una involuntaria emocion, y se acordó de la escena de Moliere, en la que el señor *Pourceaugnac* es perseguido por una horda de médicos y boticarios. Nuestro *juri* (pues que es preciso llamar las cosas por su nombre y respetar las instituciones) habia calculado con anticipacion en su alta sabiduría, que seria fuera de propósito el introducir en un litigio, y hacer comparecer ante un tribunal de policía correccional á un eclesiástico cargado de canas, y un hombre revestido de un carácter tan respetable. Este *juri*, sabia á no poderlo dudar, que él era la clavija maestra; mas fuese por un resto de respeto, ó por cualquiera otra cosa, lo mas presumible es que se le queria separar de la causa á cualquier precio. Asi fue que la interpelacion del comisario de policía no fue dirigida contra él, sino contra la persona en cuya casa ó con la cual vivia. Admirado é indignado de tamaña injusticia, ese eclesiástico

tomó la palabra y dijo: »No, señores, no es á la señorita C.... á quien concierne este asunto, pues este solo me toca á mí, y yo estoy aqui por todo, pues á ella le es enteramente estraño.''

Esta inesperada respuesta desconcertaba los proyectos del *juri*. Se queria un culpable; pero no se queria aquel que se declaraba por tal, en la suposicion de que hubiese contravencion de la ley. »No sois vos, dijeron ellos, á ese eclesiástico á quien culpamos, sino á la señorita C....'' —»Y yo os respondo que soy el único que mantengo correspondencia con Mr. Le-Roy; yo solo quien trasmite á los enfermos los medicamentos que él hace preparar por el farmacéutico revestido con su confianza, quien me los envia con arreglo al pedido que se le hace.'' —»¿Teneis algunos de esos medicamentos?''—»Sí tengo, y sentiria mucho no tener.'' —»¿Podeis enseñárnoslos?'' —»Sin duda; seguidme.'' Y el honroso séquito siguió mis pasos. Abriendo el armario en que estaban depositados, y viendo siete ú ocho botellas de diferentes tamaños (pues las mas grandes contenian un cuarto de litro) (1): »¡Ah! ¡ah! ved aqui un depósito; cojámosle, dijo uno de la comitiva.'' Y se les contestó: »Borrad esa palabra *depósito*, pues que está mal colocada: estos son medicamentos de distintos grados para mí y para las personas de mi casa.'' —»Ved aqui unos libros de la *Medicina curativa* tan perniciosos como el remedio.'' —»Sin duda, los tengo á la disposicion de mis amigos, y tambien á la vuestra, lo mismo que los medicamentos, si me requirís para que los ha-

1 Poco mas ó menos igual á medio azumbre. (*Nota del traductor*).

ga venir por vosotros, pues que sé complacer igualmente á mis amigos que á mis enemigos."

Como el pretendido depósito solo ofrecia una coleccion de siete ú ocho botellas entre grandes y pequeñas, una voz de entre la muchedumbre dijo: *Hagamos una pesquisa*. Esta especie de clamor de ayuda al rey, no tuvo ninguna consecuencia; y despues de algunas desvergüenzas que tuvieron que sufrir de parte de un hombre de quien no las esperaban, el acompañamiento se retiró sin formar sumario alguno, reservándose sin duda el redactar á su comodidad un proceso verbal para el tiempo y lugar convenientes. ¿No se ve aqui que ese malhadado proceso verbal, que habia de servir de base á otro proceso de la mas alta importancia, fue redactado á despecho de todas las formalidades requeridas?

El *juri* médico, con arreglo al artículo XXX de la ley del 21 Germinal, año XI, no tiene derecho de transferirse sino á los lugares donde se *fabriquen ó vendan* sin autorizacion legal preparaciones ó composiciones médicas. De esta ley, cuyo total espíritu y fin ha sido el impedir que ninguna persona estrangera al arte de curar se mezclase en la fabricacion y venta de cualesquiera medicamentos, se sigue que alli donde no se fabrican no hay venta ó despacho. El *juri* de Orleans sabia bien que solo trataba de perseguir unos medicamentos fabricados por un hombre del arte, y que no le quedaban mas recursos que su esperanza, aunque criminal, de violar la ley. El proceso verbal debia haberse formado á presencia de las partes, y debia estar revestido con las firmas de las personas reputadas contraventoras; pero se hizo sin conocimiento de estas cuatro dias despues de esa visita atentatoria

á los derechos de todo ciudadano, con violacion de todas las fórmulas esenciales. No es de ningun modo estraño que unos hombres ordinariamente ocupados de objetos de la mayor importancia, diesen tan poco valor á un proceso verbal. Un *juri* médico, que seguramente no es una autoridad, sino alguna cosa que se le parece, puede hasta un cierto punto mirarse como superior á semejantes fruslerías. Sin embargo, nada impidió que el proceso verbal no fuese anulado en todas sus partes, y que los órganos de la ley no administrasen una buena y pronta justicia; y hay motivo para creer que si tuviesen que principiar de nuevo, obrarian con mas circunspeccion. Les perdonamos gustosamente este pequeño acto de torpeza; pues hay otros mucho mas graves, que es igualmente preciso perdonarles.

Mas hay una cosa con respecto á la cual es imposible usar de la misma indulgencia, y es el tejido y conjunto de falsedades y mentiras que formaban su sustancia y su contenido. ¿Se querrá creer que siete hombres, de los cuales habia algunos que debíamos presumir estaban al abrigo de las sospechas de semejante indignidad, tuviesen de concierto en la misma mentira, que todos concurriesen á consumar ese misterio de iniquidad, y que tuviesen la audacia de poner su firma al pie de una pieza, en la cual afirmaban á la faz de las leyes que todas las respuestas arriba dichas habian sido dadas por la persona que habian jurado hacer procesar, y no por el eclesiástico de cuya boca habian literalmente salido? El paso era resbaladizo y la situacion crítica; y no habia mas recurso que el probar la falsedad por medio de testigos. Y cuando uno ve su casa asaltada por un comisario de policía, dos médicos y cuatro

boticarios, ¿piensa uno acaso en llamar testigos? ¿Entra siquiera en la idea el que se reunan siete hombres para afirmar y suscribir una mentira grosera, una impostura abominable? Ese proceso verbal fue declarado nulo, sin lo cual la verdad hubiera sido oprimida y la mentira hubiera triunfado. La iniquidad cayó en sus propias redes.

Segundo rasgo de la Providencia. Se queria hacer a la inocencia víctima de la injusticia; pero el cielo tomó la defensa de aquella á quien se queria oprimir. No obstante, en el intervalo de tiempo que pasó entre la discusion sobre la validez del proceso verbal y la sentencia que lo anuló, el verdadero contraventor, ó reputado por tal, creyó que su honor estaba comprometido en no dejar la inocencia bajo la vara de la acusacion ó de la prevencion, y en una visita que hizo, tanto al vice-presidente del tribunal, como al sustituto del procurador del rey, encargado de la prosecucion de este asunto, protestó que si alguno era culpable ó habia contravenido la ley, era el mismo declarante y no la persona citada para comparecer, y que habia ya comparecido, y que suplicaba á esos magistrados tuviesen en consideracion esta confesion; que estaba dispuesto á dar esta misma declaracion, bien fuese de viva voz en presencia de todo el tribunal ó por escrito, antes que se pronunciase sobre la validez ó invalidez del proceso verbal. ¡Quien creeria que el magistrado encargado del ministerio público diese la respuesta siguiente! *Pues bien, en lugar de un acusado tendremos dos, y no os admireis de que yo lleve este asunto tan adelante como dependa de mí.* Ved lo que se llama un gran celo por la *conservacion* y *observancia* de las leyes.

Algunas personas prudentes, al conocimiento de las cuales habia llegado esta primera tentativa, habian presumido que el *juri* médico seria bastante advertido para impedir que se prosiguiese este negocio, y decian: ó esos remedios contra los cuales se levanta el *juri* con tanta fuerza, producen todos los escelentes efectos que se les atribuyen, ó su eficacia no es mas que una ilusion quimérica sin fundamento ni realidad. Si verdaderamente son lo que se dice, todos los *juris* del universo ni todos los tribunales, impedirán jamás la confianza en un método que contribuye al alivio de las enfermedades humanas. Se podrá estorbar y retardar su curso, pero no se conseguirá jamás el destruirlo. Si los medicamentos prescritos por ese cirujano son sin eficacia, ellos caerán por sí mismos, sin que los médicos se mezclen en ello, pues la opinion y la esperiencia harán una pronta justicia, y sufrirán la misma suerte de tantos otros pretendidos descumientos, de los cuales el tiempo ha borrado hasta la memoria. Este razonamiento tan simple, pero tan concluyente, no impidió el que el ministerio público diese á este asunto una publicidad, que por su resultado ha venido á parar en beneficio de este método de curacion, conforme va prontamente á verse.

Dos dias despues de la sentencia que pronunció la nulidad del proceso verbal, se hizo un doble emplazamiento, y en lugar de un acusado se encontraron dos. Fueron citados á comparecer *como acusados de vender remedios secretos, y otros agravios que se desarrollarán mas ámpliamente en la audiencia*. Se decia que debian examinarse cincuenta testigos á solicitud del ministerio público; pero

en difinitiva no fueron mas que siete. Para evitar la colusion y el soborno, se despacharon las citas el martes 23 de Febrero por la tarde, y el miércoles 24 á las ocho de la mañana un momento antes de la audiencia. Se pidió la causa, y el ministerio público, en un preámbulo lleno de aquella elocuencia enérgica que recordaba los hermosos dias de Atenas y de Roma, invocó todo el rigor de las leyes contra el pretendido vendedor de un remedio secreto, que conducia la muerte y el luto por las diversas clases de la sociedad.

CAPITULO XXVII.

CONTINUACION DE LA TERCERA PERSECUCION. — BRILLANTES ESPERANZAS FRUSTRADAS.

Despues de un preámbulo, que por su vehemencia parecia propio para introducir la consternacion en el corazon de la inocencia misma, todo el auditorio estaba en una respetuosa espectativa mezclada con una especie de inquietud. Cada uno se preguntaba: ¿cuantos testigos se habrán de oir? ¿Cual será la naturaleza de sus deposiciones? Ya que el ministerio público los ha emplazado, es prueba de que habrá recibido muchas quejas de diferentes distritos, y aun tel vez de parte de las mismas personas citadas. Se procedió á su llamamiento nominal, y solo se recibieron siete testigos (1).

El primer *testigo* fue ese mismo gendarme atraido al conocimiento de la verdad por la discusion que tuvo lugar en el asunto de Montargis, en que se halló presente. Declaró que para obtener ese remedio, necesitó de la intervencion de un aldeano de Orleans; que ese remedio le habia producido todo el bien que podia esperar de él; que despues

1 Citamos aqui de memoria las diferentes atestiguaciones, sino son idénticamente las mismas en cuanto á los términos, lo son en el fondo, y los que duden de ello pueden cerciorarse acudiendo al archivo del tribunal.

de un año que lo habia usado, habia estado siempre bueno, y que en caso de enfermedad, estaba dispuesto á recurrir á él nuevamente.

2.° *testigo*. Este era una fondista de la misma ciudad, y declaró en presencia del tribunal, que habia suplicado á ese eclesiástico escribiese á Mr. Le-Roy para que le remitiese los medicamentos que creyese necesarios á su situacion; que recibió estos al cabo de cuatro dias; que hacia ya tres años que habia hecho uso de ellos, como igualmente sus hijos y su marido; que todos gozaban la mas perfecta salud, y que tambien habia curado á sus criados.

3.r *testigo*. Este certificó que esos remedios le fueron cedidos por recomendacion de una persona que tenia íntimas relaciones con el acusado; que esos medicamentos, muy lejos de haberle causado el menor daño, le habian por el contrario producido mucho bien; que antes andaba con muletas, y que desde entonces anda derecho y sin auxilio de apoyo alguno.

4.° *testigo*. Preguntado: ¿quien os dió el remedio de Mr. Le-Roy? Respondió: que para obtenerlo se habia dirigido al acusado. P. ¿Lo obtuvisteis el mismo dia que lo pedisteis? R. No, no lo obtuve hasta el dia siguiente. P. ¿Que efecto produjo en vos ese remedio? R. Yo estaba paralítico del costado derecho, y la paralisis se hacia sentir ya en el costado izquierdo; tomé dicho remedio por espacio de ocho dias, y fui completamente curado. Tengo una sobrina que despues padeció una esquinencia; yo la mediciné, y desde entonces disfruta de una salud perfecta.

5.° *testigo*. Este era la nodriza del hijo del

sustituto del mismo procurador del rey que seguia esta causa.

P. ¿Conoceis el remedio del señor Le-Roy? R. Sí señor. P. ¿Quien os lo ha proporcionado? R. Le-Roy mismo que se hallaba entonces en Orleans. Mi hijo, á quien el señor sustituto hacia prodigar todos los cuidados posibles, estaba en un estado tal mente desesperado, que el médico habia declarado que no tenia remedio. Yo lo mediciné con arreglo al método que Mr. Le-Roy me prescribió, y en menos de veinticuatro horas esperimentó mi hijo tal alivio, que sorprendió al cirujano en términos, que apenas queria creer á sus propios ojos. Dos dias despues el muchacho ya me pidió pan. Aqui el mismo sustituto interrumpió á la testigo, diciéndole: »Pero desde entonces vuestro hijo ha disfrutado poca salud, ha estado siempre padeciendo, y ha tenido la enfermedad comun en los niños llamada carreau." No señor, respondió la madre del niño; todo lo que acabais de decir fue antes de la curacion; pues que desde entonces mi hijo ha estado bueno, y no presenta ningun mal aspecto como vos decís.

6.° *testigo*. P. ¿Habeis hecho uso de los medicamentos de que se trata? R. Sí señor, tanto para mis hijos como para mí. P. ¿Quien os los entregó? R. Me fueron dados. Mi hija mayor, de doce años de edad, estaba hinchada como un tonel desde la cabeza hasta los pies, y se hallaba ya en la última estremidad. El médico que la asistia me dijo: *Es necesario hacerla sacramentar sin pérdida de tiempo*. Yo sabia que Mr. G*** comerciante de maderas, vecino mio, tenia ese remedio en su casa. Tuvo la bondad de facilitármelo gratuitamente por es-

pacio de catorce dias, al cabo de los cuales mi hija estuvo curada, y disfruta buena salud. En una fluxion de pecho que esperimenté algun tiempo despues, recurrí al mismo remedio; y como soy un pobre trabajador, el acusado tuvo la bondad de escribir á mi favor á Mr. Le-Roy, que me lo hizo remitir gratuitamente por valor de trece libras y diez sueldos. Al cabo de diez dias ya no me sentí de nada, y volví á mi trabajo.

7.° *testigo*. El señor J., comerciante de madera retirado, dijo: »Que estando en el bosque de Chambord para la corta de una venta de maderas que se me habia adjudicado, fui atacado de una enfermedad estraordinaria. Mi cabeza no era menos gruesa que una fanega; calentura ardiente, opresion, etc. Mr. G.... mi socio, me dijo: »Amigo mio, en el estado en que te encuentras no hay medio de que te quedes en una posada, y es absolutamente necesario el tomar la posta y conducirte á Orleans.'' Llegado alli sin conocimiento, se envió á llamar un médico, que ordenó cuatro granos de emético, que tomé, y que se me quedaron en el cuerpo junto con cinco pintas (1) de agua, que bebí despues. Al dia siguiente prescribió igual dosis, y sin embargo nada queria salir, á pesar de que me tragué otras cinco pintas de agua, que hicieron compañía á las primeras, quedándose sin salir lo mismo que aquellas. Habiendo venido á verme mi compañero de viage, me encontró hinchado como un tonel, y pronto á ahogarme. »No tienes, me dijo, mas que un solo medio para salir de este mal paso; toma la

1 Cada pinta equivale poco mas ó menos á medio azumbre (*Nota del traductor.*)

medicina de Le-Roy.''—»Yo no la conozco, le dije, ¿donde la encontraré pues?'' — »Voy á darte una carta de recomendacion; tu esposa la llevará, y bajo mi firma no se te negará.'' Tomé de su mano la dosis prescrita en semejante caso; la usé por espacio de cinco ó seis dias, y al cabo de ocho ya corria en mis negocios. Hay mas, señores; mi hija, que entonces tenia diezisiete años, era propensa á comer *yeso*, cuyo depravado gusto habia principiado á tomar á la edad de seis ó siete años, y la habia reducido á un estado de flaqueza espantosa. Escribí, pues, á Mr. Le-Roy, cuyo método me habia sacado del mayor peligro, y por la relacion que le hice, concibió algunos temores, y se contentó con trazarle un régimen, que ella siguió por espacio de tres meses sin mejorar su salud. »Y bien, me dige á mí mismo, yo tomo á mi cargo el medicinarla contra la voluntad de Mr. Le-Roy.'' La administré los mismos medicamentos de que yo habia hecho uso, y que tan bien me habian probado, y la primera vez arrojó seis libras de yeso desleido que tenia en su estómago, sin hablar de todas las demas porquerías que salieron de su cuerpo. Continuó su régimen hasta curarse radicalmente, y hoy dia está casada, es madre, y disfruta una salud perfecta. Yo tengo buen semblante; pues bien, señores, ella aun lo tiene mejor que yo.''

Desde que existen tribunales, tal vez nunca se ha oido que siete testigos citados á cargo por parte del ministerio público, no hayan tenido mas que una voz para hacer el elogio de una cosa contra la cual se queria dirigir el vituperio. El hombre perverso dirá que aqui hubo colusion y soborno de testigos, como ya lo han dicho muchos. El hombre

íntegro, que no supone gratuitamente la maldad en sus semejantes, podrá reconocer en *un tercer rasgo de la Providencia*, que hace salir la verdad del seno de las tinieblas en que se la quiere tener cautiva.

Mas ¿que hubiera sido si se hubiesen podido hacer examinar los testigos en descargo? El numeroso y numerosísimo auditorio estaba de tal manera admirado, que no podia creer que los deponentes hubiesen sido asignados á solicitud del ministerio público, y les creia asignados á solicitud del acusado.

Con semejantes deposiciones, que no desconcertaron menos al ministerio público que al acusado, aunque en sentido muy diferente, se hacian inútiles los medios de defensa preparados por este último, pues que caian de sí mismos. Se le imputaba el haber vendido medicamentos, los testigos deponian: los unos, que para obtenerlos habian necesitado proteccion y recomendacion, y los otros que los habian obtenido del mismo Mr. Le-Roy, ó que los habian recibido á título gratuito. El que da no vende; el que tiene un género para vender, lo ofrece á todo el que se presenta, y el que lo compra no tiene necesidad de protectores ni de cartas de recomendacion para procurárselo.

Parecia que el asunto estaba ya bastante instruido con las deposiciones de los testigos, porque la citacion estaba fundada sobre este solo hecho: *¿Habia ó no venta de remedios secretos?* El tribunal no necesitaba mas amplias aclaraciones para su ilustracion; mas no obstante, el acusado pidió el permiso de hablar, y entonces fue cuando hizo valer sus razones. Probó y demostró que no habia

contravenido á la ley concerniente á la venta de los remedios; que de su parte no habia mas que una cesion obsequiosa, sin lucro ni provecho, pues que cedia por el precio de sus desembolsos los medicamentos, cuya venta habia sido hecha y verificada por el farmacéutico que los habia elaborado; que seria preciso reducir á polvo todos los diccionarios existentes, desde el de Richelet hasta el de la academia, si se obstinaban en mirar como sinónimas las palabras *donativo*, *venta*, *cesion benévola* y *obsequiosa* ó *caritativa*; pues ¿á cuantos infelices, que hoy dia están llenos de vida y salud, les han sido entregados los medicamentos (sin hablar de sus accesorios) á título puramente gratuito....? ¿Que se pedia? ¿que se queria? Se queria hacer doblar la ley y contornearla, para imponer silencio, si hubiese sido posible, á una numerosa colonia de enfermos radicalmente curados, ó por lo menos notablemente aliviados. ¿Que se queria? repetimos. Los hombres que lo miran un poco de cerca, ven sin mucho trabajo lo que querian esos seres, para los cuales la manifestacion de la verdad es un suplicio.

Los remedios de que hablamos no eran remedios secretos; la sola prevencion y la mala fe son los que les han dado este nombre. Ellos habian sido elaborados por un farmacéutico arregladamente á la prescripcion de un hombre con título y calidad, por lo que quedaba cumplimentado el artículo XXXII de la ley precitada. Yo tomo un remedio de confianza segun el bien que produce, y con arreglo al principio incontestable sobre el cual el método descansa. ¿Que me importa la naturaleza de los ingredientes? esta no compete á los enfermos. El médico ordena y el boticario prepara; no

necesito mas, ni deseo otra cosa. Y con una doble razon de seguridad, el autor de la *Medicina curativa*, queriendo instruir á los que tuviesen necesidad de ello, les ha indicado los elementos en las páginas 80 y 81 *de la quinta edicion de su obra* (1).

Admirado el tribunal de sus razones, creyó en su sabiduría que este asunto merecia un cierto grado de consideracion, y difirió para de alli á ocho dias el pronunciamiento de la sentencia. A la época señalada por los órganos de las leyes (esto es, el 3 de Marzo de 1819) para fallar sobre este asunto, que ofrecia un cierto grado de importancia, los acusados se presentaron para oir la sentencia, cuyo tenor es el siguiente:

El tribunal, despues de haber deliberado en la cámara del consejo, absuelve al señor abate M.... y á la señorita C.... de la acusacion dirigida contra ellos, como igualmente de la cita que se les dirigió á solicitud del señor procurador del rey.

Atendiendo á que no consta que ellos hayan vendido, despachado ó distribuido el remedio compuesto por el cirujano Le-Roy, preparado y confeccionado por Cottin, boticario de París.

Que el artículo XXXVI de la ley de Germinal, año XI, no tiene aplicacion á esta causa; que la prohibicion hecha por este artículo, solo se contrae al despacho por peso medicinal y distribucion de drogas ó medicamentos en los teatros ó paradas en

1 Despues de este asunto, el autor de la *Medicina curativa* ha destruido los pretestos que sus enemigos han tenido la mala fe de dar, con razones sólidas; pues que ha hecho un presente á la sociedad entera de ese pretendido secreto de que sus antagonistas se prevalian.

sitios públicos, y sobre los anuncios ó carteles impresos que indiquen remedios secretos.

Que en la causa sometida al juicio del tribunal, no se encuentra ninguna de las circunstancias previstas por la disposicion de este artículo XXXVI.

Que el abate M..... no ha despachado por peso medicinal, ni distribuido en tablados, paradas ó sitios públicos drogas ó medicamentos.

Que no puede ser acusado de haber hecho ó mandado hacer ningun anuncio ó cartel impreso para indicar un remedio secreto.

Que el libro de la *Medicina curativa*, encontrado é ilegalmente secuestrado en su casa, no es ni un anuncio ni un cartel, y que el señor M.... no es su autor.

Que la cesion hecha por el abate M..... de algunas botellas del remedio de Le-Roy, que tenia en su casa para su uso habitual, no es mas delito que su correspondencia con ese cirujano, y que sobre todo fue hecha sin interes, y sin producir ningun beneficio pecuniario al que las cedia.

Que cada cual es libre de recurrir á todos los medios curativos, buenos ó malos, en los cuales tiene confianza; que puede usarlos, y que puede, aun cuando está persuadido que ha esperimentado de ellos un buen efecto, recomendar su uso sin contravenir á las leyes.

Que á todo particular le es permitido el emplearse en conseguir los remedios de que espera un alivio; que una correspondencia seguida con un hombre que ejerce el arte de curar, nada de contrario tiene en sí á las reglas de la moral; que cuando una correspondencia semejante es mantenida por la utilidad personal del que la promueve, es una precau-

cion prudente, y que es aun un acto de beneficencia cuando es sostenida por el alivio de los otros; que la beneficencia es una virtud que todos los ciudadanos tienen un interes en practicar por su utilidad comun, y que está particularmente recomendada á los ministros de la religion, que deben procurar á la humanidad todos los socorros espirituales y corporales que están en su poder.

Que todos los testigos oidos y citados á solicitud del señor procurador del rey están ademas satisfechos de los buenos efectos que han esperimentado en el uso que han hecho de dichos remedios en diferentes enfermedades graves, y casos desesperados en que se han hallado (1).

Tales son los dispositivos de una sentencia que parecia una garantía suficiente para la futura tranquilidad de los acusados; pero la envidia no duerme, no, ó por lo menos duerme muy poco, y los celos, sus hermanos, tienen los ojos abiertos cuando su hermana mayor dormita.

1 Ved aqui una sentencia resultante de la sumaria que se ha leido, que contrasta mucho con las declamaciones mentirosas de los antagonistas de este método, y que fijará la atencion de mas de un lector ó de mas de un enfermo

CAPITULO XXVIII.

CONTINUACION DE LA TERCERA PERSECUCION. — APELACION A LA REAL AUDIENCIA DE ORLEANS DE LA SENTENCIA DEL TRIBUNAL DE PRIMERA INSTANCIA.

Si el sueño de la envidia es ligero, la hora en que despierta es terrible, y casi podríamos compararlo con el despertar del leon. Una sentencia de la policía correccional, fundada sobre los principios de la ley natural, y en una interpretacion sábia de las leyes civiles, parecia que colocaba á los acusados en una situacion que los ponia al abrigo de toda suerte de persecuciones. Pero el espíritu de corporacion, tan insinuante y algunas veces tan peligroso, estaba en la obscuridad de las juntas ó reuniones caseras, urdiendo nuevas tramas para reparar la vergüenza de una derrota, que tan distantes estaban de esperar. Les quedaba el recurso de apelar á la audiencia... El ministerio público, usando de sus derechos, lo notificó en los términos prescritos por la ley. Un magistrado que habia dicho á uno de los acusados que seguiria este asunto tan lejos como dependiese de él, dió al público una prueba de no ser uno de esos hombres que se dejan dominar á todo viento de una doctrina cualquiera. Firme é invariable en sus principios, resultado probable de una íntima conviccion, puso entre las manos de su gefe, en el órden de la magistratura, un

asunto que él creia tanto mas sério, tanto mas importante, *por cuanto conducia al luto y la muerte en las diversas clases de la sociedad.* Unas inculpaciones de la naturaleza, de las que habian figurado en este proceso de nueva clase, eran muy propias para llamar la atencion del público, de ese público que mientras duró este asunto contencioso, tuvo los oidos podridos con esas espresiones, que podian mirarse como un grito de complot: *depósito, depositario, distribuidor, mercader de remedios secretos, etc.*

Sobre la amalgamacion de estos términos, que no tenian ninguna aplicacion al asunto, es que el ministerio público, tanto en el tribunal de apelacion como en el de policía correccional, habia determinado provocar toda la severidad de las leyes contra los acusados. Se pusieron en contribucion todas nuestras leyes antiguas y modernas, y hasta se registraron los archivos de una jurisprudencia añeja. Se invocaron las leyes del tiempo de Enrique IV, y faltó poco para que en esta ocasion no se hiciesen resucitar las leyes Sálicas, Gombettas y Ripuarias (1), y todo esto para tener lugar de imponer unas multas, que no tendian nada menos que á hacer pasar los tesoros de Pactolo á las cajas de *nuestros hospicios.* Era menester establecer ó poner las bases de las determinaciones que habian resuelto tomar contra los acusados; pero ¿que es lo que pueden unas pretensiones sin fundamento con-

1 Estas sábias citas solo tuvieron lugar en el tribunal de policía correccional. El señor procurador general, por el órgano de su substituto, no juzgó á propósito al desplegar tanta erudicion.

tra unos hechos probados, justificados é incontestables?

El ministerio público, en su tribunal de apelacion, el dia fijado para el emplazamiento, pidió que se difiriese el asunto para de alli á un mes, y su demanda le fue concedida, á pesar de las justas representaciones de los acusados. A la época solicitada por el mismo, se presentaron estos de nuevo; pero él pidió aun quince dias mas para practicar una nueva informacion, lo que igualmente le fue concedido. Por fin, el dia tan esperado y deseado, dia irrevocablemente fijado por el tribunal para la discusion sin mas demora, brilló á los ojos de los acusados que tenian la esperanza fundada de encontrar en él el término de todas sus ansias. Tres testigos á cargo fueron oidos, y no depusieron sino cosas insignificantes ó contradictorias. Cuarenta testigos en descargo de los acusadores todo lo certificaron á la vez, asi la eficacia de los medicamentos que les habian proporcionado la curacion, como la ninguna culpa de los acusados, que les habian cedido ó trasmitido solo benévolamente, ó á título de amistad, los medicamentos en que fundaban la esperanza del restablecimiento de su salud. Estas deposiciones eran sin duda preciosas; pero su peso hubiera sido muy poca cosa en la balanza, si el derecho y la ley no hubiesen estado enteramente á su favor.

El 18 de Mayo de 1819 fue el en que la real audiencia de Orleans, despues de heberse tomado tres dias para deliberar sobre este importante asunto, pronunció la sentencia, cuyas principales disposiciones son las siguientes:

Considerando en derecho:

Que la legislacion relativa al ejercicio de la far-

macia, y á la venta, despacho y distribucion de drogas, remedios, sustancias y preparaciones médicas, sean conocidas ó secretas, está marcada por las leyes del XXI Germinal, año XI, y XXIX Pluvioso, año XIII, y por los decretos de XXV Pradial, año XIII, y XXVIII Agosto 1810.

Considerando que en semejante materia las audiencias y tribunales solo deben ocuparse de la cuestion de saber si las ventas ó distribuciones que se les hayan denunciado han sido hechas legalmente, ó si se han verificado en contravencion de las disposiciones prohibitivas; que ademas el exámen de la calidad del remedio no es propio de los conocimientos ni de las atribuciones de la magistratura.

Considerando en hecho:

Por lo que concierne á la señorita C...., que está probado en el proceso que si ella ha entregado algunas veces á varios individuos las botellas de los remedios, solo ha sido de órden, ó á instancia del señor abate M.....

Considerando que resulta de la instruccion que ha tenido lugar, tanto en primera instancia como ante la audiencia:

Que el señor abate M.....: que usa á menudo de los remedios de Le-Roy, y en los cuales tiene confianza, ha cedido de ellos frecuentemente á varios particulares que se los han pedido, y muchas veces ha servido de intermediario para obtenerlos del señor Le-Roy.

Que por lo ordinario el señor abate M..... consultaba ó hacia consultar al señor Le-Roy sobre el estado sanitario de aquellos á quienes proporcionaba los remedios.

Que en las cesiones que de ellos hacia el señor

abate M...., jamás tuvo ningun beneficio; pues se limitaba en reclamar de las personas pudientes sus desembolsos, y que con respecto á los indigentes, se los ha procurado muchas veces á título gratuito, fuese no exigiendo de ellos sus adelantos, ó bien obteniendo á su favor del señor Le-Roy la remision del precio.

Que esos remedios, confeccionados con arreglo á la prescripcion, y segun la órden de un oficial de sanidad, por el señor Cottin, farmacéutico en legal ejercicio de su facultad en París, no pueden colocarse en el número de los remedios secretos.

Que hace mucho tiempo que se hallan indicados en una obra intitulada *Medicina curativa*, impresa á la vista y conocimiento del gobierno, que la ha dejado llegar hasta su quinta edicion sin tomar ninguna medida de policía contra su publicacion ni contra la distribucion de los remedios.

Que todas las veces que el señor abate M..... ha cedido ó proporcionado los remedios de que se trata, ha hecho entrega de las botellas enteras, tapadas y selladas, del mismo modo que las recibia del farmacéutico Cottin, y sin tomarse jamás la libertad de dividirlas en dosis ó porciones.

Se sigue de aqui que el señor abate M..... no se halla en ninguno de los tres casos prevenidos por el artículo XXXVI de la ley de XXI Germinal, año XI, y castigados por las penas establecidas en la de XXIX Pluvioso, año XIII.

La audiencia recibe al señor procurador general apelante de la sentencia del tribunal de primera instancia de Orleans, en su sentencia correccional del 24 Febrero último, determinando en lo principal, declara no tener lugar la tal apelacion;

que fue bien juzgado por los jueces, de quienes se ha apelado en haber absuelto al señor abate M.... y á la señorita C.... de la acusacion ó demanda dirigida contra ellos, como igualmente del emplazamiento, intimándoles á solicitud del señor procurador del rey; y ordena en consecuencia que se lleve á debido y entero cumplimiento la sentencia de que se trata.

Apenas fue pronunciada esta decision de la audiencia, que llevaba consigo el carácter de la equidad y de un profundo discernimiento, que por entre un auditorio de mas de trecientas personas se levantó un murmullo de aprobacion, que la ley justamente reprueba; pero al cual el magistrado íntegro no puede ser del todo indiferente. Prontamente se hizo un tal vacío en la sala, que esta no representaba mas que una vasta soledad, prueba nada equívoca de que el público habia tomado un grande interes en este asunto. Despues de un triunfo tan completo, era de presumir que los acusados disfrutarian en paz del suceso que habian obtenido.

Pero firme siempre en su sistema de ataque, el ministerio público entabló una demanda en el tribunal de casacion antes de espirar el término fijado por la ley; mas el señor procurador general, con aquel espíritu de sabiduría y prudencia de que estaba animado, hizo notificar al señor abate M.... el 9 de Julio de 1819, su absoluto desistimiento, revestido con todas las formalidades que la ley requiere.

Ved aqui, pues, este grande asunto; este asunto que fijó la atencion de nuestros salones y retretes, de nuestras cámaras de lectura y locutorios comunes, irrevocablemente terminado. ¿Quien lo

provocó? Los hombres del arte, haciendo una visita domiciliaria á casa de un ciudadano pacífico, llevándose furtivamente y á hurtadillas un ejemplar de la *Medicina curativa*, que aun no se le ha restituido. ¿Quien lo prosiguió? El ministerio público por el amor del bien y del órden social, no menos que por el interes de las leyes. Mas el ministerio público es ejercido por hombres. Los hombres no son infalibles, y sí accesibles á las sugestiones del error. ¿Quien lo terminó? Una sentencia auténtica y solemne, emanada de una audiencia real, cuyas decisiones hacen y harán autoridad en los anales de la jurisprudencia: un desistimiento legal que equivale á una decision de la real audiencia.

CAPITULO XXIX.

CUARTA PERSECUCION. — CUADRO HISTÓRICO DEL PROCESO DE PARIS.

Los maravillosos progresos que habia hecho la *Medicina curativa*, tanto en la capital como en los departamentos; los testimonios honoríficos que recibia su autor de las diferentes regiones de Francia, no menos que de las colonias estrangeras, despertaron á esa clase de hombres que solo subsisten con las enfermedades humanas. Testigos de las mas numerosas, maravillosas y casi milagrosas curas que se verificaban diariamente á su vista, comprendieron perfectamente que cuantos mas enfermos hubiese radicalmente curados ó notablemente aliviados por el nuevo método, quedarian menos á los cuales se pudiese suministrar los socorros de un arte que, segun ellos mismos confiesan, solo descansa en conjeturas, y conocieron la necesidad de unirse y coligarse. París es el centro de las grandes relaciones. En ese vasto é inmenso teatro es donde se ven figurar los grandes *aficionados* en todos géneros, y los partidarios de Esculapio no son los que representan alli el último papel. Los profesores de la facultad tienen el honor de acercarse á los poderosos del siglo, y los médicos de provincia saben mejor que nadie hasta qué punto pueden aquellos ser útiles al órden. Con arreglo á esta conviccion íntima

de parte de los médicos de provincia, los de la capital, particularmente aquellos que habian llegado á la cumbre de su celebridad, se vieron asaltados de una multitud innumerable de cartas, que encerraban quejas mas ó menos amargas, y mas ó menos llenas de relaciones exageradas y mentirosas. La junta de salubridad establecida en la capital, puede sobre este asunto abrir sus registros, y encontrará en ellos la prueba irrecusable de esta asercion. ¿Como se puede ser indiferente, cuando el interes ó el honor del *órden* á que se pertenece, se encuentra ajado y comprometido? Asi en este caso como en muchos otros es preciso hacer algun esfuerzo para mantener su crédito y sostener su reputacion. Mas la prudencia exigia imperiosamente el no atropellar nada y esperar la ocasion para dirigir los primeros ataques. Esta no podia tardar en presentarse, sobre todo en una ciudad donde no estaba menos estendida la reputacion del cirujano Le-Roy que en las provincias.

Murió repentinamente un hombre en un mal sitio, esto es, en los brazos de una muger que no era su esposa. Se le trasportó á su domicilio. Advertida la autoridad de esta muerte, quiso enterarse de sus circunstancias, y asegurarse de si habia ó no probabilidad de que hubiesen mediado causas violentas que fuesen el resultado de un crímen. Se procedió á la abertura del cadáver, y los doctores que presidian esta operacion declararon que la causa de la muerte era una apoplegía *nerviosa*. Como no hay efecto sin causa, no pudiendo nuestros doctores designar la verdadera, no pudieron menos de vaguear en conjeturas. En el domicilio del difunto encontraron dos botellas, una de vomi-purgativo y

otra de purgante, que estaban medio vacías, y en seguida dedujeron esta consecuencia: el difunto hacia uso de estos medicamentos; luego estos medicamentos son la causa de su muerte. No es necesario haber encanecido en el polvo de las escuelas para conocer lo vacío de semejante razonamiento. Se certificó, pues, en el proceso verbal que el enfermo llevaba sobre su cuerpo las señales nada equívocas de la reproduccion de un cierto virus que suponia evidentemente la existencia de un vicio adquirido, y tal vez arraigado desde mucho tiempo. Segun la laudable costumbre recibida, probablemente no dejarian de añadir el mas heróico, el mas enérgico de los venenos; y despues de esto, ¿se estrañará acaso que una muerte repentina haya sido su resultado? Sin miramiento alguno por el decoro, sin ningun respeto por las leyes, y como si estos medicamentos fuesen venenos, fue decidido en el proceso verbal que estos mismos medicamentos prescritos y confeccionados por unos hombres revestidos con un título legal, se sometiesen á un analisis químico y farmacéutico. El célebre Vauquelin, este sábio, del cual la Francia y la Europa admiran sus talentos, fue encargado por la autoridad jurídica de proceder á esta delicada operacion. No podia esta ser confiada á manos mas hábiles, ni á un hombre menos susceptible de prevencion, ni de una probidad mas esperimentada. La operacion fue hecha, y su resultado, que esos medicamentos no solamente no contenian nada de perjudicial á la salud, sino que sus elementos y composicion estaban consignados con todos los caractéres en todas las obras de farmacia. ¡Que chasco para los enemigos de la *Medicina curativa*!

Dos doctores de la capital, á quienes la autoridad judicial habia comisionado para que diesen su dictamen sobre el uso y empleo de esos medicamentos que habian sido designados como causa de la muerte de ese individuo, lo dieron por escrito y firmado. Mas circunspectos que la mayor parte de los médicos de provincia, no se atrevieron á pronunciar que esos medicamentos fuesen venenos *activos y muy activos, ó bien de esos venenos lentos, cuyos funestos efectos no dejan de sentirse tarde ó temprano*. Se contentaron con decir (por ser preciso que digesen algo) que la combinacion de los remedios del señor Le-Roy no ofrecia ninguna ventaja sobre los otros medicamentos simples ó compuestos, pertenecientes á la clase de los remedios *drásticos* ó *de los emeto-catárticos* (1). Ved aqui lo que se llama una confesion, una concesion y aun algo mas : se puede decir que es un testimonio honroso, arrancado por la fuerza de la evidencia de la boca de unos hombres que no tenian otro fin que el de derribar y destruir una verdad tan luminosa como útil. ¿No presentan ningun carácter de superioridad sobre los demas medicamentos del mismo género? Siendo asi, les son, pues, iguales en mérito ó en eficacia, pues que de otro modo hubieran decidido si hubiesen sido inferiores, y esos grandes hombres del arte no hubieran dejado de decirlo y de consignarlo ó estamparlo en su informe. Digámoslo de una vez : no conocieron las consecuencias de semejante confesion. Digamos aun mas : si ellos se hubiesen dignado de bajar sus ojos

1 ¡Y eran estos medicamentos que no ofrecian ningun carácter de superioridad los que habian causado la muerte!

sobre la inmortal obra titulada, la *Medicina curativa*, hubieran visto y leido que no son nada conocidos los efectos de esos mismos medicamentos, porque se ignora ó se finge ignorar, ó porque se niega la CAUSA de las enfermedades. El autor de esta obra no ha pretendido jamás dar siquiera á entender que fuese él solo capaz de curar las enfermedades por los medios indicados en su método. Pero ha dicho una grande verdad, una verdad contra la cual se han armado todos los médicos, á pesar de que le sirven de apoyo mas de cien mil curas, esto es, que sin la purgacion no puede haber salud para los enfermos. Si el cirujano Le-Roy hubiese querido recriminar, ¿que medios tan poderosos no hubiera tenido para hacer comprender á esos pretendidos maestros en el arte de curar, que se habian dejado llevar por lo que se llama espíritu de corporacion? ¿Que tendria que replicar á esto un cierto señor B, cuyo nombre se pudiera escribir por entero, porque su firma puesta al pie de una pieza legal es una autorizacion suficiente? Su nombre, bien conocido en la capital, se haria famoso en todo Francia y en las regiones mas lejanas, sin que por esto fuese mas célebre. Pero no queremos mortificar hasta este punto su amor propio. ¿Que hubiera tenido que responder si se le hubiese puesto á presencia de un tal señor H...? Este hombre atacado en 1813 por una anquilosis en la rodilla, fue medicinado sin fruto, y por espacio de mucho tiempo, por médicos de gran fama, y en particular por el firmante de esa infiel relacion. Para poder obtener de mas cerca los socorros de las gentes del arte, se habia retirado á uno de los hospicios dirigidos por esos hombres que saben tan

bien especular con las enfermedades humanas. Cansado de sufrir, se entregó difinitivamente en manos de ese médico refrendario, que no halló mas medio que la amputacion. ¿No le hubiera sido mucho mas honroso el curar á este enfermo por medio de los purgantes, como lo ha hecho el cirujano Le-Roy? ¿Cuanto mas glorioso no le hubiera sido el emplear los *drásticos* y los *emeto-catárticos*, cuya eficacia confiesa, y con cuyo auxilio hubiera restituido á la sociedad un hombre útil con la integridad de sus miembros, mas bien que enviarlo á engrosar el martirologio de aquellos que perecen á consecuencia de esas crueles operaciones? Es preciso convenir en que una tal presencia de espíritu hubiera sido suficiente para atenuar los cargos algo virulentos de un proceso verbal, que no habia sido redactado por un espíritu de paz y confraternidad. Mas tal es el efecto que produce un sentimiento secreto de despecho y de envidia. Es un prisma engañoso que representa los objetos al reves y que los adorna con diferentes coloridos. Nuestros grandes amputadores no estiman á los hombres que conservan los miembros, y que por sus acertados procedimientos neutralizan el grande arte de cortar y arrancar sin piedad ni misericordia.

Todas las piezas é informes tomados por órden de las autoridades judiciales, fueron presentados á la vista de los magistrados. La cámara del consejo pronunció que no habia lugar á la formacion de causa contra el autor de la *Medicina curativa*; pero sí habia lugar á perseguir al farmacéutico Cottin por conducto de la policía correccional, como acusado de contraventor de las leyes sobre la farmacia. En consecuencia de esto, una notificacion lo

llamó al tribunal, y se le impuso una multa de 500 francos por haber entregado un medicamento sin prescripcion de médico (1). He aqui, pues, procesado al yerno del autor de la *Medicina curativa*, bajo el pretesto de que no debia haber exhibido inmediatamente el medicamento prescrito en la receta de un hombre del arte. Formada esta pregunta por el juez instructor de la causa, no hubiera causado embarazo alguno á un hombre sin principios de delicadeza. Le hubiera bastado pedir el tiempo necesario para volver á su domicilio y hacerla datar y firmar por su suegro; pero los hombres de honor desdeñan semejantes subterfugios, por la razon de que los apartarian de la via recta. Todas estas disposiciones nada tenian de pacíficas.

1 ¡Y es en Francia, en el pais mas ilustrado del mundo, donde semejante jurisprudencia ha estado y está aun en vigor! ¿Que hombre de buen sentido no ve claramente cuál es el espíritu que ha dictado una tal ley? ¡Que! ¡es, pues, preciso encorbar humildemente la cabeza bajo el látigo del despotismo ó de la tiranía médica, hasta el estremo de que un hombre que ha estudiado su temperamento, que conoce lo que le es dañoso ó saludable, no pueda obtener de un farmacéutico los medicamentos que conceptúa necesarios para el restablecimiento de su salud! Necesitará una receta de un médico, y lo que es mas, de un médico viviente.... El enfermo ó valetudinario que se presentase á casa de un farmacéutico con *Boerhave*, *Bucham y Tissot* en la mano, esperimentaria una seca negativa, bajo el pretesto especioso ó frívolo de que no puede ser juez en su propia causa. Es de absoluta necesidad la union de un médico, sin lo cual el farmacéntico está sujeto á la multa de 500 francos por haber infringido la ley. *¡O tempora!* ¡Y todo esto en un siglo de luces! ¿Estamos, pues, en Constantinopla?

Aun se anunciaban con un carácter de hostilidad, que hizo prever de una manera sensible, y dejó penetrar hasta el último pensamiento de los enemigos de la *Medicina curativa*. Se principió, sino á conocer, por lo menos á entrever el grado de influencia de los diferentes chismes que las gentes del arte habian esparcido con respecto á este método. Cierto personage, que debia ser tan impasible como la misma ley, dejó ver que su religiosidad habia sido sorprendida. Aun hay mas: cuando se le preguntó el nombre de los firmantes de esas relaciones, respondió: son los señores P.... y B.... y nadie mas. Esta espresion *nadie mas*, ¿no era la prueba de que el que la profería no pertenecia únicamente á sí mismo?

El punto esencial de la cuestion era probar que los medicamentos jamás habian sido entregados sin la correspondiente receta de un hombre revestido con los títulos que la ley prefija. Cuarenta y cinco testigos fueron citados á solicitud del farmacéutico Cottin. El cirujano Le-Roy fue uno de ellos, y depuso que su yerno no habia entregado los medicamentos en cuestion sino bajo su órden verbal ó escrita. Admirado el tribunal al ver un tan gran número de testigos, cuyas deposiciones debia oir, determinó que no se recibieran mas que cinco, los cuales declararon todos que habian consultado al cirujano Le-Roy antes de obtener los medicamentos confeccionados por el señor Cottin. Uno de ellos añadió, que habiéndose presentado á su botica antes de haber consultado ningun médico, habian rehusado el darle esos mismos medicamentos. ¿Se necesitaba mas para aclarar la conciencia de unos magistrados, cuyo carácter distintivo era la equidad

é imparcialidad? El digno magistado encargado del ministerio público no demostró las intenciones acerbas que su colega de Orleans habia manifestado. Alli las bóvedas del templo de Themis resonaron con las palabras, *veneno, cardenillo*, etc.; alli solo se trató de lágrimas, de luto en diversas familias, sin particularizar ni articular ningun hecho, y los testigos citados á su solicitud, como ya se ha visto, no tuvieron mas que una sola voz para deponer á favor de un método que les habia restituido la salud y la vida.

Si este asunto se hubiese presentado en la capital con el carácter de gravedad que en Orleans, la *Medicina curativa* hubiera obtenido el triunfo mas completo y mas maravilloso, por el cúmulo de atestiguaciones que hubiera sido imposible recusar. Alli es donde sus detractores hubieran bebido hasta las heces el caliz de la humillacion. Cuarenta y cinco testigos, y en caso necesario mucho mayor número que hubiera sido facil producir, hubieran hecho comprender á los amigos de la verdad, que es mucho mas facil el calumniarla que el destruirla. Acabados de oir los testigos, el distinguido abogado que llevaba la palabra en este asunto, demostró que la conducta del farmacéutico Cottin no presentaba ningun carácter de oposicion con la ley, y que todas las que se habian invocado contra él, ó no lo alcanzaban, ó estaban ya suprimidas. Iba á pasar al asunto principal del pretendido daño que resultaba de la curacion indicada en la *Medicina curativa*, cuando los magistrados, suficientemente ilustrados, se levantaron espontáneamente, é interrumpieron al orador con un movimiento de aprobacion muy espresivo. Sin desamparar ni dejar el

lugar de la sesion, pasaron á la deliberacion, y en el intervalo de menos de cinco minutos, el tribunal pronunció la absolucion del farmacéutico Cottin de la cita dirigida contra él.

Véase, pues, terminado este asunto, del que los médicos de la capital, y aun mas los de provincia, esperaban los mas felices resultados (1). Su gozo prematuro se cambió en tristeza, y sus caras afiladas no dejaban subsistir la mas ligera duda del sentimiento que les causaba un tal chasco. No era seguramente una noticia consoladora para anunciar á sus corresponsales de provincia.

1 Los médicos de las provincias no eran estraños á esta intriga. Despues del golpe que recibieron en Orleans, concertaron nuevos medios de ataque, y aun antes que se principiase el proceso en París, nuestros doctores, un poco humillados, hacian circular el rumor de que se iban á dirigir otros procedimientos, fundados sobre nuevas bases, contra la *Medicina* y su autor. En las tertulias en que tienen traza de ingerirse, proclamaban muy altamente sus esperanzas. Le sucedió á este ataque lo mismo que á los precedentes. Si ellos hubiesen obtenido por medio de sus corresponsales de la capital el suceso que se habian prometido, todos los diaristas que tenian asalariados hubieran llenado los huecos de sus columnas con todas las inepcias que los médicos de París no hubieran dejado de divulgar. El farmacéutico Cottin hubiera sido citado como fabricante de remedios perniciosos, de remedios secretos prescritos por un vil charlatan; la Francia entera y la Europa hubieran resonado con estas disgustantes diatribas. Pero la Providencia, que vigila por la conservacion de los hombres, ha hecho triunfar en la primera ciudad del mundo una verdad importante de los tiros de la envidia y la impostura.

CAPITULO XXX.

QUINTA PERSECUCION. — ASUNTO DE AMIENS.

Despues de tantos combates, despues de tantos sucesos obtenidos sobre los enemigos de la *Medicina curativa*, su autor debia esperar que le dejarian gozar en paz los frutos de su victoria. Mas las cabezas sin cesar renacientes de la hidra de Lerna, son solo una débil imágen de los numerosos enemigos que le suscita el principio luminuso que le sirve de base, y los sucesos maravillosos de que se ve coronada diariamente. Los médicos de Amiens quedaron deslumbrados con el resplandor de estas verdades, y algunos de ellos no dejaron de recurrir á la táctica de sus cofrades de Lion, Orleans, París y otros lugares. Con el auxilio de ciertas palabras mágicas, cuya fuerza é influencia conocen mejor que nadie, emprendieron á los agentes del poder, y procuraron circunvalar los órganos ó intérpretes de la ley, y Amiens vió la renovacion de esas escenas que habian ya tenido lugar en diferentes puntos de Francia; con la única diferencia que los procedimientos que ellos pusieron en práctica llevaban el sello de unos caractéres tan odiosos, tan viles y tan dignos de desprecio, que será dificil se contenga la indignacion de todo lector honrado y sensible, viéndonos nosotros obligados á mitigar las espresiones y á atenuar los coloridos del cuadro. Lo que

la envidia y la astucia tienen de mas vil, lo que la mentira y la trapacería tienen de mas odioso, y lo que el espionage tiene de mas deshonroso, todo se puso en movimiento, ya sucesivamente ó de una vez.

Levantemos una punta del velo que encubre tantas bajezas é infamias. Dos hombres de la hez del pueblo, que un comisario de policía habia tenido cuidado de instruir y amaestrar para representar el papel que se les queria encargar, se presentaron en casa del señor R...., de quien se sospechaba mantenia una correspondencia seguida con el cirujano Le-Roy, cuyos multiplicados sucesos en esta ciudad no eran ningun problema. La módica suma de un franco y cincuenta centésimos (1) era el precio de su pérfida complacencia. Uno de estos dos seres, cuya profesion era de reparar los desastres que pueden sobrevenir al calzado humano, y que mas de una vez habia ejercido su talento, ya fuese en vez del señor R.... ó en las demas personas de su casa, representó el cuadro de sus enfermedades reales ó imaginarias, é indujo á la esposa del señor R... á que le transmitiese los medicamentos, de los cuales esperaba la curacion. Esta muger, buena y compasiva por naturaleza, cedió á favor de un hombre á quien conocia, y á unas instancias que la mas cautelosa prudencia no hubiera podido resistir; y esos pérfidos se llevaron consigo los medicamentos que esta muger habia tenido la bondad de entregarles. Ved aqui ya dos testigos, de los cuales se habian asegurado con anticipacion para servirse de ellos en caso necesario. A consecuencia de este acto, que no llevaba consigo el carácter de

1 No llega á una peseta y media. (*Nota del traductor*).

la lealtad, la señora R.... fue citada á solicitud del ministerio público para comparecer ante un juez de instruccion. Ella respondió en presencia de este magistrado que no vendia medicamentos ningunos; que tan solo habia trasmitido gratuitamente á algunos amigos ó personas conocidas que se los habian pedido, parte de los que su marido habia recibido para el uso de su casa del farmacéutico Cottin, por prescripcion y con arreglo á las órdenes del cirujano Le-Roy. Inmediatamente fue citado el marido. Las mismas preguntas é iguales respuestas.

El ministerio público de Amiens seguia viendo un delito y una contravencion de la ley en la venta de los remedios, y creyó haberlo encontrado en la correspondencia que el señor R.... mantenia con el cirujano Le-Roy por las consultas de los enfermos, y con el farmacéutico Cottin por los medicamentos que los mismos enfermos le pedian por medio del señor R...., que tenia la bondad de recibirlos y entregárselos. En consecuencia, el ministerio público de Amiens, sin duda con la mira de llenar mejor su objeto, envió una requisitoria á su colega de París, de resultas de la cual fue preciso que el cirujano Le-Roy y el farmacéutico Cottin fuesen á contestar á un interrogatorio ante un juez instructor; que el uno abandonase sus laboratorios y el otro su gabinete, á riesgo de tener que diferir para el dia siguiente el atender á una multitud de enfermos, cuyas necesidades podian ser urgentes. Las respuestas fueron fáciles de dar, pues solo tenian que decir la verdad. Pero lo mas dificil era destruir las apariencias de una contravencion que el ministerio público habia tomado por realidades, bajo unos informes infieles y desnaturalizados.

Hecha la instruccion en París fue remitida al ministerio público de Amiens. Este guardó silencio por espacio de un año menos un dia tan solamente, probablemente á fin de evitar la prescripcion. Mas hicieron una nueva tentativa por conseguir el fin que se habian propuesto alcanzar. Parece que se aprovecharon de la casualidad del reciente nombramiento de un comisario de policía que acababa de llegar, y de consiguiente poco conocido en la ciudad, y totalmente del señor R.... Se presentó, pues, al domicilio de este último, en el cual mas de uno de sus conciudadanos enfermos habia encontrado los socorros que una oficiosa complacencia les habia prodigado. En aquel momento las ideas ó la mente de la señora R..... se hallaban en una grande confusion, conforme ella misma lo ha declarado en sus diversos interrogatorios, tanto ante el juez instructor, como á presencia del tribunal de policía correccional. Su marido estaba indispuesto y en cama, y uno de sus hijos, igualmente enfermo, se hallaba en aquel momento con las ansias que produce un vovi-purgativo. Un particular de Doulens se habia presentado en su casa hacia cosa de ocho dias, y la habia suplicado le proporcionase los medicamentos y un ejemplar de la *Medicina curativa*, y no teniendo entonces de disponibles, le dijo que volviese al cabo de ocho dias. La desgracia quiso que á esta época, poco mas ó menos, se presentase en su casa el comisario de policía de que se trata, el cual le hizo la misma demanda ó pedido que el particular de Doulens. Ocupada como estaba entonces al lado de su marido y de su hijo, tenia otra cosa que hacer y en que pensar mas que en ir á observar las

facciones distintivas de una fisonomía que creyó reconocer. Este oficial público viendo la disposicion en que estaba de entregarle el objeto de su pedido, sacó su bolsillo, contó su dinero, y se encontró ó aparentó encontrarse con un déficit de una suma de 50 centésimos; dejó las dos botellas y el ejemplar de la obra bajo el especioso pretesto de ir á la vecindad á casa de un amigo suyo para pedirle prestada la módica suma que formaba el completo del precio. Ese pretendido amigo era uno de sus colegas, que se le habia unido para la ejecucion de esta empresa. Ambos entraron de nuevo é hicieron brillar su escarapela, y en virtud del carácter de que estaban revestidos, declararon debidamente aprendidos cuatro ejemplares de la *Medicina curativa*, tres botellas de purgante y tres de vomi-purgativo, que formaban el pretendido depósito de medicamentos. En vano la señora R.... declaró que esta pequeña cantidad de medicamentos era para su uso y el de su familia, pues no se la quiso creer.

Dos dias despues de esta estraña espedicion, esa muger fue nuevamente citada para comparecer ante el juez de instruccion. Le hicieron las mismas preguntas que el año precedente, con solo algun aumento. *¿Persistís, pues, en vender unos medicamentos que no tan solo hacen mucho mal, sino que envenenan á todo el mundo?* (1). *Vuestro ma-*

1 ¿De donde hubiera sacado este hombre, ó mas bien este magistrado, el asunto de este discurso tan poco adecuado, sino lo hubiese recibido de las mentirosas aserciones de los que manejaban este ridículo negocio? Una simple reflexion hubiera podido desengañarlo. Si esos medicamentos hubiesen hecho el mas mínimo mal, y si por el contrario no hubiesen producido un gran bien, no hu-

rido, que como vos distribuye esos medicamentos, es un hombre á quien se ve diariamente por las tabernas (1). He contestado ya que no vendia ni he vendido jamás medicamentos ni mi marido ni yo. Por lo que mira al vituperio que le haceis en decir que frecuenta las tabernas, yo desafio á quien quiera para que le pruebe que lo ha visto en ellas dos veces. Se le respondió: *Callad, porque aqui hay un hombre que os conduciria....* Vió al mismo tiempo á ese hombre, y quedó confusa y turbada. ¡Como se abusa del poder!

Esos hombres tan diestros en rodearse de sombras misteriosas cuando su interes lo requiere, en ciertas ocasiones se aventuran á ponerse en descubierto. Cuando por vías tortuosas é inícuas se ha

bieran sido buscados por nadie. Digamos que sino reflexionó entonces, ha podido despues, en vista del resultado que este asunto ha tenido, reflexionar mas de una vez, y aun entregarse al arrepentimiento por haber juzgado sin oir.

1 Esta inculpacion es tanto mas fuera de lugar y tanto mas indecente, por cuanto es en sí una grosera mentira y una calumnia abominable. El señor R.... es un simple obrero que en el estado de una afeccion escorbútica que padeció cuando residia en Rouen, tuvo la felicidad de conocer la *Medicina curativa* y de obtener su curacion; y habiendo venido á establecerse en Amiens, la dió á conocer. Era caritativo y agradecido. En esto no hay crímen ni delito. No era mas que un simple obrero ú operario, pero honrado, y disfruta de la estimacion de todas las personas que lo conocen; y desafia á quien quiera que sea, y aun al mismo juez instructor, para que le prueben que sea un borrachon. Se puede ser pobre y honrado á un mismo tiempo. El se honra con el segundo título, sin avergonzarse ni quejarse del primero.

logrado interesar á los agentes de la autoridad, todavía se prueba el medio que se considera como mas poderoso y eficaz; la opinion pública. Sobornados de antemano los diaristas, son mirados por esos mismos hombres como los reguladores de esta opinion. Y la influencia de este procedimiento ha sido perfectamente comprendida y conocida, sino por todos, á lo menos por un cierto número de médicos de la cabeza de partido del departamento del Somme. Fieles imitadores en este punto de la conducta que tuvieron sus cofrades de Lion y de Tours, etc., etc., el diario de Amiens hizo resonar una diatriba, de la cual el lector no sentirá tener conocimiento. Ved aqui su contenido:

»..... Hablando de los buenos efectos de los vomitivos y de los purgantes en los casos gástricos, no podemos abstenernos de levantar la voz contra el uso inconsiderado del vomi-purgativo y del purgante de uno *que dice ser cirujano consultor*. Es inconcebible que los accidentes producidos diariamente por los fuertes evacuantes que prescribe, no hayan llamado aun la atencion de los magistrados. Ese charlatan que hace una panacea universal de sus medios medicinales, esto es, un remedio para todos los males, para aumentar el número de los engañados, ha tenido gran cuidado de establecer depósitos de *sus botellas* en las casas de personas enteramente estrangeras al arte de curar, que se atreven á despacharlas á todo viviente, aunque la ley prohiba el entregar toda especie de medicamentos sin prescripcion de un médico. Esta precaucion debiera haber abierto los ojos al público y hacerle ver la *intriga*, porque *nimia praecautio dolus*. Ciertamente los purgantes, los vomitivos y los vo-

mi-purgativos ó emeto-catárticos, son necesarios cuando las vías digestivas rebosan ó abundan en sarro; mas esos evacuantes con arreglo á la naturaleza de sus principios constituyentes, deben ser arreglados á la edad, al sexo, fuerza, constitucion, temperamento y modo de vivir del individuo, y la intensidad de los síntomas de la enfermedad, atendiendo igualmente á la estacion y temperatura de la atmósfera. ¡Cuantas reflexiones no exige el empleo de los medicamentos por simples que sean! Y no obstante, ¡cuanta ligereza é inepcia no se manifiesta en su administracion por *un cirujano que se titula consultor*! Este empírico, en quien ponen ciegamente su confianza todas las clases de la sociedad, aun ignora la accion primitiva de su vomi-purgativo y de su purgante, pues que atribuye la fuerte alteracion que causan las incomodidades, los dolores y accidentes que ocasionan, *al calor ardiente de los humores, á su masa y á su naturaleza.* Animado por este antiguo adagio: *vulgus vult decipi, decipiatur*, y alentado por la impunidad, este enemigo de la especie humana tiene la impudencia de aconsejar que se tomen sus evacuantes muchos dias seguidos, y aun en diferentes intervalos, *hasta la entera espulsion de los humores corrompidos seguida de la curacion*: ¡por que no dice mas bien *de la muerte*, de lo que por desgracia tenemos muchos ejemplos! Al paso que convenimos en que los vomitivos y los purgantes son indispensables al principio de algunas fiebres ú otras afecciones en que hay sarro en el tubo intestinal, creemos al mismo tiempo que no debe abusarse de ellos, particularmente cuando son de la clase de los *antimoniales* y de los *drásticos*, porque esto seria en detrimento

de las fuerzas vitales que siempre conviene conservar: en esto no convenimos con la falsa teoría del hombre peligroso que señalamos. Nosotros no admitiremos jamás el que se deba purgar y hacer vomitar á todo trance, como él lo aconseja, en la pleuresía, la peripneumonía, y otras enfermedades verdaderamente inflamatorias, en las que la sangría y sanguijuelas, por mas que él pretenda lo contrario, son comunmente los mejores medios curativos. Nos levantaremos siempre contra las falsas doctrinas y las prácticas peligrosas, cualquiera que sea su origen. Amiens 1.° de Diciembre de 1820. = Seigneur-Gens, Griois, Frannoy, D. M. P. Lapostolle, *profesor de física.*"

Cuando un hombre siente herida ó ultrajada su reputacion, parece que los principios del honor y de la justicia imponen á todo redactor de un diario la indispensable obligacion de insertar en él igualmente la respuesta ó contestacion que se le dirige. ¿Se creerá, pues, que se haya cerrado esta puerta á las justas reclamaciones que se han hecho? No penetraremos los motivos de esta injusta denegacion; pero sean los que fueren, no tememos de decir que llevan consigo el carácter de una odiosa parcialidad. Para obtener lo que tan injustamente se habia negado, fue forzoso recurrir al medio de la impresion y de una distribucion manual de la contestacion que se va á leer.

A los autores de la diatriba inserta en el diario del Somme del 16 *de Diciembre de* 1820, *contra la* Medicina curativa *del cirujano Le-Roy.*

»Vosotros, señores, no podeis perdonarme el haber puesto en manos del público los medios de evitar las enfermedades de larga duracion. Parece

temeis que en lo venidero no encontrareis vuestra cuenta en mis disposiciones preservativas. Vosotros no me perdonais tampoco el haber dado á conocer el modo de salvar un gran número de víctimas que habiais entretenido con los bellos coloridos de vuestra ciencia. Sin embargo, vosotros no ignorais (y esto es lo que os irrita) cuántos enfermos de vuestra ciudad y sus contornos han esperimentado felices efectos de mi método. ¿Que es lo que probais con vuestra diatriba, sino que sois tan sensibles á las heridas que mas de una vez ha recibido vuestro amor propio, como al perjuicio que podeis esperimentar en vuestros intereses pecuniarios? Por tratar de abatir un método que os hace sombra, recurrís á la astucia, y vais aun á alucinaros á vosotros mismos para mejor engañar sin duda á los otros. Poneis á descubierto, no diré vuestra ignorancia, porque vosotros sois muy sábios, pero sí á lo menos vuestra inesperiencia. Entre los enfermos que mi método ha curado, no se encuentra uno solo, por apocado de genio que sea, que no os diga que cuanto mas uso ha hecho de los evacuantes, ha esperimentado menos incomodidades, y menos de ese calor ardiente que vosotros no quereis reconocer en la corrupcion de los humores que lo produce, y que es preciso evacuar. Gritais contra el depósito de remedios en manos de hombres estrangeros á la medicina. Vuestros dignos compañeros de Orleans han gritado lo mismo que vosotros, y no podeis ignorar que un fallo y una sentencia de un tribunal supremo han hecho justicia á su falsa asercion. Sabed, tanto vosotros como los que tratais de sorprender y engañar, que yo no tengo ningun depósito; y que el benévolo intermediario, tan be-

névolo como es, aunque querais asemejarlo á un depositario, fue escogido por los mismos enfermos para recibir los medicamentos junto con mi método, y ha seguido del mismo modo. Bien han sabido esos enfermos y lo saben tambien aun, que no es en casa de los mercaderes de *tarde-cura* donde podian encontrar ese intermediario, y que tampoco es alli donde deberán buscarlo en lo venidero. Llamais á esto un esceso de precaucion de mi parte, que segun decis encubre el fraude. Tened entendido que no hay fraude sino en las maniobras que vosotros empleais y que teneis la audacia de presentar como un síncero amor del bien público, pero que no son mas que una astucia para desembarazaros.... ¿de quien? ¿de que? de un *pronto-cura*. Vosotros habeis provocado esta dura verdad, y yo siento el decírosla. Y os repetiré aqui, pues que os lo he dicho antes, que los verdaderos charlatanes son los charlatanes privilegiados, cuyos títulos están escritos sobre el velo del error en caractéres bastante distintivos para dejarse leer de cualquiera que lo suspenda. Vosotros quereis que yo engrandezca el cuadro de las persecuciones que no he hecho mas que delinear en la sexta edicion de mi método. Pues bien, señores, no me olvidaré de los materiales que me proporcionais para el efecto. Debo agradecéroslos. Le-Roy, cirujano consultor, calle del Seine, núm. 49, arrabal de San German, París (1).

1 Admirad el celo de nuestros doctores por la exacta y estricta observancia de las leyes. Muchos de entre ellos (los mas legos se entiende) hicieron diligencias para asegurarse de la administracion del timbre, si esta contesta-

Despues de haber procurado atraer la opinion pública á favor de los firmantes de la diatriba y sus consortes, se aprovecharon de una enfermedad epidémica, cuyos desastrosos efectos se hicieron sentir en Amiens y sus contornos. Una calentura llamada escarlatina ejercia alli sus estragos, se habia llevado ya una multitud de víctimas, y el azote del contagio habia penetrado hasta una villa vecina. Alli, en una sola y misma casa se hallaban tres niños atacados á la vez. El mayor, de edad de doce años, medicinado por el médico del lugar, sucumbió á las doce horas de enfermedad. Los otros dos, igualmente atacados, recibieron de la propia mano de sus padres la dosis de medicamentos tal cual está prescrita en la *Medicina curativa*. Pero como, segun todas las apariencias, el mal estaba en su colmo, perecieron uno y otro en el mismo intervalo de tiempo. Entonces ¡que bulla! ¡que escándalo! Ya no se hablaba del primer muerto, á quien no se le habian suministrado los tales remedios, sí solo se hablaba de los dos últimos, y los hombres interesados gritaron altamente, diciendo que habian sido envenenados. Al momento se hizo la denuncia al gefe de la administracion departamental, quien creyó de su deber el informar de ello al procurador del Rey. En consecuencia: reunion de cirujanos en aquel punto; exhumacion de cadáveres; abertura; sumaria informacion bien arreglada, re-

cion impresa y distribuida en la ciudad de Amiens sin la formalidad del timbre, no sujetaba á su autor á la multa que la ley previene. ¡Cuantas reflexiones podrian hacerse sobre este asunto!

latando y justificando que se habia encontrado en los estómagos de los últimos niños muertos una especie de licor, que olia fuertemente á alcohol, es decir, á aguardiente. Sin embargo, debemos decir en obsequio de la verdad, que esos hombres del arte tuvieron la sutileza de no atribuir la causa de la muerte á los medicamentos que habian sido administrados á esos niños.

Mas este espíritu de moderacion en nada disminuyó la vivacidad de los ataques, y por efecto de esos documentos, y en virtud de todos esos manejos é intrigas, el cirujano Le-Roy fue citado al tribunal de policía correccional de Amiens, como acusado de contraventor de las leyes de la farmacia. Contra todo derecho y justicia, en la estacion mas rigurosa del año, un cirujano consultor, domiciliado en París veinte años habia, ejerciendo públicamente su profesion á vista de las administraciones y de los tribunales, fue sustraido y arrancado de sus jueces naturales, y arrebatado á sesenta personas, á las cuales diariamente tiene que hablar ó escribir, para comparecer ante un tribunal incompetente. Alli fue que en una especie de interrogatorio se aparentó el poner en duda la posesion de su estado, y el título en virtud del cual lo ejercia. Alli fue que se le hizo pasar en el proceso como mercader de medicamentos, mientras que las botellas depositadas en el despacho probaban invenciblemente que habian sido confeccionados y vendidos por el farmacéutico, cuya marca y sello llevaban. Interrogado por el magistrado, respondió á todo con aquella franqueza y con aquella dignidad que mas de una vez hizo nacer un murmullo y un ruido sordo

de aprobacion en el auditorio (1). Ordinariamente un acusado se enreda en sus respuestas; pero las del cirujano Le-Roy no tenian nada de aquella doblez, de aquel *rabachage* (2), ó sea repeticion inútil, que solo convienen al hombre cuya conducta se halla en oposicion con la ley.

Aqui fue cuando principiaron los debates, y que el ministerio público alegó sus agravios. Para probar que el cirujano Le-Roy habia infringido las leyes concernientes al ejercicio de su arte, se invocaron leyes ya decaidas, y aun las que jamás se habian puesto en ejecucion. Se violentaron las leyes modernas que fijan irrevocablemente el ejercicio del arte médico. Se propasaron hasta interpretar las leyes modernas por las antiguas, y por una de esas profundas concepciones, desconocidas á todos nuestros criminalistas, que saben que siempre que toda ley penal presenta un carácter de ambigüedad, debe ser interpretada á favor del acusado, procuraron dar mas estension á la ley, y registraron los anales de una jurisprudencia añeja,

1 Parece que una suerte desgraciada persigue á los enemigos de la *Medicina curativa*, y se complace en inutilizar sus vanos ataques. Testigos á cargo fueron emplazados por el ministerio público. En Amiens, lo mismo que en Orleans, sus deposiciones fueron conformes, para afirmar la eficacia de un procedimiento al cual eran deudores de su salud y tal vez de su vida. ¿Se puede acaso ser mas cruelmente burlado? No transcribimos esas deposiciones por no incomodar al lector.

2 Alusion que solo puede ser entendida y comprendida por los habitantes de Amiens.

para aplicar la multa que se impone á los hombres que practican el arte sin título ni calidad. Alli fue que, sin duda por olvido del significado de las palabras, una obra que habia llegado ya á su octava edicion, hecha á vista de la autoridad, y bajo la proteccion de esta, fue calificada con el título de anuncio ó cartel, y confundida con esos carteles de todos colores que entapizan las esquinas de las calles de la capital y de nuestras ciudades de provincia. Alli fue donde se articularon é hicieron resonar altamente las palabras *remedios secretos*, despues que una audiencia (1) habia ya decretado que no podia tenerse por secreto ningun medicamento que fuese el resultado de la prescripcion de un hombre revestido de los títulos requeridos por la ley. Alli fue en fin donde se ha sabido por la primera vez que las palabras venta, transmision y cesion benévola y obligatoria, eran absolutamente sinónimas, y que debia reputarse venta siempre que habia exhibicion, entrega ó reembolso en especie. Tales fueron los agravios y los motivos sobre que se fundaba la acusacion.

El abogado encargado de la defensa de una causa que, por decirlo asi, tenia fuerza de cosa juzgada con arreglo á la sentencia de la real audiencia de Orleans, confirmativa de otra de primera instancia, debió encontrarse cruelmente desbaratado á vista de unos medios tan *resolutivos*, tan *decisivos* y tan *perentorios*. ¿Quien otro, puesto en el lugar de este abogado, no hubiera rendido las armas y confesado su derrota? Mas vuelto en sí de la primera sorpresa, comprendió que esos medios tan

1 La audiencia de Orleans.

aterrorizadores podian ser combatidos por otros mas aterrorizadores aun.

¡O Le François, (1) recibe por mi órgano la espresion del reconocimiento de todos los hombres de bien! ¡Con que puro placer han visto estos el celo y raro talento con el cual defendistes la mas bella y la mas justa de las causas, aquella que está tan íntimamente unida al alivio de la clase sufriente! Mucho tiempo hacia que tus conciudadanos habian concebido una alta idea de tu mérito y probidad; tu cliente participa de ella con ellos, y es muy justo que tu nombre traspase con el suyo las estremidades de la Francia, y que juntos franqueen la vasta estension de los mares.

Sin embargo, á pesar de la fuerza de los motivos sobre los cuales se apoyaba la defensa, el tribunal de policía correccional creyó en su sabiduría que la conducta del cirujano Le-Roy era reprensible y condenable en todos sentidos, y para dar sin duda una prueba incontestable de un gran celo por la persecucion de los delitos, pronunció contra él la multa de mil francos, por haber practicado su arte en Amiens, aunque no hubiese parecido alli en su vida; y contra su corresponsal el *maximum* de la que la ley señala, á pesar de que deja al arbitrio de los tribunales la aplicacion del *minimum*.

¿Quedará, pues, el autor de la *Medicina curativa* bajo el anatema, y aun diremos con el deshonor de una tal condena? Como le restaba el recurso de la apelacion, se aprovechó de él, y la audiencia de Amiens se la vió delante. Alli se reprodujeron por el órgano del ministerio público, sino todos, por lo

1 Nombre del abogado que defendió esta bella causa.

menos una buena parte de los medios empleados en el tribunal de policía correccional, con la diferencia no obstante de que en la apelacion el corresponsal R..... fue presentado como principal autor del pretendido delito, y el cirujano Le-Roy como su cómplice. Seria dificil de esplicar esta especie de enigma, y dar razon de los motivos que le servian de apoyo. No repetiremos aqui la fuerza y evidencia de los medios que el mismo defensor hizo valer, á quien ya hemos procurado pagar un justo tributo de gratitud. Baste, pues, decir que la audiencia de Amiens declaró la incompetencia del tribunal, por haber sustraido el apelante á sus jueces naturales. Reconoció ademas la legitimidad del título en virtud del cual ejercia su profesion, y que la obra que se hallaba entonces á su sexta edicion, no podia ser tenida por anuncio ó cartel. Y en cuanto á lo demas, lo exoneraba de la multa y gastos, etc.

Tal fue el resultado de un asunto que por espacio de muchos meses llamó la atencion de los buenos ciudadanos de Francia, y que supo hacer formar una opinion, asi sobre los hombres que lo suscitaron, como sobre las cosas mismas. Pueda este suceso, obtenido por la verdad, debilitar el furor de aquellos que en lo venidero traten de suscitar nuevos procedimientos, y contribuir á hacerlos entrar de nuevo en las vías menos hostiles y mas pacíficas; y digámoslo de una vez, mas conformes á sus propios intereses (1).

1 Un médico de Amiens, que no coincidia con la opinion de los que manejaban este asunto, se espresó mas de una vez, con respecto á él, en estos términos: »¡Cuan »poco advertidos son! Si durante el mes de Enero han en-

Si no hubiésemos temido el irritar á los antagonistas y á los enemigos de una verdad que les incomoda, nos hubiera sido facil recoger en el mismo pais una porcion de anécdotas mas picantes ó mordaces unas que otras. Pero por la razon de que la mayor parte de ellas son una especie de propiedad de los buenos y leales habitantes de Amiens, no hemos querido quitarles un bien que les pertenece; pues es preciso dejarles disfrutar del placer de divertirse con ellas esclusivamente. Con todo, es menester considerar que esta obra puede ser leida por otras personas ademas de los amienenses. ¡Como podríamos guardar silencio sobre la siguiente anécdota!

Una muger enferma se decidió á seguir el régimen de la *Medicina curativa*. Su marido consiente en administrarle las dosis. El buen hombre, conformándose con lo prevenido por el autor, repitió de tiempo en tiempo iguales dosis por falta de evacuaciones en las primeras. Al cabo de poco vió á su muger en un estado, del cual no podia darse razon á sí mismo. Sus inquietudes redoblan; un gran número de personas, atraidas por sus clamores, participan de ellas. Todo era bullicio y confusion. En este intermedio pasó por la calle un médico de la ciudad, y lo llaman; ve el estado de la muger, de esa muger que era conocida por su circunspeccion, tanto en sus palabras como en su porte, y que en este momento se desataba en C. y F. á profusion, sin contenerse menos en lo demas. Dijeron al doctor

»trado en la ciudad cien botellas de estos remedios, en»trarán cuatrocientas durante el mes de Febrero." No se ha aquivocado.

que esta muger habia tomado la medicina de Le-Roy. Al momento encontró la **CAUSA**: »Esta muger, dice, está envenenada. Voy á cumplir con mi deber, haciendo formar una sumaria informacion; que se me traiga la botella que encierra el veneno:" lo que al momento fue ejecutado. El doctor recurre á la finura de su olfato y á la sensibilidad de su lengua: lo prueba: »¡Ah.....! ¡que es esto.....! dice. Vosotros habeis equivocado la botella; este es un licor alcohólico, conocido bajo el nombre de *corteza verde de nuez*; habeis emborrachado vuestra muger."— »Pues bien, respondió el marido, siendo asi no estará envenenada como habiais dicho...." Nuestro doctor confuso y avergonzado desocupó inmediatamente la casa, y aun corre....

Si no permaneciésemos fieles á los principios que acabamos de manifestar, contaríamos entre otras una segunda anécdota conocida en Amiens. Mas ella descansa en un hecho que hace á su héroe (uno de los firmantes de la diatriba que se ha leido) tan despreciable y tan culpable, que debemos usar de caridad para con él, deseando sin embargo que se entregue al arrepentimiento y se corrija.

CAPITULO XXXI.

SEXTA PERSECUCION. — UNA PALABRITA AL OIDO DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA, A MOTIVO DEL INFORME PRESENTADO POR ELLA A S. E. EL MINISTERIO DEL INTERIOR.

Muchas sentencias de reales audiencias, y una multitud de fallos de tribunales de primera instancia (1) á favor del autor de la *Medicina curativa*, parecian asegurarle para siempre la tranquilidad que todo hombre necesita, particularmente en el decaimiento de su vida. Las numerosas felicitaciones que recibia de uno y otro hemisferio, y de parte de personages mas ó menos distinguidos en la sociedad, y en las que todos atestiguaban serle deudores de la salud, y aun tal vez de la vida, era para su corazon sensible y generoso el mas hermoso y puro de los placeres. Sus antagonistas en sus diferentes ataques se habian prevalecido contra el de que (segun ellos decian) habia envuelto con los velos del misterio los medicamentos cuyo uso prescribia á los enfermos que lo honraban con su confianza. Sin ser obligado ni forzado por nadie, pero á fin de quitar todo pretesto, hizo la declaracion

1 Orleans, Amiens, Bourges, París, Quimper, Vannes, Vouziers, Charleville, Rheims, Angers, Cosne, Nevers, etc.

al ministerio del interior de los elementos de que se componian, y de la manera que se debia obrar para confeccionarlos. Llevó aun mas lejos su noble desinteres, pues apartó de sí toda consideracion de interes personal ó de familia. Ocupado únicamente del bienestar de sus semejantes, contando desde la séptima edicion de su obra hasta la décimacuarta, que actualmente está en circulacion, puso en manos de sus conciudadanos la naturaleza de los ingredientes, la cantidad de estos que deben emplearse, y el modo de preparar los medicamentos de su método. Un proceder tan noble y marcado con el sello del desinteres mas perfecto, era muy propio para calmar el mal humor de unos antagonistas que hubiesen estado menos agarrados á sus tan caros intereses. Estos habian gritado altamente, mientras que la composicion habia estado oculta bajo el velo de una especie de misterio, aunque sus elementos estuviesen bastante indicados. Los que entre ellos se preciaban de tener conocimientos químicos, no habian obtenido mas que resultados poco satisfactorios, por no decir insignificantes. Ellos acusaban, no su ignorancia (pues que á nadie le gusta hacerse justicia), pero sí la debilidad de los medios que el arte les proporcionaba, en lo que probablemente no se equivocaban; pues que sin la previa declaracion que de ello ha hecho su autor, jamás hubieran conseguido el fin de descubrir la especie de las diferentes sustancias que entran en su composicion, ni sus precisas cantidades (1).

1 Es muy verdadero ese antiguo proverbio, que dice que se es muy sábio cuando se ha salido de la escuela.

A consecuencia, pues, de esta declaracion benévola y nada obligatoria, es que los antagonistas de una verdad de tan alta importancia, encontraron materia para una nueva persecucion. Esos desvergonzados calumniadores, quienes, bien sea ante los tribunales ó á la faz de las leyes, bien sea en los gabinetes de nuestras mugeres de moda, y aun en los talleres de nuestros artesanos, no se habian avergonzado de calificar esos medicamentos con el nombre de *veneno activo*, y *muy activo*, ó de *veneno lento*, cuyos efectos no tardarian en darse á conocer, se atrevieron á denunciarlos á la autoridad, bajo la denominacion de *drásticos violentos*, que ofrecian los mayores peligros.

Y ¿son estos mismos *drásticos* ó purgantes pretendidos violentos que van á formar la base de una persecucion de que no hay ejemplo en los anales médicos? ¿A que fin esa clase de farsas tan generales y tan unánimes? ¿Es el amor de la humanidad el que ha llenado las columnas á nuestros diaristas con las mas indecentes diatribas? ¿Por que ese encarnizamiento desde tantos años, contra un hombre que jamás se ha atrevido á proferir la mas ligera palabra ofensiva contra sus compañeros, y que pudiendo responder á sus indecentes sarcasmos, se ha impuesto la ley de un riguroso silencio? ¿Han jurado acaso en sus conciliábulos emponzoñar su vejez con la hiel y amargura, y hacerle beber hasta las heces el caliz de la disfamacion? ¿Se asemejarán por ventura á esos enemigos del Salvador de los hombres, que pedian su muerte á gritos? *Expedit unum mori pro populo.* Que muera, que muera, con tal que nosotros vivamos; bien entendido, á espensas de los pobres enfermos.

Los médicos de diferentes puntos de Francia habian inútilmente invocado á su favor la autoridad de las leyes. A fuerza de pasos, diligencias é intrigas, habian conseguido en mas de un punto engañar la religiosidad del ministerio público; pero los magistrados, impasibles como la misma ley, de que son los órganos é intérpretes natos, redujeron á su justo valor unas inculpaciones que la ley no alcanzaba ni queria alcanzar. El santuario de la justicia se encontró, pues, cerrado para esos enemigos de una verdad, cuya utilidad y sucesos ya no son hoy dia un problema.

¿La intriga y las tramas van á reconocerse vencidas y á confesar su derrota cesando sus ataques? Esto seria conocer muy poco el espíritu que anima y dirige unos hombres de esa especie. Es lo que puede llamarse una guerra á muerte, pues que si la verdad del principio que sirve de base á la *Medicina curativa* llega á triunfar una vez, queda destruida la antigua rutina; el coloso medical se parecerá á la estátua de Nabucodonosor, cuya cabeza era de oro, el tronco de plata, los muslos de cobre y los pies de hierro mezclado con arcilla, que fue herida y derribada por una pequeña piedra que se desprendió del monte.

Para evitar, pues, un desastre semejante y una tan funesta ruina, era necesario que se entendiesen, concertasen y coaligasen entre sí; que erigiesen nuevas baterías para dañar y aniquilar tanto como fuese posible al autor de un *método tan funesto*, y que paralizasen las benéficas manos de que se sirve, para trasmitir los medicamentos que en él indica.

Para conseguir este fin, tocaron arrebato, se abrieron las correspondencias y sociedades médi-

cas, y las juntas de salubridad se reunieron *colegialmente*, y cada uno de los miembros que las componian, no dejó de llevar su pequeño contingente. Poco diestros, poco circunspectos, y aun menos delicados en el exámen de los hechos, de los detalles y de las circunstancias, no dejaron de multiplicar los accidentes y de desnaturalizar los hechos. Relataron altamente la muerte de algunos individuos muertos en el curso del régimen (como si el hombre fuese inmortal); pero se guardaron bien de declarar que primeramente habian sido llamados ellos mismos, y que ya los habian declarado incurables; tampoco dijeron que el enfermo no ofrecia ya esperanza alguna á todos los recursos combinados del arte, y que los medicamentos les habian sido administrados demasiado tarde.

Con arreglo á unos informes tan inexactos, fue como se compuso esa masa de hechos alterados, truncados y desfigurados, y todos ó casi todos diametralmente opuestos á la verdad; y con el auxilio de unos procederes tan poco delicados, se formó ese repertorio ó tabla de numerosas denuncias encargadas á la vigilancia de los prefectos de los distintos departamentos.

No permita Dios que tratemos jamás de censurar ni criticar la conducta de esos hombres que, segun el órden y la marcha de la Providencia, son los depositarios de la legítima autoridad. Sus miras son laudables y puras; nosotros nos atrevemos á pensarlo, á creerlo, y aun no vacilamos en decirlo; mas ¿no parece que la justicia é imparcialidad que los caracteriza, les impone la condicion, diremos mas, la obligacion de acoger tan favorablemente las declaraciones ó testimonios de muchos

centenares de enfermos, que solo deben su salud al uso de esos medicamentos? Si antes de dirigir al ministro del interior las denuncias de aquellos que se titulan los *hombres del arte*, hubiesen en sus departamentos respectivos dirigido un llamamiento á todos aquellos que no tenian mas que vanagloriarse de los buenos resultados obtenidos, hubieran visto sus antecámaras y gabinetes sitiados y llenos de testigos no sospechosos, y mucho mas desinteresados que aquellos que habian sorprendido y engañado su rectitud.

Pero tal es la triste posicion del hombre en general, y mucho mas la de aquel que está constituido en dignidad. Su misma calidad de empleado lo pone tal vez menos que á otro al abrigo de las equivocaciones y sugestiones del error, sea que las saque de sí mismo, ó que le vengan de parte de personas que tienen interes en engañarle. Con el mayor deseo de hacer bien, hace muchas veces mal sin quererlo, porque ha sido engañado por gentes que tenian un grande interes en ello, asi como en hacerle adoptar sus ideas. Una vez engañado, sigue el impulso que ha recibido, y limitando toda su atencion, detiene sin quererlo el desarrollo y la marcha de una verdad que se une íntima y estrechamente al bienestar de la sociedad.

Entonces la verdad contrariada y detenida en su carrera por aquellos que deberian demostrar mayor celo en favorecer sus sucesos, se ve obligada á ocultarse. Si levanta modestamente su cabeza el error con su frente de cobre y lleno de orgullo, por efecto de una proteccion, que mas bien ha usurpado que obtenido bajo el especioso pretesto de amor del bien público, la obliga á meterse otra

vez en la obscuridad, hasta que favorecida por ma
felices circunstancias, y armada con su antorcha
pone á descubierto las facciones horribles y asque
rosas de sus enemigos.

Los médicos de departamento que acabamos d
ver constantemente metidos en las oficinas de la
prefacturas para conseguir sus fines, no eran ma
que unos dependientes y agentes muy subalternos
en comparacion del *gran Sanhedrin*, que tiene s
asiento en la primer ciudad de Francia. A la ver
dad las pequeñas maniobras se urdian en las pro
vincias; pero las grandes operaciones eran del re
sorte de los grandes artífices de la capital. Alli er
donde iban á parar como á su centro los informe
exagerados y mentirosos, las quejas y los clamore
de tantos hombres que especulan con las enferme
dades humanas, y que no viven sino por ellas. Lo
legajos del secretario perpétuo de la academia, co
mo igualmente los del ministerio, abundaban lo
unos en denuncias rencorosas y sin fundamento,
los otros en lamentaciones de todos esos desafor
tunados que gritaban acérrimamente: »Nuestra fa
cultad está perdida; la medicina está en manos d
todo el mundo, y de hoy en adelante podrán curar
se sin nosotros; ya en mas de un sitio se nos mir
con una sonrisa maligna, y se nos dice bastante alt
para que lo oigamos, que podrán libertarse de nue
tro dominio...."

¿Cerrará la academia sus oidos á tan justas que
jas, y se desdeñará de socorrer á tantos desgracia
dos que reclaman su honrosa y poderosa proteccion
¿No puede llamarse este un asunto de corporacion
Si el interes de los médicos de provincia se ve ata
cado; si su amor propio se ve frecuentemente hu

millado á vista de innumerables curas efectuadas sin su intervencion en enfermos abandonados por ellos y declarados por ellos incurables, ¿los de París serian acaso privilegiados, y no tendrian á la par que los de los departamentos un justo motivo de patentizar sus quejas no menos amargas? Esta es, ó no será nunca, la ocasion de reunirse y de marchar en columna cerrada para hacer frente al enemigo, y desalojarlo de los atrincheramientos en los cuales se cree seguro.

Véase, pues, presentada esta grande é importante cuestion al tribunal de los grandes maestros del arte practicado por Hipócrates. A ellos toca el oponer un dique á lo que llaman el torrente del error. Toca á ellos el corresponder á la intencion de una multitud de partes querellantes, y demostrarse los sostenedores y los apoyos de una numerosa corporacion, á la cual tienen el honor de pertenecer. En una palabra, á ellos es á quienes conviene soplar de un modo enteramente nuevo y estraordinario al oido de los depositarios del poder. Quejas verbales serian insuficientes: las palabras vuelan y los escritos subsisten; *verba volant*, *scripta manent*. Fue decidido, pues, por unanimidad de votos, que se haria un informe bien científico, bien detallado y bien circunstanciado, conteniendo las graves alegaciones é inculpaciones, confirmado todo por *esperimentos* capaces de aplastar con todo el peso del cuerpo de la academia, al audaz que se habia atrevido á apartarse del surco trazado, y abrirse una nueva senda, por la cual ningun práctico antes que él se habia atrevido á pasar.

¿Quien será el feliz mortal sobre el cual va á dirigir la vista esta sábia corporacion? Todas las

bocas están abiertas, los oidos enderezados y aten
tos y los ojos fijos. Se leen en los rostros de lo
pretendientes todos los caractéres del deseo y d
la esperanza. Cada uno de ellos tiene ya formado
arreglado y dispuesto en su cabeza el plan de un
refutacion que va á reducir á polvo todo el *asem*
blage ó andamio que sirve de apoyo á la *Medicin*
curativa.

El nombre del feliz mortal que ha reunido e
mayor número de votos, sale al fin de la urna cien
tífica, y queda proclamado el campeon delegado
para combatir cuerpo á cuerpo *al enemigo de l*
humanidad.

Una eleccion tan honrosa es muy propia par
inspirar en una alma grande el sentimiento de u
noble orgullo. Cuando uno se dice á sí mismo: M
informe será leido en academia plena, y está des
tinado á pasar por los ojos de un ministro distri
buidor nato de todos los empleos lucrativos y ho
noríficos, se halla uno fuertemente tentado á creer
se un gran personage, y resiste dificilmente á las se
ducciones de la vanidad.

El hombre que ve abrírsele ante sí las puerta
de la celebridad y de la ilustracion, no tarda en po
ner manos á la obra. Si por una parte le aturde l
grandioso de la empresa, por otra le tranquiliza
le anima el incentivo de la recompensa. Desde es
ta fecha cerrará el gabinete de las consultas; nues
tro doctor cesará de ser visible, ó si lo es aun, sol
será para los amigos escogidos, ó todo lo mas par
algunos enfermos privilegiados, á los cuales no de
jará de decir que no tiene tiempo para sí ni par
sus amigos desde que está encargado por la acade
mia de dar un informe de la mas alta importancia

En fin, despues de dos meses de un trabajo asíduo y dificultoso, se vió salir de la cabeza de nuestro doctor un informe bien científico y bien mechado de palabras que aun no han obtenido en nuestra lengua el derecho de vecindad; pero que no fue menos leido á presencia del cuerpo académico, que lo autorizó con su sancion y aprobacion, fortificada con la firma de su secretario perpétuo **PARISET.**

Este informe, impreso á espensas del gobierno por las prensas de la imprenta real, es la prueba mas completa de que nuestros doctores no son gente de hacer la guerra á sus costas.

Examinemos, pues, con la antorcha de la crítica en la mano, el contenido de esta científica produccion. ¿Sin duda su autor no habrá dejado de dar á conocer la falsedad del principio sobre el cual reposa como en su base la obra titulada *la Medicina curativa*? Ni siquiera ha hecho de él la mas ligera mencion. ¿Sin duda no habrá dejado de probar contra el cirujano Le-Roy (á quien se complace en calificar con el simple título de oficial de salud), que los humores dañados ó corrompidos encerrados en el cuerpo humano, no son la causa única ó principal de todas las enfermedades á que este está sujeto? ¿No habrá dejado de demostrar contra él que entre los cien mil medios que emplean actualmente los gefes de la órden, el de la purgacion no es el mas pronto y mas eficaz para restituir la salud á los enfermos, y que esta purgacion no debe ser activada y proseguida en razon á la tenacidad de la enfermedad? Nada de todo esto..... Sea..... pero ¿habrá tenido la delicadeza de hacer mencion de otra obra en apoyo de la primera, donde se rela-

tan los innumerables testimonios de hombres reco-
mendables por sus destinos, empleos y talentos, y
aun mas por su veracidad y probidad, y que todos
tanto de uno como de otro hemisferio, no forman
mas que un solo eco en favor de este método y de
los medicamentos cuyo uso prescribe? (1). He aquí
los deberes que el honor y la delicadeza imponian
á un informante imparcial ¿Ha hecho tan solamen-
te alguna cosa que se le aproxime? Por el contra-
rio, ¿no ha probado que la simplicidad de la pa-
loma nada menos era que su divisa, y que puede
pasarse por un hombre solapado á menos costa?

En lugar de destruir un principio verdadero é
incontestable, probado por innumerables sucesos,
¿que ha hecho nuestro doctor refrendario? Se ha
arrojado á cuerpo perdido en divagaciones y pre-
tendidos *esperimentos*, que prueban á un mismo
tiempo su poco discernimiento y el deseo oculto de
perjudicar á una verdad, cuya utilidad está tan
demostrada como una verdad puede serlo.

¿Faltaríamos acaso á los miramientos debidos á
una corporacion compuesta de hombres estimables
por todos respetos, dando á luz algunas observacio-
nes relativas, no al fondo de la obra emprendida
por su órden, pero sí sobre los procederes emplea-
dos, á fin de poner las bases á ese informe? (2).

1 La *Medicina curativa, probada y justificada por los hechos*, ó sea la 2.ª, 3.ª y 4.ª parte del método del cirujano Le-Roy, remitidas por él mismo al ministerio del interior.

2 Véase el exámen crítico de *un informe presentado á S. E. el ministro del interior por la academia de medicina contra los evacuantes llamados de Le-Roy*, por el doctor Martin, de la facultad de París (*Gaceta de los enfermos*,

El delegado del cuerpo académico se procuró (poco importa el saber por qué medio) los medicamentos llamados *vomi-purgativo* y *purgante*, confeccionados por el farmacéutico Cottin. Conforme se lo tiene propuesto este farmacéutico, las vasijas ó botellas estaban atadas y selladas con su sello sobre el tapon. Antes que el doctor refrendario principiase á operar sobre esos medicamentos, ¿no hubiera estado en los principios de la equidad y de la justicia el haberlo llamado y puéstole á la vista las botellas, haciéndole reconocer su sello y la identidad de los medicamentos tales como salian de su botica? La equidad, la imparcialidad y la justicia ¿no le imponian la rigurosa obligacion de no operar sino á presencia de unos hombres, contra los cuales se proyectaba de dirigir el informe? Como era preciso dar á esta clase de operacion el mayor brillo posible, ¿quien se atreveria á asegurar que por entre los manipuladores no se hubiese ingerido alguno de esos hombres de poca delicadeza que encuentran buenos todos los medios, mientras que los conduzcan al fin ó cabo que se han propuesto conseguir.....? No ve uno sin un secreto despecho desvanecerse el objeto de sus esperanzas.....

Se hicieron *esperimentos* con diversos animales, despues de haberles hecho tomar por fuerza los medicamentos llamados de Le-Roy. Aqui las reflexiones se presentan en tumulto al espíritu. ¿En que estado se hallaban esas infelices víctimas de la ines-

número 5 *y* 8, *y la* 4.ª *parte de la Medicina curativa*), donde se prueba hasta la evidencia que el doctor encargado de esta operacion ha engañado á la academia, despues de haberse engañado á sí mismo.

periencia y de la falta de reflexion y discernimiento? ¿cual era en aquel momento la disposicion de su estómago? ¿cuanto tiempo hacia que habian comido? La escesiva plenitud de aquella víscera, junto con la accion del medicamento, ¿no era razon bastante para desarreglar entonces toda la economía animal? ¡Se hicieron esperimentos! Pero ¿quien se atreveria á asegurar que una mano envidiosa no hubiese tenido la maña de introducir ciertas sustancias, tales como el nitrato de plata, el sublimado, ó el acetato de morfina, venenos todos tan conocidos de las gentes del arte? Mas ¿quien seria bastante atrevido para responder con su cabeza de la rectitud, probidad, franqueza y lealtad de los ayudantes subalternos que concurrieron á esta operacion? ¿Como calificar ese famoso proceder de tapamiento que se usó con esos animales? ¿De que cabeza no saldria esta reflexion tan simple, que la accion de cerrar ó tapar el canal emunctorio de todo animal, es por sí solo suficiente para producir en el interior de su cuerpo todos los desórdenes y estragos precursores de la muerte....? ¿Como puede ser que esos mismos medicamentos, empleados con el mayor éxito en cuadrúpedos y volátiles de diferentes especies, hayan causado la muerte, mientras que han restituido la salud y la vida á millares de otros animales, cuando les han sido administrados con prudencia? Asi es que el público se ha burlado y se burlará del informe y de sus autores (1).

1 Véase tambien sobre este particular la *Medicina curativa, probada y justificada por los hechos, y la Gaceta de los enfermos.*

El doctor refrendario ha hecho sus *esperimentos* (1); pero el público tambien ha hecho sus esperiencias, y el testimonio de cincuenta, de cien personas honradas y desinteresadas, vale mucho mas que el de un hombre, que por encontrar materias para una odiosa inculpacion, somete á la accion del escalpelo inesperto de alguno de sus discípulos, á unos pobres animales en el momento en que el remedio principiaba á obrar, ó cuando por algunos obstáculos las deposiciones no podian efectuarse..... Si una conducta semejante merece alguna vez la aprobacion de alguno, á buen seguro que no será sino de aquellos hombres que no se pertenecen á sí mismos.

Sin embargo, con unos medios tan engañosos, y que aun podrian llamarse falaces, es con los que se atrevieron á dirigirse al gabinete de un ministro, cuyo carácter distintivo es el amor del bien público. Habituado como lo están casi todos los grandes personages á juzgar con arreglo á los informes que se les presentan, no pudo presumirse que unos hombres condecorados con mas ó menos títulos, ya honoríficos ó científicos, tuviesen interes en engañarle ó en comprometer su rectitud. No se necesita tanto muchas veces para inducir á un hombre en el error, aunque su espíritu esté adornado con todos los conocimientos relativos á la alta administracion que el soberano le ha confiado. Mas puede uno poseer todo esto, y ser absolutamente estrangero, asi como sus allegados á la ciencia, cuyo objeto es de destruir las enfermedades humanas; y no seria fal-

1 Espresion bárbara, y que no tendrá lugar mas que en las obras de medicina.

tar al respeto debido á S. E., si le hiciésemos patente que antes de espedir su circular, la justicia requeria que oyese las partes contradictorias, ó que por lo menos se enterase de las obras que se habian tomado la libertad de dirigirle. Por lo menos hubiera encontrado en ellas sobre que fijar su opinion, no con arreglo á profundas teorías y espresiones derivadas del griego y del árabe, sino con arreglo á hechos constantes y justificados, revestidos de todas las fórmulas requeridas para establecer la autenticidad, no solamente de todos los puntos de Francia, sino tambien de todas las partes del globo. ¿Por que unas piezas de tan alta importancia no han sido presentadas á su vista? ¡Bella pregunta! Ha sido preciso hacerlas pasar por la hilera de oficinas, y hay tantas.... hay tantas.... tantas, que se habrán estrañado ó perdido por entre la multitud de papeles reputados por inútiles. Ademas, un ministro encargado de una vasta administracion no puede, lo mismo que el monarca de quien es delegado, verlo todo por sí mismo, y muy frecuentemente se ve obligado á referirse al dicho de un secretario confidencial, que no siempre habla de motu propio. Hay tambien oficiales; estos presentan un decreto enteramente redactado, al cual no le falta mas que el sello ó la firma, y esto es lo que se llama un asunto concluido.... salvo la contradiccion.

Mas ¿quien se atreveria á contradecir á un ministro, particularmente despues que ha tomado su determinacion? Solo aquel que, segun su conviccion y persuasion íntima, no tiene otra intencion que la de hacer triunfar la verdad de los ataques del error y de la mentira. Un defensor de la verdad

se le acercaria con todo el respeto debido á su dignidad, y no temeria de decirle:

»La rectitud de V. E. ha sido sorprendida, y se ha dejado engañar por unos hombres que tenian en ello un grande interes. Conociendo mejor que nadie el ascendiente que ejercen sobre la imaginacion, han hecho recaer en su provecho las preocupaciones de la infancia y de la educacion, para apoyar sus mentirosas insinuaciones: V. E. ha dado fe con demasiada facilidad á los discursos de unos hombres que labran la especie humana en provecho suyo; que no tienen confianza alguna del arte que ejercen; que confiesan abiertamente su ignorancia en el arte de curar, y declaran en varias obras salidas de sus plumas, que no tienen mas que conjeturas por base del arte que practican.

»Y sin embargo, á consecuencia de su informe, ha sido que V. E. ha espedido una circular á los prefectos contra la manifestacion de un principio, cuya veracidad está probada por la esperiencia, y por unos hechos que la mas decidida credulidad no se atreveria á poner en duda.

»V. E. en su circular pone por delante que los remedios del *señor Le-Roy, compuestos de drásticos violentos, llevados á dosis exorbitantes, ofrecen los mayores peligros*. A buen seguro que en esto no habla por sí mismo, pues que es presumible que jamás los haya usado personalmente, y que no haya tenido ninguna conversacion particular sobre este asunto con ninguno de los enfermos que les son deudores de la salud y tal vez de la vida. Asi, pues, V. E. solo ha pronunciado sobre el informe de unos hombres interesados en desacreditarlos. Esa sociedad, la primera del reino, ¿se atre-

veria con su informe en la mano á presentarse á vuestra audiencia, y á afirmar que el amor del bien público ha sido el principal móvil de su conducta? Se atreverian á decir que el amor de la verdad ha dirigido la pluma de su informante? ¿Que los pretendidos accidentes no son nada exagerados, controvertidos ó inventados por infieles corresponsales? Dos mil y quinientos años hace que el divino **PLATON** dijo en griego lo que yo tengo el honor de decir á V. E. en latin:

Mendacium medicis concedendum esse.

Les es permitido á los médicos el mentir.

»V. E. llama venta ilegal los medicamentos que un farmacéutico autorizado espide para el uso y utilidad de las personas que tienen confianza en el método de curacion de que se trata. ¿Donde está la ilegalidad? ¿No tiene adquirido el derecho incontestable de prepararlos con arreglo á las prescripciones, y de espedirlos á los enfermos para cuyo uso han sido confeccionados? ¿Quien puede quitar á un ciudadano el derecho de usarlos, ni disputarle el de trasmitirlos á sus amigos que tengan en ellos una igual confianza? En esto no hay venta ni despacho, y V. E. es demasiado instruido y tiene la imaginacion demasiado perspicaz, para que vea una venta donde no hay mas que una trasmision benévola y puramente complaciente.

»V. E. solo ha oido á unos personages condecorados con diversos títulos, unos miembros ó correspondientes de todas las academias del mundo; pero mientras denunciaban á V. E. unos remedios

como peligrosos, y relataban *graves* y *numerosos accidentes* atribuidos á su uso, ¿tuvo esa sábia sociedad la delicadeza de poner en la balanza el testimonio de cien mil individuos atacados de todo género y de toda especie de enfermedades (sin esceptuar la fiebre amarilla), que todos reconocen haber recobrado la salud y tal vez la vida por la eficacia de esos medicamentos?

»Ellos han dicho á V. E. que varios enfermos habian muerto mientras los usaban. Mas ¿quien es el que no sabe que todos los hombres están sujetos á la muerte, y que los hay que no ofrecen ningun recurso á todos los esfuerzos combinados del arte? Ellos han puesto bajo vuestros ojos *numerosos hechos comprobados de la manera mas auténtica.* Pero si la lealtad, la franqueza y la imparcialidad, hubiesen tenido alguna parte en el informe que os sometieron, se hubieran enterado de una obra que aparentan no conocer, al paso que no ignoran su existencia (1), hubieran puesto en parangon diez mil curas auténticamente certificadas por las autoridades civiles, efectuadas en enfermos desesperados y declarados por ellos incurables. La *primera sociedad médica de Francia* deja, pues, traslucir en su informe una pequeña punta de parcialidad. De la parcialidad á la doblez no hay mas que un paso, y este es resbaladizo. La doblez y la mentira ordinariamente se dan la mano; mas cuando uno tiene á su favor la autoridad del divino **PLATON**, no es facil el que deje de prevalerse de ella, y que no haga uso de este privilegio: *menda-*

1 La *Medicina curativa justificada por los hechos.* 3 vol. en 12.°

cium medicis concedendum esse. Les es permitido á los médicos el mentir.

»V. E. conoce mejor que nadie los resortes secretos que hacen mover las pasiones de aquellos que tienen un interes en sorprender su rectitud, y se guarda de los impostores colocados en los últimos rangos de la sociedad; pero sabe tambien que no se desconfia igualmente de los individuos titulados, condecorados, y que en el órden social se hallan revestidos de una alta consideracion. Desde luego tomamos sus aforismos por oráculos; su supuesta ciencia nos dispensa del cuidado de examinar, de discutir y profundizar, por la razon vigorosa y decisiva de que es imposible que *un hombre solo pueda tener razon contra todos* (1).

»¿Podria V. E. formalizarse ó tener á mal que nos tomásemos la libertad de decirle que todos los descubrimientos, todas las verdades útiles, en el momento de su manifestacion han esperimentado los mas duros ataques y las contradicciones mas violentas? Cuando Colon hubo descubierto un nuevo mundo, y que á consecuencia de este importante descubrimiento obtuvo en España una tan alta preponderancia, ¿no se atrajo contra sí una multitud de viles y bajos cortesanos que solo procura-

1 Cuando decimos *contra todos*, es una asercion de la naturaleza de las proposiciones universales. Ahora bien, las proposiciones universales tienen escepciones en el órden moral. Afortunadamente por el bien de la humanidad, un buen número de médicos de diferentes puntos de Francia han adoptado el principio, y curan sus enfermos con el mayor éxito, empleando los medicamentos prescritos en la *Medicina curativa*. (Véase la obra trascitada y la *Gaceta* de los enfermos).

ban menospreciar el mérito de su empresa? La historia lo ha vengado; pero sus dias no por esto fueron menos acibarados de hiel, y los disgustos que sufrió no contribuyeron poco á abreviar una vida que habia dedicado al bien de la humanidad.

»Cuando Galileo, creador del nuevo sistema astronómico y planetario, hubo dado á luz su opinion, todas las sociedades sábias de su tiempo, esto es, las universidades y sus secuaces, ¿no tomaron la defensa en un proceso en el cual nada comprendian ni querian comprender? Muy caro le costó á este hombre inmortal el haber hecho tocar con el dedo una verdad que hoy dia está tan demostrada.

»Cuando Harvey, ese médico cuyo nombre será para siempre memorable en los fastos de la historia, hubo hecho el descubrimiento de la circulacion de la sangre, ¡que gritos, que clamores, que alboroto no hubo de parte de esos viejos rutinarios que lo miraban como fruto de una cabeza desorganizada! Entonces, del mismo modo que lo hacen los médicos de nuestros dias, se convinieron, concertaron y coaligaron para hacerle un flaco servicio, no acerca de un ministro, sino en el espíritu del monarca ingles, cuya confianza habia poseido hasta entonces.

»Estos descubrimientos, estas importantes verdades, no eran sin embargo mas que verdades de teoría, y en parte de simple especulacion; no dañaban á ninguna clase de intereses, ó si incomodaban algunos, solo eran intereses de amor propio. Y á pesar de todo, sus bajas y viles intrigas condujeron esos ilustres personages, los unos á la espatriacion, los otros á la pérdida de su libertad, y otros en fin, tales como Sócrates, á la muerte....

»Tales son los funestos efectos de las pasiones

humanas cuando se ven atacados en sus mas caros inteses; pero V. E., cuyo ojo es tan penetrante en todas las partes de su administracion, ¿como no se ha resguardado bastante de unos hombres que tienen tantos rasgos de semejanza y similitud con los perseguidores de Colon, de Galileo, Harvey y Descartes, nombres todos que serán el ornamento de la historia de los tiempos modernos y la gloria de los paises que los vieron nacer...?

»Protector nato de los descubrimientos útiles y preciosos, ¿podria V. E. despreciar al que diariamente hace á la humanidad los mas grandes é importantes servicios? Volviendo V. E. por sí mismo, y no por medio de hombres que tienen el mayor interes en engañarle, para engañar en seguida al público, á hacer un nuevo exámen, no acusaria ya mas de dañosos unos medicamentos, cuya poderosa eficacia están proclamando cien mil curas que se efectúan anualmente en uno y otro hemisferio.

»No es el cirujano Le-Roy quien iria á manifestar sus quejas á la audiencia de V. E. Contento en su obscuridad, jamás se le ha visto figurar por entre esos intrigantes que están todo el dia molestando los oidos de los ministros. En el silencio de su retiro se contentaria con gemir sobre la ceguedad de aquellos que sin exámen alguno desechasen una verdad útil; pero cien mil individuos esparcidos por uno y otro hemisferio elevarian sus gritos, si se les quitase el medio de conservar ó de prolongar su existencia. Cien mil reclamaciones de diferentes puntos de Francia se abririan paso y penetrarian hasta el gabinete de V. E. Cada una de ellas contendria textualmente estas quejas:

»Bien puede V. E. llamar la *atencion de las*

autoridades y del público sobre los peligros que le son indicados (por los médicos se entiende); pero nosotros, que conocemos nuestras necesidades, nos espantan poco los terrores pánicos que se nos quieren inspirar. Continuaremos usando de un medio que nos ha restituido la salud y la vida, y si la autoridad, estendiendo demasiado su poder, llegase á proscribirlo, la Francia vendria á ser una vasta é inmensa farmacia, donde cada uno se los confeccionaria para sí, para sus parientes, vecinos y amigos."

Jamás he visto la cara á un ministro, ni he asistido á su audiencia; pero daria cuanto hay en el mundo por ser testigo del semblante que pondria en presencia del hombre enérgico que le dirigiese un lenguaje semejante. Dejando aparte las preocupaciones, no podria menos de producir un grande efecto.

Como quiera que sea, es un punto de hecho incontestable y consolidado por testimonios numerosos é irrecusables, que se ha puesto á descubierto una grande verdad médica; que ha sido acogida en todos los puntos de Francia y de los reinos estrangeros, y que por todas partes cuenta con innumerables partidarios. La *Medicina curativa*, esta importante obra, ha sido traducida al español y al italiano, y probablemente lo será muy pronto en otras lenguas. Ha sido reimpresa ó falsificada en Suiza y en los Paises-Bajos. Los Estados-Unidos de América, la Luisiana, las colonias francesas, inglesas, españolas y dinamarquesas, proclaman en alta voz las curas mas maravillosas de toda suerte de enfermedades y en gentes de todos colores. La fiebre amarilla, esa peste de las Antillas, que des-

truye á su arribo las dos quintas partes de los eu
ropeos que van á establecerse á esos climas, se v
forzada á ceder á su eficacia. Ved aqui unas verda
des de hecho que la incredulidad mas decidida no s
atreveria á poner en duda. Y un ministro engaña
do, y sin haber llamado ni oido contradictoriamen
te las partes, espide una circular equivalente á un
prohibicion, contra un hombre que hace mas d
treinta años ejerce su profesion ante la ley y en
virtud de ella.

A la verdad, esta circular restituye á Le-Roy
el ejercicio de su profesion; podrá, pues, prescri-
bir á sus enfermos aquellos medicamentos que es-
time por convenientes; pero renueva formalment
la prohibicion á los farmacéuticos de entregar di
chos remedios sin la prescripcion de un doctor ó d
un oficial de salud. De aqui se sigue necesariamen-
te que no ordenándolos jamás los médicos, los far-
macéuticos se guardarán muy bien de confeccionar
los. Bien es, pues, esto el equivalente de una prohi
bicion.

Esta circular fue dirigida á los prefectos bajo e
velo del misterio, y aun podemos decir con la
precauciones del secreto mas profundo; aquellos l
remitieron del mismo modo á sus sub-prefectos, pa
ra que estos la trasmitiesen á sus respectivas muni-
cipalidades. Esta medida no era una medida local
sino general, que no abrazaba un solo departamen
to, sino todos los departamentos del reino; no al-
gunas municipalidades, sino todas las municipali-
dades del territorio francés, con órden espresa y
formal de publicar el informe de la academia, y l
circular ministerial que manda á los bailes que s
apoderen ó hagan recoger los medicamentos llama

dos de Le-Roy, por todas partes donde puedan encontrarse.

No hay que preguntar si el dia de esta publicacion fue un dia de gloria y de triunfo para los cuarenta mil médicos ó medicastros esparcidos por las ciudades, villas y lugares del territorio frances. ¡Que bello era el verles aplaudir á la voz del secretario de la bailía, y hacer *coro* con él para repetir los anatemas que se acababan de fulminar contra la *Medicina curativa*! Nos reiríamos demasiado si delineásemos el cuadro de las diferentes farsas á que dió lugar esta promulgacion, de las cuales hay mas de una que haria levantar los hombros de lástima. Aqui un paisano interrumpe la lectura, y en plena asamblea grita: »¡Oh! ¡que gracioso decreto que nos prohibe el curarnos cuando estemos enfermos! Yo he tomado de esos medicamentos, que me han hecho todo el bien posible, y los tomaré cuantas veces los necesite, y sino puedo procurármelos, me los fabricaré yo mismo. Bien será preciso concluir por aqui, atendido á que los farmacéuticos ya no los fabricarán mas, como ni tampoco los ordenarán los médicos.'' Alli habia un baile de lugar, no menos riguroso observador de las fórmulas, que celoso de conservar la influencia que le daba su dignidad. Adornado con su banda, se transfiere, acompañado de un juez de paz, á casa de un habitante que sabia hacia uso de esos medicamentos. Pide en nombre de la ley (hubiera hecho mucho mejor en decir en nombre del decreto) la exhibicion de las botellas que contenian los tales medicamentos. »Por vida de Dios, señor baile, que habeis venido cuatro horas demasiado tarde; mi muger, que está presente, se ha engullido el resto esta mañana; si

quereis apoderaros de él, ved aqui el vaso de anoche: sumariad á vuestra comodidad, y enviad el todo á quien de derecho pertenezca (1).

Dejemos aqui las farsas de lugar, y hablemos de cosas mas sérias. En las grandes ciudades, donde se trataba de dar grandes golpes, se desplegaron los grandes medios. No hablaremos mas que de una sola anécdota, por no fatigar á los que se toman cierto interes en la defensa de una verdad útil.

Tan pronto como la circular del ministro y el informe de la academia fueron recibidas de los gefes de las administraciones departamentales, en cierta ciudad, que solo designaremos por su letra inicial O...., los agentes de la policía general, que estaban á las órdenes del administrador en gefe, recibieron la órden para ejercer sus funciones. No se trataba aqui de descubrir una conspiracion contra la seguridad del estado; era alguna cosa *mucho peor:* se trataba de preservar la especie humana *del mas terrible de los azotes.*

Apenas habian pasado dos dias despues de la recepcion de la circular de que se trata, que á eso de las dos de la tarde se presentó en una casa, que es inútil indicar, un sugeto bien puesto y bien hablado, y de ningun modo embarazado de su persona. Este mismo pidió de golpe y porrazo los medicamentos llamados de Le-Roy. Esta seca y áspera peticion, á la cual el corresponsal de Mr. Le-Roy no

1 ¿Se creerá que ese baile de lugar tenia de esos medicamentos en su casa para su uso personal, y que habia curado con ellos á su esposa? Y sin embargo, nada menos pretendia que prohibir su uso. ¡Ved aun lo que son ciertos hombres!

estaba en manera alguna acostumbrado, anunciaba un hombre poco instruido en la materia, y que se habia formado la idea de que era una mercadería que se entregaba al primero que se presentaba á solicitarla. En consecuencia se tomó la libertad de dirigirle algunas preguntas, y entre ellas las siguientes: »¿Conoceis y habeis leido el método segun los principios del cual quereis curaros? ¿Traeis alguna carta del cirujano Le-Roy que os autorice á pedir estos medicamentos como remitidos para vuestro uso personal?"—»No son para mí para quien los reclamo; es una simple comision de que me he encargado benévolamente."—»La persona que os ha comisionado ¿los ha usado alguna vez?"—»Lo ignoro."—»¿Cual es la enfermedad para la cual los pide." Y al momento el servicial comisionado trazó un cuadro sin pies ni cabeza, en el cual los colores se hallaban mezclados, y los rayos confundidos. »Que la enferma por quien os interesais escriba al autor de la *Medicina curativa* esplicándole el estado de su situacion, y cuando lleguen los medicamentos se los trasmitiremos." No hay que preguntar si este emisario al tiempo de retirarse dejó leer en su frente la señal del descontento.

El mismo dia sobre las cinco de la tarde se presentó un segundo personage. Es probable que esos dos agentes de la policía no se habrian vuelto á ver; pero á buen seguro habian formado su tema juntos. Igual lenguaje é igual giro á las espresiones. Era tambien una comision para una muger enferma que jamás los habia usado. Se tomaron la libertad de dirigirle las mismas preguntas que se habian hecho á su precursor. Aun hicieron mas, pues trataron de darle á conocer que habia por lo menos tanta im-

prudencia (por no decir temeridad) de su parte, como de la de la persona que lo habia comisionado. Para obtener la transmision, se le prescribió que tenia que llenar las mismas condiciones; y en un pequeño acceso de cólera no pudo contenerse, y dijo al salir: »Si se necesitan tantas formalidades, bien puede la enferma encargarse ella misma de sus comisiones....”

Estas dos visitas son muy parecidas al espionage. No pararon aqui las tentativas. La alta vigilancia, que primeramente habia principiado por echar sus hurones, viendo que sus diligencias se habian frustrado, transmitió sus órdenes á la municipalidad del distrito. Los médicos estaban al corriente de todo. El informe de la academia de medicina les habia sido comunicado, y empujaban la rueda (1). Se dieron las órdenes correspondientes, y ved aqui encargados nuestros comisarios de policía de esta importante operacion.

Estos se concertaron, mas tenian que valerse de la astucia. Pusieron el ojo en una muger, á la que adoctrinaron é instruyeron en el arte de mentir, y ademas le entregaron el dinero para pagar el objeto de su demanda. Esos agentes de la autoridad estaban en emboscada á treinta pasos geométricos de distancia, y ocultos bajo el arco de una puerta cochera, bien dispuestos á apoderarse de los medicamentos en el momento en que saliesen de la casa. Pero ¡cual fue su admiracion cuando vieron vol-

1 Estaban los médicos de tal modo al corriente de todo, que mas de dos meses antes se engreian del *golpe mortal* que, segun ellos, debia darse á la *Medicina curativa*.

ver á esa muger con las manos vacías! El comisario en gefe que se habia puesto al frente de esta *brillante* tentativa, viendo que su proyecto se habia frustrado, abandonó el resto de la espedicion á un comisario de distrito, que se encargó de ella junto con uno de sus subordinados. Se presentan:

»¿Quien os envia aqui?" — »Nosotros somos enviados para hacer una visita á los medicamentos llamados de *Le-Roy*." — »¿Cuales son vuestros títulos para presentaros en casa de un ciudadano?" — »Nosotros somos comisarios de policía." — »¿Teneis para ello una autorizacion especial, firmada del baile ó del prefecto?" — »No." — »Vosotros conocereis, pues, que faltándoos esta autorizacion especial no podiais presentaros en mi casa." — »La observacion es justa, y nos vamos á retirar." — »No señores, haced todo lo que debeis para el fin que habeis sido enviados; recorred la casa. ¿Por donde quereis principiar? ¿por la bodega ó por el granero?" Habian ya inspeccionado varios lugares de la casa, cuando se les dijo: »Y bien, señores, ¿no encontrais nada? pero podeis encontrar veinticinco botellas, las cuales se os suplicará que mireis y no toqueis; porque en suma, ¿no tiene acaso un ciudadano el derecho de beber de ellas en la comida, si prefiere esta bebida á la del vino ó de cualquier otro licor?" Nadie pudo contestar. »¿Que venís, pues, á hacer aqui? Por concluir de una vez, decid á los que os envian, sea quien sea, que existen leyes; que vivimos en Francia á su abrigo, y que todo ciudadado no debe conocer mas que la ley. Si su conducta está en oposicion con ella, hay los tribunales á quienes toca su conocimiento, y que ademas no existe ni puede existir ley alguna que

impida á un ciudadano el ser útil á sus semejantes. Por otra parte, este es ya un asunto juzgado." Tal fue el resultado de una visita domiciliaria hecha en una de las mejores ciudades de Francia. Desde entonces no se ha oido hablar mas sobre el particular. Pero ¿no hemos visto en los lugares indicados por la *Gaceta de los enfermos*, algunos comisarios de policía, apoderarse, llevarse y quitar á enfermos que se estaban curando los medicamentos que estaban usando, bajo el especioso pretesto de depósito? ¡Ah! ¡ved como ciertos hombres, revestidos de una porcion de poder, son mucho mas propios para hacerlo aborrecer que para hacerlo amar! y ¡ved tambien de que modo, en manos de estos hombres, está garantida por las leyes la seguridad de sus semejantes!.....

REFLEXIONES.

En todos los puntos de Francia y del estrangero, sin omitir las colonias, los médicos se han insurreccionado contra el método cuyos principios están consignados y desarrollados en la inmortal obra titulada la *Medicina curativa* (1).

En todos los puntos de Francia, y sin exageracion podria decirse en todos los del globo, se han efectuado innumerables curas á vista de los mas hábiles y mas famosos de entre ellos, en enfermos que ellos mismos habian declarado incurables.

1 Hay sin embargo muchas escepciones. Esta frase no toca á los médicos de probidad y desinteresados, que personalmente usan este método, y lo administran á sus enfermos.

De todos los puntos de Francia y del estrangero se han visto afluir testimonios no sospechosos de hombres recomendables por el rango que ocupan en la sociedad.

Generales de ejército, coroneles en activo servicio, grandes cruces de la Legion-de-Honor, caballeros de San Luis, coroneles retirados, capitanes, tenientes, etc., por la parte militar.

Presidentes de tribunales, bailes de diferentes comunas, adjuntos, notarios, procuradores y legistas, por la magistratura.

Limosneros del rey, vicarios generales, párrocos respetables, tanto por su carácter como por sus virtudes, negociantes, cultivadores, dueños de plantíos en nuestras colonias y en las que no nos pertenecen; médicos, cirujanos, artistas, etc., por el clero y demas clases de la sociedad.

En clase de testimonios, ¿podria pedirse ó exigir alguna cosa mas?

Procedamos con órden, y apresuremos las consecuencias. De dos cosas una; ó el testimonio de esos hombres de todos climas, de todas edades, de todos sexos, de todos colores, de todos estados y de todas condiciones, es el resultado de una imaginacion herida y dañada hasta la demencia, afirmando curas que nada menos son que reales, ó bien su testimonio es la espresion franca y síncera de las enfermedades que han padecido y de la curacion que han obtenido, conformándose con los procedimientos tales como están trazados en la *Medicina curativa*. Esta es la alternativa que proponemos á la academia de medicina en cuerpo, lo mismo que al campeon que ella delegó para combatir en su nombre. No se trata mas que de hacer una eleccion.

++

Pero es preciso hacerla, pues se hace indispensable. Es un SI ó un NO. No hay otro medio de salir de este círculo: este es el círculo de Popilius.

Si se admite la primera proposicion, esto es, que mas de cien mil enfermos, ó que lo han sido, de toda nacion, de todos estados y de todas condiciones, han sido atacados de un espíritu de vértigo y de locura, ó que son unos hombres de mala fe, delineando un cuadro de enfermedades que no han existido mas que en sus mentes, y esto por establecer la reputacion, y consolidar la gloria de un vil saltimbanco que jamás han visto, y que segun todas las apariencias jamás verán, seria como si se digese á mas de cien mil individuos que están penetrados del íntimo convencimiento de su curacion, ó por lo menos de una mejoría sensible en su estado de salud, que son unos tontos, por no decir unos impostores.

Si estas curas verificadas en diferentes puntos del globo, nada tienen de quiméricas, son pues reales: el hombre del arte que las ha efectuado, es pues el hombre del arte por escelencia, y de consiguiente no es un vil charlatan: su principio es pues verdadero; el método en el cual está este consignado, es pues una obra preciosa para la humanidad; los medicamentos cuyo uso prescribe, no son pues unos venenos como se les ha querido calificar; no son pues unos drásticos violentos *que presentan los mayores peligros* (1); el informe dado por la academia á S. E., es pues algo mas que exagerado, y aun se podria decir al que lo redactó y á

1 Palabras estraidas de la circular ministerial, segun el informe sometido por la academia al ministro.

los que lo aprobaron, que sorprendieron la rectitud del ministro.

Ved aqui una série de consecuencias que probablemente no será muy del gusto del cuerpo académico, antes bien le disgustará tanto mas, cuanto mas evidentemente se desprenden del principio que las encierra.

En esta lucha, en este combate que los médicos de la capital y de los departamentos provocaron, ¿cuales podian ser sus pretensiones y sus esperanzas? ¡Ah! ¡sin duda ellos creyeron que una carta del ministro seria suficiente para proscribir y aniquilar un método de curacion, coronado con los sucesos mas admirables, tanto del uno como del otro hemisferio....! Mas ellos no han probado otra cosa sino que sus intereses atacados y su amor propio humillado, eran los secretos móviles de sus manejos y de su arrebatamiento general en todos los puntos de Francia.

Ved aqui la causa, la única causa de esos clamores, de esa gritería y de esas quejas de parte del último medicastro del lugar, hasta esos aficionados que saben tambien ingerirse en las casas de los grandes y al lado de los principales agentes del poder. Repitámoslo otra vez; ¿por que ese arrebatamiento universal, al cual no son enteramente estraños los médicos de las naciones vecinas? La razon es muy simple: el coloso medical está minado en su base y á punto de ser derribado; se teme la pérdida de la consideracion, y no se resuelve uno facilmente á no ser nada despues de haber sido algo. ¿Con que otras miras se hubiera metido tanto ruido y tanta bulla? Si la cosa fuese mala, despues de los innumerables ataques que se le han dirigido,

hace mucho tiempo que estaria destruida, ó por mejor decir, ella misma se hubiera destruido, y hubiera caido sin la intervencion del poder. Sin embargo, ella subsiste, y aun hace mas, pues de dia en dia va tomando nuevo incremento.... la consecuencia de ello se desprende de sí misma.

Si los médicos de nuestros dias persisten en negar una verdad que se ha abierto paso á pesar de los obstáculos que no han cesado de oponerle, que abran por lo menos los ojos sobre sus intereses y que cesen sus ataques. La esperiencia ha demostrado que todos sus pasos han venido á parar en revestir de una celebridad mayor los medicamentos prescritos en una obra que sobrenadará por el océano de los siglos. Piensen bien los hombres del arte y los que se destinan á él, que tales y tales personages de marca han sacudido el yugo de las preocupaciones que sus médicos habian tenido gran cuidado de mantener y fomentar, por lo que concierne á sus conocimientos medicales, y que tan pronto como la alta clase habrá reconocido la eficacia del régimen de curacion, tan impropiamente rechazado, no les quedará mas recurso que el adoptarlo francamente, ó de resolverse á ser únicamente médicos sin parroquianos.

CAPITULO XXXII.

BREVE RELACION QUE A LOS OJOS DE MAS DE UN LECTOR EQUIVALDRA A UN LARGO CAPITULO.

Se ha visto ya con qué celo el ministerio público en diferentes ciudades ha tomado la defensa en unos asuntos que se ha apropiado; pues que ninguna parte civil habia articulado la mas ligera queja sobre ellos. Se le ha visto en la persecucion de pretendidos delitos, desplegar aquel vigor y aquella energía de que está animado cuando se trata de perseguir esos delitos mayores, que atacan notablemente el órden social y la tranquilidad pública. Se le ha visto tan pronto provocando crueles multas, en virtud de nuestras antiguas leyes, contra los acusados como contraventores de las leyes modernas. En Orleans se le ha oido hacer valer como una gracia y como un señalado beneficio, esa indulgencia que no le habia permitido solicitar contra ellos la pena de *encarcelamiento*. Cuando hablamos del ministerio público, no debemos perder de vista que aqui tambien hay UNO. Lo que fue dicho en el tribunal de primera instancia por un miembro de este ministerio, se reputa ser la espresion del pensamiento del magistrado encargado de este empleo en el tribunal de apelacion, sobre todo cuando este sostuvo en plena audiencia los dichos del magistrado subalterno.

¿De donde habia sacado el ministerio público de Orleans unos sentimientos tan poco favorables á los acusados? ¿Hablaba él segun su propia é íntima conviccion, ó con arreglo á sugestiones pérfidas? ¿Era de su motu propio que pretendia, tanto en Amiens como en Orleans, usurpar el título de que estaba revestido en virtud de las leyes, á un hombre que ejercia libremente su profesion en la primera ciudad de Europa, y esto por la razon de que su nombre no se encontraba inscrito yo no sé en que almanaque? Desbocándose contra unos supuestos, perniciosos efectos de un nuevo método, y poniendo por delante de que entraba mucha parte de *verde-gris* en la composicion de los medicamentos prescritos por el hombre del arte, y confeccionados arregladamente á sus órdenes y á su vista por un farmacéutico de la capital, el público debia creer que el órgano de la autoridad habia leido este método, disecado sus principios, hecho analizar ó descomponer los medicamentos, y que iba á poner á su vista una larga série de sumarios en *buena y debida forma* que atestiguasen sus malos resultados. Nada de todo esto. El ministerio público hizo citar siete testigos en primera instancia, y nosotros hemos dado ya sus deposiciones. Una segunda informacion fue tomada en apelacion; nuevo aumento de triunfo por una verdad que tiene mas tendencia de la que se cree al bienestar de la humanidad. Segun los rumores esparcidos por la mas insigne malignidad, debian esperarse encontrar testigos á centenares, y ver el auditorio lleno de niños que tuviesen que lamentarse de la muerte de un padre tierno, y maridos deplorando la pérdida de sus esposas. Despues de quince dias de pasos é investiga-

ciones, todas sus indagaciones no vinieron á parar, sino en producir, como se ha dicho ya, tres testigos, dos de los cuales depusieron cosas insignificantes, y el tercero cayó en contradiccion manifiesta consigo mismo. Un cuarto testigo, practicante de cirugía, citado como los otros tres, no pareció; y se dijo que tuvo órden de no presentarse, porque se habia sabido que solo podia hacer deposiciones favorables á los acusados. ¡Cuantas reflexiones no podrian hacerse sobre este asunto!

La autoridad del ministerio público emana de un origen infinitamente respetable, pues que no es otra cosa mas que la autoridad del soberano que la ha recibido de Dios, autor y principio de las sociedades humanas. El magistrado instituido por el rey, es su ojo, su brazo, su oido y su voz; y sino fuese todo esto, no seria todo lo que debe ser. El monarca es el príncipe de la justicia en la estension de sus estados. Por el ministerio de sus encargados, sus largos brazos se estienden hasta las estremidades de su imperio, y va á buscar los mayores delincuentes hasta en las concavidades de las rocas y en las entrañas de la tierra. Pero la intencion del soberano al hacer una delegacion de su poder, no fue jamás la de conceder á sus agentes el derecho de injuriar á un ciudadano, de conducirlo sin razon ni motivo de tribunal en tribunal, de sustraerlo á sus jueces naturales, de cansar, fatigar y apurar su paciencia, de tomar por juego el perturbarlo en sus ocupaciones y en la tranquilidad de su existencia. Acusar, como lo ha hecho en Orleans, á un clérigo de llevar la muerte y la desolacion en las familias, efectuando escandalosas distribuciones de composiciones dañosas ó mal sanas, fueron las

quejas que el ministerio público hizo valer en su proceso, tal vez único en los fastos de la magistratura. Si estas espresiones no son injuriosas, ¿donde las encontraremos que lo sean? Que el ministerio público acuse, que produzca piezas en apoyo de su acusacion, es de su deber y pertenece á su derecho; pero ningun poder ha podido conferirle el de injuriar al último de los ciudadanos.

¡No tiene bastante que gemir el magistrado de verse en la dura necesidad de provocar la justa severidad de las leyes contra los crímenes reales, sin ir en busca de los imaginarios, sin imputar á crímenes ó á delitos unos actos de beneficencia y de humanidad! Acostumbrado á no ver mas que culpables en el mayor número de los acusados, el ministerio público conoció por su propia esperiencia que no basta el provocar una pena para hacerla imponer, y que hay mucha distancia entre una pena aflictiva y la conducta de un hombre honrado. Cuando solo se tienen medios de esta naturaleza para oponer á la inocencia y á la ninguna culpa de un ciudadano, es dar la prueba mas completa de que se está movido por unos motivos que no están en perfecta armonía con el interes general de la sociedad. La intencion es pura, la intencion es recta; pero nada impide el que la tranquilidad de un ciudadano pacífico haya sido turbada.

¿Cual fue el resultado de todos esos ataques, que nada menos eran que procedimientos pacíficos? ¿En que han venido á parar todos esos cuchicheos de sociedad, en los cuales el espíritu de corrillo habia anticipadamente pronunciado su fallo? La mayor parte de aquellos que no tenian opinion ninguna, ó que solo tenian una opinion vacilante, procura-

ron formarse una, ó fijar la que ya tenian; y un método de curacion que no era mas que medianamente conocido, adquirió un crédito, una celebridad y un favor tales, que todos sus partidarios reunidos jamás hubieran podido conciliarle. En vano la intriga, la envidia y la mentira, armadas contra la verdad, han puesto en danza todos sus medios de ataque; no les ha quedado en dote mas que la vergüenza, la ignominia y el desprecio....

CAPITULO XXXIII.

¿A QUE FIN TANTOS MEDICOS? ¿POR QUE ESTA L... FRANCIA EN EL DIA TAN LLENA DE ELLOS?

Cincuenta años hace que el número de los médicos era muy corto. Nuestras universidades, sin esceptuar la de la capital misma, no contaban la décima parte de alumnos que se cuentan en ellas hoy dia. Tal ciudad de provincia de segundo ó de tercer órden, y cuya poblacion ascendia á treinta y cinco, cuarenta y cinco y aun á cincuenta mil almas, tenia para el servicio de la salud, tres, cuatro y apenas cinco médicos. Actualmente el número de estos es cuadruplicado. Ved aqui, pues, en el espacio de treinta años un notable, y aun podríamos decir un prodigioso aumento. ¿Las enfermedades humanas pesarán acaso mas que en otros tiempos sobre nuestra desdichada humanidad? ¿Habrán asaltado nuestro ser nuevas enfermedades, no conocidas de las anteriores generaciones, hasta el punto de reclamar mayores y mas abundantes socorros? no. Las enfermedades son lo mismo que han sido y lo serán hasta la consumacion de los siglos. Bien podrán inventarse nuevas palabras, enriquecer la nomenclatura médica con espresiones mas ó menos científicas, recargar y fatigar la memoria de los jóvenes alumnos con etimologías mas ó menos estravagantes, que aunque las enfermedades cambien

de nombre, no cambiarán por esto de causa ni de naturaleza.

¿Seria, pues, una temeridad el procurar designar la causa de esta espantosa multiplicacion?

Podemos con conocimiento de causa y sin temor de que se nos tache de exagerativos, hacer subir á cuarenta mil el número de médicos, cirujanos, oficiales de salud y farmacéuticos, que cubren actualmente la superficie del territorio frances. Entre las causas de este prodigioso é inconcebible aumento, no debemos omitir ese reflujo de tantos millares de jóvenes adictos al servicio de los hospitales, ó al seguimiento de los ejércitos que, no habiendo visto mas que cortar brazos y piernas, han soñado, ó se han imaginado que eran capaces de ejercer el grande arte de curar. Sin ninguna suerte de estudios preparatorios, y sin mas garantía que la proteccion de un cirujano mayor de un regimiento, cuyo valimiento nada menos era que gratuito al tiempo del licenciamiento del ejército, se han esparcido por la sociedad con ó sin prévio exámen, no teniendo por lo comun mas título que un despacho insignificante ó unos certificados sacados con astucia. Asi, pues, el número de esta especie de ayudantes mayores debia ser considerable, porque es mucho mas fácil el figurar en un hospital con un ancho delantal delante, que el esponer su persona en presencia del enemigo. Asi es que casi todos han vuelto sanos y salvos, mientras que los esparcidos miembros de nuestros soldados mutilados, y tal vez sus cadáveres, claman venganza contra la impericia y poca habilidad de semejantes hombres.

Hay aun otras causas que dan lugar á los mas

legítimos recelos sobre el futuro aumento. Cuand uno piensa que las escuelas de la capital, sin habla de las diseminadas por los departamentos, presen tan un cuadro de diez mil estudiantes, ¡que prodi giosa multiplicacion ha de haber dentro de die años! A la verdad, la muerte paseará su mortal gua daña por las cabezas de los antiguos y de algunos d los modernos; pero el número menor estará bier lejos de igualar al número mayor; y podemos deci que antes que se pasen diez años, tendremos po lo menos en Francia cincuenta mil individuos que practicarán el arte de curar, ó adictos al ejercicio de este arte.

Políticamente hablando, ¡que hombre no se aturdirá al ver esta maravillosa multiplicacion! pues en suma, es preciso que cada uno viva con su esta- do ó profesion. Ahora, pues, como no hay medi- castro de lugar, por malo que sea, que en un año comun no gane cuando menos tres mil francos, que- da aritméticamente demostrado que el arte de cu- rar, verdadero ó pretendido tal, cuesta anualmente á la Francia, enferma ó valetudinaria, la suma de ciento cincuenta millones por lo menos; y no hace- mos entrar en este cálculo los inmensos beneficios de esos aficionados al grande arte de tajar, cortar, que- mar y arrancar en caso necesario; de hombres que en la capital se vanaglorian de unos provechos anua- les que ascienden á ciento cincuenta mil francos y aun mas, y que no salen de sus casas para ir á pres- tar los socorros de su arte á la distancia de veinti- cinco ó treinta leguas, si préviamente no se les ha contado una suma de dos ó tres mil francos. Es preciso convenir en que esto es pagar muy caro el talento, y aun ¡que talento! Muy frecuentemente

el resultado de una visita tan caramente pagada, es de oir pronunciar el equivalente de una sentencia de muerte.

Cuando un jóven al salir del colegio tiene á su vista el ejemplo de unos hombres que en la sociedad disfrutan de una subsistencia honrosa, sin mas pena ni fatiga que el recorrer las calles de una ciudad, bien sea á pie ó en un elegante cabriolé, y á todo tirar, recorrer los campos con un buen caballo entre piernas, no necesita de mas para fijar su indecision. Echa una rápida ojeada sobre los diferentes estados de la sociedad; analiza las ventajas y pesa los inconvenientes, y entonces principia á reflexionar; porque ha comprendido que es indispensable que abrace un estado cuando no tiene una fortuna suficiente para vivir de sus rentas. El que únicamente tiene recursos módicos, no puede elevar mucho sus pretensiones, y es natural que escoja entre las diferentes profesiones la que presenta la doble ventaja de los beneficios pecuniarios y de una especie de consideracion.

Para entrar en la carrera del comercio se necesitan capitales. Con nada, nada se puede hacer. Sin embargo, son los capitales la cosa mas fácil de procurarse en el mundo.

¡La abogacía! antes de figurar en ella con éxito, se necesitan largos estudios; antes de obtener la confianza pública, tienen que pasar muchos años, y ademas se requieren buenas facultades intelectuales, buena presencia, y una alocucion que no es dado á todos el poseer.

¡El estado militar! hubo un tiempo sin duda en que ofrecia á una juventud amiga de la gloria una brillante perspectiva y un rápido adelantamien-

to, honores, y lo que los latinos llamaban *bona castrensia*. Mas hoy dia que nuestra patria, despues de veinticinco años de guerra intestina ó estrangera, acompañada de los mas horribles descalabros, disfruta las dulzuras de la paz, un jóven guerrero puede permanecer con el mismo grado por espacio de diez años enteros sin esperanza de ascender, y con unos sueldos tan módicos, que se ve forzado á seguir las leyes de una estrecha y rigurosa economía.

El ejercicio del grande arte de curar, no tan solo no presenta ninguno de estos inconvenientes, sino que antes bien ofrece á sus jóvenes alumnos una multitud de suertes ventajosas. Con tres años de estudio, ó á lo mas cuatro, pertrechado con su diploma, puede un jóven lanzarse en medio de la sociedad, y escoger á su gusto el teatro que juzgue mas á propósito para establecerse y ejercer su talento (1). Si es bastante feliz en saberse proporcionar no protectores, sino alabadores inteligentes y diestros, es asunto, sino concluido, por lo menos principiado bajo felices auspicios. Ordinariamente el tiempo hace lo restante.

Pero toda esta juventud, mas llena de sí misma que de ciencia y capacidad, que al salir de las escuelas de la capital ó de nuestras provincias, se esparce por los diversos puntos de este vasto reino,

1 Si es como dice el autor de no precisarse en Francia mas que tres años para formar facultativos, convengo casi en que estos jamás serán sobresalientes, ganando solamente con serlo; pero esto no se entiende al menos con los españoles, que precisan diez años para solo hacerse médicos puros, sin contar la gramática latina.

¿se atreverá á pensar que esté en estado de combatir con un enemigo tal como la enfermedad ó la muerte, que es casi siempre su inevitable resultado?

Pase, si aun estos jóvenes abriesen los ojos á una verdad conocida, y tuviesen el talento de adaptarla y considerarla como el mayor alivio de la humanidad; pero su tema está hecho de antemano. Ellos desecharian con desden un método nuevo que fuese pronto y curativo. El motivo se desprende de sí mismo. Un enfermo curado no tiene mas necesidad de médico, y el médico necesita enfermos, y no vive con los que disfrutan buena salud.

Con semejantes principios es preciso contar, no con la disminucion, sino con ver aumentar el número de esos pretendidos conservadores de la existencia humana. Solo el resplandor de una verdad luminosa, puesta al alcance de la multitud, es el que puede oponer un dique é este prodigioso aumento de vampiros que agotan á un tiempo mismo el principio de la vida con sus sanguijuelas, y la fortuna y comodidad de sus conciudadanos (1). Aho-

1 Cuantos mas médicos haya en un pais, tanto mas se empobrecerá éste, mientras que una administracion sábia y cuidadosa no dirija su atencion sobre los numerosos abusos que se han introducido en el ejercicio del arte médico ó quirúrgico. Podríamos citar en apoyo de esta asercion algunas particularidades, que nada menos serian que un floron de mas en la corona de ciertos prácticos. ¿Sorprenderá acaso despues de esto el verlos brillar y hacer alarde de un fasto insultante, y salpicar con las ruedas de sus cabriolés al ciudadano modesto cuyo bolsillo han sabido aligerar? Cincuenta años hace nuestros médicos de provincia iban á pie. Mucho les faltaba

ra bien: esta verdad brilla á nuestros ojos. Dejemos para las generaciones que vendrán despues de la en que vivimos, el cuidado de apreciar sus resultados. Pero si la autoridad no pone límites á la multiplicacion sin cesar creciente de esos hombres que se proclaman los conservadores de la vida; sino les fija un término que su concupiscencia no pueda franquear, llegará dia en que el hombre poco dotado de los bienes de fortuna, preferirá un incendio á una enfermedad de tres meses, cuando esta necesite una operacion ó un centenar de visitas. Contra el incendio hay garantías; contra los médicos no hay ninguna. Todavía mas; su número siempre creciente sufocará las mas justas reclamaciones, y se concluirá por no oirse mas que estas palabras: ¡Paga.... paga.... pobre enfermo!

para meter tanta bulla y tanta ostentacion como los médicos de nuestros dias, cuyo número es mas que cuadruplicado. ¡Que problema para resolver! Sin embargo, no es insoluble. Nuestras sociedades médicas, y nuestras sábias academias, se guardarán muy bien de hacerlo la materia de un premio, ni de proponer una medalla de oro ó de plata al observador imparcial que intentase dar la solucion. Es el *noli me tangere* de la medicina moderna.

CAPITULO XXXIV.

LA INJUSTICIA Y LA MALA FE PUESTAS EN EVIDENCIA.

La envidia es capaz de todo, menos de hacer bien. Ya lo hemos dicho; ella duerme poco, y en el corto sueño que se permite, no sueña mas que mentiras, maledicencias y calumnias. Todos los médicos le son buenos, y si fuese menester ser injusta, lo seria con tal de conseguir sus fines. No es esta una verdad nueva. Se la llamará si se quiere una verdad repetida; doble razon que nos dispensa de producir las pruebas en su apoyo.

En todos los puntos de Francia donde el método del cirujano Le-Roy ha penetrado, el arrebatamiento contra sus sucesos ha llegado hasta la locura, por no decir hasta el furor. Muchas ciudades han sido testigos de acciones viles y bajas por aquellos que fueron sus autores: algunas hasta han visto actos arbitrarios que se hubieran podido contrarestar; pero el desprecio que inspiran los que se han hecho culpables de ellos, les ha dejado debatir con el arrepentimiento que esperimentarán tarde ó temprano. Lion, esta ciudad recomendable por tantos títulos, ha producido igualmente hombres á quienes el arma de la calumnia no les ha sido siempre desconocida; mas Orleans ha sido como el fogon del volcan de donde han salido las grandes

erupciones. Esta ciudad ha sido como el cuadro de una conflagracion general; el hermano tomaba partido contra su hermano, la esposa contra su marido y el hijo contra su padre. Los que se habian curado ó habian sido testigos de curas mas ó menos maravillosas, no podian dejar de decir, ó lo que habian visto ó lo que habian esperimentado. Los otros negaban la existencia de los hechos, ó no se dignaban de tomarse el trabajo de comprobarlos. Asaltados por las preocupaciones de la infancia, justificadas y corroboradas por las falaces declamaciones de unos hombres que tienen el mayor interes en despreciar lo que les incomoda, ¿será estraño que la verdad no pueda penetrar por la espesa nube, en la cual están envueltas ciertas imaginaciones?

¿Será permitido á aquel ó á aquellos que dirigen una ojeada observadora sobre esta disidencia de opiniones, el analizar sus causas y remontar á sus principios? ¿Por que ese arrebatamiento general de parte de los médicos de diferentes distritos, en que este método ha penetrado á consecuencia de sus maravillosos é incontestables sucesos? La palabra *arrebatamiento* ¿es acaso demasiado dura? ¿no podríamos decir que aun no esplica sino de un modo muy imperfecto la ira ó animosidad de la mayor parte de los médicos de los diversos puntos de Francia (sin hablar del estrangero), para destruir y aniquilar si pudiesen los procedimientos prescritos por el autor de la *Medicina curativa*? A pesar de tres fallos de audiencias (Orleans, Amiens y Burges), á pesar de seis sentencias de tribunales (París, Quimper, Vannes, Vouziers, Charleville y Reims), se mueven y agitan en diferentes sentidos, y á fuerza de mentiras y pérfidas sugestiones, compro-

meten diariamente el ministerio público, que siempre sucumbirá en sus persecuciones, porque por lo que respecta á este punto, parece que la jurisprudencia está resuelta, y que las bases sobre que descansa son firmes é inalterables. ¡Ellos inducen en error y engañan á un ministro!

Sepan, pues, una vez por todas, que cuantas mas tentativas hagan, mas contribuirán contra su voluntad al triunfo de una verdad que deberian acoger y propagar, en vez de procurar aniquilarla.

Se ha principiado por dar el nombre de preocupacion, y despues de fanatismo, al razonable interes que una parte del público ha demostrado en favor de un sistema de curacion, cuyos sucesos habian correspondido á las esperanzas que de él tenian concebidas. Los hombres interesados en sufocar á su nacimiento lo que ellos llamaban el *azote de la humanidad*, decian á quien queria escucharles: Nosotros hemos tomado una resolucion irrevocable, y es la de no poner jamás los pies en las casas donde sabremos que se hayan introducido los remedios prescritos por el cirujano Le-Roy; y las pruebas de esta resolucion, que nos han llegado ya de mas de un distrito, nos inducen á creer que los motivos de ello han dimanado de una *dulce y amable* filantropía.

Pero ¿sería acaso el amor por vuestros semejantes el que os hubiese determinado á tomar una tal resolucion? El que ama á los hombres se lastima de su estravío, pero no cesa por esto de favorecerlos. ¡Que! ¿tendriais vosotros el corazon bastante duro y petrificada el alma de insensibilidad para rehusar vuestros socorros y atenciones á aquel que el error de un momento le hubiese seducido y ar-

rastrado? Esto podria pasar con esos obstinados, endurecidos y doblemente incrédulos que, bien sea de viva voz ó por escrito, han declarado que quieren morir sin vosotros. Pero no todos los hombres tienen la *desgracia* de estar sumergidos en el mismo esceso de *ceguedad*. Por piedad, dejaos aplacar y enternecer, y no confundais bajo los mismos anatemas el que solo es culpable por haberse dejado seducir, con el que ha seducido á seres débiles é irreflexivos. No, vosotros no les rehusareis vuestros cuidados, aunque no sea mas que por sacarlos del camino del error, en que ciega y voluntariamente se han precipitado; aunque no sea sino por darles á conocer que la causa de su enfermedad, como igualmente la de su muerte prematura, no puede atribuirse á otra cosa que al efecto de los medicamentos prescritos por ese hombre á quien habeis jurado un odio irreconciliable.

Vosotros sabeis que estos medios os han salido bien mas de una vez; y ¿por que no os habian de salir bien aun? Esa caridad, cuyos vengadores, defensores ó apologistas os habeis demostrado en muchas ocasiones, se concilia aqui ventajosamente con vuestros intereses pecuniarios: vosotros sois demasiado perspicaces y advertidos para no meter, como dice el proverbio, *agua en vuestro vino*. Sí, vosotros rebajareis alguna porcion del rigor de vuestras resoluciones, en lo que obrareis muy sábiamente. Vosotros os hareis de rogar un poco, pero cedereis sin mucha resistencia. Mas de una vez se os ha visto ya rodear y enviar vuestros emisarios á ciertas casas, donde pasabais la lluvia y el buen tiempo, á fin de reconquistar una confianza perdida; y á pesar del estado de inquietud de

vuestros antiguos clientes, se ha visto á mas de uno rehusar constantemente vuestras visitas y vuestros buenos oficios, lo que les ha probado muy bien. Sí, vosotros volvereis á la práctica y ejercicio de esta bella virtud, por la que tanto os interesais; sereis caritativos á pesar vuestro.

¡Ah! sin duda conoceis á fondo esas leyes santas, vosotros que, no sabiendo que responder á los pequeños reproches que tan justamente habeis merecido, no encontrais otro medio de vindicaros que el de acusar al que os los ha hecho, de haber quebrantado las reglas de la caridad cristiana; vosotros que dejais destilar de vuestros labios la hiel de la maledicencia ó el veneno de la calumnia contra aquel que ha suspendido una punta del velo que ocultaba vuestras falsedades. Pues bien; permitidle que os diga que él no ha infringido esas leyes santas y divinas, y que no ha dañado personalmente á ninguno de vosotros. El ha mirado vuestros principios del mismo modo que vosotros mismos los mirais, esto es, como principios que solo descansan en simples congeturas. El ha dicho que no se cura á un enfermo con tales medios; ha dicho que vosotros solo andais á tientas, á ejemplo de vuestros antecesores, que os han trasmitido una rutina en lugar de unos principios; ha dicho que vosotros no queriais abrir los ojos á la verdad que se os presenta; que habeis sido unos torpes en los medios que habeis empleado para destruir una verdad incómoda, y que todos vuestros esfuerzos solo han venido á parar en darle mas celebridad. ¿Donde está, pues, el delito? ¿Habriais por ventura venido á parar en casuistas sin saberlo y como durmiendo? En todo caso seriais unos malísimos casuistas.

Esto es sin embargo lo que vosotros llamais una violacion de las reglas de la caridad cristiana. ¡Ah! dignaos de conocerla mejor; sabed que la caridad abraza la universalidad de los hombres, y que el bien general de la sociedad es preferible á la pérdida de algunas monedas de plata, que la manifestacion de ciertas verdades útiles ha podido impedir cayesen en vuestras manos. ¿No deberiais por el contrario estarle agradecidos de su retentiva y moderacion? Vosotros sabeis el ansia que el público ha manifestado para procurarse la primera edicion de esta obra en la época en que pareció. No ignorais tampoco las consideraciones y miramientos que se os han tenido, no dándole mas que la necesaria publicidad, por el suceso de la causa ó del proceso que entonces se defendia. ¡Cuantos ejemplares hubieran circulado si el autor hubiese querido hacer de este escrito un objeto de especulacion! ¿No podia él mortificaros, humillaros y aterraros, batiéndoos con vuestras propias armas, ó con las que hubiera podido tomar de los arsenales de la ciencia médica antigua ó moderna? ¿Podriais ignorar de qué manera os ha tratado Pedro Apon, célebre doctor de la universidad de París, y uno de vuestros antecesores, que conocia todos los secretos y las mas menudas intrigas del arte? No hay uno solo entre vosotros que no sepa quien era el tal Pedro Apon. En el décimocuarto siglo, este hombre del arte os dijo grandes verdades, que la caridad casi nos induciria á mirar como mentiras. Vuestros antecesores lo hicieron comparecer ante el tribunal de la inquisicion. Afortunadamente para él, murió en la cárcel mientras que se le formaba el proceso; de otro modo hubiera sido quemado vivo,

de lo que se libertó por serlo en estátua (1). Este hombre, que sus contemporáneos habian aborrecido y perseguido, no obtuvo por esto menos estátuas despues de su muerte, y su soberano el duque de **URBINO** colocó una de ellas entre las de los hombres ilustres. El senado de Pádua mandó hacer otra, que colocó sobre la puerta de su palacio, entre los de *Tito Livio* y de *Alberto el Grande*. ¡Debil reparacion de las persecuciones que esperimentó durante su vida!

Si aquel á quien vosotros llamais vuestro enemigo hubiese querido acusar á sus acusadores, ¡que ventajoso partido no hubiera podido sacar de una obra que habia venido á ser estremamente rara, porque vosotros habiais tenido la maña de hacer desaparecer todos sus ejemplares, y de entregarlos sin piedad á las llamas siempre que han caido en vuestras manos! Esta obra no era de un hombre ignorante de la ciencia médica; su autor no era ni un aventurero, ni un aborto, ni un charlatan. Si los títulos tienen algun ascendiente ó algun imperio en vuestros espíritus, os diremos que este hombre fue durante su vida médico de testas coronadas. El rey y la reina de Inglaterra lo trataban fa-

1 Ved aqui en latin lo que le valió á ese pobre Pedro Apon el honor de la persecucion de sus caros y dignos compañeros. El habia dicho de ellos:

Invidiae pelagus, detractionis organum, ambitionis perforatam clepsydram, alienae veritatis contradictorem, garrulum, propiae ignorantiae constantissimum defensorem, et inexcusabilem aegrorum neglectorem. (Pet. Apon Differentium 7.°)

¿Los médicos de nuestros dias han cambiado.....? Les dispensamos la traduccion.

miliarmente. ¿Os lo nombraremos? *Gedeon Harvey*. Ninguno de vuestros antecesores ha osado disputarle la calidad de médico hábil y esperimentado. Su solo destino ó empleo lo hubiera garantido de vuestros sarcasmos; pues sabeis cuál es en todos tiempos el crédito del primer médico del Rey; el que lo es, tiene mucha influencia, y se temeria de tenerlo por enemigo. Asi, pues, tened á bien que se os remita á un opúsculo, cuyo título no puede seros desconocido. El habia sabido apreciar los médicos de su siglo y los de los siglos anteriores, y con los conocimientos que adquirió, fue como compuso una obra, cuyo título no es nada lisongero ni honroso para los que ejercian el arte que vosotros practicais. *De dolis, mendaciis et vanitatibus medicorum*. Y ¡que diriais, y que diria el público, si pusiésemos ante sus ojos y los vuestros una muestra ó un ensayo de traduccion de los capítulos cuyos títulos son: *De Lanio-Doctoribus, De Doctoribus aquariis, De Asino-Doctoribus, De Collegiis medicorum*, etc., etc.!

No, no somos con vosotros ni injustos ni malos, y de ello acabamos de daros una prueba irrecusable. Pero ¿podriais tener vosotros el mismo lenguaje, mientras que vosotros mismos ó vuestros confidentes estais como en acecho para espiar y observar quienes son los que han preferido el método de curacion del cirujano Le-Roy, al que vosotros hubierais podido prescribirles? Cuando alguno de ellos llega á pagar el tributo á la naturaleza; aun cuando vosotros lo hayais notoria y anticipadamente abandonado; aun cuando hayais públicamente anunciado su absoluta incurabilidad, si recobra atribuis el suceso de su curacion á la naturaleza: es la

naturaleza fecunda en recursos la que todo lo hace. Siguiendo esta misma regla, si el enfermo sucumbe, son los medicamentos que le han muerto; y nuestros cafes, nuestras esquinas, nuestras plazas públicas y todos los lugares de reunion, con los que manteneis relaciones, resuenan por vuestras bocas y las de vuestros confidentes estas palabras: *Ved aqui otro.*

Mas ¿por que se han de tener dos pesos y dos medidas? Cuando vosotros dejais bajar al sepulcro á vuestros enfermos á docenas, ¿se os hace algun reproche? ¿teneis acaso derechos y privilegios esclusivos? y ¿sereis desapiadados y crueles con uno de vuestros compañeros cuando se le escapa un enfermo, reputado incurable por vosotros mismos, y que habiais abandonado á su infeliz suerte? ¡Ah! se os comprende; vosotros quereis una hipoteca privilegiada, y porque algunos quisieran sustraerse á este impuesto ó tributo que no es ligero, clamareis altamente contra aquel que use de un derecho que no podeis disputarle. Pero si sobre cien enfermos infructuosamente medicinados y abandonados por vosotros, muere tan solamente uno entre sus manos, habituados como estais á denigraros diariamente unos á otros, al momento embocais la trompeta de la calumnia. Vosotros creeis escaparos de la censura de un público ilustrado. Pero id con tiento, no sea que os equivoqueis; pues este comienza á saberos apreciar, y sabe que esta pasion tan vil y tan despreciable en sí, supone en los que están dominados de ella el conocimiento de su insuficiencia personal. El verdadero médico, aquel que se propone estender la esfera de los conocimientos útiles, será el primero en aplaudir el mérito de un compa-

ñero que haya hecho un descubrimiento en el gra
de arte de curar. Vosotros no dais á luz el motiv
que os hace obrar, pero el público lo penetra. ¿ Cu
es, pues, este motivo? *Amor nummi*, etc. ¿ Os
reis, pues, aun despues de esto hacer resonar nue
tras esquinas y plazas públicas con esta palabra d
órden, con esta palabra convenida, y con este qu
rido refran: *ved aqui otro*? (1).

1 Si hemos de dar crédito á ciertos rumores que ci
culan, parece como si algunos partidarios de Hipócrat
estuviesen proyectando nuevos ataques para reconquist
lo que ellos llaman la opinion pública. En cierto hosp
tal general, que no queremos designar á fin de apart
hasta la sombra de la sospecha, un médico, profesor
medicina clínica, supo que un enfermo habia hecho u
por una sola vez hacia ya mas de seis meses, de los m
dicamentos de la *Medicina curativa*. ¡ Que vasto campo
le ofrecia para hacer sábias observaciones! ¡ que brillan
y larga materia para desarrollarla ante dos ó tres discíp
los que componian su asistencia habitual! Vosotros vere
les repetia á cada leccion, vosotros vereis los funestos efe
tos de esos perniciosos medicamentos. Este enfermo morir
ó yo perderé mi nombre. Podeis mirar mi pronóstico com
cierto, verídico é incontestable.

La profecía del doctor regente se cumplió literalme
te á eso del fin del mes.

Colmado de gloria, y contento á vista de un suce
tan brillante, nuestro doctor dió pasos acerca de la aut
ridad administrativa, á fin de obtener permiso para
abertura del cadáver, acompañándola de todas las form
lidades capaces de darle un aire de legalidad, y sobre
cual se hubiera podido construir el ensamblage de u
hermosa sumaria informacion, que en caso necesario h
biera llenado algunas columnas del diario del depart
mento.

La solicitud fue contestada en estos términos: ¿Pide

¡Y que! ¿seriais tan injustos que quisieseis exigir que los medicamentos del cirujano Le-Roy debiesen garantir de la muerte? ¿por ventura ha anticipado él jamás el absurdo de que puedan curar siempre, y podriais prevaleros de ello como si lo hubiese insertado en su inmortal obra? ¿no dice por el contrario que la muerte es una de las condiciones de la vida, y que es de absoluta necesidad que se ha de cumplir un poco mas pronto ó un poco mas tarde? Tal vez se me acusará de parcial ó preocupado por el celo que manifiesto en defender contra sus enemigos el método de este práctico. ¡Ah! por piedad, dejad la libertad del desahogo á un corazon penetrado de reconocimiento, que sabe comparar el estado de salud con el de la enfermedad ó sufrimiento. No seais injustos hasta el punto de querer quitar á un corazon sensible el placer puro que esperimenta, bien sea rindiendo homenage á la verdad, bien sea quitando á la envidia la horrenda máscara con que se encubre el rostro. Yo conozco al cirujano Le-Roy, conozco su corazon, y he sondeado el fondo del alma de sus enemigos, ó de los enemigos de su método. El mas puro y bello de los goces es el de arrancar de los brazos de la muerte las víctimas que vosotros habiais ya como condenado á ella, declarando que no tenian esperanza ni derecho alguno á la vida. Este es el placer que embellece su existencia, y sin el cual tal vez le seria incómoda. Si durante su vida ha hecho algun bien; si

familia del difunto esta abertura? No. Pues bien, que se le entierre. A buen seguro que ese gefe de administracion es mucho mas amigo de los médicos de lo que ellos se imaginan.

de todas partes le felicitan por ello, su modesto c
razon sabe á quien debe atribuir unos elogios t
lisonjeros, y su reconocimiento hácia aquel que
la salud y la enfermedad, la vida ó la muerte á l
hombres, no es una veleidad de sus sentidos.

He seguido tambien las huellas de los detra
tores de su método; he prestado oidos á sus ven
nosos discursos, á esos discursos que su prop
conciencia desechaba al tiempo mismo que su le
gua los articulaba con el tono de la seguridad m
completa, y no he visto ni oido mas que el le
guaje de la injusticia y de la sinrazon. Pero pe
sadlo bien; el público no se engañará, pues s
be apreciaros. El sabe que vuestra opinion c
respecto á la cosa que os complaceis en denigra
es irrevocable. Si quisiésemos aun prestar oidos
ciertos rumores que corren, diríamos que much
de entre vosotros han puesto en práctica de su pr
pia cuenta estos mismos medios curativos, ó l
han administrado en ciertos casos desesperados
enfermos escogidos. Mas ¿por que procurais arra
gar en ciertas mentes esas mismas preocupacion
á las cuales sabeis haceros superiores? ¿Por q
tratais de sugerir unas ideas que no teneis, en razo
á que sois demasiado inteligentes para adoptarla

A consecuencia de la alta influencia que eje
ceis, vemos personas engañadas por vosotros q
dicen altamente que preferirian la muerte al u
de esos medicamentos, de cuya eficacia, proclama
da en casi todos nuestros departamentos y fu
ra de ellos, no puede dudarse. Los vemos, c
yo encaprichamiento ó preocupacion llega á ser l
cura, por no decir otra cosa. ¿Cual puede ser
causa de semejante delirio? es porque vosotros ha

beis dicho altamente que esos remedios eran un veneno, un veneno activo y muy activo; ó porque rebajando algo de esas exageraciones calumniosas, os habeis contentado con llamarlos un veneno lento, cuyos funestos efectos se resentirán tarde ó temprano. ¿Que nombre daremos á un procedimiento semejante, y á unas palabras tan contrarias á la evidencia de los hechos y de la razon? Llamemos la cosa por su nombre: es el cúmulo, el esceso y el asombro de la injusticia.

CAPITULO XXXV.

LAS ESCAPATORIAS.

No es poca habilidad la de saberse salvar con destreza de un mal paso ó de una posicion embarazosa; y en estas circunstancias es cuando un médico hábil saca partido de su talento. El que entre ellos tiene el don de hacer que la muerte encubra todos sus errores, es un hombre precioso al órden. La envidia, tan comun y ordinaria entre los hombres de esta profesion, viene á estrellarse á los pies de este *aficionado*. Viene á ser un modelo que todos se dan priesa á copiar. Sus dichos agudos y sus pequeños ardides, vienen á ser en caso necesario una especie de aforismos, que hacen época en los anales de la facultad. Los sucesos maravillosos que ha obtenido la *Medicina curativa*, tanto en Francia como en sus colonias, ha puesto de mal humor á nuestros profesores del grande arte de curar. Por la mas mentirosa de las alegaciones, los medicamentos que en ella se indican, han sido presentados á la vista de las autoridades administrativas y judiciarias con las calificaciones mas odiosas. La palabra del órden, la palabra convenida, no solamente en todos los puntos de Francia en que este método ha encontrado partidarios, sino tambien en las regiones lejanas donde ha penetrado (1), ha

1 ¿Se querrá creer que en las regiones de la lejana

sido esta: »¡Que! ¿habeis, pues, jurado morir víctima del mas funesto de los venenos?" Constantemente han acordado perfecta y unánimemente sobre este punto, y no han tenido mas que una sola voz y un voto para desechar lo que en su alta sabiduría llaman el azote de la humanidad.

No obstante, á pesar de los temores y alarmas que los potentados del órden se han complacido en diseminar, algunos enfermos, esto es, aquellos que habian esperimentado la inutilidad de sus pres-

América, los médicos de una colonia hayan conseguido á fuerza de intrigas y sugestiones, un decreto de su gobernador que prohibe en toda la estension de esta colonia los medicamentos prescritos por el autor de la *Medicina curativa*? Comencemos por rendir homenage á la prudencia y alta sagacidad del señor gobernador. Mas el profundo respeto de que estamos penetrados por su persona y por el destino que ocupa, no nos impedirá el decir que parece que en este punto ha traspasado los límites del poder que se le ha confiado. El gobernador de la colonia vecina (la Martinica), no menos celoso de la conservacion de los dias de sus administrados, no ha mirado bajo el mismo aspecto la introduccion de este método curativo. No nos atreveremos á levantar la mas ligera duda sobre la estension de los poderes confiados al señor gobernador; pero el hombre constituido en dignidad, está muy espuesto á sucumbir á la tentacion de la estension del poder. Por piedad, señor gobernador, dejad que nuestros colonos se curen cada cual á su modo. Abandonadles el cuidado de vigilar por la conservacion de los dias de esas infelices criaturas que forman su riqueza, y para quienes la salud es la primera de las necesidades. No les impidais con vuestras prohibiciones el placer puro que esperimentan en dirigir sus votos al cielo por la conservacion de los dias de aquel que ellos miran como el mayor bienhechor de la colonia.

cripciones, no temieron de esponerse á los peligros con que la facultad los amenazaba. Muchos esperimentaron un notable alivio, y otros una curacion radical y completa. Muchísimos enfermos curados, uno tras otro, en una ciudad cuyos habitantes conservan entre sí frecuentes relaciones, produjeron con su testimonio una grande impresion en aquellos de sus conciudadanos que tenian ojos para ver y oidos para oir. Todos los médicos del universo jamás persuadirán á un enfermo de que no está curado, mientras que este no esperimente ninguna especie de sufrimiento; y ademas, ¿como podrian poner en duda unos hechos palpables, sensibles y evidentes? La mas acérrima incredulidad, el espíritu de corporacion mas profundamente arraigado, se ven obligados á tocar la retirada, y entonces es cuando recurren á los subterfugios y á las escapatorias.

Escuchemos este diálogo.

EL CABALLERO, LA BARONESA Y EL DOCTOR.

El caballero. »Seais bien venido, doctor; no podiais llegar mas á propósito: no hace diez minutos que hablábamos de vos, bien y honradamente, se entiende. Se ha suscitado una disputa entre madama la baronesa y yo sobre un asunto que está en el resorte de vuestras atribuciones, y es preciso que seais nuestro árbitro en esta pequeña diferencia.”

El doctor. »No me pertenece tanto honor. Unas personas de vuestro rango y mérito deben escoger jueces de un órden mas distinguido. El conocimiento de mi incapacidad se opone á que yo acepte una comision de tan alta importancia. Ademas, tal vez

madama la baronesa no participa de la confianza que el señor caballero parece tener en mí."

La baronesa. »¡Ah, doctor! á este solo rasgo os reconozco: vos obrais con astucia. Quereis que yo os diga en buena compañía que poseeis mi confianza y que la poseeis entera. Es una profesion de fe que me cuesta muy poco. Sí, yo me uno al señor caballero para suplicaros que decidais la cuestion que nos ocupaba antes de vuestra llegada. El caballero casi os lo ha dicho ya cuando ha anticipado que era del resorte de vuestras atribuciones, pues que es una cuestion médica."

El doctor. »¡Bueno! ¿por ventura madama la baronesa se ocuparia de medicina? Dejad, dejad, madama, este cuidado á los hombres que por su estado se ven obligados á entregarse á estos penosos estudios. El hombre del arte que habeis revestido de vuestra confianza, no la ha obtenido sino á buen precio. Nadie ignora que vos no sois de quellos que la dan á ciegas, y toda la ciudad sabe que vuestro testimonio es la mas sólida de todas las garantías."

El caballero. »¡Oh! por esta vez, doctor, la cuestion está ya medio decidida; ya veo que sereis incontestablemente de la opinion de madama la baronesa, y que yo debo sér condenado con costas. Pero como la causa aun no ha sido instruida, madama no tendrá á mal, ni vos tampoco, que yo establezca el estado de la cuestion. Sin duda habreis oido hablar, mi caro doctor, de un nuevo método de curacion, dirigido contra toda especie de enfermedades. Los diarios de la capital y de la provincia, no menos que los tribunales, han resonado tanto de él, que no hay ni un solo medicastro de lugar que no haya tenido conocimiento de ello."

El doctor. »¡Oh! apostaria diez contra uno que hablais sobre el artículo del método llamado de Le-Roy.''

El caballero. »¡Ah! ¡ah! doctor, vuestra ordinaria penetracion os sirve maravillosamente. Otros hubieran estado pensando largo tiempo, ó hubieran esperado á que se les diese la palabra del enigma; pero vos lo habeis adivinado al primer golpe. Pues bien; una vez que existe un método del cirujano Le-Roy, decidnos sin rodeos lo que pensais de él. Pero ante todo creo deberos decir francamente que madama la baronesa no es su apologista.''

El doctor. »Madama la baronesa tiene muchísima razon. Pero vos, señor caballero, vos hombre de juicio, de raro discernimiento y de un espíritu delicado, ¡seriais su partidario! ¡Oh! yo no podria familiarizarme jamás con esta idea.''

La baronesa. »No jureis por nada, señor doctor; el señor caballero se resiente del espíritu de proselitismo: con los talentos que le conoceis, ¿sabeis que acabará por ser peligroso? Si yo hubiese querido escucharlo, creo, Dios me libre, que casi os hubiera hecho una media infidelidad. A buen seguro que ha sido mi ángel tutelar el que os ha enviado aqui para impedir que yo sucumbiese á la tentacion.''

El caballero. »Recibid, madama la baronesa, mis mas humildes gracias por las bellas cosas que acabais de decir á mi favor; pero contestando al doctor, no me habeis dispensado por esto de descubrirle el fondo de mi pensamiento. Sí, lo confieso sin fingimiento y sin rodeos, soy un celoso partidario de este sistema de curacion, fundado sobre una razon que vale por mil. Doctor, hacia seis

meses que yo estaba enfermo como sabeis. Por espacio de un cierto tiempo seguí vuestras órdenes, y no me curasteis. Cansado de sufrir, me conformé puntualmente con la marcha trazada en la obra de que tratamos. Actualmente estoy bueno. ¿Que teneis que responder á esto, mi caro doctor?"

El doctor. »Lo que tengo que responder es que este método es abusivo, dañoso y perjudicial, y que todo médico, por poco instruido que sea, se negará constantemente á admitir un medio curativo, igualmente bueno en toda especie de enfermedades, y relativo á toda especie de individuos. Puede ser que en ciertos casos indeterminados, y bajo la direccion de su autor, se pueda obtener algun suceso; pero este suceso, mas ó menos real, no puede contrabalancear los peligros (1)."

La baronesa. »Lo que acabais de decirme, mi caro doctor, me conduce á haceros una observacion. A pesar de mis cincuenta años, mi memoria me sirve aun bastante bien; y en una conversacion que tuvimos juntos sobre este asunto cosa de un mes hace, me dijisteis bien positivamente que era un veneno activo y muy activo. Me parece que en presencia del caballero os modificais sobre este principio, y que hablais un lenguaje muy diferente. ¿Será tal vez porque manifiesta gozar de una salud perfecta de resultas de haberlo usado, que sois mas circunspecto y moderado en vuestras espresiones, ó bien (lo que no me atrevo á creer) tendreis dos lenguas en vuestra boca?"

1 Palabras sacadas textualmente de una decision de la sociedad médica de Tours, en su sesion del 1.º de Mayo de 1820 (*Diario del Indre-et-Loire*),

El doctor. »Cuando dige que era un veneno, ya sabia que hay diferentes modos de interpretar las cosas. Era por daros á conocer, madama la baronesa, y por haceros comprender que esos remedios no os convenian ni podian conveniros. Vos, madama, sois de una complexion estremamente delicada, y para las personas de vuestro temperamento, se requieren remedios dulces y anodinos, que no hagan, por decirlo asi, mas que atemperar la calentura. Nuestras espresiones no siempre deben tomarse en su riguroso sentido. Ademas, los venenos son relativos. Tal remedio es ó puede ser un veneno para un enfermo, y un medio curativo para otro.''

El caballero. »¡Ah, doctor, que es lo que habeis dicho! Siempre habia yo creido, segun todos los libros que he leido ó reconocido, que era de la naturaleza de los venenos propiamente dichos el dar la muerte á los que hacian uso de ellos, bien sea que obren como corrosivos ó como narcóticos. Ahora cambiais la tesis, y los venenos ya no son sino relativos al individuo que se sirve de ellos; de modo que mientras lo que seria un veneno para madama la baronesa, con respecto á mí ha producido los efectos mas maravillosos. Convenid, doctor, en que esto participa de la clase de las maravillas y de las cosas inesplicables, por no decir contradictorias. Podeis mirarnos tanto como gusteis como buenos y dóciles tributarios: ejerced vuestro dominio sobre nuestra salud y nuestro dinero; pero no encadeneis nuestra razon, ni pretendais avasallarla al yugo de vuestras asercciones.

La baronesa. »¡Ah, mi caro caballero! vos volveis á ponerme en camino. Nosotros hablábamos

el otro dia de la cura maravillosa é inesperada de una pobre muger que se habia curado siguiendo este método, y me acuerdo muy bien que el doctor me confesó que, por ejemplo en el caso de una escesiva plenitud, este método podia ser empleado con algun suceso. ¿Os acordais de ello, mi caro doctor?"

El doctor. »Basta, madama, el que vos os acordeis. La multitud de mis ocupaciones, de visitas dentro y fuera, consultas verbales y por escrito, todo esto es causa de que muchas cosas se me vayan de la memoria. Me acuerdo efectivamente el haberos dicho que, *bajo la direccion de su autor, este método podia ser útil en ciertos casos indeterminados* (1)."

El caballero. »Hubierais podido no obstante, señor doctor, haber hallado ocasion de usarlo con alguno de vuestros enfermos, pues que casi no puede ser que en el número de los que han caido en vuestras manos, no se encontrase alguno á quien fuese aplicable."

El doctor. »Tened á bien el observar, señor, que he dicho *entre las manos de su autor*, cuya observacion responde á todo. No conociendo este método mas que de oidas, no habiéndolo leido jamás, ni tenido jamás deseos de leerlo; ignorando la naturaleza de los medicamentos que prescribe, me he atenido al testimonio de algunas personas que no dicen mucho mal de él. Ademas, nosotros tenemos otros medios que no son menos poderosos ni menos eficaces."

1 Palabras sacadas de la decision de la sociedad médica de Tours. *Diario del Indre-et-Loire*, 1820.

El caballero »Acabais de hacer unas confesiones, mi caro doctor, que no os hacen mucho honor, y cuyas consecuencias seguramente no habeis calculado. ¿Como puede un hombre ilustrado como vos aprobar ó desaprobar una cosa, sobre la cual, segun vuestra propia confesion, no teneis ningun conocimiento? Antes que el hombre esponga su propio juicio ú opinion, es necesario que conozca el objeto sobre el cual pronuncia. ¡Que terrible golpe habeis dado con esto á la confianza que madama la baronesa tiene en vuestras luces! ¿Quisierais, señor doctor, tener por juez en un asunto contencioso á un magistrado que principiase por confesar que no habia tomado conocimiento alguno del asunto llevado ante su tribunal? Vos nos confesais que no conoceis este método sino muy imperfectamente, dejando entrever ademas que estais preocupado contra él. Estos dos motivos son mas que suficientes para mantenernos sobre sí contra vuestra decision. Ultimamente, caro doctor, tened á bien que recapitule lo que llevo dicho, y que lo acompañe de un ligero comentario. En el método que el médico Le-Roy ha dado al público, traza una nueva senda y un modo de proceder desconocidos hasta hoy, indicando á la vez un medio preservativo y curativo. ¿Por que no se han de examinar los hechos? y si los hechos son probados, ¿por que no se ha de rendir homenage al mérito de la cosa? ¿por que se ha de luchar y bregar contra unas verdades probadas, que por esto mismo vienen á ser verdades incontestables? Convenid, doctor, en que hay una diferencia muy grande entre vosotros y nosotros los caballeros franceses; pues si alguno de nosotros hace el descubrimiento

de una nueva táctica, ó inventa una nueva maniobra, propia para simplificar los movimientos y asegurar el éxito de una batalla con la prontitud de las evoluciones, lo ensayamos, y cuando vemos que la esperanza está de acuerdo con la esperiencia, somos los primeros que rendimos homenage al talento, y apoyamos por todos los medios posibles los progresos del arte militar. ¿Por que, pues, no haceis vosotros en el ejercicio de vuestro arte lo que nosotros hacemos en el nuestro?"

La baronesa. »Poco á poco, os suplico, mi caro caballero; vos perseguís con un poco de demasiada viveza á vuestro adversario: un poco menos de calor, un poco menos de animosidad, y la verdad nada perderá en ello. ¿No sabeis que yo tomo la defensa del amor propio de mi esculapio, y que os está mal el llevar demasiado lejos vuestras ventajas?"

El caballero. »Os pido perdon, madama la baronesa, si he dicho alguna cosa capaz de desagradaros: jamás tuve intencion de humillar á nadie; pero ni vos, ni el caro doctor que está presente, podeis tener á mal el que yo descubra el fondo de mi pensamiento. El doctor os ha dicho confidencialmente que esos medicamentos eran un veneno. Ha apoyado su dicho con la autoridad de los médicos de Lion, Orleans, etc., que los han calificado asi, bien sea ante los tribunales ó en los papeles públicos. A la verdad, el señor doctor ha retrogradado algunos pasos, y ha añadido algunos correctivos á su primera afirmacion, y esos pretendidos venenos ya no han sido mas que venenos relativos á ciertas personas. Ahora esos pretendidos venenos pueden curar algunas personas ó enfermos como yo, por ejemplo.

Asi, pues, ved aqui unos venenos que son venenos y que no lo son; unos venenos que matan y que no matan; no solamente que no matan, sino que tienen la propiedad de curar. Convenid, pues, madama la baronesa, en que cuesta mucho el digerir semejantes contradicciones, y dudo mucho, caro doctor, por hábil que seais en el arte de las escapatorias, que podais salir de este mal paso, pues que yo no hago mas que poneros al frente de vos mismo, sirviéndome de vuestras propias espresiones."

El doctor. »¡Ah, señor caballero! yo no os digo que este remedio sea malo, puesto que os ha probado bien, y aun digo que es bueno; pero digo y diré que no puede convenir á toda clase de personas; digo mas, que no puede ser dirigido contra toda especie de enfermedades. Yo me mantengo en este principio, único y fundamental; principio tanto mas sólido, por cuanto es la base de la enseñanza de todas las facultades que existen sobre el globo."

El caballero. »Vos me citais aqui, doctor, una bella autoridad: ¿tendriais acaso la ligereza de creeros una autoridad infalible, ó de quererlo hacer creer asi? Cada escuela tiene sus sistemas; aqui prevalece la de Hipócrates, y alli la de Galeno está en auge: ¿son todas ellas infalibles? La doctrina de la *Medicina curativa* solo admite un principio fijo é invariable, dirigido y aplicable contra toda especie de enfermedades; pero el autor tiene gran cuidado de declararos que no se puede restituir la salud á todos los enfermos. No se olvida tampoco de deciros que su método no conviene á las almas débiles, tímidas, pusilánimes, llenas de preocupa-

ciones, y que sustituyen su voluntad con la de su médico. El lo prohibe á todos los temperamentos aniquilados por los baños, por las sangrías ó las mordeduras de las sanguijuelas, que han empobrecido y agotado el principio vital; y bajo este concepto, convengo gustosamente con vos que no puede convenir á toda clase de personas; pero fuera de este caso, yo no temeré de sostener en presencia de todas vuestras facultades reunidas, que puede aplicarse este método con el mejor éxito. Uno es muy fuerte, mi caro doctor, cuando tiene la esperiencia y los hechos en su apoyo.''

La baronesa. »Convenid, señores, en que hace ya mucho tiempo que ambos hablais, y que á una muger le gusta mucho el hablar á su vez; espero, pues, que me permitireis algunas ligeras observaciones.''

El caballero y el doctor juntos. »Madama, nosotros os escuchamos.''

La baronesa. »Yo creo que una cuestion de la naturaleza de la que nos ocupa, debe ser mas bien terminada con citas de hechos, que por medio de razonamientos que se pierden de vista; razonamientos con los cuales concluiríamos por no entendernos á fuerza de embrollar la materia. Decidme, mi caro doctor, sin fingimiento ni rodeos y en vuestra alma y conciencia, lo que sabeis de los malos efectos de los medicamentos prescritos por el cirujano Le-Roy, pues yo trato de asegurar mi opinion. Y vos, mi caro caballero, tomareis en seguida la palabra.''

El doctor. »Lo digo con toda verdad. *He sido testigo dé que dos personas han perecido miserable-*

mente por haberlos usado (1). Que otras veces h
sido llamado por diferentes enfermos en el momen
to mismo en que lo habian tomado. ¡No, madama l
baronesa, no puede haber espectáculo mas horro
roso! He sido testigo de espasmos, de movimien
tos convulsivos, sudores frios, etc. Ha sido una fe
licidad para ellos que yo fuese llamado tan oportu
namente. He ordenado té á los unos, una decoccio
de flor de naranja á los otros, leche á estos y agu
tibia á aquellos. ¡Ah! sin esto creo muy bien qu
era asunto concluido.... No hablo de muchos otro
que han muerto, ni menos de los temerarios qu
han sido tan indiscretos que han recurrido á ellos
y que no dejarán de esperimentar igual suerte."

El caballero. »Doctor, ¿este lenguaje no se re
siente de la exageracion? vos teneis el aire de se
de vuestro pais. Me parece que creyendo fortifica
vuestras pruebas las debilitais, pues quien prueba
demasiado, no prueba nada. Por espacio de mucho
tiempo he usado yo unos medicamentos que casi
acabais de proscribir, y os declaro con toda verdad
que no he resentido ninguno de los funestos efectos
que acabais de enumerar. No quisiera sin embargo
contradeciros relativamente á algunos individuos
la existencia de los espasmos, calambres y sudor
mas ó menos abundante; pero estos supuestos ac-
cidentes, respectivamente á muchos enfermos, son
el resultado inevitable del sacudimiento ocasionado
por la accion del medicamento. Ciertas imaginacio-

1 Palabras estraidas de una carta firmada *Trabert*, médico-cirujano. *Gaceta universal de Lion*, *Mayo* 1820, *número* 75.

nes débiles y fáciles de exaltar y de desconcertar, conciben temores, y se dejan dominar en el momento de la crísis por vanas alarmas. Se llama á un médico, y ya se deja conocer que aprovechándose éste de esos terrores pánicos, hace entonces su oficio. Por lo que concierne á las supuestas víctimas de estos remedios, ¿creeis vos que en la inmensa cantidad de enfermos que los han usado, debian todos igual é infaliblemente sustraerse á los golpes de la muerte? Este seria el mayor y mas portentoso de los milagros. ¿Por que se recurre á este método? porque se está enfermo. ¿Cuando se recurre á él? por lo comun en los casos desesperados. Y ¡seríamos injustos hasta el punto de querer exigir que todos los enfermos sin esperanza, abandonados y condenados á muerte por los profesores de la facultad, recobrasen la salud y la vida! ¡quisiéramos que de mil no pereciese tan solamente uno! Aun cuando este hombre, sumamente estimable y no menos precioso á la sociedad, no curase mas que veinte enfermos de cada cien de los que vosotros declarais incurables, y con los cuales habeis agotado toda vuestra ciencia, ¿no hubiera adquirido algunos derechos al reconocimiento de sus conciudadanos? La antigua Roma le hubiera discernido una corona cívica con esta divisa: *ob cives servatos*.

»Una palabra aun, doctor. Yo fui en otros tiempos el súbdito mas dócil y sumiso de la facultad. Cuando os veia llegar, ya me creia medio curado; erais para mí una especie de enviado del cielo para la conservacion de mi frágil existencia. ¿Os acordais, doctor, de aquella séria enfermedad que pa-

decí cuatro años hace? ¡Cuan graves inquietude
no se concibieron entonces con respecto á mí! Fe
lizmente escapé de ella; pero tambien ¡que conva
lecencia! Estos son unos hechos sobre los cuale
no podeis alegar ignorancia. Os acordareis que di
jisteis á las personas de mi casa: no necesita ma
que cuidados y un buen régimen, lo restante ven
drá por sí mismo y lo sacaremos de este mal paso
Pero madama la baronesa, en cuya presencia ten
go el honor de hablar, me ha confesado y asegu
rado despues, que veinte veces la habiais dich
que yo era un hombre perdido y confiscado sin re
curso. ¿A cual de los dos se habia de creer, al doc
tor hablando á madama la baronesa, ó al docto
hablando á mi familia? ¿Sabeis, doctor, que yo cre
haber penetrado el fondo de vuestro pensamiento
y lo que se llaman las mañas de las gentes del arte
que yo llamo por su nombre escapatorias? Si y
hubiese sucumbido al peso de mis enfermedades
no hubierais dejado de decir á mi familia que ha
biais querido darla palabras consoladoras lo mism
que á mí; pero que habiais dicho confidencialmen
te á madama la baronesa lo que realmente habi
sobre el peligro estremo de mi situacion, dejand
por este medio cubierta vuestra responsabilidad
Por otra parte, cuando recobré la salud dijistei
á madama la baronesa que una crisis feliz que ha
biais tenido cuidado de producir y aun de provo
car, combinada con los ocultos recursos de la na
turaleza, y ademas el buen cuidado de mi familia
habian operado este restablecimiento que estabai
lejos de esperar. Convenid, doctor, en que tant
vos como vuestros compañeros nada menos sois qu

novicios en el arte de las escapatorias. Pronunciad ahora, madama la baronesa, entre el doctor y yo.''

La baronesa. »Ya os dige, mi caro doctor, que el señor caballero me habia hecho titubear, aunque mis ideas no hubiesen tomado esa rectitud que nuestra conversacion acaba de darles. He pesado sus razones y las vuestras, y sea dicho entre nosotros, creo haber percibido que vuestra oposicion tira del espíritu de corporacion que no siempre simpatiza con el amor de la verdad. Vamos, doctor, transijamos.... Segun vuestra propia confesion, este método es aplicable á ciertos casos indeterminados, bajo la direccion de su autor. Como el espíritu de este reside todo entero en su obra, leamos juntos el artículo que me concierne. Ved aqui cabalmente un ejemplar. Yo tengo una gordura que me incomoda y que me prueba que estoy cargada de humores, puesto que la verdadera gordura no es incómoda. Segun el testimonio del señor caballero, yo presumo que el régimen que ella indica puede serme útil. Mañana por la mañana, mi caro doctor, os aguardo para que me lo administreis.''

El doctor. »¡Que decís, madama! ¡Dios me libre! ¡Y que dirian mis compañeros! ¿quereis que me apedreen?''

La baronesa. »No, mi caro doctor, yo no quiero esponeros al mal humor de vuestros compañeros; pero una vez que estais tan fuertemente agarrado con el espíritu de corporacion, el señor caballero que no teme la cólera de esos señores, tendrá la bondad de hacerme este servicio, pues como él, tampoco me moriré por esto. La complacencia del señor caballero, que me es bien conocida, tendrá á bien suplir la falta del doctor que te-

me que lo apedreen. ¿Consentís, señor caballero en administrármelo mañana por la mañana para dar principio á mi curacion?"

El caballero. »Estaré puntualmente á vuestras ordenes, madama."

La baronesa. »Hasta la vista, doctor."

CAPITULO XXXVI.

DEL ESPIRITU DE CABALA Y DE CORRILLO Y DE SUS EFECTOS.

Terrible cosa es el espíritu de cábala y de corrillo, sobre todo cuando es dirigido por los supuestos conservadores de la salud humana. Ellos ejercen una influencia en la sociedad, influencia tal, que solo ellos mismos pueden describirla. Sino tienen el talento de volver el oido á los sordos, tienen sí el de hacer sordos á los acentos de la verdad para todos aquellos que intenten el prestarla un oido atento. Sino tienen el don de hacer recobrar el uso de la vista á los que la han perdido, tienen sí el de envolverlos en tantas preocupaciones y tinieblas, que casi es imposible que lleguen á ver la luz de la verdad. No basta el haber suspendido con mano atrevida una punta del velo que ocultaba á los ojos de un vulgo ciego y confiado, las cábalas, maniobras y ardides de las gentes de la profesion; sus multiplicados ataques en diferentes puntos de Francia nos imponen la obligacion de levantarlo del todo. Por piedad, señores, no os quejeis. ¿No sois vosotros los que habeis dado los primeros golpes y dirigido los primeros ataques? ¿Podeis decir que se haya tratado de quitaros de las manos los enfermos que habian puesto en vosotros su confianza? ¿No son estas mismas criaturas sufrientes las que despues

de haber agotado toda vuestra ciencia y todos vuestros medios curativos, han venido por sí mismas á echarse en los brazos de este salvador de la humanidad? Se ha entablado un gran combate; pero ¿quien ha dado la señal? ¿No habeis sido vosotros los primeros en tocar al arma? Vuestros compañeros de la segunda ciudad de Francia, sin haber sido requeridos por nadie, ¿no hicieron la anatomía de un cadáver por encontrar en él materia para las mas odiosas y atroces inculpaciones? Una sumaria informacion bien cargada, bien sazonada y bien mechada con todas las pequeñas astucias médicas, ¿quien la redactó? ¿Fue insertada en el diario del Rhone sin vuestra intervencion? ¿Os atreveriais á decir que no fuisteis vosotros los que la comunicasteis á los diaristas de la capital? ¡Oh! vosotros sabeis muy bien que ellos eran unos fieles ecos (1). Vosotros sabiais lo que debia producir en la opinion pública la insercion de un artículo que habiais redactado en vuestros conciliábulos. Vosotros no ignorais el crédito que con esto añadís á la reputacion de esos hombres que tienen tanta mónita en decir á sus

1 Se habla de un famoso eco entre Coblentz y Benjen, que repite hasta diezisiete veces. Nuestros diaristas repiten, unos diez, otros doce y hasta quince mil veces, segun el número de sus abonados. Supongamos diez periódicos (que es ser muy moderados); tomemos un término medio: diez mil abonados multiplicados por diez, hacen cien mil. Admitamos el que cada periódico sea leido por diez personas, hace la suma total de un millon. ¿Quien podria resistir al impulso recibido por un millon de lectores? *La verdad y la esperiencia* son mas fuertes que unas vanas vocinglerías y que unas insípidas y desabridas diatribas.

clientes: *vedlo de oficio, el diario lo dice; tomad y leed.*

Los médicos de Orleans que habian hecho ya mas de una tentativa, y que entre otras habian inútilmente molestado la autoridad administrativa, se imaginaron que la empresa hecha en Lion, y que no tuvo efecto, era para ellos una especie de señal para principiar las hostilidades. El *juri* se reunió. El decano tomó la palabra, y se espresó en estos términos: »Señores, Lion, la segunda ciudad del reino, ha desplegado una grande energía. Semejante ejemplo es muy propio para sacarnos de un estado de adormecimiento que no puede menos de perjudicar nuestros intereses. ¿Orleans se quedaria atras? ¿Dejaremos que nos acusen de cobardía ó de debilidad? Hace mucho tiempo que nuestros oidos están cansados del ruido de curas reales ó quiméricas; todo debe tener un término, especialmente las invasiones del charlatanismo en el imperio de la ciencia. Nosotros, que somos sus depositarios y guardianes, demostrémonos tales como somos. Señalémonos con alguna de esas grandes agresiones que inmortalicen nuestra gestion, y que hagan época en los fastos hipocráticos: principiemos dando grandes golpes, é introduzcamos el terror y el espanto en el campo de los enemigos con una irrupcion repentina é inesperada."

Todos fueron del parecer del señor decano.

LAFONTAINE.

En consecuencia nuestros doctores principiaron las hostilidades por una visita domiciliaria y atentatoria á los derechos de todo ciudadano, y todos saben cuál fue el éxito de sus ataques. Batidos por

todas partes, habia motivo de creer que no tendrian la tentacion de volver á correr el riesgo de nuevos peligros, ni de proporcionar motivos de nuevos triunfos á sus adversarios. Mas ellos se procuraron en su retiro una parte de sus antiguos recursos, esto es, los efugios y las escapatorias. Las baterías ocultas produjeron su efecto. Hablemos sin rodeos; les quedaron los recursos de los corrillos. Esta palabra es algo grosera; pero sin embargo, es la que cae mejor para calificar la cosa; pues ¿que otro nombre daríamos á esas pretendidas tertulias, sociedades ó asambleas, en las cuales la murmuracion ocupa el lugar de la razon, y en que las envejecidas y profundamente arraigadas preocupaciones, pretenden pasar sobre la esperiencia y evidencia de los hechos? Habiendo quedado sin apoyo ni esperanza por parte de los tribunales y administraciones, les fue preciso buscar uno y otra. ¿Donde los encontraron? en los salones, en los retretes, en los locutorios de las comunidades, y aun hasta en los talleres y tiendas de algunos artesanos. Alli es donde las espresiones favoritas de *veneno lento, veneno activo y veneno por disecacion de la humedad radical*, circularon y tomaron el favor que habian perdido ante los tribunales, segun las deposiciones de los testigos, sacados de las clases mas ó menos remarcables de la sociedad.

Estas espresiones veneno lento, veneno activo, etc., que resuenan diariamente en las bocas de nuestros doctores antagonistas, son una especie de talisman, del cual conocen toda la influencia que tiene sobre ciertos enfermos, para aniquilar la eficacia de un procedimiento curativo, que diariamente se ve coronado con los sucesos mas maravillosos,

tanto en el uno como en el otro hemisferio. Casi nos inclinaríamos á creer que se han dado la palabra. Con el auxilio de ciertas espresiones algo mágicas, de las cuales conocen perfectamente el vacío y la falsedad, etc., ellos saben que pueden conmover ciertas mentes. A la de un sexo delicado, sensible y tímido, es á la que se dirigen con preferencia, porque están persuadidos de que una madre de familia ejerce sobre el espíritu de su esposo y de sus hijos y domésticos, una alta y poderosa preponderancia. Diestros en el arte de captarse las voluntades, y hechos dueños de ciertos espíritus, á los cuales han dado un cierto impulso, se hallan en estado de calcular los resultados. ¿Quien podria resistir? ¿Quien se atreveria tan solamente á abrir la boca contra el dicho de un maestro del arte? Una vez que este ha hablado, ¿quien se atreverá á examinar su dicho, y no mirará como un juicio difinitivo la opinion de un doctor acreditado? Tal es la regla de conducta de muchísimas criaturas que jamás han reflexionado sobre la primera de las necesidades, cual es la conservacion de su salud.

Tal es aun la influencia de un doctor que se halla rodeado de una brillante reputacion. Muy frecuentemente con palabras vacías de sentido, y que no tienen relacion alguna con la cosa á que las aplica, y con su gerga ininteligible, confunde la imaginacion de un pobre valetudinario que se abandona á la merced de unos hombres que hacen burla de su crédula simplicidad.

Pero como no todos los enfermos se dejan igualmente dominar por la influencia de los corrillos, no es estraño el encontrar algunos que, indiferentes al espíritu de coquetería, y atraidos por la evi-

dencia de los hechos, hayan empleado los procedimientos indicados en este método, y recobrado un estado de salud que ha sido motivo de admiracion y de sorpresa para los médicos depositarios de su confianza. Mas el espíritu de intriga, de cábala y de corrillo, no se dará por vencido; tiene ecos á sus órdenes, y estos fieles ecos no dejarán de repetir palabra por palabra la leccion que se les ha trasmitido. »Sí, sí, vosotros estais curados; pero lo vereis dentro de diez años: vosotros estais curados; pero trabajando por vuestra curacion con el auxilio de esos medicamentos, no sabeis que habeis contraido la necesidad de recurrir á ellos diariamente, y que el que los ha usado una vez, se ha impuesto una sujecion que nunca debe acabar..... ¡Y las consecuencias! ¿quien se atreveria á preverlas ni á calcularlas? La muerte repentina será su resultado inevitable, etc., etc."

¿Que opondremos á tan funestos y horrorosos pronósticos? unos testimonios vivientes é irrecusables; personas que, cuando su estado de salud lo ha exigido, hace quince años y mas que lo han usado; ancianos mas que septuagenarios, que disfrutan de las ventajas de una salud exenta de las enfermedades que son las compañeras inseparables de esta edad de la vida.

Pues bien, esta reunion de hechos, este conjunto de testimonios no harán cambiar en nada los afectos de esos hombres que tienen la debilidad de dejarse dirigir y gobernar por el espíritu de corrillo y de cábala. Los hechos mas notorios é incontestables no son de peso alguno en la balanza de las preocupaciones. Cuando un médico ha hablado, cuando ha citado una vez á Hipócrates ó Galeno, y

cuando se ha prevalido de la autoridad de las sociedades médicas de Londres y de París, la esperiencia y los hechos mas indisputables deberian necesariamente rendirse ante la decision de una facultad médica. ¿Basta esto sobre el artículo de los corrillos y del espíritu de cábala? Falta aun que dar á luz mas de una verdad útil, y no temeremos de entrar en el capítulo de los detalles y de las particularidades. Para conseguir este fin, basta transferirse á alguno de esos salones, que por tener brillantes dorados, no son menos asequibles á las preocupaciones de sociedad ó de familia, y á esas antiguas quimeras que se trasmiten de generacion en generacion. Sin haber estado escuchando á las puertas de los salones ni retretes, sabemos que tal muger del *buen tono* dirigió á su esculapio este cumplimiento de pésame ó sentimiento, á causa de la solemne sentencia que escluyó á los médicos de Orleans de sus mas que risibles pretensiones.

»¡Y bien, doctor, vedlo pues definitivamente terminado este asunto, que por tanto tiempo he tenido suspensos los espíritus! ¡Parece increible! ¡No puedo darme razon de ello! ¿Que se ha hecho de la justicia entre los hombres? Que hubieseis perdido en el primer tribunal, pase; pero sucumbir en un tribunal de apelacion, esto sobrepuja toda creencia; aqui debe haber alguna mala inteligencia. No obstante, voy á apoyar con todas mis fuerzas vuestra causa (la de la justicia y de la humanidad, se entiende). Yo estaba segura de tales y tales personages que vos conoceis..... Es un verdadero *azar*. Esta es la ocasion de decir que nada entendemos de los sucesos de este bajo mundo. ¿Que pensais de ello, mi caro doctor?''

»¡Lo que yo pienso! que el escándalo ha llegado ya á su cúmulo; que la especie humana está amenazada del mas terrible de todos los azotes. La guerra no es nada, pues es un mal necesario que descarga el estado de una escesiva poblacion que acabaria por incomodarlo. ¡La peste! nosotros nos burlamos de ella; desde que un médico del ejército de Egipto se la inoculó, ya sabemos á qué debemos atenernos sobre este punto, y bien lejos de temerla, somos los primeros que la deseamos. Queda, pues, el hambre.... Podemos garantirnos de ella. Sin duda es una desgracia, pero aun las hay mayores. Y bien, todas estas plagas reunidas no se acercan ni con mucho á aquella contra la cual me levanto con una justa indignacion. Si aun no fuese mas que una vil canalla la que recurriese á este método de curacion, bien pronto, instruida por su propia esperiencia, conoceria que solo habia hecho uso del mas funesto de los venenos. Pero ¿podemos acaso contener el sentimiento de una justa indignacion cuando vemos que *las clases elevadas de la sociedad se manifiestan en esta parte mas pueblo que el pueblo mismo?* (1). ¿A quien pertenece el justipreciar un pretendido método que está en oposicion con todos los principios? ¿no somos nosotros sus jueces natos? ¿cual es el audaz que se atreveria á oponerse á nuestras decisiones? ¿no somos nosotros los supremos árbitros para juzgar y condenar sin apelacion en todas las cuestiones que tienen relacion con la conservacion de la especie

1 Gaceta de Lion 20 de Marzo de 1820. Carta firmada *Mortier*, nombrado cirujano en gefe del hospital general de la misma ciudad.

humana? Cuando vemos, pues, que unos hombres de cierta clase adoptan estas vanas quimeras y se entregan á cuerpo perdido á semejantes estravíos, hay diez veces mas de lo que es necesario para escitar é inflamar nuestro celo y amor por la humanidad. ¿Que médico podria ver con ojo indiferente el que tantas *personas de suposicion* se dejen arrastrar por el torrente de la seduccion, y entreguen su confianza á un método de curacion que no puede menos de abreviarles la vida y precipitar al sepulcro á los indiscretos que lo usen? Si acaso os dicen tales ó tales se han curado, no lo creais, ni os tomeis siquiera el trabajo de informaros, porque primero la especie humana dejará de existir, que el mas mínimo de los aforismos de Hipócrates sea convencido de falsedad, de menosprecio ó de error....''

»Todo esto es muy bello y muy bueno, doctor. Yo creo, lo mismo que vos, que Hipócrates era un gran maestro; pero á pesar de este grande fundador de la medicina, si yo viese los enfermos tratados segun su método sin ninguna especie de suceso, y los viese radicalmente curados por un nuevo método, os confieso.... Poco á poco, si gustais. Nuestros sentidos son frecuentemente engañosos, y es preciso ser estremamente circunspectos cuando se trata de atenerse á su testimonio. ¿Que os dicen vuestros ojos? Que tal ó tal persona os ha parecido estaba en un estado de languidez, y que algun tiempo despues os ha parecido que disfrutaba salud. Os habrá sido dicho que se habia curado con el uso de los medicamentos prescritos en este método. Está muy bien; pero todo esto no es nada menos que cierto. Vos no conoceis los infinitos recursos de la

naturaleza. Diariamente frustra nuestros cálculos. Diariamente restituye la vida á enfermos que nosotros habíamos abandonado; enfermos que mirábamos como desesperados, y todo esto con grande admiracion de los mas grandes maestros del arte. En suma, hay casualidades felices, del mismo modo que hay felices charlatanes.

..... Et voilá comme
De sots propos on nous assomme.

Y ese otro doctor, tan dulce, tan insinuante y tan melífluo, que con su aparente dulzura ejerce un imperio mas que despótico sobre la imaginacion un poco sensible de ciertas personas del sexo que sabe tan bien adormecer con su embeleso, vedle con su aire doctoral y su tono dominador adoctrinando esas almas piadosas, cuyo corazon se contristaria si uno solo de sus ratos desocupados dejase de ser consagrado en alivio de la humanidad sufriente. Otras veces, dócil y casi cariñoso, parece olvidar que es el gran regulador de esas manos que con una compasiva y activa caridad preparan el bálsamo del samaritano. ¡Que ventajosa posicion para fortificar y arraigar mas y mas antiguas preocupaciones! ¡cuan ventajosa para insinuar y hacer penetrar en esas almas simples el veneno de las mas siniestras sugestiones! A consecuencia de estas indiscretas y mal aconsejadas insinuaciones, no hemos oido que algunas buenas religiosas en el esceso de un celo que no estaba enteramente acorde con la ciencia, y aun menos en armonía con las reglas de la caridad cristiana, han gritado con el transporte de una santa indignacion: *¡Y que! ¡no se meterán en la cárcel los distri-*

buidores de esos perniciosos medicamentos, y los apologistas de un sistema de curacion que mata á todo el mundo! ¿No hemos visto personas sumamente amables, pero que engañadas por insidiosas sugestiones han recurrido á lo que la amistad tiene de mas espresivo y elocuente, y empleado hasta las lágrimas de la ternura para apartar del uso de este método á los amigos ó parientes que ellas miraban como víctimas sacrificadas á la muerte, mientras que estas supuestas víctimas se alababan altamente del notable alivio que habian obtenido?

¿Cuantos enfermos, instruidos por el clamor público de las maravillosas curas efectuadas por la eficacia de este método, con la rectitud y simplicidad propias de sus corazones, han consultado su médico ordinario sobre el deseo ó intencion que tenian de usarlo, y solo han obtenido una respuesta capaz de sembrar en sus almas la semilla del terror y del espanto? »Sí, sois muy dueños de recurrir á él, nadie puede impedíroslo; pero antes de principiar, hareis muy bien de conveniros y ajustaros con el encargado de las pompas fúnebres, á fin de obtener una reduccion en los gastos de vuestro funeral.'' Y estas son las inepcias con las cuales pretenden aniquilar un sistema de curacion, coronado diariamente con los sucesos mas maravillosos. En verdad que no sabemos lo que debe sorprendernos mas, si la impudencia de semejantes facultativos, ó la hombria de bien y credulidad escesiva de unos hombres que no conocen el orígen de donde proceden tales absurdos.

Sin embargo, estos dichos que se aproximan á la estravagancia, han hallado favor en el espíritu de ciertas personas, hasta el punto de arreglar su

conducta segun las impresiones que habian tenid
la simplicidad de recibir. Sí, seria dificil el imagi
narse hasta qué esceso puede llegar el espíritu d
preocupacion y de cábala, una vez que ha germina
do en ciertas cabezas. De mil particularidades qu
podríamos citar, no hablaremos mas que de una.

Un jornalero estaba empleado en una buena ca
sa en trabajos penosos. Levantando un fardo bas
tante pesado, se le hizo un descoyuntamiento en l
region lumbar, y ved aqui un hombre baldado. S
le prodigaron los primeros cuidados sin mejorar s
suerte. No se ahorró ni el aguardiente canforad
ni el jabon blanco. Cansado de sufrir este pobre pe
tate, con el auxilio de un palo se fue con much
trabajo á casa del médico de la casa donde le habi
sucedido la desgracia; pero como no llevaba nin
gun título de recomendacion, y su esterior adema
no anunciaba la menor opulencia, se le rehusó l
entrada. Algunos dias despues fue bastante venturo
so en obtener un pasaporte ó carta de recomenda
cion, con cuyo auxilio fue introducido. Por prin
cipio el doctor le declaró *que estaba listo por todá
su vida*, aunque apenas hubiese cumplido treint
y dos años: ¡que bello motivo de consuelo para u
desgraciado! Si hubiese sido uno de esos hombre
que la fortuna ha colmado de sus favores, ¡como
hubiera sido acogido! ¡como se le hubiera dejado
entrever que todos los recursos del arte le queda
ban abiertos y le ofrecian una fundada esperanza
de curacion! Se volvia á su miserable habitacion,
mas bien arrastrando que andando, sirviéndole de
apoyo un mal palo, y cuando ya no podia an
dar mas, un guarda ruedas de la calle le ser
via de sitial. Una persona caritativa lo encontró en

este estado, y le interrogó sobre su situacion. El le contó sencillamente la desgracia que habia tenido. »¿Cuanto tiempo hace que sufres?" — »Hace tres semanas." — »¿Quieres curarte?" — »¡Oh! ¿podeis dudarlo?" — »Todas las noches envia á tu muger y se le dará la dosis conveniente á tu situacion. Si perseveras, antes de quince dias podrás hallarte notablemente aliviado, si es que no estés radicalmente curado." Este infeliz, que no veia otra perspectiva que la del hospital, y que aun se hubiera tenido por uno de los felices del siglo si hubiese entonces podido entrar en él, siguió punto por punto el sistema de curacion, tal cual le fue prescrito. Recobró sus fuerzas y el uso de sus miembros, y está lleno de vida y radicalmente curado, no habiendo durado su régimen mas que diez dias.

¿Se creerá que la preocupacion y el encaprichamiento, consecuencia ordinaria del espíritu de corrillo, prevaleciese de tal manera sobre la dueña de la casa donde sucedió la desgracia, que intimó á ese infeliz que jamás se serviria de él si llegaba á saber que en lo futuro hiciese uso de semejantes medicamentos? Este hecho parecerá increible: séalo enhorabuena; pero no es menos conforme á la exacta verdad. ¿Cuando sucedió? en 1818. ¿En que lugar? en Orleans. ¿En que barrio? en la calle de Recouvrance. ¿En que casa? ¡oh! no todo se ha de decir.

¿Que nombre daremos á semejantes arterías ó manejos? ¿cuales son los resortes capaces de dar tan funestos impulsos á unos espíritus limitados? La intriga y la cábala, cuyos resultados ó efectos son cien

mil veces mas terribles en lo que llamamos las alta
clases de la sociedad, que en aquellas que solo to
man por guia de su conducta la razon dirigida po
la esperiencia.

CAPITULO XXXVII.

DE LA LEGISLACION EN GENERAL, CONSIDERADA EN SU CONEXION CON EL EJERCICIO DE LA MEDICINA.

Todo cuerpo social cuyas partes están en una armonía bien constituida, no puede ser indiferente á los medios mejor coordinados con la conservacion de los miembros que lo componen. Uno de los primeros deberes, asi como uno de los primeros cuidados de todo legislador, es el ocuparse de la prosperidad del estado, cuya administracion le está confiada; asi, pues, los medios sanitarios, y en general todo lo que tiende á alejar el azote de la enfermedad, debe ser uno de los primeros objetos de su solicitud.

El ejercicio del arte, cuyo fin es la conservacion de la salud y de la vida de los ciudadanos, debe por precision entrar en la esfera de las atribuciones de aquel que ha de mirarse como su conservador y padre. De unos tres siglos á esta parte, los gefes de los estados y de los gobiernos se han ocupado en establecer la jurisprudencia relativa al ejercicio de la profesion médica. ¿Seria faltar al respeto debido al legislador, si se le digese que su voluntad y sus mas rectas y puras intenciones han estado subordinadas á las miras de unos hombres que tenian un interes directo en estender la esfera de su dominio, por no decir de su pequeña tiranía?

El legislador, por sábio y bien intencionado que se le suponga, no puede verlo todo por sí mismo, porque el espíritu humano es limitado por naturaleza; y como los genios mas vastos y penetrantes no pueden abrazar todas las partes de las ciencias, se sigue de aqui que toda ley que tenga por objeto el ejercicio de una profesion científica, no puede ser hecha ni redactada sino con arreglo á los consejos y luces de hombres reputados sobresalientes en el arte. En este estado de cosas, ¿podemos decir que el legislador obra por sí mismo y segun sus luces, cuando se ve como obligado á entregarse, y aun á abandonarse á la merced de unas gentes que, bajo el especioso pretesto de dirigir su celo por el bien público, solo trabajan por mantener las antiguas preocupaciones, y aun mas por el interes del cuerpo á que pertenecen? Hay en el fondo del corazon un poderoso móvil que conduce á atraerlo todo para sí, dejando á los otros la menor parte posible, y que puede de tal manera degenerar, que muchas veces se sacrifica el interes general al de la corporacion á que se pertenece.

Las leyes, segun los tiempos y los lugares son, ó la espresion de la voluntad de uno solo, ó de la voluntad general. Sea el que fuere el principio y orígen de donde emanan, el bienestar de la sociedad es siempre el fin que se propone el autor de la ley. Cuando el poder legislativo ó reglamentario está bajo el dominio de uno solo, ¿á que viene la emision ó establecimiento de una ley relativa al ejercicio de la medicina? á nada mas que al ascendiente que ejerce en la córte un médico que ha tenido la habilidad de insinuarse en el espíritu del monarca. Los reyes son hombres: el esplendor de la mages-

tad que los rodea no por esto los pone al abrigo de la sorpresa ni de las sugestiones pérfidas ó interesadas. Supongamos un médico del genio y carácter de aquel que ejerció una tan alta y poderosa influencia sobre Luis XI. Llena la imaginacion de este monarca de un escesivo temor á la muerte, se habia en cierto modo hecho esclavo de ese vil personage. Habia de tal manera engañado á este Rey escesivamente espantadizo, que llegó á hacerle creer que la duracion de la vida del monarca pendia de la de la suya. Ufano con la confianza que mas bien habia usurpado que obtenido, Cottier ó Coctier (pues este era el nombre de ese miserable) habia puesto en tal manera en contribucion á su real cliente, que llegó á ser uno de los mas ricos particulares del reino. Habia acumulado bastantes riquezas para prestar á Cárlos VIII, heredero é hijo de Luis XI, sumas inmensas, que habia recibido de la generosidad de su augusto enfermo (1). Si el famoso Cottier ó Coctier hubiese dicho á Luis XI: »Señor, V. M. no puede ignorar despues de los servicios que he tenido el honor de rendiros, que la medicina es la primera de todas las artes. Para arreglar su ejercicio se necesitan leyes sábias, y ¿á que otro monarca pertenecerian el establecerlas? Dignaos de echar una mirada sobre las enfermedades huma-

1 Véase sobre este asunto á Mezerai en su *Historia de Francia;* véase Felipe de Comines, lib. 6, cap. 7, *ad finem.* Luis XI hacia entregar cada mes á su médico Cottier diez mil escudos, que comparado su valor, equivalen á mas de trecientos mil francos de nuestro tiempo; y por cada año á tres millones seiscientos mil francos, y ademas los provechos, pues Cottier tenia otros parroquianos fuera de su real cliente.

nas, y determinar en vuestra alta sabiduría el tiempo de los estudios preparatorios y las atribuciones respectivas de la medicina y del arte quirúrgico, y comprimir las invasiones y pretensiones exageradas de unos hombres que no deben trabajar sino bajo de un órden; designar tambien el lugar en el cual los aspirantes á la primera de las artes útiles deben sufrir sus exámenes. Para comprimir la audacia de los hombres que se atreviesen á mezclarse en este importante empleo sin título ni cualidades, es necesario que vuestra real autoridad despliegue todo su poder, á fin de aterrar á esos usurpadores de una facultad que á nadie pertenece mas que á nosotros. Por el bienestar de la humanidad se necesitan, señor, leyes coercitivas y penales contra los temerarios que se atrevan á mezclarse por su propia autoridad en el ejercicio de una profesion tan necesaria al órden social." Luis XI, que habia colmado de toda clase de favores á su médico, y lo habia cargado con las riquezas del estado, ¿no hubiera puesto su real firma sobre el proyecto de ley que su médico le hubiese puesto ante sus ojos? Sin exámen ni previa discusion, un decreto redactado por el doctor *Cottier*, hubiera sido una ley del estado, ó en el estado. La mayor parte de nuestras leyes sobre el ejercicio de la medicina no tienen muy diferente orígen.

Incierta y vacilante la legislacion de los diferentes pueblos de Europa, ha probado de poner bases á una cosa que no las tenia, aunque fuese susceptible de tenerlas; pero era imposible el establecerlas por falta de conocimientos: todo dependia del mayor ó menor ascendiente que ejercian ciertos médicos acreditados, bien fuese en la corte ó en las ciu-

dades. Igual inconveniente han encontrado los gobiernos representativos. Supongamos un pueblo que por la constitucion del estado es llamado á la formacion de las leyes: ¿que sucederá en este órden de cosas? En la tal reunion habrá médicos ó no los habrá. Si se encuentran tres ó cuatro de ellos en una asamblea deliberante, y aun suponiendo que no hayan tenido parte en el proyecto de ley, por razon de su estado y calidad serán miembros natos de la comision encargada de dar el dictámen, y determinarán sobre aceptar ó desechar las enmiendas; ó por hablar mas correctamente, la ley será adoptada con confianza y unanimidad. Si por el contrario, ningun médico hace parte del cuerpo legislativo, este por ilustrarse para estender y formar la ley, no dejará de rodearse de los mas hábiles de ellos, ó de aquellos que estén reputados por tales, y la ley pasará el portante sin ninguna suerte de contradiccion. ¿Por que esta concordancia de votos? porque el legislador no reune en sí ese conjunto de conocimientos y de luces que se requieren para decidir por sí mismo. ¿Cual es entonces la garantía de la sociedad? ¿No es evidente que en una ú otra hipótesis no tiene esta otro punto de apoyo que la opinion de unos hombres que no se determinan sino por el impulso de otro, y lo que es peor, de unos hombres interesados en propagar viejos errores ó en acreditar nuevos métodos, segun mas convenga á los intereses de la cofradía?

¡Oh! podríamos formar un gran libro de todas las decisiones, leyes, decretos, edictos y órdenes que en los diferentes estados de Europa han servido de regla al ejercicio del arte médico solamente de dos siglos á esta parte. El solo empleo ó uso del

antimonio dió lugar á cinco ó seis decisiones contradictorias del antiguo parlamento de París. En 1556 un grave decreto lo condenó, de cuyas resultas un médico llamado Besnier fue escluido de la facultad por haberlo contravenido. En 1637 otro decreto autorizó su uso, y anuló el precedente: en 1650 decreto que lo proscribe, y en 1668 nuevo decreto que lo reintegra y restablece en sus derechos y propiedades, autorizando legalmente el empleo de este medicamento. ¡Que hombre de sana razon podrá dejar de sonreirse al ver en el intervalo de un siglo esta guerra de decretos contradictorios, emanados de un mismo tribunal! ¿Como esplicaríamos de otro modo esa contrariedad de opiniones, sino por la influencia de los médicos? Ocupados como estaban esos magistrados de asuntos de alta importancia, se vieron como forzados por falta de luces y conocimientos suficientes, á conformarse con el parecer de los médicos que por su crédito habian conseguido el imponer silencio á sus antagonistas, y captarse la aprobacion junto con la confianza de la ciudad y de la corte. Y ¡estas escenas mas ó menos risibles han pasado durante el mas bello siglo de Francia, y cuando todas las artes y ciencias estaban en el mas alto grado de perfeccion! ¿Hubo jamás una prueba mas irrecusable de la insuficiencia del arte médico y de su falta de principios, que la que dan esas oscilaciones é incertidumbres? Gui-Patin, Fagon, Daquin y Gueneau, que cada uno á su vez obtuvieron decretos, y los hicieron anular por otros subsecuentes, ¿no probaron al universo que el arte médico no tenia ninguna base sólida, y que no era mas que una pirámide vuelta al reves, ó que descansaba sobre su punta? Que se

rodee con todos los puntales imaginables un edificio construido sobre la arena movediza, no por esto dejará de estar espuesto á una inevitable caida.

¿Que ha resultado de esta jurisprudencia que exige mas ó menos calidades en aquellos que ejercen el arte médico? La mayor parte de las decisiones, decretos y reglamentos, han enmudecido ante la necesidad ó celebridad. ¿Cuantos hombres, sin otro título que su saber ó esperiencia, han ejercido ó practicado abiertamente el arte de curar, sin haber estado jamás revestidos de los títulos ó diplomas que la ley exige, y esto á vista de las administraciones y del ministerio público, sin que se haya pensado en turbarlos por nada en el ejercicio de sus funciones? Sin hablar de los sucesos casi milagrosos de un cierto hermano Jacques, ermitaño de profesion, é inventor de un procedimiento para la operacion de la talla; procedimiento acogido, adoptado y perfeccionado por el inmortal Cheselden: sin hablar de un hermano Come, religioso fuldense, ornamento de la cirugía moderna, cuya modestia y beneficencia igualaban los talentos, y que ha llenado de la gloria de su nombre la capital y las provincias, y aun podemos decir todos los estados de Europa; ¿no ha visto la Francia en estos últimos tiempos al célebre padre Eliseo, antiguo religioso de la caridad, prodigar sus cuidados al augusto monarca que la gobierna con tanta bondad y sabiduría? ¿En que academia habian esos hombres sido graduados? ¿Que facultad médica les habia conferido un diploma? ¿En que registro se encuentra inscrito el nombre de este último? Su solo saber y esperiencia le merecieron la confianza de su soberano, y le confirieron el derecho de vigi-

lar en la conservacion de una cabeza tan cara al corazon de todo buen frances. Sin embargo, nuestros primeros y mas famosos médicos de la capital, bien lejos de desecharlo ó despreciarlo porque carecia de título, se creyeron muy honrados de consultar con él. Es, pues, cierto que la ley y las pretensiones doctorales algunas veces se hincan á presencia del mérito verdadero y reconocido.

Entonces es cuando los órganos de la ley comprenden que la necesidad es mas fuerte que las leyes reglamentarias y que el buen éxito, y los sucesos son superiores á todas las leyes penales y coercitivas. Ellas quedarán sin efecto siempre que un enfermo pueda lisongearse con fundamento de obtener su curacion á despecho de las formalidades que la ley prescribe. Esta es la ocasion, ó nunca lo será, de aplicar este adagio latino, que en buena política, y aun mas en medicina, ha venido á ser un axioma: *Salus populi suprema lex esto.* Hace siglos que se observa que el hombre de ingenio desdeña los caminos trillados y ordinarios, porque conoce la insuficiencia de los medios que el vulgo adopta cuando se trata de llegar al conocimiento de la verdad. Los obstáculos no le espantan. Cuanto mas multiplicados son estos, mas ardor demuestra por abalancearse en una carrera que nadie antes que él ha recorrido. Pero tambien debe esperar violentos combates y acerbas contradicciones, sobre todo si el desarrollo de sus principios hiere en lo mas mínimo grandes intereses, como por ejemplo, la caida de una profesion ejercida desde siglos por millares de hombres acostumbrados á gozar de una alta consideracion, y que tienen un medio de existir honroso y lucrativo á un tiempo.

Pues bien; si este ser tan estraordinario no estuviese previsto de un título legal (cosa que supone talento, pero que no lo da ni le añade nada); si no tuviese una reputacion sostenida con el crédito de algun hombre poderoso, deberia prometerse todo género de vejaciones y persecuciones. Las gentes del arte que pagan la patente á los que les llevan los diplomas, demostrarian tanta mas animosidad en perseguirlo, cuantos mas servicios hubiese hecho á sus semejantes. Todos esos hombres que se vanaglorian de filantrópicos y amantes de la humanidad, sitiarian las antecámaras de los magistrados, para oponer un dique á lo que no dejarian de llamar el torrente del error. Engañado el ministerio público con sus mentiras, prestaria un oido demasiado favorable á sus falaces deposiciones, y se encargaria de proseguir á espensas del estado, una causa que seria menos la de la humanidad, que la de los hombres que habrian sorprendido su rectitud. En vano este acusado, aunque estuviese rodeado de criaturas sufrientes, á las cuales hubiese curado radicalmente, ó cuando menos notablemente aliviado, espondria á presencia de sus jueces los procedimientos que habia seguido, y la evidencia de los principios que le hubiesen servido de base para operar las curas mas maravillosas; en vano probaria que con respecto á los enfermos curados solo habia reclamado de ellos el justo precio de sus desembolsos; el magistrado que conoce la ley, que no conoce sino la ley, y que no debe conocer mas que la ley, le pediria su diploma; y el acusado, aunque fuese el mismo Hipócrates en persona, y probase su identidad en presencia de la facultad misma, por falta de un pedazo de pergamino que

se obtiene con facilidad mediante quinientos ó seiscientos francos, sufriria, ademas de los gastos del proceso, por la primera vez una multa mas ó menos fuerte, segun fuesen los jueces mas ó menos indulgentes. Si hubiese reincidencia, se abriria de nuevo el código de las leyes, y el asunto se haria mas serio, pues se trataria de encarcelamiento, y el mismo Hipócrates, por no poder producir su diploma, se veria obligado á pasar por el postigo.

Hipócrates no volverá; pero supongamos uno de esos genios raros, tales como la naturaleza los produce de tiempo en tiempo, que no fuese deudor de su saber mas que á la profundidad de sus observaciones, sin haber estudiado jamás en ninguna de nuestras academias ó universidades; supongamos tambien que este hombre se hubiese metido á curar sin autorizacion alguna quinientos ó seiscientos de sus conciudadanos, que no hubiesen podido obtener su curacion por medio de los médicos del pais. Rodeado de los enfermos que hubiese curado ó aliviado, y que todos con sus aclamaciones formasen uno de esos conciertos que no estamos muy acostumbrados á oir, este nuevo esculapio, justificado con el testimonio de tantos infelices, no seria por esto menos culpable á los ojos de la ley, y de grado ó por fuerza deberia esta tener su aplicacion. En vano se diria que era imposible que se reuniesen seiscientos testigos para afirmar unas curas ideales ó quiméricas; en vano se probaria la imposibilidad de colusion ó inteligencia entre sí; en vano se demostraria lo absurdo de la opinion que lo supusiese, pues el magistrado diria: Esta es la ley y es preciso que ella reciba su aplicacion, á pesar de estos concursos y testimonios. Pero el

magistrado que vuelve á entrar en su conciencia, no puede ser sordo á una cierta voz que habla al fondo de su corazon.

Prosigamos la hipótesis. Supongamos que este hombre fuese condenado, no por haber restituido la salud y tal vez la vida á centenares de ciudadanos, sino por haber ordenado ú obrado sin calidad y sin título. Pues bien; ¿que responderian los magistrados al hombre enérgico y elocuente que les dijese: »Señores, al pronunciar contra mí una sentencia que no me es nada favorable, habeis obrado segun vuestras luces y conciencias; vosotros os habeis manifestado órganos y dignos intérpretes de las leyes? Yo respeto el ministerio augusto de que estais revestidos; pero siento tambien en el fondo de mi corazon el amor de mis semejantes. Me seria demasiado sensible el verlos sufrir, y tal vez bajar prematuramente al sepulcro, mientras que estoy convencido, y tengo la certeza mas que probable de aliviarlos de sus dolencias, y de volver á llenar (por lo menos momentáneamente) la hoya abierta bajo sus pies. Ved aqui, señores, mi declaracion: yo respeto las leyes humanas; pero respeto tambien las leyes santas de la compasion, en vez de toda criatura sufriente. ¿Cual es el hombre que podria ver sufrir y tal vez morir á sus semejantes por el temor de incurrir en una multa y la pena de cárcel? Vosotros teneis poder sobre mi cuerpo; pero en esa misma prision en que me habreis confinado para pasar en ella el tiempo fijado por la ley, ejercitaré el débil talento con que la Providencia me ha dotado. Prodigaré á todos los infelices que tengan confianza en mí, todo los socorros de una caridad compasiva, y aunque debiese incurrir diez veces

seguidas en la multa y pena de cárcel, continuaré haciendo los mismos servicios á la humanidad sufriente."

Daria cuanto hay en el mundo por leer en el fondo del corazon de los magistrados en el momento en que se les dirigiese semejante lenguaje. Es facil que entre ellos hubiese alguno que acusase á este hombre de exaltado en sus ideas, y tal vez de demente; pero ¿no habria tambien algunos que tomarian en consideracion este lenguaje, y que lo harian el asunto de sus meditaciones? La reflexion es el camino que ordinariamente conduce á la verdad; con ella se desvian los errores del entendimiento y las preocupaciones. ¡Cuantas consecuencias emanan de esta hipótesis que no es enteramente quimérica!

Notemos á la ventura, para que valga un dia lo que sea justo, que semejante jurisprudencia está en vigor en un pais comprendido entre los 42 y 50 grados de latitud norte, y los 13 y 26 grados de longitud.

Toda ley que tiene por objeto el establecer de una manera precisa las atribuciones de un estado ó profesion, abraza la generalidad de las partes que tienen relacion con esta profesion. La farmacia es una de las ramificaciones de la ciencia médica. Sometida á la inspeccion de los médicos, mas de una vez ha tenido que quejarse de la falta de luces, conocimiento y capacidad de esos mismos hombres que estando mas inmediatos al legislador, se han hallado mas al alcance de ejercer con mayor influencia en su espíritu; unos hombres que la mayor parte se encontrarian cruelmente embarazados si tuviesen que manipular junto con un practicante

de seis meses de ejercicio; mas no es este el punto de que se trata.

Cuando en un estado una cosa tiene fuerza de ley; cuando existe en él una ley clara, precisa y positiva, esta ley debe ser obligatoria para todos, ó no debe serlo para nadie. El ejercicio de la farmacia está sujeto con justo motivo á reglamentos, y nada impide el que este arte no sea diariamente ejercido á la vista de la ley por personas que no tienen títulos ni cualidades legales. En la mayor parte de nuestros hospicios de provincia, y aun en las mismas ciudades donde hay un colegio de farmacia, unas simples monjas, buenas religiosas, sin ninguna especie de instruccion, y con solo la rutina de la comunidad, confeccionan y venden al público preparaciones curativas. Con el auxilio de algunos libros que ellas entienden ó no entienden, y á la vista de los magistrados y de las autoridades, las venden á todo el que se presenta, aunque sea sin prescripcion de médico. ¿Habrá el uso prevalecido hasta el punto de imponer silencio á la ley? ¿por que esta tolerancia, esta especie de autorizacion? ¡Ah! un escritor no está obligado á decirlo todo.

¿Se deberá, pues, dejar la mas útil, la mas interesante de las artes, á la merced del primer ocupante, ó á la discrecion de la ignorancia y del charlatanismo? no; este pensamiento será siempre desechado por todo hombre que sabe apreciar las cosas por su justo valor, con el sentimiento del desprecio que inspira.

Atáquese el charlatanismo con todos los anatemas de la razon y con esa luz natural á todos los hombres; pero reconózcase la esperiencia como la maestra de las maestras, como la maestra por es-

celencia, y como aquella cuyas lecciones son pre
feribles á las de todas esas escuelas que solo pue
den ofrecer á los cursantes sistemas vanos y qui
méricos. Que todo legislador y todo sábio adm
nistrador se atenga á la ciencia de los hechos,
cuando los hechos hablan, cuando son notorios
evidentes, que abstraiga los títulos y cualidades
y que eche momentáneamente un velo sobre l
estátua de la ley. Que se asegure por sí mismo
por medio de sus agentes y delegados, de qué lad
están los sucesos, y cuáles son los medios con cuy
auxilio se ha destruido tal ó cual enfermedad. ¿E
por ventura tan dificil el justificar los hechos? ¿Se
ria acaso imposible el poner al frente de estas in
dagaciones hombres imparciales, amigos de la hu
manidad y estrangeros á toda especie de interes
fuera del de la felicidad de sus semejantes?

CAPITULO XXXVIII.

CUAN IMPORTANTE SERIA PARA LA AUTORIDAD EL TENER EN CONSIDERACION EL DESCUBRIMIENTO DE LA CUASA DE LAS ENFERMEDADES.

Es mas que dudoso el que esta obra caiga jamás entre las manos de alguno de los principales agentes del poder; y en la suposicion contraria, ¿le prestaria este la atencion que exige un asunto tan interesante? ¿Como se determinaría á distraerse de las ocupaciones que tienden á objetos de la mas alta importancia? ¿No seria esto casi faltar á su dignidad, dirá el empleado, el detenerse con un supuesto descubrimiento que probablemente se parece á tantos otros que no han podido soportar un exámen? Tantas y tantas veces ha sido engañado el celo de la autoridad por los supuestos descubrimientos útiles, y su amor por la humanidad ha sido tan á menudo burlado, que hay mas de un motivo para que esté sobre sí contra el espíritu de innovacion y para desechar las nuevas doctrinas.

Tal será la primera reflexion que se presente al espíritu de los funcionarios públicos, hasta en el de aquellos que sínceramente desean el bien de sus semejantes. ¿No se ha observado ya esta verdad en el capítulo XXXI? Habituados como están los hombres de estado á no ver los objetos sino en grande, y en desdeñar los detalles minuciosos; engaña-

dos por las preocupaciones de la educacion, cuya raices son tan profundas, y escesivamente preven dos en favor de tal ó tal práctico en quien ha puesto su confianza, y cuyas palabras son para ell el equivalente de otros tantos oráculos, mirará como inferior á la dignidad de sus empleos tod paso que tienda á certificar la verdad de los hecho Los hemos visto aun (tan poderoso es el ascendie te de las preocupaciones y de las consideracion humanas) que, testigos de curas sorprendentes, v rificadas á su vista y en sus propias casas, no ha hecho esfuerzo alguno para salir de una indiferen cia, de la cual han sido víctimas los dignos objet de su afecto y amor.

Y ¿no estamos viendo todos los dias los mism hechos, aunque atestiguados, desconocidos po hombres de todos rangos y condiciones, y que po seen en todos sentidos la confianza de esa clase d incrédulos? Asi es como puede suceder, y como su cederá aun por mucho tiempo en este mundo ta distante de la perfeccion.

¿Está, pues, decretado que las verdades qu tienen tanta correlacion con el bienestar y la con servacion del hombre, estén condenadas á ser des echadas por aquellos á quienes mas importa aco gerlas y rendirles vasallage? no. Tarde ó tempra no se levantará un alma fuerte, dominada por u grande amor á la verdad, y superior á todas esa vanas consideraciones que solo son propias par retardar el adelanto de los conocimientos útiles La Providencia permitirá por el bien de la espe cie humana, que algun potentado del siglo atacad de una enfermedad contra la cual se hayan estre llado todos los sistemas ordinarios, recobre un

salud estable y sólida, á beneficio de este método. Entonces desaparecerán las preocupaciones, y se adoptará con ardor un principio verdadero, metódico y simple como la naturaleza, é igualmente al alcance del sábio como del ignorante; y los ricos del siglo serán, con respecto á tantas criaturas afligidas y sufrientes, los dignos representantes del Samaritano del Evangelio.

Entonces nuestros hospitales, tanto civiles como militares, estos establecimientos tan útiles en sí mismos, pero tan onerosos al estado, hallarán una considerable economía en sus gastos, y la ventaja mas preciosa aun de emplear un medio pronto y eficaz para restituir en pocos dias la salud y la vida á tantos desgraciados como vemos penar en ellos por espacio de meses enteros, y que la mayor parte no salen de alli sino para ir al sepulcro.

Entonces los habitantes de nuestros campos, tan abandonados y desamparados en sus enfermedades, y que la mayor parte de las veces perecen sin socorro alguno por falta de medios, bajo la direccion de un pastor caritativo, ó de cualquiera otra persona inteligente, recobrarian una salud tan preciosa y tan deseable para sí como para sus familias.

Entonces veríamos desaparecer de nuestras tablas estadísticas esos resultados tan aflictivos, y que hasta ahora no se ha pensado en remediar. Hace ya siglos que la esperiencia nos prueba que de mil niños nacidos á un mismo tiempo en distintos puntos de Francia, los quinientos han perdido su vida antes de los diez años, unos en la cuna y otros en los primeros años de su existencia. Este método, aplicado en las primeras edades de la vida, se ha visto y se ve diariamente coronado con los sucesos

mas maravillosos. Cuantas cabezas de familia podríamos citar, que no deben la conservacion de sus hijos sino al uso bien dirigido que han hecho de los medicamentos que prescribe, y que bendicen la Providencia por haberles puesto en las manos este precioso descubrimiento. La prueba de esto se halla escrita en los cuatro volúmenes de la *Medicina curativa*, y ademas en la *Gaceta de los enfermos*, que forma su continuacion.

Entonces se habrá suficientemente logrado el gran fin ú objeto de la conservacion de la especie humana, que es en lo que especialmente consiste la fuerza y vigor de los estados, y que debe proponerse el gefe de todo gobierno sábio. Entonces tantas tiernas víctimas de la muerte cortadas en la aurora de la vida, llegarán hasta la edad caduca. Entonces tambien las generaciones futuras bendecirán á aquel á quien, despues del Autor de la naturaleza, serán deudores de su existencia.

CAPITULO XL.

RESUMEN.

»Muchos autores, á fin de ausiliar la memoria, »forman estensas tablas de sus obras. Al paso que »rindo á este trabajo toda la justicia que se merece, »he preferido sin embargo dar una sucinta descrip»cion de las principales verdades que el lector se »ha pasado por la vista."

Los que me hubiesen acusado de haber mojado mi pluma en la hiel de la sátira, habrian podido convencerse de que he hecho una estricta distincion del arte considerado en sí mismo con los hombres que lo practican; he elogiado la medicina que cura, y no he querido hacer lo propio con una ciencia que solo estriba en conjeturas.

Desde Hipócrates, quien parece estableció algunas de las bases del edificio medical, pero que ignoró la circulacion de la sangre, cuyo conocimiento es de mucho peso para los sucesos del arte, la medicina ha andado á ciegas, y apenas ha hecho progreso alguno. Las enfermedades que se reputaban incurables dos mil años atras, son hoy dia lo que entonces eran. La epilepsía, la hidropesía, la pulmonía, la paralisis, la apoplegía, la locura y la gota, etc., son reputadas sin remedio, y los médicos de nuestros dias, como los de otros tiempos, no les oponen mas que vanos paliativos. Recórranse los

cuarenta mil volúmenes salidos de tres siglos á esta parte de la infatigable pluma de los doctores de todas naciones, y no se verá mas que un hacinamiento de incoherencias, contradicciones y puerilidades, por no decir otra cosa.

¿A que puede atribuirse este espíritu de divagacion? A falta de principio en todos esos autores; cada uno de ellos ha querido abandonarse á su propia opinion, y se ha perdido en vanas y ridículas abstracciones.

Los mas grandes genios de la antigüedad y de los tiempos modernos lo han conocido perfectamente. Partiendo de los antiguos romanos, cuyo nombre es el sinónimo de la gloria y de la celebridad, hasta los grandes personages que son el ornamento y la gloria de los tres últimos siglos, todos se han pronunciado igualmente de un modo muy poco favorable á los médicos, conforme lo hicieron dos mil años hace Caton, Plinio el antiguo y el senado romano, que los espulsó del recinto de sus muros, y que hubiera querido espulsarlos mas allá de los límites de sus inmensas conquistas. En la edad media, Pedro Apon, Petrarca y Bernardo Palissi, y en los tiempos mas modernos Erasmo, Pallingene, Montagne, Moliere, Boileau, Sterne, Maupertuis, Gui-Patin y La Mettrie, en su libro titulado: *El Machiavelismo de los médicos*, todos se levantaron contra la insuficencia de los médicos y contra las sutilezas frívolas de una profesion, que segun el testimonio de Pitearn, célebre médico escocés, no es ni un arte ni una ciencia, porque no conoce suficientemente su objeto.

¿Por que se habrán reunido como de intento todos estos personages, mas ó menos célebres, cuyos

sentimientos y testimonio están estensamente consignados en el curso de esta obra, para inclinar el vituperio sobre esta profesion? ¿Seria por efecto de malignidad.....? Esto vendria á ser una blasfemia. Es menester ser tres veces malos para desacreditar un arte, cuya conocida utilidad hubiese hecho servicios reales á la sociedad. Esos grandes personages, sin duda no tenian otra intencion que la de ilustrar á sus contemporáneos sobre el vacío é inutilidad de los procedimientos empleados por unos hombres que se engrien de un talento que están lejos de poseer.

Tal era el estado de las cosas, cuando un hombre ignorado, que ejercía su estado en el fondo de una provincia lejana, dió á luz un pequeño volúmen en 8.°, del cual hizo un obsequio al cuerpo legislativo, quien mandó que se depositase en su biblioteca. (Véase el *Monitor*, 23 y 26 Nivoso, año X) (1). Era este, propiamente hablando, el hombre de la naturaleza; pero la simplicidad de su estilo no era capaz de designar á ese opúsculo un alto grado de consideracion. Mas encerraba una grande verdad de teoría, que su autor hubiera podido corroborar con el testimonio de muchos millares de curas, en casos de pretendida incurabilidad, que él habia efectuado. **PELGAS**, autor del descubrimiento de la causa de las enfermedades, se puso en oposicion con unos hombres que, como los de hoy, se titulaban los hombres del arte por escelencia. Habia ya esperimentado por ello duros

1 Cuarto mes del calendario republicano de Francia, que comenzaba en 21 de Diciembre y concluia en 19 de Enero. (*Nota del traductor*).

y violentos ataques, cuando avanzado en edad, y al punto de terminar su carrera, y de ver perecer consigo los frutos de su larga y laboriosa práctica, la Providencia sustituyó un hombre digno de reemplazarlo, un hombre que mejor que nadie conocia lo vacío de las fórmulas, segun las cuales le repugnaba ejercer su profesion. Discípulo tanto mas dócil, cuanto él mismo habia sido arrancado de los brazos de la enfermedad, y probablemente de la muerte, siguiendo los preceptos de ese hábil práctico, el cirujano Le-Roy ha dado nuevos desarrollos al principio fundamental proclamado por **PELGAS**, habiendo conseguido muy pronto el hacer sobresalir las felices consecuencias que solo puede producir un principio verdadero. Enemigo de esas instituciones que gravitan sobre los pueblos sin producirles provecho alguno, comparando el charlatanismo medical con la intriga horrorosa que arruina los huérfanos que ella misma hace, ó con los torrentes devastadores y los incendios que hacen el mal únicamente por hacerlo: el colaborador, el discípulo de **PELGAS**, ha anotado los escritos de su maestro, y les ha añadido lo que les faltaba, formando de este modo un cuerpo de obra, en el cual ha puesto en descubierto toda la verdad, y la ha entregado al público, con la esperanza y un vivo deseo de serle esencialmente útil. Tal es el orígen de la *Medicina curativa ó la Purgacion, dirigida contra la causa de las enfermedades.*

Antes que seguir el hilo de una verdad luminosa, el amor propio herido, y los choques de interes, hacen obrar á su vez ó de concierto á unos hombres que no temen manifestarse como enemigos acérrimos de esta verdad. Ellos se apoderan de

la credulidad ó de la buena fe de los diaristas, y los diarios se llenan muy pronto de calumnias y disgustantes diatribas. Los médicos de Lion dirigen una de las primeras intrigas. Los de Montargis y Orleans van mas lejos; pues á su instigacion el ministerio público toma su defensa, bajo el pretesto de una contravencion, y tal vez de un delito que cree ver, y París y Amiens son igualmente testigos de unos ataques semejantes. Mas por todas partes triunfa la verdad, y el oprimido vence á sus opresores.

¿Que recurso les quedaba últimamente á los enemigos desenfrenados de la *Medicina curativa*? El de denunciar á un ministro del rey accidentes imaginarios, juzgados reales por la ignorancia y el deseo de hacer mal. La academia de medicina, por el órgano de uno ó dos de sus delegados, á los que se atiene, alega falsedades, demostradas tales en lo sucesivo. Hacen en fin todos sus esfuerzos para quitar de las manos del pueblo el medio de curarse que un hombre generoso le ha dado. Mas los hechos hablan tan vigorosamente en favor de la cosa perseguida, que aun esta recibe aumento. Problema para resolver.

El principio de solucion está en el seno mismo de la verdad. Este testigo incorruptible, que no varía jamás en sus deposiciones, sostendrá en menos de diez años, y en presencia de todas las potencias de la tierra, lo que afirma hoy, porque es de su carácter el no dejarse torcer jamás. Instruida por la esperiencia de los siglos, sabe que las persecuciones aumentan su fuerza, y que tarde ó temprano no dejará á sus enemigos mas que la vergüenza de haberla conseguido. La historia nos ofrece el cuadro desolador de las persecuciones dirigi-

das contra esos grandes genios, que sacudiendo las preocupaciones de la educacion, proclamaron unas verdades desconocidas hasta entonces.

¿No fue Sócrates condenado por el Areopago á beber la cicuta por haber revelado á los atenienses el dogma de la unidad de un Dios? Ese mártir de la verdad obtuvo despues de su muerte los honores de una estátua de bronce: el estatuario Lyssipe transmitió á la posteridad las facciones y fisonomía de ese grande hombre. Mas aun cuando Atenas la hubiese hecho colocar en todas sus encrucijadas, jamás hubiera hecho olvidar la ceguera de los jueces que lo condenaron á muerte.

Anaxagore, cargado de hierros por haber proclamado la misma verdad, hubiera perecido en el suplicio, á no ser por la elocuencia de Pericles.

Aristóteles cuyo nombre ha sido de un gran peso en nuestras escuelas, y sin cuyo dictámen no se decidia ninguna cuestion en la academia, aun en el alto grado de gloria á que lo habian elevado sus talentos, ¿no estuvo espuesto á los ataques de la envidia? Acusado de impiedad, y acordándose de la muerte de Sócrates, ¿no se retiró á Chalcis, para impedir el que se cometiese una nueva injusticia contra la filosofía?

Con tales ejemplos, ¿que es lo que no debe esperar el cirujano Le-Roy, cuyos principios trastornan de arriba abajo los sistemas erróneos sobre los cuales ha descansado hasta ahora el arte de curar á los enfermos, por sustituir á esos sistemas un método simple como la naturaleza, y que está en armonía con sus necesidades? Ademas, ¿hubiera él impunemente roto la llave de los tesoros de Mamon? El debe esperar, lo mismo que su apologis-

ta, ser perseguido y apaleado con todos los tiros de la ignorancia y de la calumnia. Mas fortificado con el testimonio de su conciencia y el reconocimiento de sus conciudadanos, á quienes ha arrancado de los brazos de la muerte, su alma, á un tiempo sensible y valerosa, lamentará la ceguera de sus antagonistas, que rehusan abrir los ojos á la luz; y aun mas, la de tantos millares de enfermos, víctimas de sus propias faltas ó de su ciega credulidad.

FIN DEL CHARLATANISMO.

APÉNDICE.

NOTA IMPORTANTE.

NOTA IMPORTANTE.

Al concluir la traduccion de esta obra, tuve noticia que D. Mariano Peset, profesor de medicina en Valencia, escribia una memoria de las curaciones que habia conseguido usando el método purgativo de Mr. Le-Roy en la terrible enfermedad del cólera morbo *que afligió á aquella ciudad el pasado año, y me tomé la libertad de escribirle, rogándole en nombre de la humanidad se sirviese comunicarme sus observaciones sobre la accion de los purgantes espresados en una dolencia que tantos estragos hacia por todas partes, para darles publicidad si me lo permitia, á fin de hacer este precioso presente á los pueblos en quienes todavía no hubiese ejercido sus mortales estragos.*

En efecto, este benemérito profesor se dignó contestarme en términos muy corteses, remitiéndome al mismo tiempo la siguiente memoria, digna de ver la luz pública; pues en ella brilla el idioma franco de la honradez, los conocimientos profundos de su ciencia, y el lenguaje castizo de nuestros primeros escritores.

DISERTACION

CRITICO-MÉDICA,

Ó

DICTAMEN APOLOGETICO-IMPARCIAL

De la preferencia que tienen las fórmulas purgativas de Mr. Le-Roy sobre todas las de su clase contenidas en la materia médica, tanto para la curacion del cólera-morbo, cuanto para las demas enfermedades *asténicas*, procedentes de *saburra-gástrica* y *vermivacion* ó *de corrupcion humoral*; ya bien se presenten estas *gastro-atáxicas*, ya *bilioso-mesentéricas*, ora fueren ellas *pútrido-adinámicas*, ora *epidémico-contagiosas*, patentizándose á la par y en su vez los daños y peligros que causa en tales males la práctica del sistema tiránico-sanguinario de Mr. Broussais y de todos sus noveleros sectarios, llamados impropiamente *fisiólogos*, por ser aquella, segun la esencia y naturaleza de dichas dolencias, la mas perjudicial y altamente mortífera.

POR

Don Mariano Peset de la Raga,

Médico primario y principal del Hospital real y general de la ciudad de Valencia.

Ego liberam medicinam pro fiteor: nec ab antiquis sum nec a nobis, utrosque ubi veritamen colant sequor: et instar metallicorum ex escoriis tum novae tum veteris medicinae aurum et argentum praeceptorum coligo.

Baglivius Oper. medic. disertac. sept. de usu et abus. vesicant. pag. 378.

INTRODUCCION.

Invitado me hallo por el bien de la humanidad á manifestar mi dictámen sobre el uso que debe hacerse en la medicina de las preparaciones purgantes de Mr. Le-Roy. Pero..... ¿quien me mete ahora en querer andar de boca en boca, para ser el objeto de conversaciones públicas? ¡Que sorpresa esta tan árdua y molesta para mí! ¡Cuan desapacible y enfadosa deberá ser ella no menos para muchísimos de mis hermanos comprofesores! Y ¡que será, pues, de mí!!!.... ¿Fulminarán por ventura á millares los anatemas contra mi escrito algunos hijos de Esculapio? O por mas que lo contenido en el mismo sea inocente y provechoso para la humanidad doliente, ¿dejará por eso de calificarlo la severa y ceñuda censura de arrojado y temerario, solo por haber anunciado y aconsejado que las fórmulas purgativas de Le-Roy son eficacísimamente curativas? Y siendo ellas hijas de mi conviccion y esperiencia por el resultado de felices observaciones, que evidentemente me han acreditado el ser mas segura y preferente su

benéfica accion para combatir victoriosamente y con acierto la terribilísima plaga del cólera-morbo y de todas las demas enfermedades pútrido-humorales, que la de cuantos vomitivos y purgantes encierra la selva médica..... no obstante, y á pesar de todo, ¿serán puestas como siempre en ridícula befa para la irrision y el escándalo? ¿Se contentarán acaso otros asociados mediquizantes de la nueva moda sistemático broussaica, con anunciar en los diarios y periódicos de las capitales la proscripcion de mi nombre? ¿O avanzarán ademas sus grandes clamores para que sea aquel tambien testado y aun lanzado del gran libro y catálogo, que de todos los clientes esculapios conserva inscritos para perpétua memoria en su sagrado templo el gran Dios de Epidauro? ¿Seré declarado en consecuencia *contumaz* por consumado delito de apostasía medical?..... ¿Me acontecerá sino lo que refiere aquel famoso diálogo entre el caballero, la baronesa y el doctor, cuando invitado este por madama, para que tuviese á buena guisa administrala el método curativo de Le-Roy, que el pobrete médico de la interlocucion, ya azorado y aun amostazado de allende (cual si los purgantes de Le-Roy hubieran sido anunciados al mundo médico por algun saltabancos, ó inventados por el diablo cojuelo), no pudo menos de contestarla con sorpresa y temor: »¿Que decís, madama?..... ¡Dios me libre!..... ¿Quereis que me apedreen....?" Y en resumen, ó por complemento de una aciaga suerte, ¿no pudiera tambien

acaecer que se despeñara por final sobre mí la malandanza ocurrida al ingeniosísimo Esopo; el cual, despues de haber dado tantos consejos saludables y de moralidad en toda la Grecia, en lugar de una justa y obligada gratitud, y sin que le sirviese de garantía su misma honradez, ni menos de asilo al sagrado templo de Apolo, al que se habia refugiado, le precipitaron los mismos habitantes de Delfos por el derrumbadero de un eminente peñasco? Pero aun cuando asi no suceda, ni remonte á tan alto grado mi desventura, ¿dejarán cuando menos de asegurar al público la mayor parte de mis compañeros que mi intento es temerario, y mi designio propio de un profesor estraviado ó de mollera desollada? Yo, pues, no dudaré un momento asegurar (sin temor á que me arguyan de juiciero) que no omitirán ellos por pereza el roerme á su vez los zancajos y bien á mansalva..... ¿Quien le ha metido á ese hombre (dirán algunos de los de por aqui) á escribir tan de antuvion, sin mas acá ni mas allá, y sin irle ni venirle, en pro de un empírico barbero y saltimbanco?..... ¡Hola! ¡hola! (propalarán otros por allá) ¡que el tal presumido escritor se ha propuesto el ir contra la corriente de toda la literatura médica!..... ¡Pardiez (anunciarán aun los mas indiferentes por acullá), que el capricho ha sido de lo mas peregrino! ¡Oh! ¡á que cholla médica ocurriera un pensamiento tan estravagante! Y ¿quien le mete á Juan Bonete (divulgarán por do quiera cuasi todos) para venirse ahora á defen-

der, sin decir hoste ni moste, y aun contra su propio peculio, á un quirurguillo petate.....?"

¡Bravo! ¡bravo! ¡bravísimo!!! ¿con que todo este bulle bulle tendremos?..... Es decir que todos ó la mayor parte de mis cohermanos y cofrades han de poner el grito en el cielo, asi en las casas y tertulias, como en los corrillos y plazas públicas, y han de acabar últimamente con entregarme (segun suele decirse, por mano de Judas y á matacandelas) nada menos que al anatema y proscripcion del grande Esculapio?..... Y para unos resultados tan preconocidos, que descubro ya desde este momento por entre celages, ¿no será un despropósito el mas descabellado el que aun quiera yo obstinadamente ir por lana, para volver trasquilado? ¿Perderé por un capricho inoportuno (y quizá muy excontemporáneo de un discreto cálculo conservador) el buen concepto y reputacion que me han adquirido mas de treinta años de ejercicio en la medicina, solo por salir ahora en el último tercio de mis dias con la intentona maniática de desfacedor de tuertos y enderezador de desaguisados, fechos á un desacreditado cirujano, tan despreciado por acá, tan injuriado por allá, tan ultrajado por acullá, y tan anatematizado á la vez y por do quiera como Mr. Le-Roy? ¡Dejaré de salir, pues, de un combate tan descomunal (cuando menos y á bien librar), peor que molido á palos, cual acacciera al ascudercado y derretido amador de la Dulcinea tobosina? Y despues de tantos azares y averías, y de tirar coces contra

el aguijon, ¿no me encajaria como de molde aquel bien merecido refran de su legislador baratario y malandante escudero, que ya profetizó sesudamente al adalid manchego, antes que hobiera la de mazagatos con tantos follones: *Que el mal para quien le fuere á buscar?....* ¿O tambien aplicárseme como de perlas el otro adagio tan trillado en la antigua Castilla, de: *Quien bien tiene y mal escoje, del mal que le venga no se enoje?*

No seria por lo mismo mas acertado, que considerando yo todo lo dicho, dejando ademas cada cosa para su cosa, ó como enseña la frase proverbial española, de *cada cosa en su tiempo, y los nabos en adviento.....* y que meditando de una vez la mismísima cosa con mas seriedad, para que nunca jamás digan mis hermanos profesores con otros amigos, que tengo el seso en los calcañares..... ¿No seria mas convenientemente acertado (repito), y aun mucho mejor, que con pie quedo dejase yo al mundo médico cual le veo, al modo que está bien la piedra en su agujero, y no meterme ahora con tan mala sazon, y en tiempo de prevencion tan aciaga y suspicaz, á publicar escritos en pro de Le-Roy? Mayormente cuando me es tan forzoso é indispensable, no solo el tener que combatir las sangrías y sanguijuelas adaptadas esclusivamente por Mr. Broussais y sus apasionados de la nueva moda, para la curacion del cólera-morbo y de todas las dolencias, sino el de proponer y aconsejar ademas como verdadero y seguro antídoto contra esa misma epidemia tan

contagiosa, y tambien contra otras innumerables enfermedades, una clase de remedios, que por mas que yo intente garantizarlos con mis esperiencias propias, ellos al fin son reputados la piedra del escándalo y la manzana de la discordia de nuestros dias, por la sola razon de haberlos presentado la depauperada terapéutica de un mero cirujano perseguido, llamado á la par bárbaro empírico, amen de despreciado, con tres al mohino de vilipendiado, y la añadidura de asaz anatematizado?.... Nada se me oculta en realidad de verdad. Y tampoco dejo de conocer preventivamente (por cierto espíritu semi-profético que inspira el versado trato y política con la familia de los Asclepiadas) que este mi decidido propósito se presentará en el orbe médico como un cometa el mas estraordinario y chocante, pues que efectivamente apareceré en el escrito que publico por un redentor de las fórmulas de Le Roy, y su contenido deberá ser tanto mas alarmante é incendiario á primera vista, por cuanto ningun profesor de medicina creo que haya soñado en toda la presente década la menor iniciativa de defensa sobre su doctrina, ni que haya dicho en apoyo de su formulario purgativo, esta boca es mia.

No obstante lo dicho, yo quiero persuadirme de buena fe (por ser ello á la par de justo, razonable) el que aun cuando todos los médicos racionales (y doy de barato que los mismos broussistas) se presten indulgentes ó disimulados acerca de lo que contiene mi escrito, contra la práctica de

sangrías y sanguijuelas, inventada por su reformador fisiológico, atendiendo solo á que la oposicion de doctrina es hija de una opinion controvertible; mas ¿lo estarán igualmente en cuanto á la defensa vigorosa que hago en el mismo en favor de las fórmulas de Mr. Le-Roy, para la curacion del cólera asiático y demas enfermedades asténico-gástricas y pútrido-humorales? *Hoc opus: hic labor erit.* ¡Aqui fue Troya!... ¡Terrible compromethimiento va á ser el mio verdaderamente!... ¿Pues que no hay mas que haber de gravitar sobre la insuficiencia de mis delicados miembros el odiado busilis y espantosa defensa (aunque no la quieras asi, ahí te va ese grano de anís) de las fórmulas (como quien no dice nada) del cirujano Le-Roy?..... y tenerlas igualmente por postre que apoyar y aconsejar como las únicas ciertas y mas seguras para primordial indicacion de la terrible plaga indiana y de otras muchas dolencias? ¿Que no hay mas que tener un médico que anunciar erre que erre, y divulgar (no asi como quiera, sino velis nolis) como indubitables y verdaderos contra el terrible azote colérico los vomi-purgativos y purgantes graduados de un Mr. cirujano tan proscrito y anatematizado, y esto nada menos que á la faz de toda una república médico-literaria?.... ¡Proyecto es este por cierto de grande animosidad, desventajoso amen de resbaladizo, y cuasi desesperado. Y bien.... pero verificada su lectura por mis cohermanos, ¿dejarán tampoco por olvido ó consideracion alguna los profesores

enemigos de Le-Roy (ademas de dar grita al público con todos los denuestos que mi presentimiento ha dejado antes indicados) el declarar tambien por medio de los periódicos que mi escrito es merecedor de la general proscripcion, y muy digno de los anatemas de Apolo y de Esculapio? Entremos por lo mismo nuevamente en otra madura reflexion..... ¿No me estaria mas á cuento, como he dicho antes, el no andar de aqui á acullá, buscando cinco pies al gato, para no salir gateado?..... ¡E bien! ¡pues vaya, vaya muy enhorabuena el señor Le-Roy, porque yo me habré de estar quietecito, y con ojo al Cristo, para no mas acordarme que hay imprentas en el mundo!..... ¡Tendré ya únicamente que permanecer alerta, para mirar siempre de reojo á todos los impresores! ¡Me concretaré, pues, á estar precisamente agazapado, para atisbar con ojo avizor, ó mas bien al traves y de soslayo, hasta sus mismas casas, prensas y oficinas, por la sola precaucion y cuidado de no volver á la intentona de defensa alguna sobre el recetario de Le-Roy, aunque tan buen profesor sea digno de mejor suerte! ¡Abriré por fin tanto ojo para dejar enteramente este negociado, y estar á la mira; pues quien adelante no mira, atras se queda, y el que anda por el llano, va mas sano!!!

¡Oh! ¡en que contraste me veo tan triste, y en todo sentido embarazoso! .... No obstante, por mi sosiego entraré finalmente con mas serenidad en tercera y última meditacion..... Pregunto:

¿pues que los médicos despreocupados dejarán de conocer que los objetos que me determinan á publicar esta disertacion, deben serme imperiosos á la par de inescusables y obligatorios, cuando reflexionen que la medicina esperimental no presenta el menor arbitrio de transaccion entre dos métodos de curacion, diametralmente opuestos entre sí, y sobre el convencimiento de los hechos positivos, realizados por esperiencias propias? Esto no es creible en modo alguno, á menos que un juicio prudente, y la misma recta razon, abandonasen á ciertos hombres, considerándolos en el último grado de obcecacion, por haberles ya derretido los sesos las malhadadas y vanas sofisterías sistemáticas..... Pues bien: no hay remedio; esta mismísima consideracion es la que decididamente me determina ya sin vacilar á la publicacion de este escrito preliminar, no solo para combatir con todas mis débiles fuerzas los delirios y práctica sanguinaria de Mr. Broussais y de toda su engañifa sanguijuelista, sí que atendiendo ademas á la conciencia y obligacion sagrada que me impone el ejercicio de una profesion filantrópica, patentizaré sobre todo en el mismo con generalidad, el resultado de las observaciones y maravillosas curaciones que tengo conseguidas en el cólera indiano, y de otras innumerables dolencias, por medio de los preciosísimos vomi-purgativo y purgantes graduados del benemérito Mr. Le-Roy. Y en la alternativa de los respetos que me merecen mis compañeros comprofesores (á quienes venero y

aprecio), ó en la indispensable obligacion de manifestar sínceramente mis esperiencias, evidenciadas con el apoyo de su maravilloso formulario, me parece que con honradez y decision debo elegir la defensa de tan honorable profesor, mayormente por ser ella la mas justa en su esencia, y á la par conveniente para el beneficio de la humanidad.

Esta es por último mi determinada resolucion, sin que me arredren ya temores, obstáculos ni contradicciones, ni menos me aterrorice el miedo de que me baje la sangre á los zancajos (1). ¿Pues que un médico honrado no debe insistir en sus propósitos, y mas cuando llega á convencerse que el proyecto que ha adoptado ha de redundar en pública utilidad y para el alivio de sus semejantes? El buen profesor jamás debe temer el hablar cuando anuncia la verdad, y está cierto al mismo tiempo de no engañarse ni engañar; porque entonces refiere por bueno y seguro aquello mismo que ha visto y presenciado. Bien conozco que mi comprometimiento es harto escabraso y de un resbaladero el mas arredrante, pues me hallaré cercado por todas partes de los amargos sinsa-

1 Trivial será mi narracion si se quiere, pero ella es significante, y creo que nadie podrá espulsar este nombre ni otros de los que aqui se contienen, del lenguaje castizo español. No puedo menos de llamar la atencion con esta nota, porque sé muy bien la decencia que debe adornar á los escritores públicos, para no incurrir en trivialidades ridículas.

bores que producirán los injuriosos dicterios y sarcasmos prodigados por los rivales y encarnizados enemigos de Le-Roy..... Pero ¿que recurso me queda? Una obligacion sagrada he contraido con mi profesion, para manifestar cuanto crea útil y beneficioso á la humanidad sufriente, y por nada en el mundo dejaré de cumplirla, aunque necesario fuese sellarla con mi sangre. Convencido me hallo hasta la evidencia del conveniente provecho de los purgantes de Le-Roy; por lo mismo los defenderé y aconsejaré impávidamente para la mas completa victoria de la cruel epidemia asiática y de otras varias enfermedades, aunque me vea solo, escudado con la divisa de aquel antiguo romano, que decia de sí: *Non nobis : sed reipublicae nati sumus.*

Y ¿no es necesaria en un médico (que antes fuera de los mayores antagonistas de Le Roy) la conviccion mas profunda á favor de su formulario en innumerables enfermedades, para esponerse ahora á sufrir con paciencia todo género de denuestos y acibaradas cuitas? ¿No es indispensable el estar adornado de una filantropía la mas pura, para no desanimarse en medio de tantos obstáculos y contradicciones como puedan presentarse? Pero asi como la compresion aumenta el poder de la elasticidad, y al modo que los embarazos de resistencia y oposicion caprichosa enardecen un justo celo; asi tambien por defender mi verdadero convencimiento en apoyo de las fórmulas del benemérito profesor Le-Roy, para combatir con ellos á

mano segura muchas y agigantadas enfermedades, no solo perderé yo generosamente todas mis conveniencias, y aun los mayores intereses que pudieran redundarme de provechosa utilidad, sí que hasta la propia vida (si necesario fuese) sabré no menos (por el amor de la ciencia) rendirla en holocausto á aquellos de mis contemporáneos mas valerosos, en el caso que su animosísima procacidad, escitada de algun furor sistemático de rivalidad, ora se presentase á dispararme venenosos tiros de dicaces é injuriosos denuestos, ora aglomerase para complemento de mi ruina nuevas é inauditas ingratitudes, procurándome á todo trance los padecimientos mas acerbos.

Sin embargo de lo dicho, no avanzaré (segun quieren algunos) á afirmar que con solo el método de Le-Roy cada uno puede ser ya su propio médico en toda clase de enfermedades; pero sí aseguraré por la fe de mi analisis y obcecacion, que el ingenioso autor de la Medicina curativa ha sido el primero que ha anunciado á la teoría médica un principio, que aunque sencillo, es con generalidad el mas cierto é incontrastable, por ser muy propio de la naturaleza y de la existencia del hombre. Este convencimiento me hace conocer igualmente la causal demostrada de haber correspondido con relevantes ventajas hasta el presente las fórmulas de este ingenioso profesor, á las demas de su clase que hayan inventado todos los autores de materia médica, y que corresponderán tambien en los venideros siglos sin intermi-

sion, para satisfacer en lleno la primera indicacion curativa de la mayor parte de las dolencias que afligen á la naturaleza humana. Tambien tengo por otra verdad no menos cierta y acreditada, que cuasi todas las enfermedades se reducen á indisposiciones asténico-gástricas ó bilioso-intestinales, provenidas las mas veces de putrefaccion humoral, como probaré en este escrito. Asi, pues, me quedo absorto, y no penetro verdaderamente con qué razon han podido calificar algunos profesores (inconsiderados ó poco reflexivos) en sus escritos al honorable Mr. Le-Roy de pedante-polaco-embrollon-charlatan-empírico, y hasta de Mr. barbero, con otros no menos soeces dicharachos, que indignísimos apodos; siendo asi que están consignadas anualmente por su apreciable método (por mas que este sea empíricamente administrado) millares sin cuento de curaciones en todos los reinos y paises descubiertos de la tierra. ¿Podrán acaso nunca, ó han podido jamás, todos sus calumniadores presentar unas pruebas tan decisivas y relevantes, ni contrariar hechos tan innumerables y patentizados? Convengamos, pues, de buena fe (dando de mano á todo espíritu de partido) en que los médicos que han dado á luz algunos miserables folletos contra Le-Roy, no han querido (tal vez por suspicaz capricho de oposicion sistemática) analizar sus principios, muy adecuados por cierto para una gran parte de las enfermedades, y por lo mismo la animosidad de sus detracciones, no reconocen otra base (en mi con-

cepto) que la inconsecuencia y la injusticia. En este sentido protesto que deberá ser siempre de ningun valor el cargo que pueda hacerse á mi determinacion, tachándola de estraña y arriesgada (por la defensa que hago de dicho autor, y sobre todo de su beneficentísimo formulario), atendiendo á los enemigos que *ex abrupto* y derrancadamente lo han impugnado; porque si bien se reflexiona, no podrá menos de conocerse que la apreciable doctrina de Mr. Le-Roy no ha sido hasta ahora atacada sino por suspicaces prevenciones precipitadas, y nunca con imparcial serenidad ni en detal, por escritos sólidos y de conviccion; pues que ningun médico (por lo menos que yo tenga noticia) se ha determinado á tomar la pluma para refutarla científicamente y por principios; solo sí he leido algunas vanas y poco decorosas diatribas, emitidas por ciertos escritorzuelos en algunos diarios venales, ó en otros diálogos no menos vacíos é insignificantes, que por los groseros chistes y aun ridículas pullas que la mayor parte de ellos contienen, bien podrian mejor llamarse coloquios, ensartados en un carasol de popular razonamiento el mas miserable; porque en realidad de verdad tales escritos, aun cuando ellos sean de profesores condecorados con títulos y diplomas, á buen seguro que poco lustre y realce habrá reportado la ciencia médica con sus producciones. La sociedad al propio tiempo me parece que tampoco deberá haber adquirido por la lectura de tales vaciedades garantia alguna pa-

ra su salud, á no ser que esta haya sido cuando mas en algunos de conocimiento ilusorio; pero de todos modos, ello no es menos cierto que la garantía que solo ofrece ilusiones, no es garantía. Mas hablando con franqueza: ¿no hubiese sido mejor que los tales escritores dialoguistas y de coloquios, hubieran aprovechado sus diestras plumas enseñando á la humanidad la sólida garantía que por cierto resulta de poner en práctica la verdadera y general doctrina de la purgacion, y en particular la de Mr. Le-Roy, confirmada con tantos y tantos millares de hechos en individuos atacados de todo género y de toda clase de enfermedades atáxicas, y aun de las epidémicas, sin esceptuar la misma fiebre amarilla; y que los que adolecieron de ellas á su vez, han reconocido y certificado que recobraron su salud y vida por la eficacia del vomi-purgativo y demas purgantes graduados del mismo filantrópico profesor?

En resumen de todo lo dicho no puedo menos de advertir aqui con oportunidad, que habiendo reconocido como indudable el contagio del cólera-morbo, en el tratado que di á luz en el pasado año 34, y esplicado tambien con estension en el mismo los efectos del aire atmosférico en la economía del hombre, y en el mismo cólera asiático, confieso ahora con la mayor franqueza y sincesidad no haber tenido otro objeto en su publicacion, que la utilidad pública y el bien de la humanidad doliente. En efecto, he leido con satisfaccion por una casualidad la Revista española

de 10 de Julio del mismo año, número 237, no puedo menos de tributar mi reconocimiento gratitud á sus editores sobre el imparcial dictámen que han emitido sobre su contenido, manifestando: »Que este tratado debe llamar la atencion del público erudito, no menos que de los profesores del arte de curar, por su plan interesante para la aplicacion de la físico-química á la patalogia, y por la direccion que hace de estas leyes generales para la precaucion y curacion del cólera-morbo asiático, y que todo ello reunido le da un interes especial, mayormente por la refutacion que hace de los anti-contagionistas, defendiendo la naturaleza epidémico-contagiosa de tan terribilísima plaga..... concluyendo por último que debe leerse la doctrina que dicho tratado contiene por todo amante de la ilustracion en materias tan trascendentales."

¿Acaso habré sido tan feliz que pueda haber llenado el intento que reconocen en mi escrito los editores de la Revista? ¡Ojala que mis consejos hayan sido y puedan en lo venidero ser útiles á la ciencia y de beneficio á la humanidad afligida! ¡Dichoso yo mil veces si he conseguido salvar con ellos, ó libertar pudiere sucesivamente del infortunio á una sola familia, y disminuir algun tanto los males que han afligido ó puedan sobrevenir á mi querida patria! No obstante, me ha sido sensible en realidad de verdad el que la idea del contagio colérico aun haya sido rechazada por algunos médicos sistemáticos, como lo habia sido an

tes, por cierto estravío de imaginacion inesplicable, sin haberse jamás hecho cargo los anti-contagionistas que la historia de esta plaga no es mas que el horroroso panorama del contagio mas terrible y fulminante; porque sobre el sepulcro de muchos millones de amontonadas víctimas, la desapiadada parca ha inscrito ya tan horrorosas devastaciones y ruinas sin cuento.

Con reserva, pues, de acabar de combatir y persuadir á los obcecados anti-contagionistas con argumentos y hechos los mas incontestables y victoriosos, y de persistir con todas mis fuerzas, resucitando y vindicando la doctrina segura y venerable del positivo contagio que caracteriza al cólera asiático en el grado mas eminente, cuando daré á luz con mas estension el segundo tratado, que tengo ya rectificado sobre el propio objeto que versa esta disertacion. Entre tanto, por la buena sazon y coyuntura, no podré menos de declarar aqui, que muchas veces me quedo absorto cuando considero el que por una fatalidad inconcebible haya sido dicha venerable doctrina en nuestros dias, olvidada, despreciada y habida en ridículo insignificante ó de ningun valor por ciertos médicos partidarios de una moda reinante. De una moda (repito) de manía tan sistemática, que desde que fue anunciada con aplausos por Braussais á sus leccionarios en Valde-Grace, y despues que por los folletos y diarios de París á toda Europa fue comunicada y aportada; tantas amarguras y tantos estragos coléricos tiene origi-

nados, y aun sin cesar en muchas partes está cau-
sando. Desgracia lamentable es por otra parte
considerar el que esta Francia (la que en mi dic-
tamen ha sido y será siempre la moda de Europa)
apurando ahora hasta lo sumo todos los recursos
de su ingenio novador y estravagante, y tambien
toda la paciencia de los buenos médicos de obser-
cion y esperiencia, haya concluido con presentar-
nos y regalarnos con el tal Broussais el modelo
nunca visto de capricho-colérico-anticontagionis-
ta, y el prototipo ó molde original mas raro y pe-
regrino, para vaciarnos la engañifa de panacea
sanguijuelista; pero á buen seguro que los efec-
tos, tanto teóricos como curativos, que han pro-
ducido todas sus pomposas é inauditas ofertas, no
han sido otros que el irritar y derretir las molle-
ras de muchos habitantes del orbe médico, para
el acarreo de la despoblacion tan espantosa que
se ha originado en estos años, y probablemen-
te se causará en los venideros, con el desprecio y
abandono de las prudentes y justas medidas sani-
tarias de precaucion en el cólera-morbo, y el ha-
ber eternizado ademas los tormentos y tambien
el aumento de chillidos hasta las estrellas de toda
la humanidad dolorida. ¡Oh! ¡cuantos millones de
víctimas habrán sido y aun serán tal vez en lo
sucesivo sacrificadas por las arbitrarias teorías
del no contagio colérico! ¡Ah! ¡desgraciados hu-
manos, de los que en hora menguada fuisteis ó
fuereis por vez aciaga epidémicamente contagia-
dos en ambos hemisferios! ¡Que horror! ¡Oh!

amada patria mia! ¡que sensibilísimo dolor causa en mí este recuerdo tan acerbo y desapacible! ¡Ay de ti, miserable humanidad, entre tanto se vean ensalzados y preconizados tales sofismas!!!

Otra advertencia me resta que hacer por final de esta introduccion con respecto á Mr. Broussais, y es, que aunque reconozco y designo (en cuasi todas las páginas de mi escrito) al tal novador de ogaño, por mas atrevido que lo fueron todos los de antaño en la manía sistemático-sanguinaria ó de engañifa sanguijuelista, nunca jamás por esto es mi ánimo el ofender á personas, ni al condigno mérito de consideraciones literarias, cuando hablo de este pretendido reformador fisiológico y demas sectarios de la moda reinante. Sé muy bien que la refutacion virulenta y muy cáustica exaspera sin ilustrar; pero tampoco puedo menos de vindicar con la eficaz energía y celo médico que están á mi alcance, la doctrina sana y segura que abunda en la verdad, y está patentizada en la sencilla demostracion de hechos prácticos positivos, que son los verdaderos documentos fehacientes en beneficio del público y en honor y sostén de mi profesion. Estos son, pues, los objetos que me he propuesto. Y aunque estoy muy distante de creer que este escrito pertenezcan ni aun por asomo á la clase de producciones médico-científicas, ni tampoco el que sea digno de obtener (como lo tengo por seguro) la sancion de las academias de medicina, no obstante lo considero de un interes general para rebatir novadoras invencio-

nes, y dilucidar á aquellos comprofesores que sean imparciales, las sólidas razones é incontestables argumentos que tiene la verdadera medicina en contraposicion de los tiranos maniático-sanguinarios, y en apoyo y justa defensa de la doctrina de la purgacion, afianzándoles por vez en complemento de mis deseos un seguro y cierto triunfo de curacion contra la terrible plaga indiana y demas enfermedades asténico-gástrico-pútrido humorales y epidémicas, por medio de la preciosa margarita que me ha sido dable hallar (cuando muy desestimada y recluida por la suspicaz rivalidad yaciera) en esa por cierto admirable concha, tan irreflexiva y maniáticamente ridiculizada por unos, y tan sin razon por otros, con befas y escarnios vilipendiada: empero ella siempre incontrastable á la par que benéfica; por do quiera inagotable y sin cesar prodigiosa, se franquea liberalmente como á mano de santo (1), para alargar la vida de los contagiados moribundos y epidemiados coléricos, no menos que de otros abandonados dolientes y exánimes desvalidos sin cuento, en el filantrópico y compendiado formulario del honradísimo y benemérito profesor Mr. Le-Roy.

1 Esta frase metafórica se halla recibida y muy familiarmente usada en nuestro vulgar idioma.

DISERTACION

CRITICO-MÉDICA,

Ó

DICTAMEN APOLOGETICO-IMPARCIAL

De la preferencia que tienen las fórmulas purgativas de Mr. Le-Roy para la curacion del cólera-morbo, no menos que para todas las enfermedades asténicas bilioso-gástrico-mesentéricas y de corrupcion humoral.

Aunque me hallo verdaderamente persuadido, que tanto Mr. Le-Roy como todos los sistemáticos en medicina han fundado sus teorías sobre conjeturas, tampoco puedo menos de conocer que ha sido mas afortunado y feliz en la cabecera de los enfermos aquel sábio y candoroso profesor de la Medicina curativa por la purgacion, que todos nuestros corifeos antiguos y contemporáneos, que es lo que en realidad conduce á los progresos de la ciencia. Observo igualmente con dolor por otra parte, que ciertos profesores de manía esclusiva, llamados en nuestros dias fisiólogo-broussistas, se aferran en que todas las enfermedades son inflamaciones agudas ó crónicas, y que para vencerlas es necesario desangrar á los enfermos y debi-

litarlos con cierta clase de remedios, que tienen por cierto la propiedad y tendencia de aniquilar y consumir la vida: de ahi es que el vino y alcohol en que disuelve su emético y graduados purgantes el ingenioso Mr. Le-Roy, son (en su dictámen embaucador de gentes) unos venenos activos é incendiarios, que por consecuencia deben necesariamente dañar y encender las entrañas, del mismo modo y por la propia razon que hacen gran bien (segun ellos) las sangrías, las sanguijuelas, la goma, arroz, malvavisco y otros insignificantes remedios. Los que propalan ex-cátedra una doctrina tan hermosa en la apariencia, hacen ver y tocar á sus embebecidos discípulos, que las supuestas inflamaciones acaban con la vida de los enfermos, cuando sus enfermedades no dan al médico tiempo para sacarles hasta la última gota de sangre; y en su opinion matan siempre á tales dolientes los eméticos y purgantes, pero con particularidad los venenosos y activos del que apellidan empírico y curandero Le-Roy. No se me oculta á la par esa aversion y enemiga que otra fraccion considerable de médicos españoles de todas sectas, han manifestado contra el honrado autor de la Medicina curativa por la purgacion, desde el momento que su doctrina y asombrosas curaciones se divulgaron por nuestra península, y esto mismo veo que ha sucedido en otras naciones; mas nada me estraña una repugnancia tan opuesta, porque los hombres nos diferenciamos poco en todas partes: sin embargo, estoy seguro por las relaciones y correspondencias (que conservo originales y manifestaré á su tiempo), que muchos de los referidos profesores han variado á esta fecha de opinion, y que

por lo mismo hacen ya un uso prudente y discreto de los preciosos purgantes de tan honorable profesor, aunque sea muchas veces sin darlo á entender á sus seducidos ó espantadizos pacientes, con muy justa deliberacion y cordura en mi opinion.

Mas partiendo antes del principio esperimental analíticamente practicado por Mr. Martin, doctor en medicina de la facultad de París, sobre los evacuantes vomi-purgativo y purgantes graduados de Mr. Le-Roy, del que resulta ser exactas estas fórmulas en debida proporcion, las mas seguras de la terapéutica, y por lo mismo muy útiles para la práctica de la medicina; reconocida igualmente la base que tengo sentada en el tratado que di á luz en el pasado año 34 sobre el cólera-morbo y demas enfermedades gástrico-bilioso-pútridas, en las que son tan imperiosamente necesarios los eméticos, y aun mejor los emeto-catárticos en primera indicacion, con la necesidad de insistir despues en el uso continuado de los purgantes, segun la necesidad de los materiales espelidos; me he convencido aun mas posteriormente, por las repetidas y constantes observaciones que hice en la referida epidemia del cólera asiático que afligió á esta ciudad de Valencia en dicho año, que de cuantas fórmulas puedan consultar los médicos juiciosos y desimpresionados para la primordial indicacion, tanto de esa epidemia indiana, cuanto de las otras dolencias asténicas que dejo manifestadas, no han de hallar por cierto otras mas preferentes y benignas que los dichos vomi-purgativo y purgantes graduados del autor de la Medicina curativa. Por todo lo dicho, y por los muchos hechos prácticos que asi

me lo han evidenciado, yo debo proponerlas y aconsejarlas como las mas apropiadas y seguras, y sobre todo porque observo imparcialmente y sin espíritu alguno de prevencion, que tanto el tártaro emético como el sen de Palta, tanto la escamonea como el turbith y la jalapa, de que ellas se componen graduativamente en proporciones muy limitadas y médicamente adecuadas, no solo se hallan tales sustancias medicinales aprobadas y preconizadas por los insignes y respetables autores de terapéutica, mas tambien empleadas diariamente con relevantes ventajas por todos los mejores médicos de esperiencia y práctica racional. En efecto, ellas, como probaré mas adelante, afectan particularmente la superficie mucosa del estómago é intestinos, y de las muchas glándulas esparcidas en ellos, espeliendo con su accion de dicho canal (con preferencia á los demas purgantes) las degeneraciones y putrefacciones muco-flemosas, promoviendo al mismo tiempo las revulsiones ó derivaciones mas útiles en la frialdad marmórea que acompaña á los moribundos dolientes, y particularmente á los abandonados coléricos: porque no son solas las superficies del gran canal gastro-entérico las que participan del contacto de las sustancias emeto-purgantes que entran en su accion, sino que transmitidas á toda la economía por la continuidad del tejido, se propaga igualmente su escitacion con particularidad al hígado, para que esta entraña recobre su accion siempre paralizada en el cólera, y vierta con abundancia sus fluidos detenidos hácia el intestino duodeno. Ademas, por una consecuencia poderosa, nacida de la simpatía que existe entre el canal intestinal y los otros órganos, la conmocion

del vomi-purgativo escita la influencia de todos los aparatos orgánicos, la circulacion se acelera, se promueve la secrecion de la orina, paralizada tambien en el cólera por el espasmo general, y la temperatura del cutis se aumenta considerablemente, para que aparezca por fin la apetecida reaccion.

Escudriñen, pues, bajo este punto de vista y con detenida meditacion los señores médicos, llamados fisiólogos, la propiedad que tienen para obrar los evacuantes purgativos de Le-Loy, y conocerán (palpablemente si quieren) por hechos positivos de propia esperiencia, que la accion de cada uno de dichos medicamentos escita la facultad de obrar mutaciones profundas en todo el organismo; y que reunidos los que componen las fórmulas arregladas de aquel benemérito profesor, son los mas apropiados para deobstruir la infiltracion pútrido-biliosa, que causa siempre las enfermedades asténicas de toda especie, pútrido-gástrico-biliosas; y que existe aquella de hecho en el grado mas eminente cuando se origina por el germen pestilencial colérico. ¿No consistirá, pues, la mejor ciencia del médico en evacuar dicho humor pecante, desatrampándolo del gran canal intestinal, para dar facilidad y juego á todos los pequeños vasos que rematan en él, y conseguir por este medio seguro la reaccion y curacion, mejor que el andar empujando por una vía opuesta y maniática hácia la tumba sepulcral á los desangrados coléricos? No pretendo por esto el constituirme un campeon del humorismo, ni tampoco en apologista esclusivo de la universal doctrina emitida por el autor de la Medicina curativa para toda clase de dolencias; pero sí diré, apoyado en la esperiencia de innumerables

enfermos de indigestiones, de saburra-gástrico-intestinal ó de verminacion, lo mismo que de otros de calenturas pútridas, gástricas, mesentéricas y de otras varias innumerables de especie asténica, que sus graduados purgantes, prudentemente administrados en las referidas enfermedades, y sobre todo en el cólera-morbo, cuando tanto afligió á esta ciudad en el año 34, me han presentado resultados los mas felices, ciertos y seguros, comparados con los obtenidos por otros vomitivos y purgantes que en tanto número abunda la terapéutica médica, y que cuantos de su clase han divulgado nuestros escritores nacionales y estrangeros.

Mas para mayor convencimiento examinaré imparcial y detenidamente las fórmulas del Señor Le-Roy, analizando por vez cada uno de los simples de su composicion, con el fin de patentizar á los profesores de suspicaz prevencion, que no tiene en verdad toda la selva médica otros purgantes mas ciertos y benignos, que los escogidos por su recomendable inventor, y que son igualmente los mas eficaces y seguros para el caso de una verdadera indicacion purgativa; y esto no asi como quiera, sino con arreglo al parecer y sentimiento de todos los buenos médicos, y de los escritores mas recomendables de la ciencia. Son, pues, componentes del purgante el sen de Palta oriental, la escamonea de Alepo, la raiz del turbith y la jalapa; todos ellos en disolucion alcohólica, segun sus grados. El vomi-purgativo, que propiamente puede ser considerado tambien como el mas cómodo y benigno emeto-catártico, se compone del mismo sen oriental y del tartrite antimonial de potasa, en infusion con el vino blanco generoso de la mejor calidad. Conoci-

da, pues, la naturaleza y composicion de cada una de las fórmulas referidas de Le-Roy, tal como se contienen en su obra ingénua y memorable: con el fin tambien de evitar todo terror pánico inventado por la maledicencia caprichosa, ó por el espíritu de suspicaz prevencion y rivalidad, para objeto de contrariar y escarnecer sus admirables efectos, no puedo menos de analizar con síncera verdad la historia sobre las benéficas y estupendas virtudes de cada uno de sus medicamentos componentes, conocidas y apreciadas ya, tanto en los tiempos antiguos como en los contemporáneos, por los escritores médicos de verdadera observacion y esperiencia.

ESCAMONEA.

Se distinguen por los médicos dos especies de escamonea, la de Alepo y la de Esmirna; y con mucha razon de ciencia elige Mr. Le-Roy para sus fórmulas purgativas la de Alepo, porque ella es la generalmente preferible. Entre tanto ¿que encomios podré yo añadir sobre la escamonea, cuyo purgante estuvo tan en boga y recibido entre los antiguos médicos? Esta raiz preciosa es tan segura en sus efectos purgativos, que en Hipócrates leo la prescribia ya este anciano venerable en conocimiento, empleando principalmente su jugo. Los médicos modernos tambien observo que la recomiendan eficazmente, por la energía que reconocen en ella para escitar la contractilidad muscular del canal intestinal. Finalmente: ¿que médico inteligente puede ignorar los justos elogios que tantos autores recomendables prodigan en sus escritos á los polvos cornaquinos, tan eficaces por cierto para

muchas circunstancias desesperadas, cuya principa base es la escamonea? ¿Quien dejará de conocer tampoco las justas alabanzas que han hecho de ella tantos buenos médicos de los modernos observadores, como Rammatzzini, Baglivio, Boërhave, Wansuvieten y Werlóff?

TURBITH.

Esta planta escelente y recomendable de la India oriental, de la que trató ya el célebre Avicena con el nombre de turbádt, y otros sábios árabes con el de turbédt, fue en todos tiempos para los buenos médicos un almacen de efectos prodigiosos. Debe no obstante ser preferible siempre el verdadero turbith, de otro falso que se saca de la raiz de la tapsía: el verdadero es el índico oriental, y debe solo servir su corteza, porque la médula es casi inerte, y siendo por este medio elegido (que es lo que quiere el profesor Le-Roy), expurga poderosamente y con seguridad el turbith todos los humores crudos y de corrupcion: asi lo acredita la continuada esperiencia de los antiguos médicos observadores. Estos esperimentos han sido no menos confirmados por los modernos, asegurando entre otros el sábio Murray, que obra eficazmente y sin molestia en el cuerpo humano: *radicem turphethi* (dice) *ægregiæ et sine molestia purgare*. Basta por final decir en recomendacion del admirable turbith, que es el principal de los componentes del antiguo y famoso estracto panquimagogo de Crolio, del que tan maravillosas curaciones unánimemente refieren los autores: que por tan constantes hechos, acreditados con la incansable

esperiencia y observacion de Mr. Le-Roy, este pacientísimo, pero constante é impertérrito filósofo, ha resucitado con toda justicia al eficaz y prodigioso turbith, sacándole de entre el polvo y la polilla, de los venerables escritos de los médicos árabes, posesionando justamente otra vez á la ciencia de su mas recomendable purgante, que por una moda aciaga (cual acontece á muchas cosas buenas entre los médicos) yaciera en el olvido.

JALAPA.

Mr. Desfontaines, en su memoria sobre la jalapa, hace los mayores elogios de este maravilloso purgante. Los escritores de terapéutica tanto antiguos como modernos, están todos conformes sobre los benéficos resultados que ha conseguido siempre la ciencia médica por la segura administracion y eficacia de la jalapa. Mr. Bosc y Mr. Micheaut dan la preferencia sobre los demas de su clase á la jalapa, diciendo que ella es el purgante mas precioso de la materia médica, por su eficaz energía y benigna comodidad para la purgacion: hasta el célebre Malgrave en nuestros dias lo alaba en términos, que ha estudiado su virtud hasta para la mas pronta y espedita curacion de las mismas hidropesías. ¿Ha dejado, pues, de tener Mr. Le-Roy en consideracion las razones mas poderosas para adoptar la recomendable jalapa en la admirable composicion de sus purgantes graduados?

SEN DE PALTA.

No hablaré aqui del sen con hojas obtusas de

Lineo, y solo me concretaré á la recomendacio
del sen de Palta, al que con razon da la preferen
cia Mr. Le-Loy para una de las principales base
de sus fórmulas purgativas. En efecto, harto con
cida debe ser por los buenos médicos la estima
ble monografía que ha hecho del sen de Palta
doctor Soliva, pues solo para el buen conocimien
to de su indicacion, imprimió este autor un tratad
en Madrid el año 1774. La materia médica no
menos deudora á Mr. Bovillon Lagrange, sobre
escelente analísis que hizo de este admirable pur
gante. Mr. Tourcroy, ornamento de nuestro sigl
lo recomienda igualmente por el purgante mas an
ti-pútrido, porque lo reconoce por el de mas ana
logía con la analísis de la quina, y en consecuen
cia por el evacuante mas enérgico para la curacio
de las enfermedades crónicas y pútridas, á caus
de la irritacion particular que produce sobre l
membrana mucosa de las vías digestivas. Si volv
mos la vista hácia la venerable antigüedad, ver
mos que Guiber, antiguo doctor de la facultad d
París, dice en sus obras: »que el sen bien elegido
el mas escelente purgante, porque limpia perfect
mente y sin revolucion la primera y segunda re
gion del corazon, y que á la par fortifica el estó
mago, el hígado, el bazo y el cerebro." ¿No leem
tambien al célebre Mr. Chomel, que no duda ase
gurar que el sen con la mayor comodidad cura po
simpatía, arrojando todo humor pecante ó supér
fluo? ¿No afirma ademas Mr. Dubé que el se
nunca enciende los humores, y aun añade qu
este purgante jamás daña á ningun temperamento
En fin, son mas de otros doce autores antiguos
modernos los que hacen recomendaciones las ma

relevantes de este prodigioso purgante: entre ellos pueden verse á Mres. Actuario, Serapion, Mezué, Juan Teruel, Silvio, Matiolo y Tournefort, porque cada uno de ellos hace un elogio particular del sen de Sayde ó de la Palta. Con mucha razon, pues, de convencimiento ha sido elegido el preciosísimo sen de Palta por Mr. Le-Roy, tanto para la composicion de su fórmula vomi-purgativa, á fin de contrabalancear y moderar la accion del tártaro emético, cuanto para la principal base de sus cuatro purgantes graduados, considerándolo como un medicamento de efectos muy seguros y de virtudes las mas enérgicas y apropiadas contra la putrefaccion de los humores.

TARTARO EMETICO.

Con la misma justicia y verdadero convencimiento filosófico-médico, me parece que ha sido preferido el tártaro emético entre los demas vomitivos por Mr. Le-Roy, para la principal base de su famoso vomi-purgativo; pues tal vez no se ha descubierto hasta el dia un medicamento tan interesante como este para la materia médica, por ser ya incuestionable que cuasi todas las enfermedades reclaman su indicacion, sobre todo aquellas cuyo foco existe en primeras vías; y es en ellas de necesidad tan absoluta su administracion, que no puede en verdad ser substituido por otro medio mas seguro. Bianchi, que ha descubierto con tanto acierto la historia de las enfermedades coléricas del hígado, hace mencion de muchas epidemias biliosas que se hacian mortales, si no se acudia pronto para su combate con el tártaro emé-

tico. En la curacion del cólera-morbo he visto co
evidencia, que es preferible siempre el tártar
emético á la misma hipecacuana; y no como quie
ra, sino que estas mis observaciones se halla
comprobadas y autorizadas en esperimentos mad
ramente hechos por los prácticos mas recomend
bles, de los que resulta, que la hipecacuana so
parece que afecta con especialidad la membran
mucosa del canal digestivo, al paso que el tártar
emético dirige ademas su accion sobre el hígado
dependencias de esta víscera, tan interesadas part
cularmente en la enfermedad asiática. Mr. Latou
por esto mismo le da la preferencia tambien sob
la hipecacuana y demas eméticos, para la curacio
de todas las enfermedades pútridas y colérico-b
liosas. El mismo convencimiento determinó tam
bien al famoso Mr. Finke (cuyo espíritu observa
dor se ha dirigido tan victoriosamente sobre las ca
lenturas meningo-gástricas) á decir que el tárta
ro emético purga con mas seguridad y eficacia
vientre y tubo intestinal, que la mas selecta hipe
cacuana; porque aquel despierta ademas con dobl
da energía las fuerzas vitales, cuando se halla
amortiguadas en muchas partes de la econom
animal. Finalmente, el tártaro emético, segun l
observaciones mas recientes que de él han hech
los célebres Senac y Hoyer, es el mas adaptado co
particularidad para todas las constituciones epide
micas. Se infiere en resúmen, que tanto por l
causales incontestables que quedan espuestas, cua
to por mis observaciones propias, preferiré siempr
el tártaro emético á todos los eméticos para la pr
mera indicacion del cólera-morbo y de todas l
enfermedades asténico-gástricas-pútrido-humora

les, acompañadas de saburra-gástrica y verminacion; pero aun serian sus efectos mas benignos y cuasi de ninguna molestia para los débiles coléricos, y demas anunciados dolientes (segun innumerables hechos prácticos me lo han evidenciado), cuando será este precioso medicamento administrado por médicos no suspicaces ni obcecados por rival oposicion, y con arreglo á la dulcificada y neutralizada composicion vomi-purgativa que se ha dignado franquearnos tan liberalmente el ingenioso y honrado profesor Mr. Le-Roy.

Resulta, pues, de cuanto queda analizado sobre la naturaleza y virtudes de los evacuantes purgativos del ingenioso profesor Le-Roy, que deberán ellos ser reconocidos y elegidos con preferencia á los demas de su clase, siempre que traten los médicos de oponerse á toda clase de enfermedades atáxicas-gastro-bilioso-colérico-epidémicas, acompañadas de astenia y putrefaccion humoral. Ahora bien; pues las mismas razones innegables de ciencia que quedan manifestadas y elucidadas en su apoyo por los autores mas recomendables del arte para beneficio de dichas dolencias, hacen no menos necesarias y preferibles las referidas selectas fórmulas del vomi-purgativo y purgantes graduados de aquel benemérito profesor, para la primordial indicacion del cólera-morbo, por cuanto vienen emanadas de unas mismas bases, que son las mas firmes y compactas para conseguir con ellas su segura y racional curacion. Mas lo que principalmente deben tener en consideracion los médicos juiciosos y desimpresionados, para que sin vacilar las adopten ya y prefieran, son los ménstruos escipientes contenidos en tan preciosas fórmulas, la perfecta

saturacion con que disuelven los ingredientes de su composicion, y el de ser principalmente todos sus agregados en reunion de naturaleza tóni-purgativo-difusiva, cumpliéndose á la par y por vez el doble objeto de primera atencion que presenta siempre la plaga de Asia, cual es el beneficio de desalojar con los medicamentos mas apropiados los humores pecantes y pestilenciales, y el de sostener las fuerzas lánguidas de los fatigados coléricos. Ademas; porque con su auxilio mas preferente que el que prestan todos los otros vomitivos y purgantes de la terapéutica, se consigue indudablemente (como lo tengo bien observado) la evacuacion por entero de la materia pecante pútrida, que en el mas alto grado existe de hecho en el cólera indiano; porque corroborando ellos á su vez todos los sistemas de la economía, y comunicando el vigor perdido á las entrañas enervadas, están espeliendo á un mismo tiempo del gran canal intestinal los humores degenerados bilioso-colérico-pútridos, que afectaban pestilencialmente los órganos y vísceras de todas las cavidades, porque por ellos sacuden las reacciones mas prontas y ventajosas, fortificando maravillosamente, y reanimando como por encanto á los ya desahuciados coléricos, con la tonificacion que escita en todo sentido en sus sistemas abatidos la energía tónico-evacuante y antipútrida de tan recomendables y poderosos estímulos; los cuales, á la par (segun se ha dicho) que dan tono á los vasos y evacuan la alta corrupcion humoral, facilitan y promueven sin demora toda la circulacion de la sangre, para que se promueva pronto la orina, siempre suprimida en el cólera conciliando por vez la sensibilidad y contractilidad

del estómago é intestinos enervadas tambien y paralizadas. Ultimamente: porque dichos estupendos purgantes toni-purgativos, causando por complemento grandes sacudimientos en los sistemas orgánicos, contribuyen por consecuencia necesaria á restablecer tambien las funciones de los vasos absorventes, para que presentándose con mas rapidez por su influjo la estrella polar, que indica la refocilacion de la economía, suceda la tan deseada y general reaccion, que es sin duda la verdadera aurora que presagia la apetecida salud á los miserables y abandonados coléricos; por manera, que logrado ya el indispensable y primario objeto de su purgacion moderadamente tónica, con el vomipurgativo y purgantes graduados de Le-Roy (apropiando sus dosis á las edades, sexos y temperamentos de los enfermos), puedan despues ponerse en práctica sin embarazo y de lleno los difusivo-diaforéticos y demas restaurantes tónico-internos y esternos, que tan precisa é imperiosamente reclama esta terrible enfermedad, con arreglo al régimen y método que manifestaré con estension en la segunda parte del tratado que tengo dispuesto sobre el mismo cólera-morbo, y que procuraré darlo á luz pública con la brevedad que me sea posible; en el cual, despues que probaré con razones y hechos positivos los mas convincentes contra Mr. Broussais y demas anti-contagionistas, que el cólera-morbo es en el mas alto grado contagioso, patentizaré ademas en el mismo 45 casos prácticos de maravillosas curaciones que conseguí por el auxilio de las fórmulas del honorable profesor Le-Roy, con especificacion numérica é individual de los sugetos curados que padecieron dicha epi-

demia en el mas alto grado fulminante.

Pero ante todo es mi deber el espresar aquí un reparo quisquilloso de mera ocurrencia que ha ocupado algunas veces á mi imaginacion detenidamente: este es sobre el justo deseo, que no será estraño puedan tener algunos de mis comprofesores, por querer averiguar las causales que me hayan decidido á adoptar con toda preferencia las fórmulas de Le-Roy en la curacion del cólera-morbo; y creo por lo mismo que debo satisfacer (bien que presuntamente) á tan comedido y curioso anhelo, emitiendo empero con toda franqueza y libertad la ingénua no menos que verdadera contestacion siguiente.

Como por encargo de médico vocal de la junta de sanidad de San Pedro de esta ciudad, me fue preciso el asistir no solo á mis enfermos coléricos, sino tambien á todos los demas pobres contagiados de dicha parroquia; cediendo ademas graciosamente hasta mi misma casa en beneficio de la humanidad afligida y abandonada (porque ni aun habitacion se podia proporcionar la junta para reunirse en sesion permanente, á causa de retraerse de ello las gentes amilanadas del terror): el contacto referido, tan inmediato y directo con todos, no pudo menos de producirme por final el ser invadido tambien de la epidemia reinante en la madrugada del 19 de Agosto del pasado año 34 (cumpleaños por cierto con acibarado recuerdo de su aparicion en Calcuta por primera vez y en el mismo dia del año 1817) (1). Este incidente, pues, de

1 En crédito de lo dicho, no puedo menos de insertar aqui (por la sazon y oportunidad que se presenta), una

mi acometimiento, fue en realidad de verdad la causa impulsiva que me determinára á ensayar por primera vez en mí mismo las fórmulas purgativas de Mr. Le-Roy, sustituyéndolas victoriosamente á los emeto-catárticos de tártaro antimonial é hipecacuana, con las sales neutras y demas purgan-

copia de la certificacion testimoniada (que conservo en mi poder original), librada por Don Joaquin Melchor y Pinazo, abogado del ilustre colegio de esta ciudad, y secretario de la junta de sanidad parroquial de San Pedro de la misma, en lo que consta: »Que por decreto del señor corregidor de Valencia Don Francisco Palau, de 1.° de Febrero de 1835, para que informase la referida junta de sanidad de San Pedro acerca de los servicios que prestára el médico Peset durante la epidemia del cólera-morbo en dicha ciudad." Esta evacuó su informe en 6 del mismo mes, manifestando: »Que el médico Don Mariano Peset de la Raga, en la calamitosa época que afligió á los habitantes de esta ciudad la epidemia del cólera-morbo, asistió dia y noche con el mejor celo y exactitud á la comision perene de dicha junta en el período ascendente de dicha enfermedad, visitando sin género alguno de emolumento á cuantos enfermos pobres le necesitaban, y supliendo con la mayor generosidad las faltas de otros facultativos, hasta que se vió imposibilitado de hacerlo, por haberle atacado la misma epidemia. Y que careciendo ademas la junta de local para residir dicha comision, á causa de retraerse las gentes de facilitarlo por miedo del contagio, nos cedió dicho Don Mariano Peset espontánea y gratuitamente una parte de la casa que habitaba, hasta que aquella pudo alquilar otra proporcionada para el mismo objeto. Y en cumplimiento del decreto que antecede del señor corregidor de esta ciudad, le doy el presente, que firmó con el señor vicario mayor, presidente, en Valencia á 6 de Febrero de 1835." = Dr. Mariano Grau, vicario mayor, presidente.=Joaquin Melchor y Pinazo, secretario.

tes que habian servido en mi práctica hasta entonces por primera indicacion, y con arreglo á los casos y circunstancias. Las relaciones que tambien me llegaban continuamente de otros puntos sobre curaciones asombrosas intentadas por hombres literatos muy juiciosos y nada parciales, realizadas estas á la vista y con toda deferencia de los mismos médicos asistentes, con el medio único de las benéficas fórmulas del autor de la Medicina curativa, me obligaron aun á premeditar con mas seriedad sobre la naturaleza de su composicion, y deduciendo por una rigurosa y observadora analísis mas preferencia en solas ellas, que en toda la categoría de recetas eméticas y purgantes de los varios autores de materia médica, tanto por la mayor sencillez, seguridad y certeza en los efectos de cada uno de los simples que en ellas se contienen, cuanto por la adecuada virtud corroborante que comunican sus disolventes menstruos al vomi-purgativo y demas purgantes graduados, para desempeñar la base primordial de curacion en el combate vigoroso que reclama por una parte la naturaleza pútrido-contagiosa del cólera indiano, y por otra la postracion espasmódica y aniquilamiento de fuerzas que induce su fulminante acometimiento: tales causales (repito) fueron las que últimamente me determinaron á poner en práctica las fórmulas de Le-Roy para la curacion del cólera-morbo, llegando por final la coyuntura de realizarlas. En efecto: con la predisposicion de mi género de vida tan agitada, que no me permitia el conciliar el sueño en muchas noches y dias por el perene cuidado de mis enfermos, con el continuado contacto de tantos epidemiados, y sobre todo por el inmediato contagio que participé en la

mañana del 19 de Agosto, en la misma casa del señor fiscal del crímen de esta real audiencia D. Toribio Parfrondi, recientemente invadido de ataque fulminante (y para cuyo socorro se me habia invocado), me fue por ello indispensable el permanecer cerca de una hora en la alcoba interior, sentado á la cabecera de dicho enfermo, con el objeto de administrarle los medicamentos, á la par de su observacion y consuelo (segun asi me lo suplicaba); pero sintiéndome ya gravemente herido del contagio durante la permanencia que hice en aquel local, tuve por lo mismo que retirarme en el momento con el sosten y apoyo de su criado y de dos serenos mas que me acompañaron, conduciéndome hasta el lecho de mi habitacion; viéndose estos aun mas estimulados á practicarlo asi por los continuados síncopes, asfixias, vómitos y diarreas dolorosas que en mí observaban; pues que por ellas verdaderamente se desarrollaron los primeros síntomas de mi enfermedad. Esta madrugada aciaga y productora de mi repentina invasion, fue pues la verdadera causal de preferencia sobre todas las demas, para proporcionarme la sazon mas oportuna, de ensayar á mano propia y en mí mismo las fórmulas elogiadas por muchos con tantos encomios de Mr. Le-Roy, cuya idea tenia yo anteriormente concebida y bien premeditada, á efecto de hacerla real y efectiva en el cólera-morbo, mayormente por los innumerables y satisfactorios casos prácticos que tenia conseguidos con anterioridad por su medicable influjo en toda especie de enfermedades gástricas y pútridas. La realicé, pues, con todo desembarazo y beneplácito; empero con tan felices y afortunados resultados han quedado consignados sus hechos benéficos en mi gra-

titud para la primordial indicacion (que es la verdadera base de segura curacion) del contagio indiano, desde el instante mismo en que las escogí con entera decision para mi primera prueba, que con solo el beneficio de dos cucharadas del vomi-purgativo, subseguidas de otras cuatro del purgante de segundo grado, lavativas emolientes, reiteradas de dos en dos horas, con disolucion de tres cucharadas en cada una del mismo segundo grado purgante, conseguí con el beneficio mas fruitivo la evacuacion superior é inferior de unos humores pestilentes y hediondos, y como por encanto vino la reaccion y calma á mi abatida circulacion, por las evacuaciones conferentes diaforéticas y de orina suprimidas, adquiriendo sucesivamente la tonificacion general de todos mis sistemas abatidos con el uso de las píldoras del sulfate de quinina de Mr. Alphen, acompañadas con discrecion de bebidas teiformes difusivas, lavativas anodinas, y con la correspondiente dieta sustanciosa, analéptica y nutritiva; todo ello arregladamente al plan que tengo aconsejado en el predicho tratado que di á luz sobre el colera-morbo en el año 34. Aseguro pues y afirmo con la mayor certeza y buena fe, que (despues del beneficio de Dios) (1), solo al vomi-purgativo y purgante de segundo grado de Mr. Le-Roy soy deudor indudablemente de mi curacion. Tambien aseguro con la misma fe y sinceridad, que á cuantos preparé y curé despues con purgantes tan benignos y preciosos, todos ellos se libertaron de la muerte sin desgracia alguna, aun cuando padecieran los ataques mas ful-

1 A Deo est enim omnis medicina..... Cornelio á Lapide. Coment. in cap. 38. Ecclesiastic.

minantes, que es lo que me dejará mas absorto y satisfecho sobre la energía de tan preciosas fórmulas.

Si tan acertado y feliz ensayo en mí mismo llenó mi alma de regocijo, ¡cuanta complacencia esperimentaria posteriormente, observando que el mismo método formulario de Le-Roy, practicado en enfermos de diferente sexo, edad y temperamento, á quienes asistí en buena sazon y desde un principio en los inmediatos meses de Setiembre y Octubre de la epidemia reinante, alcanzaron todos su apetecida salud! Todos ellos (repito) lograron la mas estable y asegurada curacion por las fórmulas de ese honrado y precioso profesor (aunque injusta y maniáticamente desatreditado) Mr. Le-Roy; no como quiera, sino con la circunstancia favorable de no haberse desgraciado por nuevas recaidas ninguno de los 45 casos prácticos ya anunciados que hicieron uso de dichas fórmulas, segun á su tiempo patentizaré, como lo tengo prometido. No será estraño por lo mismo que yo ensalce y preconice el maravilloso formulario del honradísimo inventor Le-Loy, cuando estoy tan convencido y asegurado teórica y prácticamente de las eficaces virtudes que encierran los admirables medicamentos de su composicion, cual queda evidenciado.

No se me oculta tampoco la polémica acalorada y aun amarga censura, ó mas bien diré la tropelía de insultos, denuestos, y tal vez injurias calumniosas que descargará contra estos medicamentos benéficos el vulgo de algunos médicos poco reflexivos; mas nada me arredra, porque nada es mas útil y laudable en un profesor honrado, que el publicar hechos ciertos y palpables, y cuando estos hablan,

debe enmudecer todo el raciocinio de los sofismas: sobre todo debiera ya enmudecer ese espíritu de prevencion y partido novelero de nuestros dias, por el convencimiento de tantas evidencias consignadas en la constante esperiencia. Me atrevo por lo mismo (en esta disertacion que hago preliminar) á levantar mi débil voz para elogiar y aconsejar las benéficas fórmulas del despreciado por muchos, pero (en mi dictámen) benemérito y digno profesor Mr. Le-Roy, movido únicamente por el bien de la humanidad. Ya lo he dicho, y lo protesto nuevamente, que no es mi objeto en este escrito el constituirme en apologista de toda la doctrina del autor de la Medicina curativa: plumas mas diestras en la pureza del estilo y en convincentes demostraciones han cumplido ya este deber: ademas que por principios soy enemigo irreconciliable de todo sistema esclusivo que cacarea una arbitraria unicidad de todas las causas morbosas, y divulga con osada tenacidad esta ó la otra panacea cacoética, prometiendo la curacion universal de toda dolencia, no siendo sus promesas efímeras é insignificantes otra cosa que una soñada medicina petulante y criminal: buena prueba de ello es el reconocimiento que siempre tengo hecho en lo que anteriormente tengo escrito sobre la diversidad de las dolencias humanas, segun la multitud de sus causas productoras, no menos que las alteraciones é inflamaciones que reconozco tambien en la sangre (en algunos, aunque pocos, casos): lo mismo que admito la variedad de métodos curativos racionales y siempre necesarios, consignados constantemente sobre las autoridades de tantos hombres grandes, y en la esperiencia de tantos siglos; por-

que el sostener tiránicamente que no hay mas que esta ó la otra fórmula curativa para todas las enfermedades, ¿no seria esto una temeridad que agraviaria no solo á la razon, á la esperiencia y á los autores mas célebres, si no hasta el mismo poder y sabiduría de un Dios que ha criado tantos millares sin cuento de diferentes remedios, como nos dice la escritura, añadiendo que el varon prudente no deberá despreciarlos? *De terra* (dice el Eclesiástico en el cap. 38) *creavit Altissimus medicamenta, et vir sapiens non abhorrevit ea.* Y.... ¿que manifiesta el celebérrimo Cornelio Alapide, comentando este sagrado testo?... Yo observo que asegura que cuando los medicamentos son bien administrados por el médico, estos arrancan á los enfermos de las garras de la muerte, proporcionándoles otra nueva existencia..... Y ¿en que sentido habla el mismo testo, segun el sapientísimo referido intérprete Alapide? *Et clarum est intuenti* (dice) *haec omnia ad literam pertinere ad medicinam corporalem.....* Y ¿que deduce de su inteligencia el precitado recomendable autor?.... *Ergo medici periti opera* (concluye) *utilia sunt imo et necesaria.*

¡Oh! ¡si todos los médicos tuviesen presente el verdadero sentido de este incomparable intérprete del testo sagrado para el ejercicio de su profesion! ¡Que ventajas tan reales y efectivas reportaria el arte, cuando ellos adoptasen únicamente los verdaderos hechos positivos de observacion y esperiencia, do quiera que los encontrasen! Pero volviendo á mi objeto, del que me habia separado momentáneamente una distraccion halagüeña por el honor de la ciencia que profeso, digo que el médico nunca jamás debe ser en su arte esclusivo por la auto-

ridad; pero sí deberá analizar y saber sacar de cada uno de los autores lo mas conforme á la razon, cuando esta se ajusta con los hechos prácticos de esperiencia bien acreditados, permaneciendo siempre fiel á esta verdad: *Amicus Plato, sed magis amica veritas.* Debe incansablemente decir: »Soy amigo de Hipócrates y Galeno; en el propio sentido lo soy tambien de Sidehenam, de Boërhave, de Broun, lo mismo que de Mr. Le-Roy y demas autores; pero aun soy mas amigo de la esperiencia de hechos evidenciados, que es en medicina la mas resplandeciente verdad. Por este único medio cumplirá con todos sus mas sagrados deberes, y llenará imparcial y honradamente aquella ingénua profesion de fe médica que continuamente tenia en sus labios el gran Baglivio (cuyo testo original he puesto por epígrafe de este escrito): *Ego liberam medicinam profiteor* (esclamaba), *nec ab antiquis sum nec à novis; utrosque ubi veritatem colant sequor.* En este sentido, pues, reconozco y adopto con toda preferencia el método purgativo que propone y encarga el benemérito profesor Mr. Le-Roy, por el mejor norte del médico, para todas las dolencias asténico-pútridas, que son las que con mas generalidad afligen á la humanidad. No ignoro por otra parte los abusos que algunos inespertos podrán haber acarreado, propinando indistintamente en toda clase de incomodidades y dolencias, sin distincion alguna, el método de Le-Roy; mas en medio de ello no vacilo tampoco en afirmar que las salutíferas formas de este honrado cirujano, jamás debian separarse de las manos peritas y diestras de los buenos médicos observadores, en muchísimos casos y circunstancias, y con preferencia á todos los

demas eméticos y purgantes, para combatir el cólera-morbo y demas enfermedades pútrido-epidémico-contagiosas : aun diré mas, que debieran siempre preferirlas en todas aquellas dolencias acompañadas de crudezas degeneradas con tendencia á la corrupcion y con debilidad manifiesta en la economía. ¡Oh! ¡si los médicos llamados impropiamente fisiólogos en la presente década, haciendo el debido uso de los métodos fisiológicos (tan mal aplicados por desgracia), se dedicasen á analizar con detenida imparcialidad lo que han dicho y encargado los mas recomendables autores de la ciencia! Verian por cierto los benéficos resultados prácticos conseguidos en millares de circunstancias, con sola la indicacion oportuna de los eméticos y purgantes ; pero aun aseguro yo que los lograrian mas preferentes , y colmados en tales casos con las seguras y preciosas fórmulas del profesor Le-Roy. ¡Oh! ¡si se aprovechasen al mismo tiempo los profesores de los descubrimientos reales y verdaderos que están esparcidos en los escritos, no solo de nuestro contemporáneo Mr. Le-Roy, sino tambien de los ancianos autores y de todas las sectas, despojándolas á la par del espíritu esclusivo que apaga la verdadera emulacion, y que jamás ha producido otro fruto que las disputas ridículas y el desprecio de ellos mismos! ¡Ah ! ¡si todas las escuelas de medicina no se hubiesen dejado llevar jamás de los sistemas dominantes, adoptando casi siempre sus errores, por haberlos considerado en boga de la moda reinante, despreciando al propio tiempo verdades útiles, porque las habian anunciado algunos autores, á quienes tenian jurada una eterna rivalidad, y solo hubieran sugerido en los entendimientos es-

pertos lo verdaderamente útil y esperimental! Cier
tamente que por tal medio hubiese la medicina de
jado de ser una doctrina particular de congeturas, y
tendríamos ya en ella, en mi concepto, una cien
cia de teoría incontrastable, que seria la ligadur
natural y necesaria de todos los conocimientos de
arte hasta el presente, y un punto de apoyo (digá
moslo asi) ó un centro de reunion de todos lo
verdaderos hechos de observacion, que por dich
fatalidad están ahora tan esparcidos y sin enlace co
mun. Estas consideraciones, pues, han sido sin du
da alguna las causales verdaderas que me han de
terminado á escuchar la voz de la naturaleza con m
propia observacion, para el combate que he practi
cado contra el cólera-morbo, y por veces tambien
contra otras varias enfermedades, con el apoyo d
las fórmulas purgantes de Le-Roy. Ellas son real
mente (no hay que dudarlo) á quienes por su natu
raleza curatriz y operacion benigna, designa impe
riosamente la terapéutica médica; las reclama en
verdad la situacion de los invadidos por tan devas
tadora plaga, y finalmente las anhelan todos lo
miserables dolientes asténicos con putrefaccion hu
moral, á despecho de los rivales sistemáticos, y
mal que les pese á Mr. Broussais y á todos los par
tidarios de sus asquerosas é inmundas sanguijuelas

Porque efectivamente: ¿quien ignora que lo
mejores inventos que hizo en todos tiempos la me
dicina, el resultado de sus primeros anuncios n
fue otro (hablando sin rebozo ni rodeos, por escu
sarnos de toda venia la frase del diccionario) que e
echar margaritas á puercos? (1). Ingénuamente de

1 Llámase la atencion en esta nota á la que hay pues

bemos decirlo, y aun proclamarlo á voz en grito (para nuestra confusion, á fin de que esta pueda servirnos á la par de saludable reforma), el que por una fatalidad nacida del malhadado espíritu sistemático-médico, han estado siempre en contradiccion la mas abierta y escandalosa, las invenciones mas apreciables de verdadera observacion filosófica que nos franquearon tan liberalmente para beneficio de la humanidad sus mas eruditos y respetables autores. Véase sino la suerte amarga que desde su nacimiento sufrieron por tan dilatados años la riquísima corteza de la quina, el heroico ópio, el vigoroso mercurio, la eficacia saludable del tártaro emético antimonial; y asi discurriendo de otros muchos remedios, los mas poderosos que ahora nos presenta el arte. Que mas: ¿no hemos sido testigos en nuestros mismos dias de la injusta persecucion que ha esperimentado tambien el descubrimiento admirable de la preciosa vacuna, con sus memorables y filantrópicos propagadores? Y bien; pero todos los referidos remedios con sus inventores venerandos, despues que sufrieron tan prolongadas y sangrientas recriminaciones, acompañadas de los dicterios mas injuriosos y debates mas obstinados, por los médicos de mas nota en sus respective épocas, ¿no los vemos ahora finalmente reconocidos, y ensalzados á la postre por sus mismos sucesores? Pues lo mismo debe decirse y esperarse acerca de la invencion benéfico-científica de Mr. Le-Roy: esta se halla en la actualidad sufriendo su vez y la misma suerte de persecucion atroz,

ta en la introduccion de esta disertacion, donde dice zancajos.

provocada por la arrogancia sistemática, cual l esperimentaron los remedios mas útiles y enérgi cos con sus autores venerables en épocas anteriores pero vendrá tiempo en que desengañados de llen aun los mas obcecados, á la vista y convencimient de innumerables acreditados hechos prácticos, re conozcan cual yo reconozco con toda ingenuidad que la donacion generosa que ha hecho de sus fór mulas el candoroso y erudito profesor Mr. Le-Ro á la humanidad afligida, para combatir las enfer medades que reconocen el germen de corrupcion humoral, y para anonadar los miasmas contagioso mortíferos que producen el cólera-morbo y dema epidemias pestilenciales, han sido el verdadero ha llazgo de la mas estimable y preciosa margarita.

Mas para una enfermedad pestilente y epidémi co-contagiosa como es el cólera-morbo (segun teng probado en el tratado que di á luz en el año 34, patentizaré aun hasta la evidencia en otro sobre e mismo objeto, que publicaré tambien por el benefi cio de la humanidad), para esa epidemia indiana tar devastadora (repito), que es en la que preside cor mas desarrollo el germen corruptor de los humores ¿que podrá objetarse á la multitud de hechos tar generalmente acreditados en la práctica purgativa para desalojar á mano segura el foco de putrefac cion, que es la doctrina generalmente establecid por el profesor afortunado Mr. Le-Loy? Y sino dí gaseme: ¿que es lo que ha conseguido hasta ahor la plebe médica con tantos sarcasmos virulentos y llenos de veneno, y con tantos anatematismos y execraciones como ha vomitado contra tan honra do y respetable autor, tratándole de Mr. barbero polaco, embrollon, charlatan y pedante, por la so-

la causa de haber reparado la venerable doctrina purgativa? Muy al contrario; yo me congratulo, y á la par doy el parabien á la ciencia con la mas halagüeña fruicion, por la constante y durable perpetuidad de su digno y laudable restablecimiento, ya que tan escandalosamente habia sido abandonado el interesantísimo uso de la purgacion, y escarnecidos en consecuencia los mas admirables purgantes de su terapéutica, por los estravíos de la moda sistemático-sanguinaria de nuestro siglo médico (á pesar de su cacareada ilustracion); y no obstante de ser el único medio espedito para alcanzar la salud, consignado en bases de medicina sólidas é inalterables; al paso que observo como por entre celages la efímera duracion, ó mas bien diré el próximo resbaladero y estallido horrendo que va á tener por momentos esa renovada arca de Pandora y monstruosa escuela de irritaciones, que tantos males está causando, y que tanto se mece aun en la cuna de envanecidas ilusiones fisiológicas: ya se ve como fundada solo en el viento de abstracciones hipotético-despreciables y aserciones vagas.

Por todo lo que queda espuesto conocerán los buenos médicos, que no es la teoría esclusiva de sangrar y aplicar sanguijuelas (contra viento y marea), sino la observacion y práctica de la doctrina purgativa la que mas generalmente enseña el arte de sanar los enfermos. Boërhave, quien despues de Hipócrates quizá es el que mas ha honrado la medicina y favorecido á la humanidad, no teme el decir: »que si se llega á pesar con madurez el bien que han proporcionado á los hombres algunos verdaderos hijos de Esculapio, y el mal que la multitud infinita de médicos ignorantes y estraviados en

esta profesion, han hecho al género humano en el mismo espacio de tiempo, se pensará sin duda que seria mucho mas ventajoso no hubiese habido jamás médicos en el mundo." ¡Médicos lectores! ¡tened presente que las ovejas estraviadas tarde ó temprano vuelven al redil! ¡Acordaos eternamente de la sentencia de este oráculo de la medicina de los modernos siglos! ¡Pardiez que no la olvideis jamás en el ejercicio sério de vuestra honrada profesion!! Y.... ¡estremeceos!!!

Prescindiendo empero de todas las esclusivas teorías, ello es cierto que Mr. Le-Roy, dejando el método sanguinario que consiste en violar los canales por donde corre el vehículo de la vida, ha dirigido únicamente sus medios terapéuticos contra el hogar donde vienen á elaborarse los primeros humores, evacuando siempre el canal alimenticio, verdadero laboratorio del cuerpo humano, de las putrefacciones y zumos viciados, y que es por cierto donde los humores se impregnan de calidades morbíficas. Digo en verdad (y lo repetiré mil veces) que este hombre ha sido un bienhechor del género humano; porque aunque nuestros conocimientos modernos en química, fisiología y terapéutica, atenuen la generalidad de sus doctrinas, tambien es constante que estos no hacen mas que aumentar la gloria del principio general que establece y de sus fórmulas purgativas, y nos atraen por fuerza á su método en un sin número de enfermedades. Pero ¿que es lo que estoy diciendo? ¿No milita igualmente en favor de este benemérito profesor la misma naturaleza? ¿Por ventura no han pasado muchos siglos antes que los médicos se aventuraran á abrir una vena ó una arteria, sin otra necesidad mas que

el impulso de la naturaleza para hacerlos recurrir á los eméticos y purgantes, y posteriormente á los otros medios que dan vigor á los afligidos dolientes? Abrase sino ese gran libro de la ciencia médica, obsérvense los escritos admirables desde Hipócrates, Galeno, Celso, Stahl, Sidehenam y otros, hasta los modernos del inmortal Boërhave y demas sábios observadores, y se verá que todos ellos han celebrado y ensalzado la relevante eficacia de los eméticos y purgantes, y sucesivamente la indicacion de los tónicos y recuperantes. Y ¿por que? Porque solo estos medicamentos presentan los resultados mas poderosos y benéficos que pueda ofrecer el arte, si se mira con imparcialidad y juicio la influencia insignificante (si ya no es perjudicial ó mortífera) de los otros medios curativos, y con exorbitancia á todos, el de las infernales sangrías y puercas sanguijuelas.

Ademas: ¿que médico imparcial dejará de conocer que los eméticos y purgantes son los grandes recursos de la medicina contra la putrefaccion de los humores? En efecto, ellos purgan del cuerpo humano los humores viciados, al modo que el teatro purga tambien á muchos de las pasiones y de la melancolía. Con razon, pues, el incomparable Bichat asegura que conocian mas perfectamente que nuestros mecánicos modernos las leyes de la economía, aquellos antiquísimos médicos, cuando creian que con el socorro de las purgas, las negras y sombrías afecciones del alma se evacuaban con los malos humores; pues solo con desembarazar las primeras vías, desterraban de ellas las causas con los efectos. ¿A quienes, pues, podrá apropiarse mejor que á los epidemiados coléricos el discurso del sa-

pientísimo Bichat? ¿No los observamos siempre afectados de los humores mas atrabiliarios y melancólicos, paralizada la accion de sus entrañas con el embarzazo que constantemente obstruye sus órganos gástricos, causado por el germen corruptor contagioso, y esto, siempre unido á las pasiones del alma que precedieron, y que incesantemente los aniquila y devora? Pues solo el vomi-purgativo y demas purgantes graduados de Le-Roy (con preferencia á todos los de su clase), serán para ellos el medio curativo preliminar mas completo para desalojar el cúmulo de corrupcion venenosa adherida interiormente al estómago é intestinos, porque deobstruyendo aquellos medicamentos enérgicos, las vías hepáticas cesarán (como por encanto, segun lo tengo bien observado) los vómitos y diarreas sintomáticas tan perjudiciales, que siempre acompañan al azote indiano, movilizando á su vez y espeliendo en todo sentido los humores detenidos por la paralizacion del espasmo general. Desengáñense los médicos suspicaces, y conozcan ya por el bien de la humanidad que el profesor Le-Roy con sus fórmulas purgativas vigorosas, exactas y apropiadas, ha hecho el mayor beneficio á la república literario-médica, por haber con ellas resucitado victoriosamente la segura práctica de los antiguos, que es la única verdadera en medicina. Yo las venero y las respetaré incesantemente por los saludables efectos que me han producido; las invocaré por mi númen tutelar en muchísimas enfermedades que puedan asaltarme (1), y las prescribiré no menos con igual

1 No han transcurrido aun dos meses de fecha á la en que escribo estas líneas, que fueron todo mi alivio y ve-

constancia y seguridad, arreglado al plan metódico del arte (con anuencia y beneplácito de los dolientes), no solo en el cólera-morbo, mas tambien siempre que se me presente una verdadera indicacion purgativa, como en la saburra-gástrica (1) y verminacion, en toda clase de enfermedades atáxicas-gastro-mesentérico-pútridas, en las epidémico-contagiosas, como en las demas pestilenciales; y lo verificaré, no asi como quiera, sino con mayor certeza y confianza que en todos los eméticos y purgantes de la materia médica. ¡Cese, pues, en consecuencia por el bien de la humanidad sufriente, el espanto de los sistemático-sanguinarios de nuestros dias! ¡Acabe el clamoreo contra los eméticos y purgantes! ¡Termine ya de una vez esa prevencion infundada para el esterminio del sencillo vomi-purgativo y purgantes del honradísimo Le-Roy, á quienes tanto se ha vilipendiado como de un uso nuevo y perjudicial, únicamente por el miedo de que sufran bancarrota esas sucias y cenagosas sanguijuelas! Y sino se pone fin todavía á las imposturas divulgadas contra tan honorable profesor.... ea, pues, que vayan muy enhoramala todos sus infamadores y detractores, porque su vocinglería solo manifiesta que no han leido siquiera á los autores mas ancianos. Y sino ver y creer, que á verlo vamos.

Comenzando por Hipócrates, leemos que la ma-

rificaron mi curacion en un cólico gástrico-bilioso las fórmulas del vomi-purgativo y purgante de segundo grado de Mr. Le-Roy; pero eleboradas con toda pericia y arte por un farmacéutico inteligente, cual siempre deberán estarlo.

1 Por saburra-gástrica entiendo toda sustancia heterogénea que existiendo en el canal gástrico puede alterar la economía animal.

yor parte de sus indicaciones eran los eméticos y purgantes, como se ve claramente en sus obras, y con particularidad en los libros de *Vict. rat.* = 4.° *acutor. y* 3.° *morbor.* El mismo Galeno estuvo tan de su parte, que segun vemos en el libro 1 *ad Glauc.* siempre los administraba para purgar las crudezas de corrupcion, contenidas en el hígado, venas, arterias y riñones, con lo cual manifiesta que están indicados en la mayor parte de las dolencias; y aun por final pone á los eméticos y purgantes como absolutamente convenientes, para combatir las enfermedades mas hercúleas; sobre lo que puede consultarse su gran libro *Art. med. cap.* 94, *et introduct. cap.* 25. En el mismo sentido los usaba el grande Avicena, para estraer las crudezas coléricas que llama de primera region: véase *lib.* 3. *fenom.* 18 *y lib.* 4. *fenom.* 1. Cornelio Celso los usaba continuamente para la mayor parte de las dolencias, y en particularidad para los cólicos, segun lo manifiesta en todo el cap. 23 de sus obras. Hartmano no duda asegurar, que en la curacion de las fiebres pestilentes-pútridas, no se halló modo mas feliz desde la mas remota antigüedad, que el acudir pronto al vomitivo. Véase su *Pract. med. de febre malig.* El célebre Musitano dice, que la agravacion del estómago y sus vecindades, acompañada de náusea y vómito, aunque sea idiopático ó propiamente la enfermedad, se cura con la vomicion; y esta sentencia, segun añade el mismo, es tan antigua como Avicena, cuando enseñaba aquel su famoso aforismo *vomitus vomitu curatur.* La misma recomendacion hace Baglivio, asegurando: »que si en las fiebres con náusea no se dió en los principios vomitorio, despues fueron diarreas y otros sínto-

mas de fatigante cúmulo á la naturaleza; porque el emético, induciendo movimientos contractorios y de sacudimiento, mueve y arranca los jugos impactos de corrupccion detenidos en el ventrículo y sus partes vecinas....'' Ocioso es referir autores antiguos, pues era necesario producirlos todos, porque todos los usaron contínua y desembarazadamente; sin embargo, no quiero omitir al célebre Heredia, que siendo de la doctrina antigua, y habiendo usado con tanta frecuencia los purgantes, hablando del emético, hecha este fallo: »*Illud autem ignorare non licet, nimirum quod morbi plurimi nisi vomitoriis erradicentur, incurabiles fiunt, allio quovis auxiliorum génere.* De Febrium erradicat.'' Dicen casi lo mismo Arnaldo, Fonseca, Mercurial, Arculano y otros; pero los oráculos de la ciencia médica que quedan referidos con otros innumerables que omito por la brevedad que me he propuesto, todos atribuyen la causal de las enfermedades á putrefacciones, ora dimanen ellas por aumentos ó detenciones de bilis y pituita, ora por otras crudezas de una tendencia directa hácia la misma corrupcion; porque habiendo ellos llegado á conocer por una constante esperiencia que los eméticos y purgantes eran los mejores medios de educirlos, se valieron de ellos, consignándolos siempre con las mas admirables curaciones. Asi lo asegura Heredia en la historia *Uxor. Epich.* Aun se infiere mas de la epístola 2.ª de Teodosio, pues en ella se manifiesta que los primeros médicos y mas famosos de la Grecia, hacian vomitar todos los meses por documento dietético, para precaver á los hombres de un semillero de incomodidades y dolencias. Considérese ya por todo lo dicho, con qué

poca razon se pasman algunas gentes, y mucho mas ciertos profesores asustadizos de la moda estrambótico-sanguinaria, cuando oyen hablar de vomitivos y purgantes; pero aun levantan con mas escándalo sus gritos á las estrellas, cuando se nombran las sencillas y benignas fórmulas de Le-Roy, vociferando injustamente que ellas son parto monstruoso de la audaz y empírica medicina curativa de un cirujano petate ó barbero embrollon.... ¡Que insulto tan patente á la naturaleza y á la humanidad...! ¡Que ingratitud hácia la misma Providencia, por el don tan precioso de su mano benéfica y liberal!!!

Veamos ahora por complemento lo que practicaron los padres antiguos de la medicina para curar el cólera-morbo de su tiempo, y analicemos tambien por otra parte lo que han escrito los modernos observadores del cólera indiano de nuestros dias, y deduciremos que él grande Hipócrates, verdadera guia de los médicos para el acierto, cuando verificaba la curacion del cólera-morbo esporádico (que es el mismo cólico bilioso-espasmódico que nosotros observamos, y se ha observado siempre en la estacion ardiente del calor), se valia ya tanto de los eméticos como de los purgantes, segun lo exigian las circunstancias: asi lo leemos en el caso grave que refiere en el libro 5 de sus epidemias, en que propinó el eleboro y los baños calientes: aun es mas terminante lo que asegura este venerable anciano en su libro de *Veteri medicina*, *num.* 34; pues hablando de la cólera biliosa, y de lo provechosas que son las medicinas eméticas y purgativas para la curacion de enfermedades coléricas, se esplica con las siguientes pala-

bras. »Cuando se derrama por el cuerpo un humor amargo que llamamos cólera amarilla, ¡que ansias, sudores y fatigas no se escitan! y los que tienen la cólera punzante, acre y de color amarillo, ¡que rabia, que mordimientos en las entrañas y en el pecho, y que desesperaciones padecen! pero luego que quedan libres de estas cóleras, ya sea porque la misma naturaleza las arroja vomitándolas, ó ya se produzca este vómito con medicinas, manifiestamente se alivian los enfermos de todos estos males....'' Lo propio vemos practicado por Galeno, pues prescribia del mismo modo los eméticos y purgantes en todas las dolencias coléricas y biliosas. Los buenos médicos que sucedieron despues, los han aconsejado constantemente, á imitacion de aquellos grandes hombres; porque entregados únicamente á la observacion de lo que convenia, segun veian por hechos prácticos, y cuidándose muy poco de teorías ni sofismas, los prescribian siempre con oportunidad y esperiencia.

Quieren, pues, indisputablemente Hipócrates y Galeno que se usen los vomitivos y purgantes para la curacion del cólera-morbo y demas enfermedades pútrido-colérico-epidémicas. Quieren esto mismo los ornamentos de la medicina, Marciano y Valles, con los demas espositores de los venerandos códices de la ciencia de mayor nota. Quiérenlo á la par la razon y la esperiencia, con el apoyo de los buenos é imparciales médicos, y todos claman por final el que se purgue muy luego en tales enfermedades: *incipiente morbo* (dicen) *et statim in constitucionis principio, priusquam vires deficiantur.* ¿Y por que? porque la razon y la esperiencia, con los mas insignes médicos antiguos y modernos, cuan-

do hablan generalmente del cólera-morbo y demas enfermedades biliosas de corrupcion humoral, juzgan al estómago y primera region como un almacen de las degeneraciones y fermentaciones pútridas, y que son estas sus verdaderas causas productoras. Nada, pues, me maravilla lo que veo asegura (tratando de las mismas enfermedades de corrupcion de humores) el célebre Gregorio Castel: *Apud Lill. instit. med. observ.* 64: esto es, que de cien enfermos que mueren, los noventa y nueve son víctimas por crudezas de fermentacion pútrida en el estómago. Lo propio afirma y confiesa últimamente Galeno en su libro de *De cib. bon. et mal.* El erudito Santa-Cruz tambien corrobora lo mismo en su escrito de *Reb. præterit.* Nada hay, pues, de estraño que los sábios Fernelio, Tozi y otros muchos anuncien que la oficina del estómago lo es tambien de las mayores enfermedades, aun de las mismas artríticas, que son siempre las precursoras de los cólicos mas pertinaces, y que por la evacuacion superior ó inferior todo se cura ó se precave.

Analicemos por último lo que han observado y encargado los mejores escritores de nuestros mismos dias sobre el uso de los eméticos y purgantes en el cólera-morbo asiático. El célebre doctor Amnesley aconseja en su escrito que se propinen desde el principio de la invasion del cólera-morbo los purgantes calomelanos; y para que salgan las materias viscosas y corrompidas, dice que se aumente al mercurio dulce la mezcla del aloes con la jalapa y el aceite de ricino en gran cantidad. Cristié mandaba tambien á todos sus coléricos el proto-cloruro de mercurio, mezclándolo con el ópio y los purgantes mas activos. Las memorias publicadas en la

isla de Francia sobre el cólera-morbo, dicen que se curaban con la mayor facilidad los negros que tenian el cólera-morbo, dándoles el sulfato de sosa ó sal de la higuera, en la dosis de una dracma al principio, y aumentando esta cantidad de hora en hora, hasta que los cursos tomaban un color pajizo; pero que otros médicos en la misma isla usaban otros purgantes, y tambien los eméticos, con los efectos igualmente beneficiosos; tales eran el aceite de ricino, la hipecacuana, el ruibarbo, la jalapa, el sen, el aloes y el agua de los tamarindos. En la isla de Borbon se empleó por los médicos en el cólera el aceite de olivas en gran cantidad, á amitacion de los antiguos médicos griegos; pero con tan buenos efectos, que el doctor Galdemar en su escrito asegura que lo prescribió á treinta y cuatro negros, y logró curar con él á treinta y dos: el aceite obraba en esta ocasion como un laxante y suave purgativo. ¿Por ventura no hemos visto comprobada esta práctica en Sevilla y en muchas ciudades y pueblos de nuestra España, con las ventajas mas relevantes y maravillosas? ¿No se anunciaba desde dichos puntos que, comparativamente hablando, eran víctimas irremediables los miserables coléricos, cuando habian sido tratados con emisiones sanguíneas y sucias sanguijuelas? Tengo por lo mismo reconocido y aconsejado el uso del aceite de olivas en el cólera incipiente (como no lo repugnen los coléricos), cuya práctica (segun manifesté en mi tratado del cólera-morbo) se halla ya reconocida desde la mas remota antigüedad para toda clase de epidemias.

Los doctores Tompson, Kennedy, Conwel, Boyle y otros muchos, recomiendan en sus escritos para la curacion mas directa del cólera india-

no, que se principie siempre por los eméticos; pues confiesa el mismo Tompson, que se hicieron con ellos los mas grandes prodigios en Madrás. El doctor Van-Disel recomienda en su memoria, que sea la primera mira del médico en el cólera-morbo el limpiar el estómago y los intestinos por medio de vomitivos y purgantes, aconsejando sobre todos ellos el vino antimoniado de Huxham y las lavativas calmantes y oleosas... El doctor Cornac siempre propinaba por vomitivo, repetidas dosis de raiz disentérica, aun en los mismos prodromos del cólera-morbo, cuando estos podian inspirar temor de la invasion del mal.... El doctor Lasis tambien propone en su memoria por el mejor curativo del cólera-morbo, primeramente los eméticos, y despues los emeto-catárticos.... Todos los referidos sábios son socios recomendables de la real academia de medicina de París, y todos curaron con ellos á los coléricos en la epidemia que se padeció en la referida capital de Francia en 1832.... En el cólera-morbo de Viena tuvieron los eméticos y purgantes efectos tan satisfactorios, que la mayor parte de los médicos de verdadera observacion, con justa razon los consideraban como unos verdaderos específicos del cólera. Se ha de añadir á esto, que convienen perfectamente las observaciones hechas en Alemania con las de otros paises; solo la nota del doctor Skulski, publicada en la gaceta de Varsovia por Noviembre de 1831, prueba las grandes ventajas que en Polonia se han sacado de los eméticos y purgantes. ¿En París mismo no se consiguieron las mas numerosas y preferentes curaciones con el beneficio de los vomitivos y purgas, aun cuando el mismo Broussais intentaba plantear sus

delirantes sueños de irritacion y de curacion, por solo el miserable medio de largas sangrías, goma y sanguijuelas? Véase sino lo que han publicado los diarios y memorias de los mas recomendables socios del instituto de Francia, y no dudo un momento que se convencerán hasta los mas ilusos y obcecados, á menos que el juicio y recta razon hayan abandonado sus cabezas. Pero entre tanto no puedo menos de decir alguna cosa (aunque sea con brevedad) sobre el perjuicio y efectos mortíferos que causan las sangrías y sanguijuelas en el cólera-morbo.

El doctor Gautier de Lion, en su tratado del cólero-morbo, dice que en esta enfermedad debe limitarse mucho el uso de las sangrías, por mas que se haya escrito por algunos médicos en favor de estas evacuaciones, y que jamás deben usarse sino en casos muy marcados, no por la epidemia en que no convienen, sino por alguna inflamacion en personas jóvenes y pletóricas.... El doctor Keraudren, en su tratado del cólera, es de la misma opinion con respecto á las sangrías y sanguijuelas. El doctor Moret dice en su memoria, que durante la epidemia que hubo en Calcuta en 1828, las sangrías solo sirvieron para abatir las fuerzas vitales, provocar los espasmos y los sudores mortales frios. Los escritores de Betavia todos aseguran que siempre fueron funestas las sangrías en todas aquellas regiones.... El célebre Walker, médico ingles, enviado por su gobierno á Moscovia para observar el cólera, dice en su memoria que en toda la Rusia no se habia sacado ningun partido ventajoso del uso de las sangrías.... Los médicos de Java igualmente afirman haber observado todos, que el método mas

opuesto para la curacion del cólera-morbo, es el antiflogístico, y especialmente el de las sangrías y sanguijuelas.... Por las observaciones y escritos de los médicos de Calcuta é Islas Filipinas, resulta que es la práctica mas arriesgada el aconsejar evacuaciones de sangre, por mínimas que ellas sean, en el cólera-morbo. El benemérito profesor español Don Mariano José Gonzalez, que dió á luz en Madrid en el año 34 las reflexiones sobre el cólera-morbo asiático, dice que deben economizarse en gran manera las evacuaciones de sangre, tanto venosas como capilares, añadiendo que no hay razon para concebir por qué una enfermedad en que se resiente de preferencia el sistema nervioso, y que en pocas horas agota las fuerzas de la vida, tanto por la debilidad que produce en todos los tejidos y órganos de la máquina, como por los escesivos flujos humorales que ocasiona, deba tratarse con sangrías ó repetidos golpes de sanguijuelas. ¡Oh! ¡que convencimiento mas síncero! ¡que bella ingenuidad de profesor...! Ultimamente, y por evitar prolijidad, diré que en el año 1831 pidió informe el gobierno frances á la real academia de medicina de París, sobre las medidas oportunas de precaucion y curacion que deberian tomarse en aquella nacion contra un azote tan destructor; y esta corporacion, despues de producir el analísis científico de la epidemia, cuando trata de su método curativo, hablando de las sangrías dijo: »Que podia dudarse muy bien de los sucesos que á las sangrías se atribuian, mas que en todos casos nunca convendria la sangría sino á las constituciones muy fuertes y muy sanguíneas, y que en todos los otros seria siempre fatal. De suerte (prosigue dicha academia) que el medio de

las sangrías, mas bien debe dirigirse á las idiosincrasias y temperamentos de las personas, que á la misma enfermedad; pero que los estimulantes difusibles son los que mejor convienen al carácter de la epidemia colérica."

Si los médicos broussistas se hubiesen hecho cargo, tanto en Francia como en España y en toda la Europa, que todos los síntomas característicos del cólera-morbo (segun procuré ya manifestarlo en mi tratado) son efectos del envenenamiento y putrefaccion humoral que produce el abatimiento general del sistema nervioso, y no hubieran sido tan adictos á maniáticas irritaciones gastro-enteríticas, bien cierto es que no practicáran tan exorbitantes sangrías, acompañadas de esos atolondrados golpes de sanguijuelas, con las que postraron mas á sus enfermos, adquiriendo en estos mayores grados de malignidad la putrefaccion humoral: asi han sido millares sin cuento los coléricos en todas las ciudades y pueblos invadidos, que despues de tratados con tales medios dañoso-sistemáticos, perdieron la vida, y tengo por cierto la hubieran conservado, á no haber sido asistidos por médicos de este jaez y de un tan errado modo de proceder; los cuales, en lugar de asistir y ayudar á los miserables pacientes, se ponen de parte de la cruel plaga, matan mas enfermos que la misma epidemia, y son por lo mismo unas pestes públicas permitidas, que aniquilan y destruyen la poblacion de los estados.

Tengo ya probado con lo dicho hasta aqui (y aun con mas estension en mi tratado del aire y del cólera-morbo) con razones y autoridades de Hipócrates y de otros recomendables autores del arte, lo inútiles y sospechosas que son las sangrías, tanto en

el cólera como en las demas enfermedades de pu-
trefaccion; pero mas enemigo aun ahora de ellas,
que cuando di á luz el referido escrito, por haber
observado á ojos vistas sus perniciosos efectos en
todos los períodos de la epidemia, insisto por lo
mismo constantemente (tanto por mi propia ob-
servacion, cuanto por todos los escritores que tengo citados) diciendo, que no solo son inútiles y
sospechosas, sino que eminentemente venenosas y
mortíferas. Podré no estar de acuerdo con Broussais y
su novísima legislacion fisiológica; pero la irresistible
ley de la naturaleza, y la irrevocable esperiencia,
me han presentado siempre en el cólera-morbo
que ha afligido á esta ciudad, pruebas las mas au-
ténticas de esta verdad. He tenido muy repetidos
y constantes ejemplos en coléricos de todas edades
y temperamentos, y siempre los he visto consti-
tuidos en el mayor abatimiento, y debilidad mas ó
menos graduada, segun los períodos de la enfer-
medad; esto es, desde los mismos prodromos de
invasion hasta la penosa y lenta convalecencia, sin
que se observase en ellos ni concurriese jamás el
menor indicio de inflamacion gastro-enterítica ni
de otra ralea, cuyas curaciones verifiqué por medio
de los eméticos y purgantes comunes, hasta el 19
de Agosto de 34, dia de mi invasion, y posterior-
mente con las preciosas fórmulas de Mr. Le-Roy
(atendiendo siempre á las circunstancias de los en-
fermos), y acudiendo despues á los difusivos y tó-
nicos fijos administrados segun el estado de sus
fuerzas vitales, con arreglo al método del tratado
sobre el cólera-morbo que tengo publicado; pero
puedo asegurar el haber observado perenemente
en todos los invadidos, que el método curativo de

sangrías y sanguijuelas propinadas por algunos profesores con arreglo á los preceptos de Broussais, se convertia en una continuada causa predisponente, aun mas enérgica y renaciente de nuevas é imaginarias flegmasías; porque por el mayor defecto de circulacion, por la mayor detencion de humores, por la mayor tendencia á la putrefaccion y gangrenismo general que producian, se aumentaba irremediablemente la debilidad nerviosa, el calor concentrado subia al mas alto grado, y la sed intensa que devoraba á los enfermos por la acumulada astenia, se presentaba tan insaciable y horrible, que por cierto se vieron en los mayores apuros y ansiedades los señores anti-incendiarios broussistas para estinguirla; y á buen seguro que no lo lograron, ni menos podrán alcanzarlo jamás ni ellos ni sus sucesores (en caso de tenerlos), aunque manden transportar en auxilio y refrigerio de sus desgraciados coléricos, toda la nieve contenida en los altos Alpes y Pirineos. Tengo igualmente observado en dicha epidemia, que si algunos contagiados superaron por una casualidad, el contratiempo de las intempestivas sangrías y sanguijuelas, en union de los miserables apocemas engomados y apósitos de nieve tan horrorosos que sufrieron, sucedió afortunadamente esto, ó por los conatos de sus naturalezas vigorosas, ó (mejor diré) porque Dios benéfico compadece muchas veces hasta los despropósitos de los hombres, y particularmente de algunos profesores del arte; y por tales casos de escape, comparo yo á los coléricos librados (y demas dolientes indebidamente sangrados por los broussistas) al enfermo de que hace mencion el sábio Tisot, cuando refiere que se le practicaron

en dos dias veinte sangrías; pero tambien añade este célebre práctico de Lausana, que las veinte sangrías solo prueban que el profesor que las mandó era un ignorante, y que la buena constitucion del individuo habia resistido á un mismo tiempo á la enfermedad y á la curacion. En efecto, tanto este enfermo de Tisot, como otros varios que leo en algunas memorias escritas por los broussistas, atribuidas sus curaciones á las sangrías y sanguijuelas, no puedo menos de admirar la valentía de sus naturalezas que pudieron lidiar y vencer, no solo la causa de la enfermedad, sino tambien el mal y las heridas que les mandára hacer el médico con sus lancetazos y sanguijuelas. Repito que deben los tales enfermos dar mil gracias á Dios por haberlos dotado de tan bello temperamento, pues no solo supo defenderse de la dolencia, mas tambien del mismo médico embebecido y sistematizado, que en efecto no es poco. A este mismo intento me parece diria en sus comedias el famoso y chistoso Moliere, que solo los hombres que tenian fuerzas sobradas, podian hacerse tratar por los médicos en sus enfermedades, pero no los que se hallaran en tan buenas circunstancias. Lo mismo digo yo con respecto á ciertos desgraciados coléricos (á los cuales observé cuando fui llamado) que pudieron resistir y contrarrestar las sangrías y sanguijuelas; pero á fe mia que aparecian despues en su convalecencia, presentando las figurillas de unos momias ó esqueletos ambulantes que significaban salian de la tumba, hechos unos enclenques, y con la inminente predisposicion á nuevas recaidas; y he aquí por qué el menor estravío ó el mas leve descuido producia en estos miserables desangrados las ma-

frecuentes recidivas. Esta es, pues, la causa (repito) de esas frecuentes recaidas, siempre mortales, que por do quiera han sucedido á tantos convalecientes, que fueron tan impiamente tratados y tan horriblemente debilitados; por manera que depauperadas en ellos todas las fuerzas, y agotadas por final las fuentes de sus vidas, no les fuera ya dable soportar tamaños escesos y demasías.

En vista de lo dicho, ¿que juicio deberemos formar de los novatores del dia, que por querer sostener (contra viento y marea) las soñadas opiniones de su maestro, se miran como los únicos depositarios del fuego sagrado de los altares de Epidoro? ¿No seria mas útil á la humanidad que los cólericos y demas enfermos de su asistencia fuesen tratados por algunos curanderos honrados ó por algun cirujano romancista, que hubiese leido siquiera algun libro de medicina popular, desdeñada y escarnecida por el verdadero empirismo, ó mejor diré, por el pedantismo estrambótico de aquellos esclusivos eruditos á la violeta? Asi es que si los hombres quisieran gobernarse solos como médicos por las ruidosas y exageradas doctrinas broussaicas, poco trabajo tendrán que practicar para curar sus enfermedades; porque ello es innegable que toda la abultada terapéutica fisiológica, solo ha quedado reducida á un buen acopio de sanguijuelas y mucha goma arábiga. ¡Santo Dios! ¡Padre Eterno y consolador de la humanidad afligida! ¡Munificentísimo dispensador de tantos seres benéficos y plantas medicinales...! ¡cuando darán de mano los hombres á unos delirios tan inauditos! ¡Que insulto para una ciencia tan noble y respetable y para sus vastos ramos accesorios! ¡Que escarnios para tantos

útiles descubrimientos! ¡Llamados fisiólogos! ¿Cuando hareis uso de vuestra propia razon, abandonando esos atizados insectos, producto maniático de la invencion de vuestro caudillo! ¿Esperais aun algo de vuestra temeridad? Esperad, sí; pero ¡serán sentimientos y remordimientos!!! ¡Cuantas casas han sido cerradas y quedado sin sucesion, por la epidemia que reinó en esta ciudad, y cuantas sin número habrán sido dilapidadas y destruidas en la Europa y en ambos mundos, solo por las mortales sangrías é intempestivas sanguijuelas en el cólera-morbo! ¡Cuantos hombres son y serán igualmente sacrificados en innumerables enfermedades, en que es tan mortífero este uso novador y sanguinario, descargado como á palo de ciego inconsiderado, para dejar sin amparo á las familias, y para que haya tantos ciudadanos menos en la patria! Nada me maravilla ya que el célebre Vanelmont esclamára diciendo: »que algun demonio esterminador se habia apoderado sin duda de la medicina; porque solo el demonio pudiera inspirar tanto derramamiento de sangre en las enfermedades colérico-pútridas y epidémicas.'' Nuestro célebre español Don Gonzalo Gomez de Olmedilla, emite en su obra una idea harto peregrina, pero cierta, diciendo: »Que el infernal abuso de las sangrías se ha hecho ya un vicio entre nosotros, como el del tabaco y chocolate, porque solo la ignorancia de la naturaleza de la sangre, ó de la verdadera causa de las enfermedades, y sobre todo la adulacion favorita, han producido sus escandalosos abusos y demasías. En verdad que no se ocultaba lo último á la penetracion y sagacidad de Mr. Broussais, cuando se determinó á fabricar su edificio fisiológi-

co; esto es, la aceptacion y beneplácito con que serian recibidas generalmente en el mundo ignorante las principales columnas de sus sangrías y sanguijuelas, por lo encaprichados que ya conocia estaban los hombres con ellas, y porque preveia á la par que aun cuando los enfermos del cólera y demas males tratados por sus sectarios, muriesen, podrian siempre estos levantar la cabeza; porque habiendo estado bien sangrados, todo el mundo estaria de su parte y no serian tan llorados. De aqui nace tambien el ruido que se ha movido en el mundo por los partidarios de Mr. Broussais, ponderando en sus escritos curaciones en el cólera y otras enfermedades con sus repetidas sangrías y continuados golpes de sanguijuelas; pero ¿acaso no vemos todos los dias sanar á un hombre á quien le dieron muchas estocadas? ¿Por ventura no curan tambien muchos enfermos que padecieron hemorragias inmoderadas de sangre? ¡Cuantos enfermos (repito) habrán sido crucificados con esas emisiones sanguíneas, tan descabelladas y tan diametralmente opuestas á todas las leyes esperimentales y cánones de la ciencia! Porque ello es innegable en medicina, que las sangrías siempre se hacen á espensas del estómago, y en tal caso, ¿que socorros pueden esperarse de ellas para refocilar á los frios y cadavéricos coléricos? ¿No serán por lo mismo tales animaluchos los mas á propósito para acabar de congelar sus entrañas y estómago, y para cuajar miserablemente todos sus humores? Nuestra posteridad médica quedará absorta seguramente, y aun se horroriza al contemplar que unos atezados y asquerosos insectos, condenados á habitar siempre en las inmundas cloacas de Neptuno, fueron buscados con anhelo por el de-

lirio de una moda médica, para constituirlos príncipes de la salud; y que correspondiendo los mordicantes y sanguinarios animalejos, ejercieron por algun tiempo su imperio arbitrario sobre los seres más nobles que encierra el universo, y que estos á la par, haciéndose sus mas serviles tributarios, obscurecieron con tan degradante humillacion los grandes y admirables designios que tuvo el Autor supremo en la creacion de tantos seres medicinales en beneficio de sus dolencias; para las cuales, siendo tan preciosos en admirables virtudes, cuanto emanadas de la munificencia divina, no solo fueron ellos ridiculizados con mofa y desprecio, sino que aun se arrojó la altanería sistemática á insultarlos, atribuyendo á su accion dañosa (tan consignada de benéfica) todos los efectos suspicaces de incendiarios y sediciosos. ¡Oh amada patria mia! ¡en que oprobio y envilecimiento te hallas constituida en esta época acibarada y ominosa! ¡O médicos, do quiera que esté vuestra morada! ¡si sois verdaderos imitadores de Hipócrates y demas respetables padres de nuestra ciencia en las sencillas y uniformes leyes de la naturaleza, á vosotros solo reconozco por muy verdaderos hermanos y coadjutores! ¡Desvaneced en cuanto esté de vuestra parte las ilusiones fisiológicas de ese pretendido reformador! ¡Procurad con vuestros serenos y sábios consejos corregir el insaciable furor sanguinario de sus prosélitos descarriados! ¡Contened con mano fuerte la audaz é impudente arrogancia que ha procurado aquel corifeo delirante inspirar á los caudillos de su faccion, por haberse creido un oráculo infalible! ¡Considerad por final el cúmulo de males y miserias que á mansalva se han aglomerado sobre

la humanidad doliente, por solo el vano ruido de una presuncion fisiológica!

En efecto, yo creo que nadie puede causar tanto daño en el mundo como un médico, que aunque sábio y de gran reputacion, es por otra parte un preocupado sistemático en especiosos sofismas y abstractas teorías que él se imaginára en el retiro de su gabinete, para divulgarlas é ingerirlas en los entendimientos de sus prosélitos; porque ademas de hacerse él mismo reo de la ruina de sus enfermos, se hace cómplice á la par de las culpas que sobre su palabra cometen millares sin cuento de otros profesores. ¡Cuantos males causára Claudio Galeno en Roma, cuando por la fama de su sabiduría, difundieron sus discípulos las falaces teorías de su ingenio estraordinario en todo el globo, con el objeto de derribar la fama tan bien adquirida del grande Hipócrates! Solo el genio de Galeno, con el relumbron de sus sofismas y vanos argumentos, arrolló y confundió á los profesores, arruinó la verdadera medicina de observacion y su antiguo esplendor, y consiguió por final que todos los médicos (esceptuados muy pocos) se apartasen de la observacion y esperiencia hipocrática, anunciándoles por nueva moda un sistema razonado científico; el cual, segun los principios de la filosofía aristotélica que adoptó en su apoyo, pero inaplicables por cierto aquellos á la medicina, debia ser por lo mismo toda su teoría falsa y defectuosa: de do principiaron ya á nacer todas las sectas médicas y sus contradicciones, con la total ruina y decadencia del arte. Esto mismo observo que está sucediendo en nuestros dias; pues una vastísima erudicion especioso-fisiológica, ha hecho distinguir á otro nuevo corifeo entre el

vulgo de los médicos, creyéndole su reformador: de aqui ha nacido no menos la reunion de los infinitos errores y caprichosas aplicaciones fisiológico-curativas que dividen escandalosamente á los médicos en tantas sectas, y que se hacen una contínua guerra unos contra otros, con tanto perjuicio de nuestra noble y honrosa profesion. De aqui puede tambien demostrarse que la falaz incertidumbre que aun muchos hombres sábios creen que tiene nuestra ciencia, mas proviene ella de la conducta moral en esta parte de dichos profesores llamados fisiólogos, que de la obscuridad del mismo arte; porque en verdad ya es necesario que los buenos profesores de observacion no se hagan mas ilusiones, y conozcan que si el honroso título de médico fuese un privilegio esclusivo para poder asesinar impunemente; si el objeto de la ciencia médica fuera el de multiplicar las enfermedades y los enfermos para hacer mas provechoso el oficio y practicar visitas, teniendo al público engañado sobre su buena fe, no pudiera haberse hecho á buen seguro un descubrimiento mas importante que el de la doctrina broussaica, admitiendo que todas las enfermedades son flegmasías agudas ó crónicas: de ahi es que sea por activa ó que sea por pasiva, siempre ha de andar listo el aparato de agudas lancetas y desapiadadas sanguijuelas, porque de los estupendos principios que de ella emanan, el mas ligero dolor de cabeza es para sus sectarios una *cefalitis*; el menor resfriado es una *bronquitis* ó *neumonitis*; un leve dolor de vientre por indigestion, que se desvaneceria con un levísimo purgante, es *gastritis;* y cuando se prolonga por algun dia mas, entonces ya debe ser *gastro-enteritis*; una ligera

flatulencia, es una *colitis* ó *hepatitis*; pero si el flato ocurre en una muger histérica, en tal caso será *metritis-nefritis* ó *peritonitis*, con todas sus demas gerigonzas de envanecida y hueca pedantería; de modo que á fuerza de las continuadas sangrías y reiterados golpes de sanguijuelas, hacen gravísimas las mas ligeras indisposiciones, llegando al fin por necesidad á hacerse mortales, ó cuando menos crónicas (segun lo estoy observando todos los dias en este hospital general); y el pobre enfermo acabado en *itis*, que tiene la desgracia de caer en manos de tales médicos de maniático-broussaica-irritacion, no sale de ellos sino para ir en volandas al campo santo, á menos que despojados ya de toda su sustancia, ellos mismos lo abandonen. Por lo tanto, y por lo que tengo observado en mi larga práctica, sostengo á la faz del mundo y sostendré, que los escesos y demasías que con la mayor impunidad y escándalo se están haciendo de las sangrías y sanguijuelas, son los medios mas esterminadores que haya podido idear el mas ciego empirismo y vomitar el mismo infierno para el aniquilamiento y esterminio del género humano. Protesto á la par con la mejor fe (á pesar de todas las persecuciones y griterías que se aglomerasen contra mí), que en esto no tengo ni he tenido jamás deseo ó animosidad de ultrajar á aquellos médicos sábios y respetables, que verdaderamente hacen un prudente y juicioso uso de algunos descubrimientos fisiológicos bien aplicados en medicina: *unusquisque in suo sensu abundet*; pero aseguro igualmente con la misma buena fe, que la justa indignacion que á veces se advierte en mis escritos, solo proviene del horror que me inspiran tantas inocentes

víctimas sacrificadas al capricho de un corifeo novelista, y por la criminal obstinacion y furor sistemático de la moda que observo en sus obcecados sectarios, viéndolos obrar tan empírica y derranchadamente, por no querer fijar su atencion en la verdadera causa de las enfermedades. Y sino permítaseme hacer por la sazon tan aportuna, una brevísima reseña del genio y carácter del caudillo que han adoptado, y al que han jurado su ciega obediencia.

Mr. Broussais, á quien reconozco autor del moderno emperismo, por haber regalado á los hombres el temerario específico de las sanguijuelas, apoyado solo en su teoría maniática de la irritacion y sobre-irritacion, manda imperiosamente y con urgencia á sus discípulos que se fijen siempre en el único objeto de sanguijuelas y nada mas que sanguijuelas. Sus sectadores, contagiados sin mas exámen que la voz y nombradía de su jurado maestro, han salido tan decisivos, imperiosos y declamadores contra los honrados médicos que intentan poner alguna resistencia á los delirios producidos por la cabeza derretida de este leccionario de Val-de-Grace, que tanto para el maestro cuanto para los prosélitos, no hay mas averiguaciones de causas en las enfermedades, que las de irritacion ó flegmasía, venga de donde viniere, cualquiera que sea el sitio del dolor, cualquiera que sea su causa, cualquiera que sea el período que presente la enfermedad, cualquiera que sea el estado de las fuerzas de los enfermos, y sea el que fuere el color de los tegumentos. El señor Broussais lo hace bueno todo, porque todo cree haberlo dicho y examinado, repitiendo sin cesar las palabras consagradas

de su avezada gerigonza: *irritacion*, *flegmasía*, *gastro-cólico*, *gastro-enteritis*, *gastro-duodenitis*, con otras monótonas; pero bien cierto es que con ellas no ha hecho otra cosa que despojar, tanto á los que viven como á los que han muerto. Hubiera cuando menos este Mr. novador proporcionado á la ciencia alguna utilidad, pero el resultado es que todos sus plagios y afectada logomaquia no han contribuido á otra cosa que para hacer abortar los mayores desastres y las quimeras mas rídiculas y estravagantes. En efecto, Broussais ha presentado en medio del orbe una turba de mediquizantes y curanderos empíricos, que costará los mayores quebrantos y amarguras á la ciencia de Esculapio, el poner diques y cortapisas á sus escesos sanguinarios, no menos que á los remedios insignificantes terapéutico-famélicos, con que depauperan sus envanecidos doctrinarios en todo estado de las enfermedades, las fuerzas conservadoras de la vida, despues de haber sufrido estas en todo sentido los furibundos ataques de desmedidas sangrías, en buena compaña de miles sin cuento de sanguijuelas. ¿Que diria el grande Hipócrates si esto observase ahora en el mundo médico, despues de haber encargado (aun en los casos dudosos) el alimento con plenitud para los enfermos débiles, y esto siempre en todas sus obras, pero particularmente en el aforismo 5.° de su primera seccion? ¿Que diria tambien el sapientísimo Próspero Marciano, restablecedor de la medicina de observacion, cuando en su tiempo aseguraba que se habian hecho las crisis mas raras que en lo antiguo, solo por el abuso que los médicos hacian de los refrigerantes y debilitativos? Y el célebre Freind, ¿que juicio formaria de nues-

tros broussistas del dia, siendo asi que trataba de insensatos á los médicos sus contemporáneos, porque fundaban en la esperanza de los remedios antiflogísticos y debilitantes la curacion de sus enfermos?

Confieso con sorpresa (aunque incurra en todos los anatemas de la doctrina fisiológica), que no sé lo que me admira mas, si las paradojas y contradicciones de Broussais, ó el pertinaz entusiasmo de sus discípulos; aunque nada me maravilla por otra parte el delirio fanático de estos últimos, cuando veo que en la carta 1.ª, pág. 12, les impone el maestro la esclusiva admiracion de su doctrina como un principio fisiológico. Tambien leo en sus anales de Abril de 1824, que marca á los que quieren tocar á sus axiomas con el nombre de pillos; y para acabar de una vez, aun observo con mas admiracion que en la pág. 224 de su memoria sobre el cólera-morbo, traducida por Don Ramon Trujillo, cuando trata en ella de los médicos impugnadores de su doctrina, les aplica no menos que el postizo nombre de novatos y de insectos que solo viven de picaduras. Tambien advierto que este Mr. modista parisiense denomina por veces á los antiguos y verdaderos prácticos que se oponen á sus delirios sistemáticos, con el dictado de antologistas, sin hacerse cargo que su mismísima señoría broussaica ha sido el primero que se ha perdido en los intrincados desiertos de la ontología desde las primeras páginas de su obra, particularmente no comprendiendo las relaciones de la sobre-escitacion, que establece de un órgano con la diminucion de actividad entre todos los otros á quienes no se comunica dicha sobre-escitacion. Y ¿habrá algun médico que ignore (ni al mismo Brous-

sais se le debiera olvidar) que la atonía se hace general precisamente, existiendo una irritacion local? Tampoco se hace cargo Broussais que la vida depende de una escitacion uniforme y moderada; y he aqui por qué lleva tan poca razon para confundir y no ver en las inflamaciones, tanto esténicas como asténicas, mas que un acrecentamiento de la vida por la exaltacion de las propiedades vitales, no siendo las últimas otra cosa que un consumo mas rápido de la sensibilidad y del estímulo en la parte local, afectada con el detrimento de todos los demas órganos del cuerpo. ¡Ah! ¡conozcan, pues, los señores broussistas verdades tan luminosas, y que se dejaron alucinar del mas enconado y ciego furor sistemático!

Hay tambien cierta clase de médicos viejos amigos de novedades (injertos monstruosos de ambos sistemas galénico-broussaico), los cuales, creyéndose adoctrinados en las máximas de Hipócrates, se persuaden saber por la infinitud de enfermedades descritas en sus obras, que las diferencias esenciales de las dolencias son muchísimas, y otras tantas las indicaciones curativas que han de satisfacerse. Por lo mismo cuando examinan la doctrina de Mr. Le-Roy, creen que ya tienen con lo dicho un justo motivo para condenarla, siendo ella por cierto, aunque sencilla, la mas segura que pueda hallarse entre lo mucho escrito que hay en la medicina, para combatir la mayor parte de las enfermedades. Este modo, pues, de argüir, no es seguramente de filósofos, ni aun en realidad de hombres racionales; mas es tan comun entre cierta clase de médicos que han jurado un odio irreconciliable á Mr. Le-Roy, que no puede uno menos de inco-

modarse al oir algunos ancianos persuadidos de grande habilidad, blasfemar con resentimiento de lo que no quieren conocer. ¿Como (gritan ellos) los preceptos de hipócrates y demas padres de la medicina, que por espacio de tantos siglos sirvieron de guia á los médicos mas estimados, quedarian reducidos á nada? ¿Los eméticos y purgantes serán los únicos medios bien indicados? ¿El canal intestinal será la sentina de los males? ¿Mr. Le-Roy y sus adoradores, serán los únicos médicos ilustrados? ¿Hasta las mugeres podrán ser médicos en lo sucesivo?.... Mas ¿á que tanta bulla? ¿A que?... Lo que con tanto calor dicen los galénico-broussistas asociados contra Le-Roy y sus apasionados, ¿no podria igualmente apropiarse á los sanguinarios propagandistas de las mal aplicadas doctrinas fisiológicas? ¿Donde se halló jamás (les contestaré yo) en las obras de Hipócrates y de los mas célebres padres de la medicina, que todas las enfermedades deban curarse á fuerza de sangrías y sanguijuelas, y disipando para postre á los lánguidos dolientes con miserables apocemas ó brevages de goma y arroz? ¿Quien será el médico mediana-mente instruido en la física animal, que pueda ver sin estremecerse de horror como se desangra á los amojamados enfermos, y aun á los tísicos, con el objeto de volverles la salud? ¿Cuando se han visto tantas muertes prematuras como en el dia por tan infernales métodos? ¿Cuando han muerto de sobreparto tantas mugeres como mueren ahora en esta ciudad de Valencia y en las demas de España, especialmente en aquellas poblaciones en que por desgracia están mas en boga los nuevos arlequines de modistas broussaicos? ¿Cuando se han visto tan-

tas tisiqueces pulmonares, tantas convulsiones, tantas enfermedades atáxicas y nervioso-convulsivas, tantos escirros y cánceres, tantos cronicismos incurables, y en fin tantos espectros ambulantes, que tanto en sus casas cuanto por todas las calles van convidando al sepulcro, como se ven al presente, desde que las esclusivas sangrías y sanguijuelas se han hecho la panacea del vulgo médico, y hasta de la aplicacion y capricho de las mugercillas?

Pero si la doctrina fisiológica no escluye del número de los colaboradores de la ciencia de Apolo á los que jamás han querido jurar (ni Dios lo permita) sobre las palabras del corifeo de Valde-Grace, y me fuese á la par permitido el alto honor de hacer algunas preguntas teórico-médico-prácticas, yo les diria.... ¿Las indicaciones curativas deben dirigirse á quitar la causa del mal ó á curar la enfermedad? Los afectos morbosos que constituyen el carácter y los síntomas de la enfermedad, ¿deben considerarse como otras tantas enfermedades esenciales, ó mas bien como simples efectos de la enfermedad que resulta de su presencia? El canal gastro-entérico, es decir, el canal alimentario, ¿puede algunas veces contener sustancias heterogéneas á propósito para desarrollar enfermedades que sean capaces de alterar la economía animal, ó puede tambien encerrar dentro de sí impunemente todo lo que es capaz de ser acomulado? Las mismas substancias heterogéneas acumuladas en el canal gástrico, por haber sido introducidas en cantidad escesiva, ora por ser ellas de calidad dañosa, ora por no haber sido evacuadas al tiempo, que como estercoráceas debieran ser espulsadas, adquiriendo asi nuevas calidades nocivas, ó tambien muchas ve-

ces por haber vejetado en aquel lugar, como acontece en la verminacion, ¿podrán ellas realmente alterar las funciones de la economía animal, y ser causa ó semillero perene de todo género de dolencias? ¿Las enfermedades que provienen de dichas causas reales y no hipotéticas, admitidas unánimemente por los buenos médicos observadores del universo, y negadas tan solo por los impropiamente llamados fisiólogos, ¿se manifiestan todas con aquellos solos caractéres y síntomas que los verdaderos padres de la medicina han señalado á la saburra-gástrica y á la verminacion? El arsénico, la cicuta, la nuez vómica, el vino, los licores espirituosos, y aun los mismos fuertes eméticos y purgantes drásticos con esceso administrados, para causar en la economía alguna alteracion, que sin los socorros del arte pueden hacer violentos progresos, ¿producen todos ellos siempre los mismos efectos morbosos? ¿Los síntomas que anuncian la presencia de un estímulo morboso en el canal gástrico, entre las diferentes cualidades nocivas que pueden ser puestas al contacto de todo el canal alimentario, sobre tantos puntos de accion, cuantos ofrece su vastísima superficie, ¿son siempre los mismos? Por final yo veo que los verdaderos secuaces de hipócrates, todos están acordes en que esta causa (que fuera por cierto el norte del gran profesor Le-Roy) tiene un poder tan estenso, que es capaz ella sola de simular cuasi todas las enfermedades. Ademas: si los signos de todas las enfermedades son los síntomas que las caracterizan; si la saburra-gástrica y la verminacion pueden ser causa de los síntomas que acompañan á la mayor parte de las dolencias, y que en opinion de los autores mas consumados pueden

aquellas simular, ¿no serán por consecuencia las mismas enfermedades los verdaderos signos de que en el canal gástrito existe una causa que puede producirlos? El arsénico y todos los venenos cáusticos, son causa de las inflamaciones del estómago y de los intestinos, en concepto de los persuadidos fisiólogos gastro-enteríticos. Ahora bien; pero esta gastro-enteritis, que sino se ataja con tiempo puede terminar en gangrena, y ser causa de la muerte, ¿no es ella por cierto un signo de que en el canal gastro-entérico existe una causa que la ha hecho desarrollar? Y un médico sensato y observador, sabiendo que la tal gastro-enteritis ha provenido de un veneno acre, ¿no deberá correr inmediatamente á los eméticos y purgativos, para libertar al canal gástrico é intestinal de tal veneno, procurando quitarle toda la causticidad? ¿Por que, pues, se admite siempre esta soñada gastro-enteritis broussaica como causa inflamatoria, desangrando en dichos casos (y en otros miles como este de imaginarios) á los enfermos, para que vayan mas ligeros á los sepulcros, olvidando tal vez á sabiendas, por una manía caprichoso-sistemática, la interesantísima purgacion, tan benéficamente restablecida por el inmortal Le-Roy? ¡Oh! ¡cuantos desastres luctuosos y ruinas azarosas se habrán originado en Europa y en ambos emisferios, con las lecciones emitidas en Valde-Grace, por un oráculo de conocimientos (profundos sí), pero mal aplicados para la desgraciada y doliente humanidad!

Finalmente concluiré diciendo que Mr. Broussais formará época en los anales del estravagantismo sistemático-médico. Tambien manifestaré en apoyo de mi aseveracion, que Mr. Malon, en sus

escritos: *Essais histor. sur París*, refiere: »que Austrigilla, muger del rey Goltrau, estando para morir, obtuvo la gracia de su marido, que este haria matar y enterrar con ella á los dos médicos de su asistencia, porque indebidamente la habian mandado sangrar en su enfermedad. En verdad pues digo, que estos son los dos únicos profesores que han llegado á mi noticia de haber sido colocados en panteon real. Mal agüero, pues, me parece que seria para Broussais, si reinase otra vez ahora el tal Rey Goltran, por si le cayera en mientes el echar tambien mano del fisiólogo reformador para otro compañero mas de túmulo, entre aquellos inconsiderados médicos sangradores, á quienes ya tenian en depósito; mas en caso que asi lo verificase, y á la par mandaba acomodarla en el túmulo, intermediado de aquellos sus dos antiguos compañeros de armas, á fe mia que aun haria nuestro fisiólogo de mas abultado sarcófago que aquellos dos juntos, en el panteon sepulcral de la malograda reina Austrigilla. Ya veo que esto fuera demasiado rigor en un rey; pero tal vez lo juzgará aquella real magestad asi conveniente, y por el único medio á propósito para desterrar las sangrías y sanguijuelas en todas aquellas enfermedades, en las que siempre son perjudiciales, y muchas veces mortales.

Pero ¿no tenemos igualmente ejemplares en nuestros mismos dias de haber sido castigada la impericia de un facultativo de medicina en la misma Francia? El diario de los Debates de aquella nacion de 18 de Junio del pasado año 35, ¿no manifiesta el fallo de la audiencia del tribunal de apelacion sobre si es responsable un médico de los accidentes ocurridos por resultas de sus operaciones, cuando

se ha probado en derecho que dichos accidentes son el resultado de su negligencia, de su grave falta, ó del estado de abandono en que dejó al enfermo, y responde que sí? En comprobacion refiere el citado diario la sentencia que recayó en dicha audiencia contra Mr. Thouret-Noroy, doctor en medicina, por haber sido llamado en 10 de Octubre de 32 para asistir á un tal Guigue, trabajador, al que indebidamente le practicó una sangría, probándose que por ella le sobrevino despues un tumor que degeneró en aneurisma, y sucesivamente en una gangrena, con amputacion del brazo. Hubo demanda de daños contra Thouret: hizo este médico sus correspondientes defensas; pero el procurador general Mr. Dupin dijo en la audiencia con mucha sabiduría, que el médico Thouret perdia su pleito; pero que la noble profesion de medicina no adquiriria por ello tacha alguna, y que tampoco dejaria por eso de ser siempre una ciencia de las mas escelentes, mas útiles y mas honoríficas, cuando se ejerce honrosamente; porque aunque la simple falta de ciencia ó de buen éxito en los médicos, no sean suficientes para elevar una querella contra ellos, podrán sin embargo presentarse circunstancias de dolo ó descuidos imperdonables que constituyan una falta en los deberes de su ministerio; y que por lo mismo debe ser responsable el médico, como todos los artistas de profesion industrial, asi como el notario, el portero de estrados, el procurador, y aun como el abogado; pues aunque este no responde seguramente de la sentencia de un pleito, pero sí de los perjuicios que cause á sus clientes por negligencia, ligereza ó ignorancia de lo que está obligado á saber, cuya responsabi-

lidad para los mismos magistrados existe tambien marcada en el código de procedimientos, concluyendo por último diciendo: »¿Por que los médicos y cirujanos han de ser los únicos esceptuados de esta responsabilidad? ¿Acaso el diploma de doctor será para ellos un privilegio de inmunidad? No...” Recayó finalmente la sentencia, condenando á Thouret para que pagase á Guigue 600 francos de daños é intereses, y una pension vitalicia de 150 francos..... Se apeló por el médico al tribunal de Ruan; pero este igualmente aprobó la sentencia.

¡Cuanta falta hace para este objeto un tribunal imparcial é íntegro como el de Ruan en esta ciudad de Valencia, lo mismo que en todas las capitales y pueblos de España! ¡Cuando llegará el dia en que un gobierno ilustrado tome una parte directa en nuestra nacion, promulgando por completo un plan literario-económico que fije y demarque terminantemente las atribuciones y obligaciones respectivas de los profesores de medicina, cirugía y farmacia; y que á la par, observando con escrupulosa atencion los escandalosos escesos y demasías que en el dia están causando (muchos de mis cohermanos) los médicos, se decidiera sobre todo á contener con mano fuerte el bárbaro furor, la hambre canina, y la sed insaciable de derramar á manos abiertas tanta sangre humana. Con mucha razon se quejaba habrá ya mas de dos siglos el inmortal Ballow, médico parisiense, con las siguientes palabras: *Carnificis est non autem medici ita liberaliter et parva de causa sanguinem mithere: cum sanguis naturae thesaurus sit et amicus*. Y si Ballow trataba de verdugo á un médico, cuando sin una causa poderosa hacia una sangría, y

mas siendo los tiempos en que esto escribia tan morigerados para el uso de sacar sangre, ¿que diria ahora dicho sábio al ver tantos medicastros maniático-sanguinarios, que no saben salir de sus favoritas sangrías y sanguijuelas? ¿Que concepto formaria tan respetable autor de estos esclusivos sanguinarios, que en lugar de ser pastores vigilantes que debieran conservar el rebaño de la interesantísima humanidad, con el apropiado método curativo de la purgacion, único verdadero que les enseña su ciencia para oponerse á las enfermedades; por el contrario, lo están ridiculizando con escarnios, para desangrar á mansalva en todo género de dolencias, y hasta en las mismas epidémico-contagiosas, como el cólera-morbo? ¿No concluiria, pues, con decir maravillado, y divulgar tambien á voz en grito que son unos lobos carnívoros, por estar devorando desapiadadamente á sus enfermos en lugar de curarlos? ¡Patricios mios! ¡españoles amados! ¡habitantes de todo el globo! ¡tened presente cuanto acabo de manifestar! ¡No os dejeis alucinar por las falsas doctrinas de tal casta de profesores tiránico-sanguinarios, aunque ellos aseguren llamarse fisiólogos; porque os conducirán prematuramente á los sepulcros! ¡Oh! ¡yo lo advierto á cada uno de vosotros en particular, no solo con toda la vehemencia de mi celo, mas tambien con aquellas sagradas palabras del cap. 7, v. 18 del Eclesiastes, que dicen al hombre: *Noli esse stultus, ne moriaris in tempore non tuo*!!!

RECOPILACION.

Reasumiendo, pues, todo cuanto tengo dicho en

este escrito, se deducen del mismo con evidencia cuatro conclusiones importantes, que son por cierto las siguientes.

1.ª Los remedios mas convenientes é imperiosamente necesarios para la curacion del cólera-morbo, son los eméticos y purgantes en primera indicacion.

2.ª Las fórmulas del vomi-purgativo y demas purgantes graduados de Mr. Le-Roy, son en realidad de verdad los remedios primordiales y mas seguros que presenta la esperimental medicina para combatir victoriosamente dicha epidemia del cólera-morbo contagioso.

3.ª Las mismas fórmulas preparadas de Mr. Le-Roy, son igualmente indicaciones, á la par de benéficas, las mas seguras que autoriza la terapéutica médica, no solamente para realizar una segura purgacion y la mas cierta curacion en las dolencias de saburra-gástrica y verminacion, sino que tambien para todas las enfermedades atáxicas de corrupcion en los humores, ya bien se presenten estas gástro-atáxicas, ya bilioso-mesentéricas, ora fueren ellas pútrido-adinámicas, ora epidémico-contagiosas.

4.ª Todos los métodos que vanamente se han intentado practicar en Europa para curar el cólera-morbo asiático y demas enfermedades referidas de corrupcion humoral, con arreglo á los principios sistemático-sanguinarios de Mr. Broussais, son para dichas dolencias (segun su verdadera esencia y naturaleza) los mas perjudiciales y altamente mortíferos.

Ya pues me congratulo con inesplicable fruicion de haber llegado el dia, en que tanto por el con-

vencimiento que tengo, cuanto por haber vencido felizmente á la epidemia colérica que me asaltára, librándome á buen seguro de la muerte, por medio de las fórmulas del beneficentísimo Le-Roy, dirija yo á mis hermanos los médicos lisamente y sin disfraces, el sencillo lenguaje de la gratitud y de la verdad, anunciándoles no solo las rectificadas ideas médicas que tengo adquiridas con haber leido atenta y despreocupadamente los escritos de sinceridad de tän recomendable autor; mas tambien comunicándoles las curaciones importantes que he conseguido de 45 coléricos agravados, á la par que de otros innumerables enfermos de varias dolencias, por el apoyo de sus saludables fórmulas, segun manifestaré á su vez, cual lo tengo prometido. Realizo, pues, ahora solo su anuncio, con toda la entereza y candor que me caracteriza, puesto que este es el mejor camino de ilustrar y convencer. Y ¿que puede suceder á todo evento? ¿Que creyendo algunos de mis compañeros en la facultad equivocado mi juicio é infundado mi parecer, se rebatiese este por otros profesores mas hábiles ó mas instruidos? Pero ello siempre es cierto que en estas aclaraciones siempre ganaria algo la humanidad, aunque padeciese algo mi amor propio. Insisto por lo mismo é insistiré en que la cuestion sobre las fórmulas de Le-Roy y su preferencia á los demas purgantes, se presenta á los médicos ingénuos é imparciales la mas clara y luminosa; pues que no tan solo mis observaciones, sino miles de miles de hechos benéficos y los mas patentizados la deciden en su apoyo. Ya tengo asegurado (y lo repito y repitiré mil veces si es necesario, aunque incurra en el mayor mal de los males, que es el ser molesto) que mi esperiencia en los

enfermos coléricos, lo mismo que en innumerables no coléricos, y sobre todo la verdadera terapéutica las afianza (como tengo probado) por mas ciertas en favorables efectos purgativos, que cualesquiera otras de las que se hallan consignadas en todos los voluminosos libros de materia médica, para curar indigestiones y todas las enfermedades asténicas de corrupcion humoral: aun digo mas (por las pruebas que he dejado tambien elucidadas), que son ellas de mayor evidencia en victoriosos resultados, que cuantas se ven aconsejadas en las diferentes memorias que hasta el dia se han dado á luz por nuestros escritores contemporáneos, para combatir el cólera-morbo epidémico.

Habrá tal vez quien me llame atrevido y temerario, por haberme arrojado á poner á Mr. Le-Roy en parangon con los mas célebres corifeos del arte; mas yo responderé á mi vez que la verdadera osadía y temeridad es el tratar de inconsiderado y atrevido á un hombre que discurre imparcialmente sobre distintas opiniones; porque al fin la opinion no pasa de un juicio mas ó menos fundado, y con tal práctica y proceder á nadie se ofende. Ya he dejado sentado que la opinion de que cuasi todas las enfermedades provienen de los humores morbíficos, es la de los mas célebres padres de la medicina, cuyas obras miran como clásicas los prácticos de todas las sectas médicas, y por consecuencia la de Mr. Le-Roy se conforma enteramente (con preferencia á todas), con la de los primeros maestros del arte; mas como en nuestros aciagos dias se ha querido ya hacer pasar la moda de los humores, y semejante opinion está en contradiccion con los modernos, esclusivos derramadores de sangre humana; de

aqui quieren sacar la absurda consecuencia, para asegurar que la opinion de los respetables padres de la medicina es contraria al autor de la medicina curativa. ¡Bello modo de discurrir! Mas ya que estos pretendidos refrescadores anti-incendiarios no son temerarios ni atrevidos, sin embargo que están enseñando una doctrina puesta en una absoluta contradiccion con la de los mas acreditados fundadores del arte, ¿por que tengo yo de ser un temerario y atrevido, teniendo las razones mas poderosas para contrariar la doctrina fisiológica que ellos proclaman, mayormente cuando me fundo en los principios mas sólidos é incontestables? ¿Quien no conocerá, pues, que los hombres que se dejan arrebatar de la cólera, son los verdaderos temerarios, atrevidos y aun insolentes? Ademas: estos tan hábiles detractores que llaman curandero pedante y barbero empírico al honrado Le-Roy, porque prescribe tanto las sangrías y sanguijuelas, y no cura á sus enfermos con arreglo á los preceptos de la ominosa teoría del contra estímulo ó fisiológica francesa: estos, que para echarla de eruditos, citan á las veces (sacando de sus quicios) á las autoridades de los mas célebres y respetables autores, en prueba de las demasías y vaciedades de su método sanguinario, ¿por ventura no están siempre en absoluta contradiccion consigo mismos? En efecto, si les oimos hablar, confiesan que no están ligados á ningun sistema; porque el verdadero médico (dicen) es el que con arreglo á lo que enseña el primer padre de la medicina, no tiene otra guía que la observacion. Hipócrates, Sidehenam y otros prácticos venerandos, son los oráculos infalibles en que dicen se apoyan, para condenar

los eméticos y purgantes de Mr. Le-Roy. Pero si examinamos á buena vista su práctica, y confrontamos las citas que hacen de los autores, los hallaremos tan opuestos á los mismos prudentes y juiciosos prácticos, que no parece sino que el descabellado fanatismo de su novelera moda, les hace al fin olvidar aun aquellas semi-verdades físico-médicas que aprendieron en las universidades, y que cualquiera medicinante debe conocer en el primer año de estudio.

Estos maniáticos-detractores que tratan de empírico y embrollon al bondadoso Mr. Le-Roy, estoy viendo en su práctica que intentan curar todas las enfermedades, desde el mas simple resfriado hasta la misma epidemia asiática, por medio de reiteradas sangrías y continuados golpes de sanguijuelas; luego si fuese cierto como ellos propalan que todas dimanan de inflamacion, y que para vencer á esta bastase sacar toda la sangre de los enfermos, ¿no serian en tal caso las sangrías y sanguijuelas el verdadero específico de todas las dolencias? Y todavía los que no saben recetar mas que sangrías y sanguijuelas con goma y arroz, ¿osarán tratar de empírico y embrollon al autor de la medicina purgativa? Ya no debo, pues, maravillarme que una fraccion tan considerable de noveles médico-cirujanos hayan adoptado muy halagüeñamente la doctrina de Broussais. Y ¿por que? porque este sistema está defendido por cálculo y conveniencia para el ahorro supliente de operaciones quirúrgicas, y por ello con tanto mas celo lo ensalzan, cuanto que los mismos discípulos con su idolatrado maestro, que les regalára tal fantasmon gastro-entérico, ni lo han comprendido aun, ni

menos lo podrán desentrañar jamás..... *Homines servum pecus*. ¿Puede darse mayor pedantería y empirismo mas embrollon?..... Si el morigerado Hipócrates (al que tan hipócritamente citan) se levantase en nuestros dias del sepulcro, y viera el mundo por acá lleno de mediquizantes y curanderos, con unas molleras tan estrambóticas y desolladas, ¿dejaria por ventura de quedar maravillado y absorto? Y ¿que diria el venerable anciano cuando por allá observase el interes público lleno de ilusiones, con esa vana fantasmagoría gastro-entérica, sin apoyo alguno las verdaderas garantías médicas, en el abandono mas escandaloso las esperiencias y observaciones; y estando por final el honor de una ciencia tan respetable, á toda guisa y talante de una porcion de jóvenes arlequines y ridículos petimetres?..... ¿Que concepto formaria cuando atisbase por acullá?... Pero ¿adonde voy á parar?... Quedaria tan maravillado y absorto el mesurado y divino Hipócrates, con el sorprendente relumbron de tan matizadas y monstruosas vistas, que por no ver ni presenciar ya mas el deshonor y afrenta que está sufriendo la mejor de las ciencias, que á costa de tantos estudios y fatigas esperimentales, á todos sus venideros en fiel depósito confiára, correria con precipitacion (no hay que dudarlo) á hundirse otra vez en la silenciosa y honorífica tumba, que á su indisputable y recomendable mérito concernieran Apolo y Esculapio con Igea y Panacea, en el antiguo y sagrado templo de Epidauro.

¡Sistemáticos de moda! en vista de cuanto se ha emitido acerca de la sencilla doctrina del honorable Le-Roy, la mas luminosa de la ciencia benéfica en lo general, para el beneficio de las enfermedades

que quedan enumeradas: ¿desechareis aun para su curacion la imperiosa y adecuada indicacion purgativa, é insistireis por manía encaminando á vuestros exánimes y cadavéricos dolientes hácia el sepulcro, con las desapiadadas sangrías y asquerosas sanguijuelas? ¿Favorecereis aun á sus consumidas y depauperadas fuerzas, para que verifiquen el viage eterno mas veloz, usando, segun teneis de costumbre, esos miserables apocemas gomosos é inútiles brevages de caldos de arroz, cuyo principal mérito y virtudes podrán consistir á lo sumo en ser insignificantes? Pues tened entendido que por este medio jamás curareis á ninguno de vuestros enfermos, ni ocasionareis mas que desastres; y ya es razon que os persuadais que los escritos de vuestro corifeo Broussais deben ser proscritos y abandonados (en beneficio de la humanidad) por todos los que se honran con el título de médicos esperimentales y de observacion filosófico-imparcial; pues que ello es cierto (segun he probado), que todo su sistema al fin no contiene otra cosa que un relumbron de sofismas aéreos é invenciones especiosas que mútuamente se contradicen. Lo diré de una vez: solo el resplandor de esa estrella polar, que es la verdad mas luminosa emanada del principio sencillo é incontestable, reconocido por el gran Le-Roy, puesto al alcance y convencimiento de la multitud de sábios que existen en el mundo, es el que únicamente podrá oponer con el tiempo y desengaños, un dique á esos sistemáticos vampiros de nuestros dias, que tan desapiadadamente agotan el principio de la vida y salud, devastando á la par la fortuna y comodidad de millares sin cuento de ciudadanos. Por lo mismo repito, y no dudo afirmar, que entre

los mas útiles descubrimientos que ha hecho igualmente la terapéutica para favorecer los verdaderos progresos curativos de la ciencia médica en nuestros dias, es seguramente el formulario purgativo de Le-Roy el mas importante para enervar y aun anonadar á ese monstruoso despotismo de lancetas siempre enristre y de favoritas sanguijuelas. Dejaré por ahora para las generaciones venideras el cuidado de anatematizar la escuela que ha abortado tantos millones de inmundas sanguijuelas; pero entre tanto no puedo menos de decir que si los gobiernos y autoridades actuales no ponen límites razonables, y fijan término á la multiplicacion sin cesar creciente de esas atezadas y asquerosísimas lombrices, que están aniquilando y devorando las vidas de los hombres, serán horrorosos y mas amontonados de dia en dia los desastres de muertes prematuras y subitáneas, que deberán ocurrir inevitablemente á todo género de personas, edades y temperamentos. Por lo mismo seria de desear que en esta malhadada época de tales escándalos é intolerable imperio sanguinario, un reglamento particular de rigurosa policía médica en España, castigase y persiguiese los delitos, cual he manifestado antes haberlo hecho en Francia la audiencia del tribunal de apelacion de Ruan, condenando á Mr. Thovret-Noroy, doctor en medicina, á pagar al pobre jornalero Guigue 600 francos de daños y perjuicios, y una pension vitalicia ademas de otros 150, por la sangría que indebidamente le practicó, y el habérsele originado por su mala indicacion un aneurisma, con la subseguida amputacion de su brazo. Estamos pues en el caso é imperiosa necesidad (repito) de una policía rigurosa médica en nuestra nacion, para que esta

dirigiese sus ojos indagadores hácia la conducta moral de esos noveles médicos atolondrados y sangradores por manía, ya que continuamente ocasionan la desolacion y esterminio de tanto número de familias, deshonrando á las claras con su práctica empírica y petulante á una ciencia tan reparadora y divina.

Y sino, dígaseme: si los médicos, al menos la mayor parte, y señaladamente aquellos que gozan de gran reputacion y autoridad para con los demas, fuesen lo que debieran ser, ¿permaneceria aun en España la moda broussaica, nacida tan ruidosa y arbitrariamente en Valde-Grace de París? Y si se hubiesen examinado por los españoles con diligencia las razones incontestables y hechos prácticos de conviccion con que se ha refutado en todas partes, y tambien por los mas sábios franceses, tan absurdísima y homicida doctrina, ¿seria aun por ventura ella tan dominante, con afrenta y vilipendio de la ciencia mas hermosa y benéfica? De aqui proviene que las enfermedades graves, crónicas é incurables, se han multiplicado tanto desde que las sangrías y sanguijuelas se ven preconizadas como el único remedio (escandaloso empírico) para todos los males, en términos, que son muy contadas las familias que no necesiten del médico diariamente. En esta ciudad de Valencia visité en el cólera-morbo á muchos epidemiados, y en todo tiempo á otros que padecian diferentes enfermedades gastro-atáxicas, pútrido humorales y lentas consuntivas: asimismo se me han presentado y se me presentan incesantemente en este hospital general toda clase de miserables dolientes y desventurados, constituidos en todo género de enfermedades atá-

xicas, hidropesías, anasarcas, tisiqueces, reumatismos crónicos incurables y en toda especie de atrofías y hectiqueces; los cuales, despues que acabaron muchos de ellos con sus intereses, y de haber sido atormentados en sus casas por largo tiempo con ocho, diez, doce y mas sangrías, con la otra tortura ademas de los nunca olvidados golpes de sanguijuelas (y con la dieta famélica por añadidura), de insignificantes caldos gomosos de arroz, interpolados con los cocimientos nauseativos del malvavisco (pues que con tales medicamentos se intentára verificar su curacion, solo porque un ciego empirismo broussaico los colocó maniáticamente en la categoría de remedios heroicos), finalizaron irremediablemente sus penosos dias en el mismo hospital atróficos y consumidos, y dejaron pereciendo á sus familias, despues de haber padecido enfermedades larguísimas y acibaradas, que bien tratadas ellas desde un principio, conozco que hubieran desaparecido en dos ó tres dias la mayor parte de ellas con los evacuantes de Le-Roy, ó por lo menos con otros purgantes apropiados. Siendo esto asi, como lo es, los tales médicos sangradores que contrariaron las reglas de los verdaderos padres de la medicina en tan sencillas enfermedades, solo por una fanática manía esclusivo-broussaica, ¿no deben ser responsables de todos los males que causarán, y de la misma muerte de los enfermos, con la ruina y horfandad de sus infelices familias? ¡Oh, hermanos médicos mios! Confesemos de buena fe que hemos sido en toda serie de siglos (generalmente hablando) una regla de preferencia y un modelo de escepcion sobre todos los demas hombres del mundo, solo por nuestro amor y tendencia hácia las

novedades reinantes de la caprichosa moda sistemática.

Tambien debo hacer una advertencia antes de finalizar esta disertacion, con respecto á las fórmulas del vomi-purgativo y purgantes graduados de Mr. Le-Roy, y sobre su modo de obrar, manifestando que los purgantes para evacuar del cuerpo la materia pútrido-humoral, siempre deben ser eficaces y enérgicos. No se me oculta tampoco que los eméticos y purgantes son sustancias heterogéneas que hacen mal y causan dolores mientras permanecen en el canal alimentario, en el cual solo deben entrar alimentos: tambien tengo en consideracion, que como el objeto de administrarlos es el de separar de aquel tubo por medio del vómito y cámaras, las materias saburrales alli detenidas, cuanto mas débil sea la accion de tales evacuantes, tanto mas permanecerán los humores viciados en el canal gástrico; por lo cual, los eméticos y purgantes suaves para combatir grandes causas, hacen siempre mas mal que bien, y aun mucho mas si los humores son tenaces y difíciles de evacuar: por ejemplo, el purgante que mueve el cuerpo sin arrojar del canal gástrico las materias saburrosas, en las que está comprendida la verminacion, no hace otra cosa que desconcertar las funciones de la digestion, debilitar al enfermo, y produce siempre mas mal que bien; porque el estímulo morboso que es la saburra y verminacion, ó la putrefaccion en el mas alto grado que existe en las enfermedades malignas y epidémicas, no pueden espelerse fácilmente y cual conviene. Los purgantes activos, y con mayor preferencia y eficacia que todos los de Mr. Le-Roy, he observado que cuando separan del canal gástri-

co é intestinal el estímulo morboso en todo ó en parte, causan las mas veces algunos dolores, en razon de que el movimiento peristáltico acelerado, obliga á la materia á precipitarse por el tubo intestinal, y dando á varios puntos del canal entonces una estension algo violenta, ocasiona á las veces dolores acerbos: para el médico perspicaz y de esperiencia que indicó con sabiduría el purgante, y que no confunde el efecto de una causa con el de otra, estos dolores nada significan, y los remedia con una simple infusion del te azucarado, ó con algun otro suave carminativo, animando al mismo tiempo al enfermo á que tenga un poco de paciencia por algun breve tiempo. Mas para el médico atolondrado broussista, si por una casualidad es llamado para socorrer estas pequeñeces y leves incomodidades que deben suceder, y que infaliblemente son los verdaderos indicios de una bonancible purgacion y segura curacion, levanta el grito á las nubes, vociferando que el enfermo se halla envenenado por una purga de Le-Roy: en el momento, pues, se representa á sus mientes un descomunal fantasmon gastro-enterítico; llama sin demora en su auxilio las mas furibundas lancetas, y manda embadurnar á toda priesa esteriormente las tripas del miserable enfermo con repetidos golpes de docenas de sanguijuelas; pero bien cierto es que los reptiles asquerosos se hallarian mejor en las guaridas de sus cenagosos estanques, que ocupando con tanto aparato y fausto los lechos de la humanidad afligida, tanto en este como en otros miles sin cuenta de casos y circunstancias. Pero pasemos ya á tratar por final de otro interesante punto.

Cuando considero el modo con que han mal-

tratado la Medicina curativa del digno profesor Mr. Le-Roy algunas producciones médicas en ciertos diarios y periódicos de las capitales, no me prometo menos que dejarán de hablar tal vez de mí, porque defiendo el formulario y la doctrina de este venerable autor en cuanto concierne á la curacion del cólera asiático y de innumerables enfermedades gástricas pútrido-humorales. Y aun entreveo que no será estraño se abalancen tambien algunos crítico-rigoristas á propalar otros dicterios y denuestos mas desabridos, al modo que han desacreditado y vilipendiado á profesores de gran reputacion porque felizmente los han usado. Aun digo mas: que nada estrañaré tampoco en algunos médicos, el que cuanto mas persuadidos se hallen de teórico-científicos, con tanto mas ceño han de mirar mis escritos, y rehuirán su cuerpo tal vez, aun para analizarlos y confrontarlos despreocupadamente al tenor de lo emitido y consignado por los verdaderos padres de la ciencia; estimándose por mejor el halagüeño relumbron de sus especiosas teorías adoptadas por una moda reinante, que el oir mentar (con escándalo de su suspicacia y obcecacion) defensas algunas en pro de un mero cirujano tan anatematizado como Le-Roy; pero como al mismo tiempo yo los considero y tengo por hombres de la mayor buena fe y probidad, me prometo de su ilustracion que llegarán, aunque sea algo mas tarde, á reconocer las verdades que les dejaré en este dictamen manifestadas. Por otra parte solo me consuela el considerar, que si en la medicina, como en otras varias profesiones, anduviesen siempre de acuerdo el mérito y la reputacion, en verdad que semejante conducta seria una prueba

poco favorable para la causa del señor Le-Roy, ni tampoco para la de mi adopcion de su benéfico formulario (con el fin de que sirva de escudo á la humanidad contra el cólera asiático y demas enfermedades gástrico-asténicas y pútrido-humorales); mas como será dificultosísimo el hallar identificadas aquellas dotes tan apreciables, si examinamos el modo con que tratan una causa de tanto interes, los que se abrogan el derecho de juzgar con tan inusitado criterio el mérito de dicho honrado y agudísimo profesor, se conocerá en ello muy á las claras que su móvil no es ni ha sido, ni menos podrá ser otro en lo sucesivo, que la suspicaz rivalidad de profesion, ó bien otras pasiones menos decorosas é innobles. Entre tanto desafío del modo mas solemne á todos aquellos médicos que escarnecieren ó condenasen los objetos que me he propuesto (cuales son la adopcion del formulario de Le-Roy para muchísimas dolencias, y la refutacion de la doctrina errónea de Broussais para las mismas), á que en todas las obras juntas de medicina que se llaman clásicas, no han de encontrar por cierto tantas curaciones, conseguidas siempre con los mismos remedios, como las genuinas y asombrosas realizadas que hallarán contenidas en las obras candorosas y sínceras de Mr. Le-Roy; y si asi lo practican con franqueza y buena fe, valiéndose á la par de un justo é imparcial criterio, llegarán finalmente á conocer que ninguna teoría ha sido ni será jamás tan fisiológica en su esencia, como es la medicina curativa, cuando son físicamente bien aplicados sus hechos; pues que estos son tan innumerables y acreditados, que debieran bastar para persuadir á los mas obstinados pirronistas. Finalmente debiéra-

mos ya reconocer todos los médicos lisamente y con pureza que la práctica de Mr. Le-Roy presenta un cuerpo de doctrina tan sólido y firme para muchísimas enfermedades, que aunque hasta ahora no haya sido reconocida generalmente por nuestra crítica médico-suspicaz, no por ello debe temer nunca los rabiosos ladridos de la maledicencia. Yo por mi parte encargo á los médicos nuestros cofrades, que lean y relean estos mis renglones (aunque arredropelo y derrancadamente trazados), pero tambien les suplico que no vean en ellos otra cosa que la ingenuidad y pureza de mi intento, que no es otro por cierto que el recordarles el interesantísimo método de la purgacion, y el de enriquecer á nuestra ciencia con la agregacion y digno enlace de los venerandos y eficaces vomi-purgativo y graduados purgantes de nuestro benemérito cohermano y comprofesor Mr. Le-Roy. Estoy ademas muy persuadido que el hombre sábio en toda ciencia siempre convendrá que el mejor sistema de medicina, es el curar pronto y bien á los enfermos; y que importa muy poco que un médico sea secuaz en muchos casos de la doctrina de Le-Roy, con tal que cure bien con ella y arreglado á los principios del arte, y mucho menos el que yo me haya propuesto la defensa de sus fórmulas para la curacion del cólera-morbo y de otras innumerables enfermedades; ni tampoco el contemplar que el que escribió las presentes líneas, fuese menos que mediano escritor; porque en realidad de verdad, nunca me he considerado literato, ni jamás he aspirado á la gloria de ser reconocido con tan honroso distintivo; y solo me he contentado con saber aquello poco que ha sido penetrable á mis cortos alcances,

y nada mas; estoy, sí, muy convencido de los sólidos fundamentos y hechos patentizados que generalmente encierran los principios primordiales y estupendas curaciones, de las fórmulas de Le-Roy, sobre todo lo que hay contenido en los sistemáticos que han tiranizado y tiranizan á mi noble y benéfica profesion, digna de mejor suerte y de todas las consideraciones. Yo veo tambien por otra parte que nadie ha opuesto todavía ninguna razon contra los mismos principios incontestables de tan honrado profesor, y solo observo con sentimiento harto desabrido, que la procacidad y encono se han dejado conocer hasta ahora. Mas ¿por ventura se cooperará con la maledicencia para los verdaderos progresos de las ciencias y artes? Y ¿por que no tengo yo de anunciar á voz en grito los sólidos é inalterables principios en que generalmente abunda la doctrina de Le-Roy, y divulgar á mi vez las maravillosas curaciones que he obtenido con su apoyo, declamando al propio tiempo contra los absurdos y escesos del novelero Broussais, cuando he tenido ocasion de ver en el hospital general de esta ciudad á tantos miserables dolientes reducidos á la última miseria, acarreada por aquellos mismos que debieran procurarles una pronta curacion? ¿Como dejaré de proclamar las admirables fórmulas del ingénuo profesor Le-Roy, cuando he logrado por su medio el curar á todos mis enfermos del cólera-morbo, desde el feliz ensayo que hice de ellas en mí mismo, y tanto en dicha epidemia como en su época anterior y posterior, á otros abandonados por sus médicos en muchísimas enfermedades? Con este motivo no puedo menos de repetir otra vez, que he visto incesantemente familias asoladas, y que

estoy tratando otras arruinadas en la actualidad, solo por una consecuencia de los escesos y demasías de las funestas sangrías y perjudiciales sanguijuelas; y que conozco tambien muy á las claras que con facilidad hubiesen podido corregirse con un simple emético ó purgante cualquiera administrados oportunamente. ¡Sábelo Dios que mi conciencia no tiene otro objeto al publicarlo, sino el de evitar tamaños males! ¿Quien podrá, pues, quejarse de esto sino el hombre malo y orgulloso que se cree infalible en el ejercicio de un arte como el nuestro, tan escabroso, conjetural, y aun muchas veces falaz?

No soy profeta ni hijo de profeta; pero un poco mas pronto ó un poco mas tarde, creo que los enemigos que ahora tienen las fórmulas de Le-Roy, han de venir á ser con el tiempo ellos ó sus sucesores, los mas celosos partidarios de ellas; y me parece que estoy viendo como por entre celages que se han de alistar bajo las banderas de su evidencia los mismos hijos de aquellos que mas las han perseguido y persiguen; pero á la par considero que por ahora aun es preciso que el grande y virtuoso Le-Loy esperimente los horrores de alguna mas dilatada persecucion, cual la sufrieran hombres sábios y héroes eminentes, por haber anunciado verdades útiles. Tal es y tal ha sido siempre la suerte de inventores ilustres que han proclamado los beneficios mas filantrópicos para el progreso del arte de curar. Tambien yo confieso que en cierto tiempo fui enemigo de Le-Roy, de lo que me hallo harto arrepentido; pero tengo ahora la mayor complacencia en cantar con toda ingenuidad lisa y llanamente mi mas completa y honrosa palinodia.

Y ¿por que...? Porque la esperiencia posterior me hizo conocer en muchísimas incomodidades y dolencias de mis enfermos, las maravillosas ventajas de sus fórmulas, para la mas adecuada y segura purgacion (1). Por lo mismo he dicho que veia, y repito ahora que estoy tambien viendo que desengañados finalmente todos los juiciosos é imparciales profesores (al modo que yo lo fuera), abrazarán un método tan apreciable, siempre que lo consideren necesario, para llenar su indicacion purgativa, tanto para crudezas de indigestion, putrefaccion y verminacion (cual yo principiára mis primeros ensayos), cuanto para las demas gigantescas enfermedades de corrupcion humoral y de toda especie asténica. Sin embargo, aunque lo abracen ya tarde

1 Podria citar con la mejor fe, en apoyo de la oposicion que siempre me animó contra Le-Roy, antes de mi convencimiento, algunas relaciones médicas (que conservo aun sus minutas), pertenecientes á enfermos de varias poblaciones de la Mancha y de este reino que se me consultaron, las que omito ahora por la brevedad que me he propuesto; pero á su vez las manifestaré íntegras y literales cuando publicaré con estension mas lata el tratado que tengo prometido acerca de la contagiosidad del cólera-morbo, y sobre la verdadera curacion metódica de esta epidemia y de otros muchos males por el método purgativo de Le-Roy; entre ellas transcribiré (por prueba de mi sinceridad) el dictámen que manifesté desde la villa de Requena el año 1829, sobre la enfermedad que padecia entonces en la villa de Cheste (cercana é esta ciudad) Don José Tarín, vecino y hacendado de la misma, reprendiendo con toda la aspereza y rigor que pudiera inspirarme la mayor animosidad médico-rival, al profesor de la referida villa Don Felipe Laplana, por haber propinado al anunciado paciente las fórmulas de Mr. Le-Roy.

algunos de los mas tenaces é incrédulos, á fuerza de ver y oir sus maravillosos é innegables efectos, al menos concluirán por comprender entonces, que es mas ventajoso el que mueran tarde los enfermos con Le-Roy, que el que mueran temprano y prematuramente con las broussaicas invenciones de la moda furibunda y sanguinaria; porque yo estoy aferrado sin recular en que los partidarios de esta naciente secta desempeñarán siempre atolondradamente de repelon, y contra viento y marea, todo su ejercicio práctico. Tambien digo que aquellos médicos de recta observacion y nada sistemáticos que se precien de fieles imitadores del grande Hipócrates, Sidehenam, Wansuvieten, y de otros sábios autores, tampoco me queda duda que adoptarán con docilidad y á manos abiertas, la generalidad de los principios y hechos prácticos acreditados por el gran Le-Roy, y confesarán paladinamente sin rubor alguno y con el mayor candor (cual yo lo realizo) los mas prontos, preferentes y estupendos efectos de sus fórmulas purgativas (sobre todas las contenidas en los libros médicos), para la mas segura indicacion purgativa de las enfermedades pútrido-asténicas. Ello es cierto que Mr. Le-Roy ha sido tratado de embrollon y empírico por sus obcecados rivales, y aun probablemente seguirán con la misma cantinela seductora muchos de sus detractores. Pero ¿á que tanta invectiva declamatoria *de barbero embrollante* y *embaucador empírico*? Y ¿por que se asesta con tanto bulle bulle de empirismo? ¿Por que el verdadero restaurador de la medicina purgativa ha tomado la esperiencia por apoyo? ¿Y esto no vale mucho mas que el ser sistemático delirante, y perder el

tiempo en vanas abstracciones ó en especiosas conjeturas, mas ó menos destituidas de fundamento? ¿Cual es el hombre que pueda lisonjearse de raciocinar en medicina conducentemente, cuando carece de un principio fijo apoyado en la evidencia, ó en su defecto en hechos ciertos, notorios é incontestables? Y sino dígaseme: ¿que autor de medicina ha presentado mas lacónicamente una teoría, enseñando que la putrefaccion está en los humores y no en las estremidades? Luego no será empírico, ni temerario, ni embaucador de gentes; antes sí el principio mas luminoso que haya podido escogitarse en el arte de curar (en medio de sus tumultuarios sacudimientos y absurdos sistemáticos), el establecido por el honrado y venturoso profesor Le-Roy, colocando por germen morbífico el principio corruptor de los humores; y con tanta mas razon y sabiduría, cuanto que las enfermedades de corrupcion humoral son las que mas generalmente asaltan á los hombres. Deduzco de todo lo dicho mi opinion, y es que la doctrina de Le-Roy (generalmente considerada) es la mas admisible para la curacion de la mayor parte de las enfermedades, por ser ella la que mas se asimila á la verdad, admitiendo un principio el mas seguro y el mas análogo á la naturaleza y existencia del hombre. Desengañémonos, pues, por final: el principio ó germen corruptor reconocido por Mr. Le-Roy, tiene mas influencia de lo que parece á primera vista para trastornar y aniquilar él solo con el tiempo todos los sistemas erróneos, sobre los cuales ha descansado hasta ahora nuestro benignísimo arte de curar las dolencias; porque en verdad este agudísimo é inmortal profesor ha sabido

substituir á todos los principios monstruosos médico-sistemáticos de todos los siglos, y en especial al malhadado de fantasmagoría reinante, abortado por el sanguinario Broussais, otro principio de razon verdadera fundamental, el mas simplificado, y tan sencillo como la misma naturaleza, por ser el que guarda la armonía mas recíproca con todas sus necesidades. ¡Rectifíquenle, pues, muy enhorabuena los médicos de dia en dia con repetidas creces y mejoras, y cese ya el clamoreo de sus anatemas y sarcasmos contra el bondadoso y verdadero profesor Le-Roy!

En efecto, hemos visto y probado en este escrito que han sido vanos é inútiles todos los esfuerzos intentados por los mordaces y polémicos escritos contra Le-Roy; pues que no han servido hasta el dia todos ellos, sino de argumentos negativos, ó como llaman los lógicos, *contra producentem*; esto es, han aprovechado solo para dar á conocer mejor al incomparable profesor, y propagar aun con mas rapidez en todo el mundo sus purgantes. Yo, generalmente hablando, tengo por muy cierto que con la saludable guerra que la doctrina de Le-Roy tiene declarada al bárbaro derramamiento de sangre humana, no solo se han principiado ya á quebrantar los escesos y demasías cometidos tan á mansalva por algunos médicos esclusivo-tiranizadores (como afortunadamente ya se está observando); mas tambien tengo por no menos cierto, que al estruendo de los terribles é incontrastables tiros de sus eficaces purgantes, sacudirán acaso el ominoso yugo, y despertarán á la par del embebecido letargo en que al parecer yacen los gefes broussistas, tan enagenados aun con la pueril engañifa de mordican-

tes sanguijuelas y lancetas enristre que á sus mientes hiciera caer (en confianza de esclusivo depósito) un corifeo novelista, para significarles con tal embelesamiento la paz duradera de su amor, y perpetuarles mejor con ella el inacabable y despótico dominio de sus ambiciosos deseos sobre todo el imperio medical. Sí... y muchas veces sí (repito): esa falsa y simulada paz, en la que permanecen todavía transportados con tanto embelesamiento los esclusivos fisiólogos, es ya al presente desbaratada; pero en lo sucesivo aun será mas desecha y quebrantada, por el justo combate que les lanzará sin cesar el método curativo de Le-Roy, ó cualquier otro, al menos que sea convenientemente purgativo, y á la par bien dirigido por una vía razonable metódica de esperiencia médica; al modo que el Divino fundador y sapientísimo Legislador del cristianismo (permítaseme esta comparacion alegórica), con su venida á los hombres desde la mayor escelsitud, se dignára traer al mundo una guerra la mas conveniente y bonancible, para romper por vez y victoriosamente aquella pacífica, pero aparente y ominosa paz, con la que le tenia infatuado y subyugado el supersticioso y obcecado gentilismo (1). ¡Ó médicos! seamos justos, y reconozcamos indisputablemente el relevante mérito del sábio y filantropo cirujano nuestro comprofesor Mr. Le-Roy; porque si todavía obramos en contrario, esto seria ya el cúmulo, el esceso, y aun el asombro de la misma injusticia! Por lo que á mi atañe, os aseguro que

1 Missum est hominibus bellum bonum, ut rumperetur pax mala. *Ita Sanct. Hieronim. loquens de adrentu. D. N. J. C.*

me lleno de rubor cuando recuerdo aquellos dias en que improvisamente me declaré enemigo de Le-Roy, solo guiado *in prontu* de ese capricho inconcebible que ordinariamente asalta y cautiva las facultades intelectuales de toda nuestra prevencion y suspicacia médica contra tan venerable autor; mas despues de haber leido todos sus escritos, meditando detenidamente y por vez los innumerables hechos prácticos jamás contrarrestados que contienen, y sobre todo cuando me he convencido por esperiencias propias de las virtudes admirables de sus preciosísimas fórmulas, no he podido menos de confesar sin rebozo que las reconozco abiertamente (segun tengo declarado muchas veces en este escrito) por de mayor preferencia y eficacia para la mas segura purgacion y curacion, que cuantas prescripciones, preparaciones y combinaciones de su clase, contienen todas nuestras materias médicas y farmacopeas. Y no solo ratifico esta ingénua profesion de fe médica que tengo hecha repetidas veces en esta disertacion tan esplícita y terminantemente; mas tambien creo por seguro y cierto que si en los antiguos tiempos de la ilustre y esclarecida Roma, el respetable y circunspecto congreso de sus graves senadores presenciara tan á ojos vistas las asombrosas y generales curaciones de Mr. Le-Roy en beneficio de los ciudadanos de aquel su heroico pueblo, y que estas al propio tiempo eran combatidas y ridiculizadas con todo género de escarnios por la pertinacia y encono de rivales detractores, hubiera resucitado otra vez con decidido amor pátrio y terminante resolucion, aquella ley anticuada del ostracismo médico, condenando justamente por ella á los medicastros, sus falsos acusadores, á otro

nuevo destierro; y á la par concerniendo al estimable y precioso profesor perseguido y calumniado, una corona cívica con la divisa: *ob cives servatos*, porque imparcialmente hubiese reconocido aquel sapientísimo senado mejor que todos los maldicientes contradictores (por mas médicos que ellos fuesen), que la verdad y la esperiencia de hechos prácticos patentizados en medicina, son mas ciertos y seguros que todo el relumbron de vanos sofismas y vocinglerías, y mas fuertes y poderosos que todas las insípidas y venenosas diatribas.

Pero aun se me ocurre aqui (por despedida) el hacer algunos recuerdos á los profesores de medicina, presentándoselos por final de mi escrito con todo el afecto que en verdad les profesa mi benevolencia y cariño; bien que quedándome muy confiado de que su cortesía y comedimiento se dignará prestarles grata acogida y patrocinio, ó cuando menos espero que deberán practicarlo asi por el honor de nuestra ciencia. Recuerdos (repito) que aunque los tengo indicados anteriormente, nunca se pueden repetir bastante, si ellos se dirigen á dar la conveniente luz para el manejo de las enfermedades pútridas, y sobre todo para dilucidar una materia tan digna de consideracion, cual la epidemia colérica, de que con especialidad se ha tratado. Sí, direles pues por último.... ¡O médicos cohermanos mios! ¡acordaos que el método purgativo bien administrado, es siempre la verdadera norma y modelo de primordial prescripcion para cuasi todas las dolencias de los hombres, segun lo habeis visto patentizado y recomendado por los verdaderos sábios y padres de nuestra ciencia! ¡Reconoced siquiera por el bien de la humanidad, que las fórmulas de

Le-Roy, nuestro digno comprofesor, son sin disputa alguna las mas preciosas y preferentes para llenar la indicacion purgativa en todas las enfermedades acompañadas de debilidad y corrupcion humoral! Mas si por la suspicaz prevencion que infunde el espíritu inconcebible de rivalidad y de partido médico-fanático, ó bien por el apego á las antiguas fórmulas purgantes, consignadas en algunos autores venerables de terapéutica, os causaren aversion y ceño las de tan respetable y candoroso inventor, por lo menos nunca jamás olvideis que la verdadera piedra de toque de toda la ciencia de Esculapio, fue inconcusamente desde los siglos mas remotos la del método purgativo, que es la doctrina de Le-Roy; y conoced ya con tal garantía, que sola ella es por cierto la que mas se aproxima á la verdad. Escudriñad sino los anales del arte, y observareis que tanto en el antiguo cólera-morbo esporádico, como en el moderno asiático, lo mismo que en las demas constituciones epidémicas, y generalmente hablando, en cuasi todas las enfermedades que afligen á la humanidad, reconoce la indicacion purgativa, la base primordial práctica de todos los venerables padres y apreciables observadores de nuestra ciencia; y no dudo un momento que si con atencion meditais los venerandos códices que aquellos nos transmitieron por modelo, os convencereis íntimamente de esta verdad. Tened en la memoria incesantemente, que la doctrina de la purgacion humoral, es sola la que ofrece mas seguro apoyo á la ciencia de curar, y tambien al desempeño de nuestro honroso ejercicio. Bendigamos, pues, todos á la par, y en union acorde, á la Providencia, por la venturosa y nueva aparicion de la

medicina purgativa, ya olvidada, y tan oportunamente restablecida en honor del arte, por nuestro infatigable hermano y bondadoso profesor Mr. Le-Roy: ya que en este tiempo hemos visto que su antorcha luminosa ha disipado popularmente, y sigue disipando con generalidad los densos nubarrones sistemáticos que tanto han obscurecido el brillo y esplendor de la medicina clínica, y porque observamos no menos que todos estos beneficios se nos han originado de ese método eficaz purgativo, que felizmente ha resucitado tan incomparable autor, manifestándonos á la par una verdad sencilla y evidente, consignada en miles sin cuento de curaciones estupendas y maravillosas, las que no ha podido aun contrarestar toda nuestra arrogancia dogmático-literaria; por manera, que aunque ha sido su principio innegable, puesto en ridículo, y escarnecido por algunos de los nuestros, no reconociéndolo sino por un estraordinario é insignificante cometa, yo lo miro al reves de la medalla, ó en contraposicion (y creo que asi deberíamos mirarlo todos) como una estrella polar, que pronostica en el firmamento médico la última solucion á nuestras principales cuestiones y enconados debates médico-científicos.

¡Ea, pues.... partidarios de Apolo y de Esculapio! ¡profesores todos! procurad siempre honraros (en un sentido justo) mejor con el nombre de empíricos que con el de sistemático-dogmáticos, cuando carezcais de la evidencia de hechos positivos; porque quien dice empirismo bien entendido, dice verdadera medicina práctica fundada en la esperiencia. Tened entendido (y en nuestros dias de tanta irritacion y vocinglería broussaica mucho mas) que

los hechos justificados hasta la evidencia, son el verdadero sosten del sólido y juicioso empirismo que tanto ennoblece y honra al gran profesor Le-Roy; y que por lo mismo su doctrina será perenemente el escollo contra el cual vendrán á estrellarse siempre todas las pretensiones médicas que no tengan otro auxilio sino vanos delirios sistemáticos; pues como la eficacia de sus remedios no se prueba sino por la esperiencia de hechos positivos, todos los argumentos del mundo contra el empirismo que se quiere atribuir á este honradísimo bienhechor, ya he dejado palpablemente demostrado que son falsos é ilusorios. Y ¿no hemos visto á las veces sin cesar, y de continuo observamos á ojos vistas por do quiera, que su empirismo cura mejor que toda la medicina mas dogmático-engolletada y pomposamente razonada? Y ¿por que?.... Porque como el verdadero empirismo esperimental de Le-Roy descansa sobre principios ciertos y datos incontestables, se sigue que el razonamiento y la esperiencia se dan tanto la mano en su doctrina, y se prestan un mútuo apoyo. Esto lo tengo observado á pública vista de ojos en todas aquellas enfermedades, en las que predomina el germen corruptor en los humores. Y aun me determino á decir mas, por lo que me ha acreditado la propia esperiencia, que es casi infalible la curacion del cólera-morbo, si al tomar el enfermo el vomi-purgativo ó purgantes graduados, no ha perdido enteramente su sensibilidad el estómago, ó no se halla en un estado total de asfixia. Como médico nacido en España, y que desempeño en esta patria amada el ministerio de mi ciencia, protesto que soy responsable moralmente, no solo á mi nacion, sino al mundo entero de las cuarenta y cin-

co curaciones de coléricos que tengo publicadas: aseguro igualmente que mi pluma solo anuncia la verdad de hechos y resultados prácticos; que á no ser asi, estimo mucho el honor y reputacion, y sobre todo mi conciencia, y no me arriesgaria á perderlas, adoptando y divulgando las fórmulas de Le-Roy por las mas seguras y benéficas en una materia tan interesante, cual es la curacion del cólera-morbo; enfermedad terrible que ha confundido á todos los prácticos de Europa y Asia, á pesar de sus incesantes tareas y observaciones. A los hechos, solo á hechos positivos (ratifico nuevamente) que me he contraido siempre y me concretaré en lo sucesivo, y los mismos hechos convencerán á la par á quellos profesores que se dignaren comprobarlos y acreditarlos por las mismas preciosísimas fórmulas, tanto en el cólera, cuanto en todas las enfermedades pútridas. Mas toda vez que estamos tratando de hechos, y siendo la medicina, como lo es, una pura ciencia de hechos, hablen sino en apoyo del profesor Le-Roy los hechos ya transmitidos por los antiguos padres de la medicina, tan fielmente descritos por Hipócrates, Areteo, Cornelio, Celso, Galeno, Avicena y demas, acerca de la purgacion en el cólera-morbo esporádico y en todas las dolencias colérico-bilioso-pútridas. Hablen tambien los hechos de siglos mas modernos, anunciados y fielmente descritos por el incomparable observador Sidehenam, sobre el cólera-morbo epidémico que reinó en su tiempo en Lóndres, y hablen á su vez no menos los referidos posteriormente por Marciano, Valles, Castel y otros. Hablen igualmente en nuestros dias los hechos contemporáneos de Asia y Europa, acerca del actual cólera-morbo contagioso, publi-

cados por los escritores mas imparciales y nada sistemáticos, que á buen seguro se verá que todos ellos engrandecen las ventajas mas saludables, conseguidas siempre victoriosamente por el método evacuante de los vómitivos y purgantes. Vuélvase por un momento tambien la vista atras para reproducir y reasumir cuanto tengo emitido, sobre no contener la materia médica otros vomitivos y purgantes mas selectos ni de mayor eficacia, que los contenidos en las fórmulas de Mr. Le-Roy; y en compendio de todo, aun me atreveré por final á afirmar, que está rayando en lo imposible el que los enemigos de Le-Roy puedan despojar jamás á este profesor venturoso y singular de la general aceptacion, que tanto de la clase científica cuanto de la popular, justamente se ha adquirido. Y ¿por que...? Porque su doctrina de la purgacion está mas generalmente apoyada (con preferencia á todas las cavilosidades sistemático-médicas) por innumerables hechos positivos, que mútuamente se defienden y forman en su sosten una masa de argumentos irresistibles; por manera que se hallan estos en el mismo respetable observador como encastillados é inaccesibles. Renuncien ya, pues, los contrarios todos sus pueriles sarcasmos y diatribas irónico-desabridas, y no duden que la doctrina purgativa de Le-Roy, será siempre con una generalidad lata y patentizada, la mas permanente y duradera en los fastos de la medicina esperimental, no solo para combatir con ella á manos llenas al cólera contagioso y demas constituciones epidémicas, mas tambien á todas las enfermedades en que predomine el principio de putrefaccion. Ningun profesor debiera ya hacerse ilusiones, ni dudar que

este venerable bienhechor de la humanidad, se ha hecho ya en todo sentido incontrastable, y tambien invulnerable para los tiros que aun intente asestarle la procaz maledicencia. ¿Y por que? Porque constantemente ha aparecido adornado en todas partes de pundonor y circunspeccion; porque está enriquecido ademas de ese principio científico tan generalmente verdadero que adoptára, porque se halla escudado, sobre todo, con sus miles de miles de hechos positivos prácticos. Y para acabar de una vez, porque ha sabido inspirar con maestría á los doctos, é inculcar á la par con dulce popularidad, y de un modo el mas claro y perceptible á los mismos indoctos, tan apreciables ventajas y conveniencias saludables; y aunque en todo evento ha tenido que realizarlo, al traves de obstinados y sangrientos debates y de las mas sangrientas contradicciones; pero desmintiendo por vez y siempre pacientísimamente con las mas sencillas y felices curaciones que por do quiera se le amontonáran, toda la virulencia venenosa de sus maldicientes y miserables acusadores. ¡Cuantos consuelos saludables resultarian, pues, á la humanidad doliente, si rotas las cadenas sistemático-médicas de nuestros dias, fuesen adoptadas generalmente las fórmulas de Le-Roy por los profesores, en todas las indicaciones emeto-catárticas y purgativas en que predomina la astenia pútrido-humoral! ¡Que ventajas tan considerables se producirian si solamente manejase á estas preparaciones asombrosas la maestría de aquellos que ejercen la profesion, en virtud de los títulos prevenidos por la ley, sin que jamás fuesen aconsejadas ni mandadas por otro alguno, y aun prohibiendo rigurosamente que ninguna per-

sona estrangera al arte de curar, se mezclase en la fabricacion y venta de tan preciosos medicamentos! ¡Que de beneficios tan incalculables y filantrópicos reportaria por estos medios el aumento de poblacion en todos los estados del globo! Y ¡cuantos mas hechos probados, justificados é incontestables, de numerosísimas y cuasi asombrosas curaciones se presentarian por cierto á nuestra vista!!!

Concluiré ya mi escrito, repitiendo incesantemente que la reputacion del sapientísimo Mr. Le-Roy traspasará el espacio de todos los tiempos, y que su grato recuerdo será bendecido por ellos, por haber anunciado y establecido una teoría mas generalmente verdadera, y fundada en razones mas sencillas y luminosas, que todas las anteriormente escogitadas por los autores antiguos de medicina, ni trazadas por los modernos posteriores, ó soñadas por los escritores de nuestra ominosa moda reinante; y por estar aquella ademas acreditada en la fe y testimonio de millones sin cuento de hombres curados, con hechos prácticos los mas patentizados... ¡Habitantes de Viena y de Hungría! ¡Vosotros que os hallais ahora por desgracia (segun anuncian los periódicos de nuestras capitales) invadidos de ese voraz cólera-morbo de Asia! ¡Vosotros que atisbais al ojo como se pasea por vuestras calles y comarcas su carro destructor, y estais escuchando el crujido horrísono y estrepitoso de sus alarmantes y aplastadoras ruedas!.... Vosotros finalmente que os encontrais sufriendo por vez el turno acibarado y alojamiento incómodo de tan advenedizo á la par que ingrato y desapiadado peregrino!.... Oid la voz de un profesor imparcial y despreocupado, todos aquellos á quienes por vez aciaga haya lanzado el agui-

jon mortífero esa calamidad pública, nuestra contemporánea!.... ¡Procurad cuando entreis en su lid arredrante y espantosa, el dar de mano sobre todo á las irritaciones sanguinolento-gomosas de Valde-Grace.... Y.... ¡echadlo todo á doce, para conjurar con rayos y centellas al emplastador fisiólogo que las amalgamára!.... ¡Jamás por jamás menteis á su fantasmon gastro-enterítico-empírico-maniático!.... ¡Cá... mengua es mentarlo, por el descrédito y desestimacion que irrogara á la ciencia mas hermosa y reparadora! ¡Poned en el olvido, y arrojad de vosotros á esas feas sanguijuelas, para que moren en hediondas y cenagosas cloacas de Neptuno, que son sus guaridas propias! ¡Pardiez que no penseis jamás en embadurnar con tan sucias lombrices los lechos ya tan contagiados por la hidra destructora, y harto acibarados con vuestros acerbos sufrimientos!..... ¡Acordaos solo de poner en práctica para el consuelo de su curacion, los remedios purgantes y emeto-catárticos, que son los únicos verdaderos que os designa y propone al arte benéfico!..... Pero aun lograreis el complemento de superiores y relevantes ventajas, si francamente y con la buena áncora de la esperanza, usareis del vomi-purgativo y de los purgantes graduados del honradísimo y sábio autor de la Medicina curativa; pero siempre indicados (si es posible) por esperimentados profesores. Sí... yo os lo aseguro!!! Alcanzareis como por mano de santo vuestra suspirada salud, y vencereis por completo, no solo á ese endriago contagioso que asaz enfurecido os asaltará; mas tambien triunfareis (mejor que con otros miles de remedios) en toda clase de dolencias de corrupcion en los humores (no tanto vos-

otros, sino cuantos moradores contiene el orbe), por el medio de las mismas benéficas y maravillosas fórmulas de ese inmortal y benificientísimo autor Mr. Le-Roy, tan injustamente perseguido, vilipendiado y anatematizado; pero que sobrenadará su fama (no lo dudeis) en el océano de los siglos. ¡Oh, médicos amigos y compañeros! ¡seamos justos é imparciales, aconsejando á los hombres lo verdaderamente esperimental y razonable! ¡Profesores sistemáticos! ¡Si en la fruicion de vuestras caprichosas y halagüeñas teorías, aun os preciais de sábios, el deber de un verdadero sábio es saber abjurar los vanos sistemas y apreciar un buen consejo, por reconocer la mas escelsa verdad! Recordad sino la máxima de Salomon: *Prudentis est mutare consilium*. Tened presente igualmente la otra, que no deja de ser cierta, aunque no tanto como la del escritor sagrado; pero basta que sea ella inculcada por el incomparable Ciceron, que dijo: *Nullius est nisi insipientis in errore perseverare*. Y si como dice el grande Buffon: »El estilo y proceder de un hombre revela su alma:" dedúzcase esto mismo de vuestro comportamiento, y vivid seguros que si adoptais lo verdaderamente esperimental, unido á lo mas razonable, do quiera que lo halleis, para vuestra práctica médica, dando de mano al mismo tiempo á todas esas vanidades sistemático-embelesadoras, que os envanecen y aletargan, con tanto daño y perjuicios de un arte tan benéfico; bien lejos de degradaros por su anatema y proscripcion, aun se aumentará á los mas superiores quilates vuestra ingénua sabiduría, y finalizareis vuestra honrosa carrera, hermoseados con la mas desinteresada y acrisolada heroicidad médica. ¡Abandonad,

os repito por final, esas modas broussaicas tan golosas y seductoras, y no permanezcais mas tiempo engolondrinados con ellas, por tiránicas y usurpadoras de los legítimos derechos de la naturaleza! ¡Cese por el honor de la ciencia tan divina que profesais, toda rivalidad y persecucion contra el distinguido y venerando autor de la medicina curativa por la purgacion!..... ¡Profesores todos! ¡cohermanos mios! ¡cofrades amados! ¡Rectificad y enobleced tambien vosotros en acorde union con el apoyo de vuestra sabiduría y honrado proceder médico-filosófico, ese principio tan luminoso é incontestable que estableciera el gran Le-Roy; porque él es en realidad de verdad la segura estrella polar de vuestros progresos y de vuestros aciertos! Sí, y mil veces sí: ¡yo os lo suplico con la mayor cortesía y encarecimiento, nada menos que por la interesantísima humanidad! Si asi lo practicareis, no vacilo en asegurar que sereis aun con mejor razon llamados los mas benévolos y melífluos amigos de vuestros desvalidos y miserables enfermos, á la par que verdaderos filantropos de la humanidad, y habreis llenado por final con integridad y religiosa observancia vuestro honroso ministerio, pues que en esto consiste la verdadera virtud y nobleza de vuestra ciencia. ¡Oh! ella os proporcionará entonces por justa recompensa la gloria inmarcesible del verdadero y honroso heroismo en las generaciones venideras.

F I N.

INDICE.

PAG.

CAPITULO I. *Elogio de la medicina.* 1
CAP. II. *De la medicina antigua.* 16
CAP. III. *De la medicina moderna, ó del estado actual de la medicina..* 31
CAP. IV. *Opinion de los sábios antiguos y modernos sobre el arte médico..* 48
CAP. V. *La verdad en guerra con el error.* . . 68
CAP. VI. *Exámen de una verdad fundamental* 71
CAP. VII. *Artimañas de ciertos médicos para aniquilar el nuevo método.* 76
CAP. VIII. *Manifestacion de la verdad precedente.* 82
CAP. IX. *Discusion sobre las injuriosas calificaciones que ciertos médicos se han permitido para aniquilar la* Medicina curativa. 94
CAP. X. *Sobre lo que los médicos llaman empirismo* 104
CAP. XI. *La medicina tal cual se ejerce hoy dia, ¿ofrece algunas garantías á la sociedad?* 120
CAP. XII. *Proyecto de garantía ofrecido á la sociedad.* 131
CAP. XIII. *Pequeños artificios y ardides de nuestros modernos Hipócrates por sustraerse á la censura de sus contemporáneos.* . . . 137
CAP. XIV. *¿Adoptarán los ricos este método?* 145
CAP. XV. *Los secretos del arte ó la destreza de las gentes de oficio* 150
CAP. XVI. *Indiferencia de la mayor parte de los hombres para con los medios de conservar su salud, ó de recuperarla despues*

de haberla perdido. 162
CAP. XVII. *Prueba demostrativa de la nulidad de los medios empleados por la mayor parte de los prácticos en las enfermedades agudas.* 166
CAP. XVIII. *Inutilidad de los sistemas comunes de curacion en las enfermedades llamadas crónicas.* 175
CAP. XIX. *Las aguas minerales.* 179
CAP. XX. *Los médicos batidos con sus propias armas. — Suplemento á lo que falta al capítulo precedente.* 189
CAP. XXI. *Esposicion de los principales obstáculos que se oponen á la propagacion de la* Medicina curativa.. 195
CAP. XXII. *Primera persecucion dirigida contra la* Medicina curativa. 203
CAP. XXIII. *Segunda persecucion.—Pequeñas maniobras ejecutadas en Montargis por un cuerpo de descubridores del grande ejército hipocrático.* 212
CAP. XXIV. *Continuacion de la segunda persecucion. — Grande cólera de los descubridores del ejército hipocrático contra el tribunal de Montargis.* 220
CAP. XXV. *Continuacion de la segunda persecucion. — Gran motivo de alegría á causa de la victoria conseguida en Orleans de resultas del asunto de Montargis.* 224
CAP. XXVI. *Tercera persecucion. — Asunto de Orleans. — Poderosos medios empleados por el juri médico para aniquilar la medicina curativa.* 227
CAP. XXVII. *Continuacion de la tercera*

persecucion. Brillantes esperanzas frustadas. 238
CAP. XXVIII. *Continuacion de la tercera persecucion. — Apelacion á la real audiencia de Orleans de la sentencia del tribunal de primera instancia.* 248
CAP. XXIX. *Cuarta persecucion — Cuadro histórico del proceso de París.* 225
CAP. XXX. *Quinta persecucion. — Asunto de Amiens.* 265
CAP. XXXI. *Sexta persecucion. — Una palabrita al oido de la real academia de medicina, á motivo del informe presentado por ella á S. E. el ministerio del interior.* 284
CAP. XXXII. *Breve relacion que á los ojos de mas de un lector equivaldrá á un largo capítulo.* 317
CAP. XXXIII. *¿A que fin tantos médicos? ¿Por que está la Francia en el dia tan llena de ellos?* 322
CAP. XXXIV. *La injusticia y la mala fe puesta en evidencia.* 329
CAP. XXXV. *Las escapatorias.* 342
CAP. XXXVI. *Del espíritu de cábala y de corrillo, y de sus efectos.* 359
CAP. XXXVII. *De la legislacion en general, considerada en su conexion con el ejércicio de la medicina.* 373
CAP. XXXVIII. *Cuan importante seria para la autoridad el tener en consideracion el descubrimiento de la causa de las enfermedades.* 387
CAP. XL. *Resumen.* 319
Disertacion crítico-médica, ó dictámen apologético-imparcial. 403

